¡ÁNIMO, WILT!

TOM SHARPE

Traducción de Marisol de Mora

CAPITULO I

«Días de vino y rosas», se dijo Wilt. Era una observación intrascendente, pero permaneciendo sentado en la reunión del Comité de Finanzas y Asuntos Generales de la escuela necesitaba algún desahogo, y por quinto año consecutivo el doctor Mayfield se había puesto de pie y anunciado:

—Hemos de situar en el mapa la Escuela de Artes y Oficios Fenland.

—Yo hubiera dicho que ya estaba en el mapa —dijo el doctor Board, recurriendo como de costumbre a la interpretación literal para no volverse loco—. De hecho, según mis informes, lleva ahí desde 1895 cuando...

—Usted sabe perfectamente a lo que me refiero —interrumpió el doctor Mayfield—; el hecho es que la escuela ha llegado a un punto sin retorno.

—¿Retorno de dónde? —preguntó el doctor Board.

El doctor Mayfield se volvió hacia el director:

—Lo que estoy tratando de decir... —comenzó.

Pero el doctor Board no había terminado.

—Es que según parece somos o bien un avión a medio camino de su destino, o una referencia cartográfica. O probablemente ambas cosas.

El director suspiró y pensó en el retiro anticipado.

—Doctor Board —dijo—, estamos aquí para discutir los caminos y los medios de mantener nuestra actual estructura de cursos y niveles del profesorado frente a las presiones del delegado local de Educación y del Gobierno central con el fin de reducir la escuela a un anexo de la Oficina de Desempleo.

El doctor Board alzó una ceja:

—¿De veras? Yo creía que estábamos aquí para enseñar. Naturalmente puedo estar equivocado, pero cuando entré en esta profesión, eso es lo que me indujeron a creer. Ahora me entero de que estamos aquí para mantener la estructura de los cursos, sea eso lo que fuere, y los niveles del personal. Hablando claro, para conseguirles trabajo a los muchachos.

—Y a las chicas —dijo la directora de Aprovisionamiento, que no había estado escuchando con mucha atención.

El doctor Board la miró con aire crítico.

—Y sin duda también a una o dos criaturas de género indeterminado —murmuró—. Ahora, si el doctor Mayfield...

—Si le permite continuar —interrumpió el director—, podremos llegar a una decisión para la hora de comer.

El doctor Mayfield continuó. Wilt miraba por la ventana hacia el nuevo edificio de Electrónica y se preguntaba por enésima vez qué pasaba con los comités, que convertían a hombres y mujeres educados y relativamente inteligentes, todos ellos con título universitario, en individuos amargados y aburridos y discutidores, cuyo único propósito parecía ser escucharse a sí mismos y demostrar que todos los demás se equivocaban. Y los comités habían llegado a dominar la escuela. En los viejos tiempos, él había podido acudir al trabajo y pasarse las mañanas y las tardes tratando de enseñar, o al menos de despertar alguna curiosidad intelectual en las clases de Torneros y Ajustadores, o incluso de Enlucidores e Impresores, y si no habían aprendido mucho de él, al menos había podido volver a casa por la noche sabiendo que él sí había obtenido algo de ellos.
Ahora todo era diferente. Incluso su título, director de Estudios Liberales, había sido cambiado por el de director de Técnicas de Comunicación y Adquisición Expresiva, y se pasaba el tiempo en comités o redactando memorandos y los llamados documentos consultivos, o leyendo los documentos igualmente insensatos de los otros departamentos. En toda la escuela pasaba lo mismo. El director de Construcción, cuya alfabetización siempre se había puesto en duda, había sido forzado a justificar las clases de Albañilería o Enlucido en un documento de discusión de cuarenta y cinco páginas sobre «Construcción Modular y Aplicación de las Superficies Interiores», una obra de tan monumental aburrimiento y mala gramática que el doctor Board había recomendado que se transmitiera al IRAB (Instituto Real de Arquitectos Británicos) con la recomendación de que le concedieran una beca de Semántica Arquitectónica o, alternativamente, Ceméntica. Hubo una pelea similar con relación a la monografía presentada por la directora de Aprovisionamiento sobre «Avances Dietéticos en el Aprovisionamiento Institucional Multifase», la cual el doctor Mayfield había desaprobado argumentando que el énfasis puesto en los apios y el Pudín de la Reina podía provocar malentendidos en algunos sectores. El doctor Cox, director de Ciencias, había querido saber qué era una Institución Multifase, y qué demonios tenían de malo los apios, si él los comía desde la infancia. El doctor Mayfield había explicado que se refería a los gays y la directora de Aprovisionamiento había confundido aún más la situación negando que ella fuera feminista. Durante toda esta controversia, Wilt permaneció sentado, sumido en silenciosa ensoñación como hacía en ese momento, meditando sobre la curiosa suposición moderna de que uno puede alterar los hechos utilizando las palabras de manera diferente. Un cocinero era un cocinero, por mucho que se le llamase Científico Culinario. Y llamar a un instalador de gas Ingeniero de Gases y Licuefacción no alteraba el hecho de que

estaba siguiendo un curso de Instalación de gas. Estaba justamente considerando cuánto tardarían en llamarle a él Científico Educacional o incluso Funcionario de Procesos Mentales, cuando fue arrancado de sus meditaciones por una cuestión de «horas de contacto».

—Si pudiera conseguir una interrupción del horario departamental sobre la base de una hora de contacto en tiempo real —dijo el doctor Mayfield—, podríamos computerizar esas horas de solapamiento que, en las presentes circunstancias, hacen inviables nuestros niveles de dotación personal según un análisis de coste efectivo.

Hubo un silencio mientras los directores de departamento trataban de descifrar eso. El doctor Board dio un bufido y el director picó el anzuelo.

—¿Bien, doctor Board? —preguntó.

—No particularmente —dijo el director de Lenguas Modernas—. Pero gracias por preguntarlo, de todos modos.

—Usted sabe muy bien lo que desea el doctor Mayfield.

—Sólo sobre la base de la experiencia pasada y del trabajo de deducción lingüística —dijo el doctor Board—. Lo que me despista en el presente momento es su utilización de la frase «horas de contacto en tiempo real». De acuerdo con mi vocabulario...

—Doctor Board —dijo el director, rogando a Dios que le permitiera expulsar a ese hombre—, lo que queremos saber es simplemente el número de horas de contacto que los miembros de su departamento hacen por semana.

El doctor Board fingió consultar su cuaderno de notas.

—Ninguna —dijo finalmente.

—¿Ninguna?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Trata usted de afirmar que su personal no enseña en absoluto? Eso es una mentira total. Es...

—Yo nada he dicho acerca de enseñar y nadie me lo preguntó. El doctor Mayfield preguntó específicamente por el «tiempo real»...

—Me tiene sin cuidado el tiempo real. Quiere decir efectivo.

—Eso mismo quiero decir yo —dijo el doctor Board— y si cualquiera de mis profesores ha estado tocando a los alumnos ni siquiera un minuto, no hablemos de una hora, yo...

—Board —rugió el director—, está usted acabando con mi paciencia. Responda a la pregunta.

—He respondido. Contacto significa tocamiento, y una hora de contacto debe por lo tanto significar una hora de tocamientos. Nada más y nada menos. Consulte el diccionario que quiera, y encontrará que deriva directamente del latín *contactus.* El infinitivo es *contigere* y el participio pasado *contactum* y cualquiera que sea el modo en que lo mire, seguirá significando tocar. No puede significar enseñar.

—Dios mío —dijo el director, a través de los dientes apretados.
Pero el doctor Board no había terminado todavía.
—Bien, yo no sé qué es lo que el doctor Mayfield fomenta en Sociología, y por lo que sé puede que se dedique a la enseñanza por el tacto o, como creo que se llama en lengua vernácula, «tocamientos en grupo», pero en mi departamento...
—Cállese —gritó el director, ya completamente agotado—, todos ustedes presentarán por escrito el número de horas de clase, las horas efectivas de clase, cada miembro del departamento...

Cuando la reunión terminó, el doctor Board recorrió el pasillo en compañía de Wilt.
—No es frecuente que uno pueda marcar un tanto en favor de la precisión lingüística —dijo— pero al menos he metido una cuña en la maquinaria mental de Mayfield. Ese hombre está loco.
Era un tema que Wilt retomaría con Peter Braintree en el bar El Trato a Ciegas, media hora más tarde.
—Todo el sistema está chiflado —dijo, mientras bebía la segunda jarra de cerveza—. Mayfield ha abandonado la construcción de imperios mediante la categoría de los cursos y ahora le ha dado por la relación coste-efectividad.
—No me hables —dijo Braintree—. Ya hemos perdido la mitad de nuestro presupuesto para libros de texto de este año, y Foster y Carston han sido intimidados para aceptar el retiro anticipado. A este paso terminaré enseñando *El rey Lear* a una clase de sesenta alumnos con ocho ejemplares de la obra para todos.
—Por lo menos tú estás enseñando algo. ¿Quieres probar la Adquisición Expresiva con los Mecánicos de Motores III? ¡Adquisición Expresiva! Los cabrones saben todo lo que hay que saber sobre coches, eso para empezar, y yo no tengo ni idea de lo que significa la Adquisición Expresiva. Luego hablan de malgastar el dinero del contribuyente. Y en cualquier caso, paso más tiempo en comités del que se supone debo pasar enseñando. Eso es lo que me saca de quicio.
—¿Cómo está Eva? —preguntó Braintree al darse cuenta del estado de ánimo de Wilt y tratando de cambiar de tema.
—*Plus ça change, plus c'est la même chose.* Aunque eso no es enteramente cierto. Al menos ha abandonado el Sufragio para los Niños Pequeños y el Voto para los Mayores de Once. Después de eso llegaron dos tipos del IIP y se fueron con las orejas coloradas.
—¿IIP?
—Intercambio de Información Pedófila. Se solían llamar corruptores de menores. Aquellos dos cabrones cometieron el error de intentar

conseguir el apoyo de Eva para rebajar la edad del consentimiento a cuatro años. Yo podría haberles dicho que, en casa, cuatro era un número desdichado, considerando que las cuatrillizas van a cumplirlos. Para cuando Eva terminó con ellos, tenían la impresión de que el 45 de la avenida Oakhurst era parte de algún maldito zoo, y que le hablan planteado el tema a un tigresa preñada.
—Bien merecido lo tienen, cerdos.
—Pero al señor Birkenshaw no le pareció que lo tuviesen tan bien merecido. Samantha organizó enseguida a las otras tres en el NCV, también conocido como Niños Contra la Violación, y colocó un blanco para el tiro en el jardín. Afortunadamente, los vecinos ejercieron sus derechos comunales antes de que alguno de los niños de la calle resultase castrado. Las cuatrillizas estaban simplemente ejercitándose con cortaplumas. Bueno, de hecho eran navajas Sabatier de la cocina, y les hubieran servido muy bien para esa labor. Emmeline podía darle al escroto de la maldita cosa desde cinco metros y medio de distancia y Penelope lo perforaba desde tres metros.
—¿Lo perforaba? —dijo Braintree desmayadamente.
—Bueno, piensa que tenía unas dimensiones exageradas. Lo hicieron con un viejo balón de fútbol desinflado y dos pelotas de tenis. Pero fue el pene lo que hizo que los vecinos pusieran el grito en el cielo. Y el señor Birkenshaw. Yo no sabía que tenía un prepucio como ése. Puestos a pensar en ello, dudo de que alguien más de la calle lo supiera. Al menos hasta que Emmeline escribió su nombre en el maldito preservativo y le pegó papel de envolver del bizcocho de Navidad en la punta, y el viento se lo llevó hasta diez jardines más allá en el momento de la tarde del sábado en que hay más gente. Terminó colgado del cerezo del rincón en el jardín de la señora Lorrimer. De esa manera se podía leer BIRKENSHAW con bastante claridad desde cuatro calles de distancia.
—¡Cielo santo! —exclamó Braintree—. ¿Y qué dijo el señor Birkenshaw?
—Todavía no mucho —dijo Wilt—, todavía se encuentra en estado de shock. Se pasó la mayor parte de la noche del sábado tratando de convencerles de que no es el Fantasma Exhibicionista. Habían tratado de cazar a ese lunático durante años y pensaban que esta vez lo habían cogido.
—¿Quién? ¿Birkenshaw? Están como cabras, ese hombre es consejero municipal.
—Lo era —dijo Wilt—. Dudo de que lo vuelva a ser. Sobre todo después de lo que Emmeline le dijo a la mujer policía. Dijo que sabía que su polla era así porque él la había atraído hasta su jardín trasero y que se la meneaba delante de ella.

—¿Atraerla? —dijo Braintree dudoso—. Con el debido respeto que me merecen tus hijas, Henry, yo no diría exactamente que sean capaces de dejarse atraer. Más bien diría que son ingeniosas y...

—Diabólicas —dijo Wilt—. No creas que me importa lo que digas de ellas. Yo tengo que vivir con esas arpías. Naturalmente que no fue atraída. Tenía una disputa con su gatito desde hace meses, porque viene y le zurra al nuestro. Probablemente estaba tratando de envenenarlo. En cualquier caso, ella estaba en su jardín, y según dice, él se la meneaba. Naturalmente ésa no es la versión de él. Sostiene que siempre mea en la pila de abono y que si las niñas deciden espiarle... En cualquier caso, eso tampoco le sonó muy bien a la mujer policía. Dijo que no era higiénico.

—¿Dónde estaba Eva mientras sucedía todo esto?

—Oh, por aquí y por allá —dijo Wilt muy a la ligera—. Aparte de acusar prácticamente al señor Birkenshaw de estar relacionado con el destripador de Yorkshire... Conseguí que eso no figurase en el informe de la policía, diciendo que estaba histérica. Tenías que haber visto cómo se puso. Menos mal que tenía a la mujer policía allí para protegerme y que, por lo que sé, la ley contra la difamación no se aplica a los menores de diez años. Si se aplica, tendremos que emigrar. Tal como están las cosas, tengo que trabajar por las noches para poder mantenerlas en esa maldita escuela para niños supuestamente superdotados. El coste es astronómico.

—Creía que Eva ganaba algo ayudando allí.

—La ayudaron a salir, es más exacto. De hecho la echaron —dijo Wilt y pidió dos jarras más.

—¿Pero por qué? Yo creía que estaban encantados de contar con una persona tan enérgica como Eva que les hiciera la limpieza y cocinase como doméstica sin paga.

—No cuando a esta doméstica se le ocurre abrillantar sus microordenadores con limpiametales. En resumen, se los cargó todos y fue un milagro que no tuvieran que reemplazarlos. Fíjate, a mí no me hubiera importado pasarles los que tenemos en casa. Es una trampa mortal de cables IEEE y discos blandos, y nunca puedo acercarme a la televisión. Y cuando lo hago, algo llamado una impresora de matriz de puntos se desconecta en alguna parte y suena como un nido de avispas en pie de guerra. ¿Y todo para qué? Para que cuatro niñas de inteligencia media, aunque perversa, puedan pasar por delante de niños engreídos en la competición escolar.

—Lo que pasa es que estamos anticuados —dijo Braintree con un suspiro—. El hecho es que el ordenador está aquí para quedarse y los niños saben utilizarlo y nosotros no. Incluso el lenguaje.

—No me hables de esa vanilocuencia. Yo antes pensaba que tener

una potencia problemática era algo que podía estropear un buen programa y en cambio es algo de la electricidad que hace funcionar mal un ordenador y un programa no es lo que era. Nada es lo que era. Ni siquiera los bichos y los octitos. Y para pagar esa extravagancia electrónica me paso los martes por la noche en la cárcel enseñando a un siniestro gángster lo que no sé sobre E. M. Forster, y los viernes en la base aérea de Baconheath dando clases sobre Cultura e Instituciones Británicas a un montón de yanquis que tienen tiempo por delante hasta Armagedón.

—Yo no dejaría que esta información llegase a oídos de Mavis Mottram —dijo Braintree mientras terminaban la cerveza y salían del pub—. Se ha apuntado a la campaña contra la Bomba como a una cruzada. Ha estado detrás de Betty, y me sorprende que no haya metido a Eva en ello.

—Lo intentó pero, para variar, no funcionó. Eva está demasiado ocupada preocupándose por las cuatrillizas para meterse en manifestaciones.

—De todas maneras, yo me callaría lo del trabajo en la base aérea. No querrás que Mavis elija tu casa como objetivo.

Pero Wilt no estaba seguro.

—Oh, no lo sé. Podría hacerme un poco más popular entre los vecinos. En este momento tienen metida en sus cabezas obtusas la idea de que soy o bien un potencial asesino de masas o bien un revolucionario de extrema izquierda, porque enseño en la escuela. Ser atacado por Mavis debido a las razones totalmente falsas de que estoy a favor de la Bomba puede mejorar mi imagen.

Fueron de nuevo paseando hacia la escuela a través del cementerio.

En el 45 de la avenida Oakhurst, era uno de los mejores días de Eva Wilt. Había días, días mejores y uno de esos días. Los días eran sólo días cuando no pasaba nada malo y llevaba en coche a las cuatrillizas a la escuela sin demasiadas discusiones y volvía a casa para hacer la limpieza y salía a la compra y tenía ensalada de atún para la comida y después hacía algún zurcido y plantaba algo en el jardín e iba a la escuela a recoger a las niñas y no había sucedido nada particularmente desagradable. En uno de esos días todo salía mal. Las cuatrillizas se peleaban antes, durante y después del desayuno. Henry perdía la paciencia y ella se encontraba teniendo que defenderlas, cuando en todo momento sabía que él tenía razón, la tostada se atascaba en el tostador y se le hacía tarde para llevar a las niñas a la escuela y algo iba mal con el Hoover o el retrete no funcionaba y nada parecía ir bien en el mundo, de manera que se sentía tentada de tomar una copa de jerez antes de comer y eso no

era bueno porque entonces necesitaría un sueñecito y el resto del día se lo pasaría tratando de ponerse al día con todo lo que tenía que hacer. Pero en uno de sus días mejores, hacía todas las cosas que hacía los otros días y se sentía de algún modo animada por el pensamiento de que las cuatrillizas se estaban portando maravillosamente bien en la Escuela para Mentes Privilegiadas y adquirirían definitivamente unas becas y seguirían para convertirse en doctoras o científicas o algo realmente creativo, y que era maravilloso vivir en una época en que todo esto era posible y no como había sido cuando ella era niña y tenía que hacer lo que le decían. En días así era cuando incluso consideraba la posibilidad de tener a su madre viviendo con ellos en lugar de estar en el hogar para ancianos de Luton y despilfarrar todo ese dinero. Naturalmente sólo lo consideraba, porque Henry no podía soportar a la anciana y había amenazado con marcharse y buscarse otro lugar si ella permanecía alguna vez más de tres días en la casa.
—No pienso tener a esa vieja polucionando la atmósfera con sus colillas y sus inmundas costumbres —Había gritado tan fuerte que la señora Hoggart, que estaba en ese momento en el baño, ni siquiera necesitó de su audífono para captar lo esencial del mensaje—. Y otra cosa. La próxima vez que baje a desayunar y la encuentre reforzando la tetera con brandy, y con mi brandy además, estrangularé a esa vieja bruja.
—No tienes derecho a hablar así. Después de todo, ella es de la familia.
—¿Familia? —aulló Wilt—. Yo te diré si es de la familia. De tu jodida familia, no de la mía. Yo no te impongo a mi padre.
—Tu padre huele como un tejón viejo —había replicado Eva—, es muy sucio. Por lo menos mi madre se lava.
—Como que lo necesita, considerando toda la mierda que se unta en su horrible jeta. Webster no era el único que veía más allá de las apariencias. La otra mañana estaba tratando de afeitarme...
—¿Quién es Webster? —preguntó Eva antes de que Wilt pudiera repetir pormenorizadamente la desagradable narración de la salida de la señora Hoggart de detrás de la cortina de la ducha.
—Nadie. Es de un poema, y hablando de pechos desencorsetados, la vieja bruja...
—No te atrevas a llamarla así. Es mi madre, y un día tú serás viejo y estarás desvalido y necesitarás...
—Sí, puede ser, pero ahora no estoy desvalido y la última cosa que necesito es a ese Drácula escudriñador rondando por la casa y fumando en la cama. Es un milagro que no lo haya quemado ya todo con ese cobertor inflamable.
Era el recuerdo de aquel terrible susto y el humeante cobertor lo que

había impedido a Eva sucumbir a sus intenciones de los días mejores. Además, había algo de cierto en lo que Henry había dicho, aunque lo expresase de manera tan horrible. Los sentimientos de Eva hacia su madre habían sido siempre ambiguos, y parte de sus deseos de tenerla en casa surgían de sus ansias de revancha. Ella le enseñaría lo que es una madre buena de verdad. Y así, en uno de sus días mejores, había telefoneado y le había contado a la anciana lo maravillosamente que iban las cuatrillizas y la atmósfera feliz que había en la casa y la buena relación de Henry con las niñas —la señora Hoggart invariablemente sufría un acceso de hilaridad en este punto— y en el mejor de sus días, la había invitado a pasar el fin de semana, sólo para arrepentirse casi tan pronto como colgó el teléfono. Para entonces ya se había convertido en uno de esos días.
Pero hoy resistió la tentación y se dirigió a casa de Mavis Mottram para tener una conversación íntima con ella antes de la comida. Sólo esperaba que Mavis no tratase de reclutarla para la manifestación de la Campaña Contra la Bomba.
Mavis lo hizo:
—De nada sirve decir que tienes mucho que hacer con las cuatrillizas, Eva —dijo, cuando Eva objetó que no podía dejar a las niñas con Henry y qué sucedería si a ella la metían en la cárcel—. Si hay una guerra nuclear no tendrás niños. Todos estarán muertos en el primer segundo. Me refiero a que Baconheath nos ha puesto en la situación de primer objetivo. Los soviéticos se verían forzados a tomar la base para protegerse y todos volaríamos con ella.
Eva trató de descifrar esto.
—No veo por qué íbamos a ser el primer objetivo si los soviéticos fueran atacados —dijo finalmente—, ¿no seríamos más bien el segundo?
Mavis suspiró. Era siempre tan difícil hacer que Eva entendiera las cosas... Siempre lo había sido y ahora, con la barrera de las cuatrillizas tras la que esconderse, era casi imposible.
—Las guerras no empiezan así. Empiezan con pequeñas cosas triviales, como el archiduque Fernando asesinado en Sarajevo en 1914 —dijo ella, explicándolo tan sencillamente como su trabajo en la Universidad a Distancia se lo permitía.
Pero Eva no se dejó impresionar.
—Yo no llamaría trivial a asesinar gente —dijo—. Es perverso y estúpido.
Mavis maldijo para sí. Tenía que haber recordado que la experiencia de Eva con los terroristas le había creado prejuicios contra los asesinatos políticos.
—Naturalmente que sí. Yo no digo que no lo sea. Lo que yo...
—Tuvo que haber sido terrible para su esposa —dijo Eva, siguiendo

en su línea de consecuencias domésticas.
—Puesto que ella fue asesinada con él, no creo que le preocupase mucho —dijo Mavis ásperamente. Había algo horriblemente antisocial en toda la familia Wilt, pero ella continuó—: Lo que trato de señalar es que la guerra más terrible de la historia de la humanidad, hasta entonces, estalló a causa de un accidente. Un hombre y su esposa fueron abatidos por un fanático, y el resultado fue que murieron millones de personas corrientes. Ese tipo de accidente puede suceder de nuevo, y esta vez no quedará nadie. La raza humana se extinguirá. Tú no quieres que eso suceda, ¿verdad?
Eva miró con aire incómodo una figurita de porcelana que había sobre la repisa de la chimenea. Sabía que había cometido un error al acercarse a Mavis en uno de sus días mejores.
—Es sólo que no veo qué puedo hacer para impedirlo —dijo, y lanzó a Wilt a la arena—. En cualquier caso, Henry dice que los soviéticos no van a dejar de fabricar la bomba y también tienen gas nervioso, y Hitler lo tenía también, y lo habría utilizado durante la guerra si hubiera sabido que nosotros no lo teníamos.
Mavis aprovechó la ocasión.
—Eso es porque él tiene un gran interés en que las cosas se queden como están —dijo—. Todos los hombres lo tienen. Por eso están en contra de los movimientos femeninos por la paz. Se sienten amenazados porque estamos tomando la iniciativa y en cierto sentido la bomba es un símbolo del orgasmo masculino. Es el poder sobre la destrucción masiva.
—Yo no lo hubiera visto así —dijo Eva, que no estaba muy segura de que una cosa que mataba a todo el mundo pudiera ser el símbolo de un orgasmo—. Y después de todo, Henry era miembro de la Campaña pro Desarme Nuclear.
—Era —gruñó Mavis—, pero ya no lo es. A los hombres les gusta que seamos pasivas y que nos mantengamos en un rol sexual subordinado.
—Estoy segura de que en el caso de Henry no es así. Quiero decir que no es muy activo sexualmente —dijo Eva, todavía preocupada por las bombas y los orgasmos.
—Eso es porque tú eres una persona normal —dijo Mavis—. Si odiases el sexo, él estaría todo el tiempo metiéndote mano. En lugar de eso, mantiene su poder negándote tus derechos.
—Yo no diría eso.
—Bueno, pues yo sí, y es inútil que pretendas lo contrario.
Ahora le tocaba a Eva parecer escéptica. En el pasado Mavis se había quejado con demasiada frecuencia de las numerosas aventuras de su marido.
—Pero si siempre dices que Patrick está demasiado obsesionado por

el sexo.
—Lo estaba —dijo Mavis con un énfasis más bien siniestro—. Sus días de tenorio han terminado. Está aprendiendo lo que es la menopausia masculina. Prematuramente.
—¿Prematuramente? Eso creo yo. Sólo tiene cuarenta y un años, ¿no?
—Cuarenta —dijo Mavis—, pero últimamente ha envejecido, gracias a la doctora Kores.
—¿La doctora Kores? No me digas que Patrick fue a verla después del espantoso artículo que escribió en el *News.* Henry lo quemó antes de que las niñas pudieran leerlo.
—Eso es lo que Henry haría. Es típico. Está en contra de la libertad de información.
—Bueno, no era un artículo muy agradable, ¿verdad? Quiero decir que está muy bien que se diga que los hombres son... bueno... sólo bancos biológicos de esperma, pero no creo que esté bien pretender que sean todos esterilizados cuando hayan tenido dos hijos. Nuestro gato no hace más que dormir todo el día y está...
—La verdad, Eva, eres tan ingenua... Ella nada decía acerca de esterilizarlos. Simplemente señalaba que las mujeres tenemos que sufrir las agonías del parto, por no mencionar las reglas, y con la explosión demográfica, el mundo se enfrenta con el hambre masiva a menos que se haga algo.
—Yo no veo a Henry haciéndose hacer alguna cosa. No eso —dijo Eva —. Ni siquiera dejaría que alguien le hablara de vasectomía, dice que tiene efectos secundarios indeseables.
Mavis rió sarcástica.
—Como si la píldora no los tuviera también, y mucho más peligrosos. Pero las corporaciones farmacéuticas multinacionales no podían preocuparse menos. Todo lo que les interesa son las ganancias y además también están controladas por hombres.
—Supongo que sí —dijo Eva, que estaba acostumbrada a oír hablar de empresas multinacionales, aunque todavía no sabía exactamente lo que eran y le despistaba completamente el término «farmacéuticas»—. De todos modos, me sorprende que Patrick haya aceptado.
—¿Aceptado?
—Hacerse la vasectomía.
—¿Quién ha dicho algo acerca de que él se haga la vasectomía?
—Pero tú dijiste que fue a la doctora Kores.
—Yo fui —recalcó Mavis—. Pensé: «Ya he tenido suficiente de verte hacer el tenorio con otras mujeres, muchacho, y la doctora Kores puede ayudarme.» Y estaba en lo cierto. Ella me dio una cosa para reducir su instinto sexual.

—¿Y él la tomó? —dijo Eva, ahora completamente asombrada.
—Oh, claro que la tomó. Siempre ha sido muy aficionado a las vitaminas, especialmente la vitamina E. Yo simplemente le cambié las cápsulas del frasco. Son algún tipo de hormona o esteroide, y toma una por la mañana y dos por la noche. Naturalmente, todavía están en la etapa experimental, pero ella me dijo que funcionan muy bien en los cerdos y que no pueden hacer ningún daño. Me refiero a que ha engordado algo y se queja de que las tetillas se le hinchan un poco, pero lo cierto es que se ha tranquilizado mucho. Nunca sale por la noche. Sólo se sienta delante de la tele y da cabezadas. Es un verdadero cambio.
—Desde luego que sí —dijo Eva, recordando lo faldero que había sido siempre Patrick Mottram—. ¿Pero estás realmente segura de que no es peligroso?
—Absolutamente. La doctora Kores me aseguró que lo van a usar con los gays y travestís que tienen miedo a la operación de cambio de sexo. Esto encoge los testículos o algo así.
—No suena muy bien. A mí no me gustaría que los de Henry se encogieran.
—Ya me supongo que no —dijo Mavis, que una vez en una fiesta le había tirado los tejos a Wilt y todavía estaba resentida porque él no le había respondido—. En su caso, ella probablemente haría algo para estimularle.
—¿De verdad lo crees?
—Siempre puedes probar —dijo Mavis—. La doctora Kores entiende los problemas de las mujeres y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de los médicos.
—Pero no creo que sea un doctor de verdad como el doctor Buchman. ¿No enseña algo en la universidad?
Mavis Mottram resistió el impulso de decir que sí, que era especialista en reproducción animal, lo cual convenía a las necesidades de Wilt mucho más que a las de Patrick.
—Ambas cosas no son incompatibles, Eva. Sabes que hay una facultad de Medicina en la universidad. En cualquier caso, el hecho es que ha abierto una clínica para las mujeres con problemas y yo creo que la encontrarás muy simpática y útil.

Para cuando Eva volvió al 45 de la avenida Oakhurst y se preparó una sopa de apio con salvado para comer, ya estaba convencida. Llamaría a la doctora Kores e iría a verla acerca de Henry. Estaba bastante satisfecha de sí misma. Había conseguido desviar a Mavis del deprimente tema de la Bomba y la había conducido a la medicina alternativa y la necesidad de que las mujeres determinen el futuro

pues bastantes desastres han ocasionado ya los hombres en el pasado. Eva estaba a favor de todo eso, y mientras se dirigía en coche a recoger a las cuatrillizas era definitivamente uno de sus días mejores. Nuevas posibilidades empezaban a prosperar por todas partes.

CAPITULO II

Nuevas posibilidades empezaban a prosperar por todas partes, también para Wilt, pero él no habría calificado el día como uno de sus días mejores. Había vuelto a la oficina oliendo al mejor bitter de El Trato a Ciegas, y con la esperanza de que podría trabajar un poco en su clase para la base aérea sin ser molestado, pero únicamente se encontró al consejero comarcal en Técnicas de Comunicación esperándole junto a otro hombre de traje oscuro.

—Éste es el señor Scudd, del Ministerio de Educación —dijo el consejero—. Está haciendo una serie de visitas al azar por las Escuelas de Formación Profesional en nombre del ministro, para comprobar el grado de relevancia de algunos programas de estudio.

—Encantado —dijo Wilt, y se retiró detrás de su escritorio. No le gustaba mucho el consejero comarcal, pero eso no era nada comparado con su horror por los hombres de traje oscuro, y además con chaleco, que actuaban en nombre del Ministerio de Educación—. Siéntese, por favor.

El señor Scudd permaneció donde estaba.

—No creo que ganemos nada sentándonos en su despacho para discutir supuestos teóricos —dijo—. Mi encargo particular es informar de mis observaciones, de mis observaciones personales, de lo que realmente sucede en las aulas.

—Claro —dijo Wilt, esperando desesperadamente que nada estuviera sucediendo en ninguna de sus aulas. Algunos años antes había ocurrido un incidente singularmente desagradable cuando tuvo que impedir lo que tenía el aspecto de ser la violación múltiple por parte de los alumnos de Neumáticos II de una profesora en prácticas demasiado atractiva, la cual se había sentido inflamada por un pasaje de *Poseídas por el amor* recomendado por el director de Inglés.

—Bien, si nos indica el camino... —dijo el señor Scudd y abrió la puerta.

Detrás de él, incluso el consejero comarcal había adoptado una expresión de pocos amigos. Wilt les precedió por el corredor.

—Me pregunto si no le importaría comentar las tendencias ideológicas de su personal —dijo el señor Scudd, interrumpiendo enseguida la desesperada indecisión de Wilt por decidir qué clase sería más segura para meter a aquel hombre—. He observado que tiene usted un cierto número de libros sobre marxismo-leninismo en su despacho.

—Es cierto, los tengo —dijo Wilt, para ganar tiempo.

Si ese imbécil pretendía hacer una especie de caza de brujas política,

la respuesta sucinta parecía la más adecuada. De ese modo el bastardo aterrizaría con el trasero en el suelo, pero rápido.
—¿Y la considera usted una lectura apropiada para los aprendices de la clase trabajadora?
—Puedo pensar en cosas peores —dijo Wilt.
—¿Realmente? Así que admite una tendencia izquierdista en su enseñanza.
—¿Admitir? Yo no he admitido nada. Usted dijo que tenía en mi despacho libros sobre marxismo-leninismo. No veo qué tiene que ver eso con lo que enseño.
—Pero usted dijo también que podía pensar en lecturas peores para sus estudiantes —dijo el señor Scudd.
—Sí —dijo Wilt—, eso es exactamente lo que dije.
El tipo ya le estaba hartando.
—¿Le importaría ampliar esa información?
—Encantado. ¿Qué le parece *El almuerzo desnudo* para los principiantes?
—*¿El almuerzo desnudo?*
—O *Ultima salida para Brooklyn.* Es un delicioso material de lectura para mentalidades jóvenes, ¿no le parece?
—Dios mío —murmuró el consejero comarcal, que se había puesto muy pálido.
El señor Scudd tampoco parecía estar muy bien, aunque se inclinaba al púrpura más que al gris.
—¿Está diciéndome seriamente que considera esos dos libros repugnantes... que fomenta usted la lectura de libros como ésos?
Wilt se detuvo frente al aula en la que el señor Ridgeway estaba librando una batalla perdida con un curso de primer año de estudiantes de nivel avanzado, que no querían oír lo que él pensaba acerca de Bismarck.
—¿Quién ha dicho algo acerca de animar a los estudiantes a leer algún libro en particular? —preguntó por encima del estrépito.
Los ojos del señor Scudd se entrecerraron.
—No creo que entienda usted realmente el tenor de mis preguntas —dijo—, estoy aquí...
Se detuvo. El ruido que provenía de la clase del señor Ridgeway hacía la conversación inaudible.
—Eso me ha parecido —gritó Wilt.
El consejero comarcal quiso intervenir.
—Realmente creo, señor Wilt —comenzó, pero el señor Scudd estaba mirando enloquecido la clase a través del panel de cristal.
Al fondo, un joven acababa de pasar lo que parecía ser un porro a una chica con el pelo rubio al estilo de los mohawks a la que no le habría venido mal un sostén.

—¿Diría usted que ésta es una clase típica? —preguntó volviéndose hacia Wilt para hacerse oír.
—¿Típica de qué? —dijo Wilt que estaba empezando a disfrutar de la situación.
La total incapacidad de Ridgeway para interesar o controlar a estudiantes de nivel avanzado supuestamente muy motivados, prepararía agradablemente a Scudd para la docilidad de Tarta II y el mayor Millfield.
—Típico de la manera en que se permite comportarse a sus estudiantes.
—¿Mis estudiantes? Esta clase nada tiene que ver conmigo. Esto es Historia, no Técnicas de Comunicación.
Y antes de que el señor Scudd pudiera preguntar qué demonios estaban haciendo delante de la puerta de una clase que era una casa de locos, Wilt había continuado su camino por el corredor.
—Todavía no ha contestado usted a mi pregunta —dijo el señor Scudd cuando le alcanzó.
—¿Cuál de ellas?
El señor Scudd trató de recordar. La visión de aquella maldita chica había destruido su concentración.
—La pregunta acerca de esa lectura pornográfica y repugnantemente violenta —dijo por fin.
—Interesante —dijo Wilt—. Muy interesante.
—¿Qué es interesante?
—Que lea usted esa clase de libros. Yo desde luego no los leo.
Subieron una escalera y el señor Scudd hizo uso del pañuelo que mantenía doblado como ornamento en el bolsillo de su chaqueta.
—Yo no leo esa porquería —dijo sin aliento, cuando llegaron al último rellano.
—Me alegra oírlo —dijo Wilt.
—Y me gustaría saber por qué ha sacado usted ese tema.
La paciencia del señor Scudd estaba a punto de acabarse.
—Yo no lo saqué —dijo Wilt que, habiendo llegado al aula en la que el mayor Millfield estaba dando clase a los de Tarta II, se había tranquilizado al ver que, como esperaba, reinaba el orden—. Usted fue quien lo sacó, en relación con cierta literatura histórica que encontró en mi oficina.
—¿Llama usted literatura histórica a *El Estado y la revolución* de Lenin? Yo no estoy en absoluto de acuerdo. Es propaganda comunista de una clase particularmente violenta, y encuentro extremadamente siniestra la idea de que está siendo instalada en las mentes de los jóvenes de su departamento.
Wilt se permitió una sonrisa.
—Continúe —dijo—. Nada me agrada más que escuchar a una

inteligencia bien entrenada saltando por encima del sentido común y llegando a conclusiones equivocadas. Me renueva la fe en la democracia parlamentaria.

El señor Scudd hizo una profunda inspiración. En una carrera que se extendía sobre unos treinta años de autoridad ininterrumpida y apoyada por una pensión no afectada por la inflación en el futuro próximo, había llegado a tener en gran estima a su propia inteligencia y no tenía intención de que en ese momento se la menospreciaran.

—Señor Wilt —dijo—, estaría encantado de saber qué conclusiones se supone debo sacar de la observación de que el director del Departamento de Técnicas de Comunicación en esta escuela tiene un estante lleno de obras de Lenin en su despacho.

—Personalmente yo me sentiría inclinado a no sacar conclusión alguna —dijo Wilt—, pero si usted insiste...

—Por supuesto que sí —dijo el señor Scudd.

—Bien, una cosa es segura. Yo no supondría que ese tipo es un marxista delirante.

—No es una respuesta muy positiva.

—No era una pregunta muy positiva, si vamos a eso —dijo Wilt—. Usted me preguntó a qué conclusiones llegarla yo y cuando le digo que no llegaría a conclusión alguna, usted todavía no está satisfecho. No veo qué más puedo hacer.

Pero antes de que el señor Scudd pudiera replicar, el consejero comarcal se forzó a intervenir.

—Creo que el señor Scudd simplemente quiere saber si hay alguna tendencia política en la enseñanza de su departamento.

—Cantidades —dijo Wilt.

—¿Cantidades? —dijo el señor Scudd.

—¿Cantidades? —repitió el consejero.

—Está absolutamente atiborrada de ellas. De hecho, si usted me preguntara...

—Se lo pregunto —dijo el señor Scudd—. Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—¿Qué? —dijo Wilt.

—Preguntándole cuánta tendencia política hay —dijo el señor Scudd, teniendo que recurrir de nuevo a su pañuelo.

—En primer lugar, ya se lo he dicho, y en segundo lugar, es usted quien dijo que creía que nada se gana discutiendo supuestos teóricos y que había venido para ver por sí mismo lo que sucedía en las aulas. ¿No es así? —El señor Scudd tragó saliva y miró desesperadamente al consejero comarcal, pero Wilt continuó—: Así es. Entonces eche usted una miradita ahí dentro, donde el mayor Millfield está dando una clase a Hostelería a Tiempo Completo, abro paréntesis, Confitería y Pastelería, cierro paréntesis, Segundo Año, conocido familiarmente

como Tarta II, y luego venga y dígame cuánta tendencia política ha conseguido usted extraer de la visita.
Y sin esperar otras preguntas, Wilt volvió a bajar las escaleras hacia su despacho.

—¿Extraer? —dijo el director dos horas más tarde—. ¿Le ha preguntado usted al secretario personal privado del ministro de Educación cuánta tendencia política podía extraer de Tarta II?
—Oh, ¿eso es lo que era?, ¿el propio secretario personal privado del ministro de Educación? —dijo Wilt—. Bien, qué le parece. De todos modos, si hubiera sido un inspector de Su Majestad...
—Wilt —dijo el director con cierta dificultad—, si piensa usted que ese cabrón no va a echarnos encima a uno de los inspectores... De hecho me sorprendería que no caiga sobre nosotros todo el Cuerpo de Inspectores de Su Majestad. Y todo gracias a usted; podía habérselo pensado mejor.
Wilt echó una mirada en derredor al comité que había sido convocado para hacer frente a la crisis. Se componía del director, el subdirector, el consejero comarcal y, por alguna razón oculta, el tesorero.
—A mí no me va ni me viene cuántos inspectores haya por aquí. Encantado de que vengan.
—Usted puede que sí, pero yo tengo mis dudas... —titubeó el director. La presencia del consejero no le permitía dar libre curso a sus opiniones acerca de las deficiencias de otros departamentos—. Doy por sentado que cualquier comentario que yo haga se considerará absolutamente oficioso y confidencial —dijo al fin.
—Absolutamente —dijo el consejero—, yo sólo estoy interesado en los Estudios Liberales y...
—Qué agradable oír ese término de nuevo. Es la segunda vez esta tarde —dijo Wilt.
—Si no hubiera usted permitido que ese desgraciado se fuera con la impresión de que aquel profesor idiota era un miembro de los Jóvenes Liberales y amigo personal de Peter Tatchell...
—El señor Tatchell no es un joven liberal —dijo Wilt—. Por lo que yo sé es un miembro del Partido Laborista, a la izquierda del centro, por supuesto, pero...
—Es un condenado maricón.
—No tengo ni idea. De todos modos, creía que la palabra compasiva era «gay».
—Mierda —murmuró el director.
—O eso, si lo prefiere —dijo Wilt—, aunque difícilmente describiría yo ese término como compasivo. De todos modos, lo que estaba diciendo...

—No me interesa lo que está usted diciendo. Lo que importa es lo que dijo delante del señor Scudd. Usted deliberadamente le dejó creer que esta escuela, en lugar de estar dedicada a la Formación Profesional...
—Me encanta ese «dedicada», de verdad —interrumpió Wilt.
—Sí, dedicada a la Formación Profesional, Wilt, y usted le hizo creer que no empleamos más que a miembros del Partido Comunista y por el otro extremo a un puñado de lunáticos del Frente Nacional.
—El mayor Millfield no es miembro de ningún partido, por lo que yo sé —dijo Wilt—. El hecho de que estuviera discutiendo las implicaciones sociales de la política de inmigración...
—¡Política de inmigración! —explotó el consejero comarcal—. No estaba haciendo tal cosa. Estaba hablando sobre canibalismo entre algunos negros de África y de un cerdo que conserva cabezas humanas en su refrigerador.
—Idi Amin —dijo Wilt.
—No me importa quién sea. El hecho es que estaba demostrando un grado de prejuicio racial que podría acarrearle la persecución del Consejo de Relaciones Raciales, y usted tenía que decirle al señor Scudd que entrase y escuchara.
—¿Cómo cuernos iba yo a saber de qué estaba hablando el mayor? La clase estaba en silencio y tenía que advertir a los otros profesores de que ese tipo andaba por allí. Quiero decir que si a usted se le ocurre aparecer de pronto con un tipo que no tiene estatus oficial alguno...
—¿Estatus oficial? —dijo el director—. Ya le he dicho que justamente el señor Scudd era...
—Oh, ya lo sé y eso no cambia gran cosa. El hecho es que se metió en mi despacho con el señor Reading aquí presente, metió sus narices entre los libros del estante, e inmediatamente me acusó de ser un agente del maldito Komintern.
—Ah, ése es otro asunto —dijo el director—. Usted deliberadamente le dejó con la impresión de que utilizaba ese libro de Lenin, como quiera que se llame...
—*El Estado y la revolución* —dijo Wilt.
—... como material de enseñanza para los aprendices a tiempo parcial. ¿Tengo razón, señor Reading?
El consejero comarcal asintió débilmente. Todavía no se había recuperado de aquellas cabezas en el frigorífico o de la ulterior visita a las Enfermeras Puericultoras que se encontraban enfrascadas en una discusión sobre el imposible y absolutamente terrorífico tema del aborto posnatal de los disminuidos físicos. Las malditas mujeres habían estado a su favor.
—Y eso es sólo el principio —continuó el director, pero Wilt ya tenía bastante.

—El final —dijo—. Si se hubiera molestado en ser cortés, podría haber sido diferente, pero no lo hizo. Y ni siquiera fue lo suficientemente observador para darse cuenta de que aquellos libros de Lenin pertenecen al Departamento de Historia, tenían el sello correspondiente y estaban cubiertos de polvo. Por lo que yo sé, habían permanecido en ese estante desde que me cambié de despacho y ellos lo utilizaban para un tema especial sobre la Revolución rusa en el nivel avanzado.
—Entonces ¿por qué no le dijo usted eso?
—Porque él no lo preguntó. No veo por qué voy a dar información voluntaria a totales desconocidos.
—¿Y qué hay de *El almuerzo desnudo?* Ahí le ofreció usted información voluntaria —dijo el consejero comarcal.
—Sólo porque preguntó por un material de lectura peor y no se me ocurrió algo más absurdo.
—Gracias a Dios —dijo el director en un murmullo.
—Pero usted afirmó definitivamente que la enseñanza en su departamento está atiborrada (sí, usó claramente la palabra «atiborrada») de tendencias políticas. Yo mismo lo oí —continuó el consejero comarcal.
—Exactamente —dijo Wilt—. Considerando que yo cargo con un profesorado de cuarenta y nueve miembros, contando los de dedicación parcial, y toda la enseñanza que dan consiste en enrollarse en la clase como sea para mantenerlos tranquilos durante una hora, yo diría que sus opiniones políticas deben cubrir todo el espectro, ¿no le parece?
—Ésa no es la impresión que usted le dio.
—Yo no estoy aquí para dar impresiones —dijo Wilt—, soy un profesor, ése es un hecho incuestionable, y no un maldito experto en relaciones públicas. Bueno, ahora tengo que irme a una clase de Ingenieros Electrónicos para sustituir al señor Stott, que está enfermo.
—¿Qué le sucede? —preguntó el director por descuido.
—Tiene otra depresión nerviosa. Es comprensible —dijo Wilt, y salió de la habitación.
Los miembros del comité se quedaron mirando vanamente la puerta por la que salió.
—¿Cree usted realmente que ese hombre, Scudd, conseguirá del ministro que se haga una investigación? —preguntó el subdirector.
—Eso es lo que él me dijo —respondió el consejero—. Seguro que habrá preguntas en el Parlamento después de lo que vio y oyó. No es solamente el sexo lo que se le atragantó, aunque francamente eso ya era bastante duro. Ese hombre es católico y la insistencia sobre la contracepción...

—No siga —susurró el director.
—No, lo que realmente le impresionó es que un gamberro borracho de Mecánica de Motores III le mandó a tomar por el culo. Y Wilt, por supuesto.
—Y en cuanto a Wilt, ¿no podemos hacer algo? —preguntó el director con desespero cuando él y el subdirector regresaron a sus despachos.
—No veo qué —dijo el subdirector —. Heredó a la mitad de su profesorado y como no puede echarlos, tiene que arreglárselas como puede.
—Lo que Wilt puede hacernos es provocar interpelaciones en el Parlamento, la total movilización del Cuerpo de Inspectores de Su Majestad y una encuesta pública sobre el modo en que se lleva esta institución.
—Yo no creo que el asunto llegue hasta una encuesta pública. Ese hombre, Scudd, puede tener influencia, pero dudo mucho...
—Yo no lo dudo. Vi a ese marrano antes de irse y estaba prácticamente enloquecido. Y en nombre de Dios, ¿qué es el aborto posnatal?
—Suena como asesinato... —comenzó el subdirector, pero el director se le adelantó en un proceso mental que le conduciría al retiro forzado.
—Infanticidio. Eso es lo que es. Quería saber si yo estaba enterado de que se impartía un curso de Infanticidio para futuras puericultoras y preguntó si teníamos también clases nocturnas para ciudadanos de la tercera edad sobre Eutanasia o Suicidio tipo Hágalo-usted-mismo. ¿No los tenemos, verdad?
—No, que yo sepa.
—Si los tuviéramos le pediría a Wilt que los diera. Ese maldito individuo será mi fin.

En la comisaría de policía de Ipford, el inspector Flint compartía esos sentimientos. Wilt ya había arruinado sus posibilidades de convertirse en comisario y la miseria de Flint se había agravado por la carrera de uno de sus hijos, Ian, que había abandonado la escuela y el hogar antes de llegar al nivel avanzado, y después de graduarse en marihuana y de una sentencia de libertad provisional, había continuado hasta hacerse detener por Aduanas y Arbitrios cargado de cocaína en Dover.
—Adiós a toda esperanza de promoción —había dicho morosamente Flint cuando su hijo fue encarcelado por cinco años, y había atraído sobre sí las iras de la señora Flint, que le había culpado de la delincuencia de su hijo.
—Si no hubieras estado tan interesado en tu propio maldito trabajo y

en ascender y todo lo demás, y te hubieras tomado interés por él como un buen padre, nunca habría llegado donde ahora está —le gritó—, pero no, tenía que ser «sí, señor; no, señor; oh, por supuesto, señor», y todas las noches de trabajo que podías hacer. Y los fines de semana. ¿Y cuándo veía Ian a su propio padre? Nunca. Y cuando lo veías le hablabas siempre de este crimen, o de aquel delincuente y de lo condenadamente listo que habías sido al trincarlo. Esto es lo que tu carrera ha hecho por tu familia. Una mierda.

Y por una vez en su vida, Flint no estaba seguro de que ella no tuviese razón. No conseguía ver la situación de manera más positiva. Él siempre había tenido razón. O había puesto la razón de su lado. Hay que hacerlo así para ser un buen poli. Y él ciertamente había sido honesto. Y su carrera había tenido que ser lo primero.

—Puedes decir lo que quieras —dijo, un poco gratuitamente, pues ésa era casi la única cosa que le había permitido hacer, aparte la compra y lavar y limpiar la casa y preocuparse por Ian, dar de comer al gato y al perro y en general hacerle de fregona—. Si yo no hubiera trabajado como lo he hecho, no tendríamos la casa ni el coche y no habrías podido llevar a ese cabrito a la Costa...

—¡No te atrevas a llamarle así! —había gritado la señora Flint, poniendo con rabia la plancha caliente sobre su camisa, que se quemó.

—Puedo llamarle lo que me dé la gana. Es un despreciable delincuente como todos ellos.

—Y tú eres un despreciable padre. La única cosa que hiciste como padre en tu vida fue deshollinarme la chimenea, y digo deshollinar, porque en lo que a mí respecta no fue más que eso.

Flint se había marchado de casa y había vuelto a la comisaría de policía, dándole vueltas a sombríos pensamientos sobre las mujeres y cómo su lugar estaba en el hogar o debería estarlo, y que iba a ser el hazmerreír de la policía de Fenland, que haría chistes sobre él cuando visitase, en la prisión de Bedford, a su convicto particular, y encima traficante, y en lo que haría con el primer imbécil que le llamara Blancanieves y le acosara... Y, durante todo ese tiempo, en el fondo de su mente había un sentimiento de rencor contra el condenado Henry Wilt. Siempre había estado ahí, pero ahora volvía más fuerte que nunca: Wilt había destrozado su carrera con aquella muñeca y luego el asedio. Oh, sí, él casi había admirado a Wilt en un momento dado, pero eso fue mucho tiempo antes, realmente muchísimo tiempo. El pequeño imbécil estaba estupendamente instalado en su casa de la avenida Oakhurst y con un buen salario en esa mierda de escuela, y un día probablemente sería el director de ese apestoso lugar. Mientras que cualquier esperanza que Flint pudiera haber albergado de llegar a comisario y ser destinado a algún lugar donde

no estuviera Wilt, se había desvanecido como el humo. Le tocaba ser el inspector Flint por el resto de su vida, y cargar con Ipford. Como para subrayar esta ausencia de toda esperanza, habían nombrado al inspector Hodge jefe de la Brigada de Estupefacientes; Hodge, un tonto del culo. Oh, habían tratado de dorarle la píldora, pero el comisario había llamado a Flint para decírselo personalmente, y eso tenía que significar algo. Que estaba acabado y no podían confiar en él en el asunto de las drogas, porque su hijo estaba dentro. Todo lo cual le había producido otro de sus dolores de cabeza, que él siempre había pensado que eran migrañas, sólo que esta vez el médico de la policía le diagnosticó hipertensión y le recetó unas píldoras.

—Claro que soy hipertenso —le había dicho Flint al matasanos—. Con toda esa cantidad de inteligentes cabrones por ahí que tendrían que estar entre rejas, cualquier oficial de policía decente tiene que estar tenso. Si no lo estuviera, no conseguiría atrapar a los mierdas. Es una enfermedad laboral.

—Será lo que usted quiera llamarlo, pero yo le digo que tiene la presión sanguínea alta y...

—Eso no es lo que dijo hace un momento —había replicado Flint como un rayo—. Usted dijo que tenía tensión. Bien, ¿entonces qué es, hipertensión o presión sanguínea alta?

—Inspector —había dicho el doctor—, no está usted interrogando a un sospechoso. —Flint tenía sus reservas acerca de ello—. Y le estoy diciendo tan sencillamente como soy capaz que hipertensión y presión sanguínea alta son una y la misma cosa. Le voy a recetar un diurético al día...

—¿Un qué?

—Le ayudará a orinar.

—Como si yo necesitase algo para eso. Ya me levanto dos veces cada maldita noche.

—Entonces mejor sería que dejara de beber, eso ayudaría también a su presión.

—¿Cómo? Me dice usted que no esté tenso, y la única cosa que ayuda para eso es una o dos cervezas en el pub.

—U ocho —dijo el doctor, que había visto a Flint en el pub—. En cualquier caso, le hará bajar de peso.

—Y orinaré menos. Así que me da una píldora para hacerme orinar y me dice que beba menos. Eso no tiene sentido.

Cuando el inspector Flint dejó el consultorio, todavía no se había enterado del efecto que tendrían sobre él las píldoras que debía tomar. Ni siquiera el doctor había sido capaz de explicarle cómo funcionaban los betabloqueantes. Sólo dijo que funcionaban y que Flint debería tomarlos hasta su muerte.

Un mes más tarde Flint pudo decirle al doctor cómo funcionaban.
—Ni siquiera puedo ya escribir a máquina —dijo mostrando un par de manos grandes con dedos blancos—. Mírelas. Como malditos troncos de apio que hubieran sido blanqueados.
—Forzosamente tiene que tener efectos secundarios. Le daré algo para aliviar esos síntomas.
—No quiero más píldoras para orinar —dijo Flint—. Esas malditas cosas me están deshidratando. Voy trotando sin parar y obviamente no me queda suficiente sangre para que me llegue a los dedos. Y eso no es todo. ¿Qué le parecería estar trabajándose a un delincuente y sentir una imperiosa necesidad justo en el momento en que está a punto de conseguir una confesión? Le digo que está afectando a mi trabajo.
El doctor le miró con suspicacia y pensó nostálgicamente en los días en que sus pacientes no le replicaban y los oficiales de policía eran de calibre diferente al de Flint. Además, no le había gustado la expresión «trabajarse a un delincuente».
—Sólo tenemos que probar en usted otras medicinas —dijo, y se sobresaltó con la reacción de Flint.
—¿Probar en mí otras medicinas? —dijo belicoso—. ¿A quién se supone que está tratando, a mí o a las malditas medicinas? Yo soy quien tiene la presión alta, no ellas. Y no me gusta que experimenten conmigo. Yo no soy ningún maldito perro, ¿sabe?
—Supongo que no —dijo el doctor, y dobló las dosis de betabloqueantes del inspector, pero con diferente nombre comercial, añadió algunas píldoras para contrarrestar los efectos en los dedos, y cambió el nombre del diurético.
Flint volvió a la oficina desde la farmacia sintiéndose como un botiquín ambulante.

Una semana más tarde le era difícil decir cómo se sentía.
—Jodidamente mal, eso es todo lo que sé —le dijo al sargento Yates que había sido lo suficientemente imprudente para preguntar—. Debo haber soltado más agua en las seis últimas semanas que la presa de Assuan. Y me he enterado de una cosa: esta maldita ciudad no tiene suficientes retretes públicos.
—Yo hubiera creído que había para ir tirando —dijo Yates, que una vez había pasado por la desagradable experiencia de ser arrestado por un policía uniformado mientras merodeaba por un urinario público cerca del cine vestido de paisano, tratando de cazar a un verdadero merodeador de urinarios.
—Bueno, pues estaba usted equivocado —gruñó Flint—. Me entró una

necesidad acuciante en la calle Canton, ayer, y ¿cree usted que encontré alguno? Ni pensarlo. Tuve que utilizar un pasaje entre dos casas y casi me pesca una mujer que tendía la ropa. Uno de estos días me detendrán por exhibicionista.
—Hablando de exhibicionistas, tenemos otro informe de un caso cerca del río. Esta vez lo intentó con una mujer de unos cincuenta años.
—Por lo menos es un cambio respecto a esas crías de Wilt y el concejal Birkenshaw. ¿Pudo ver bien al tipo?
—Dice que no pudo ver muy bien la cosa porque estaba en la otra orilla, pero que tuvo la impresión de que no era muy grande.
—¿La cosa? ¿La cosa? —gritó Flint—. No me interesa lo más mínimo eso. Estoy hablando del aspecto de ese mierda. ¿Cómo demonios piensa usted que vamos a identificar a ese maníaco? ¿Haciendo una rueda de identificación de pollas y pidiendo a las víctimas que vengan a estudiarlas?
—Ella no pudo ver su cara. Estaba mirando al suelo.
—Y meando, seguro. Probablemente está tomando los mismos malditos comprimidos que yo. De todas maneras, yo no haría caso del testimonio de una condenada mujer de cincuenta años. A esa edad están todas locas por el sexo. Tengo razones para saberlo. Mi mujer está prácticamente siempre salida y yo no hago más que decirle que ese matasanos me ha bajado tanto la presión que no podría conseguir que se me levantara aunque quisiera. ¿Sabe lo que me dijo?
—No —dijo el sargento Yates, que encontraba el tema bastante desagradable y en cualquier caso era obvio que él no sabía qué era lo que había dicho la señora Flint y no quería oírlo. La sola idea de que alguien pudiera desear al inspector le parecía increíble.
—Tuvo el descaro de decirme que lo hiciera en el otro sentido.
—¿El otro sentido? —dijo Yates sin poderlo remediar.
—Es viejo, el sesenta y nueve. Repugnante. Y probablemente ilegal. Si alguien piensa que yo voy a tragar a mi edad, y encima con mi condenada costilla, van listos.
—Eso diría yo también —dijo el sargento, con aire lastimoso.
Sentía un cierto apego por el viejo Flint, pero todo tiene un límite. En un frenético intento de cambiar a un tema menos repugnante, mencionó al jefe de la Brigada de Estupefacientes. Justo a tiempo. El inspector acababa de comenzar una repulsiva descripción de los intentos de la señora Flint para estimularlo.
—¿Hodge? ¿Qué quiere ahora ese maldito soplapollas? —aulló Flint, consiguiendo todavía aunar los dos temas.
—Facilidades para pinchar teléfonos —dijo Yates—. Afirma que está sobre un sindicato de heroína. Y muy importante.
—¿Dónde?

—No lo dijo, al menos a mí no.
—¿Y para qué quiere mi permiso? Que se lo pida al comisario o al prefecto, yo no entro en eso. ¿O sí? —Se le acababa de ocurrir a Flint que podía ser una indirecta sutil acerca de su hijo—. Si ese cabrón cree que va a hacerme mear fuera del tiesto... —murmuró, y se detuvo.
—No creo que pudiera —dijo Yates tomándose la revancha—, con todos esos comprimidos que usted toma.
Pero Flint no le había oído. Su mente se había desviado por otros caminos, más determinados de lo que él creía por betabloqueantes, vasodilatadores y todas las demás drogas que estaba tomando, pero que combinadas con su odio natural por Hodge y las preocupaciones acumuladas de su trabajo y su familia, le habían convertido en un hombre extraordinariamente agrio. Si el jefe de la Brigada de Estupefacientes pensaba que iba a apuntarse un tanto a su costa, ya podía pensar en otra cosa.
—Hay otras maneras de engordar a un gato aparte de atiborrarlo de crema —dijo con una sonrisa sardónica.
El sargento Yates le miró vacilante.
—¿No sería más bien en el otro sentido? —preguntó, e inmediatamente se arrepintió de esa referencia al otro sentido.
Ya estaba harto de la vida sexual frustrada de la señora Flint, y lo de engordar gatos era mejor dejarlo. El viejo debía de estar loco.
—Desde luego que sí —dijo el inspector—, vamos a atiborrar de crema a ese mierda. ¿Tiene alguna idea de a quién quiere pincharle el teléfono?
—No me explica esa clase de cosas. Piensa que los de uniforme no somos de confianza y no quiere que haya filtraciones.
Esa palabra fue demasiado para el inspector Flint. Saltó de la silla y ya estaba en el lavabo, buscando un alivio temporal.
Para cuando volvió al despacho, su humor había cambiado y estaba casi enloquecidamente alegre.
—Dígale que le daremos toda la cooperación que necesite —le dijo al sargento—, encantados de serle útiles.
—¿Está usted seguro?
—Por supuesto que estoy seguro. Lo único que tiene que hacer es venir a verme. Dígaselo.
—Si usted lo dice... —dijo Yates, y salió del despacho desorientado. Flint se sentó en un estado de placidez inducido por las drogas. Sólo había un punto brillante en su limitado horizonte. Si ese cabrón de Hodge quería destruirse la carrera pinchando teléfonos sin autorización, Flint haría todo lo posible por animarlo. Confortado por este brusco brote de optimismo, se tomó distraídamente otra tableta de betabloqueantes.

CAPITULO III

Pero las cosas ya se estaban moviendo en una dirección que el inspector hubiera encontrado aún más estimulante. Wilt había salido de la reunión con el comité de crisis más bien encantado de su actuación. Si el señor Scudd tenía realmente la influencia que pretendía con el ministro de Educación, podía haber realmente una inspección a gran escala por parte del Cuerpo de Inspectores de Su Majestad. Wilt se felicitaba de esa perspectiva. Había pensado con frecuencia en las ventajas de tal confrontación. En primer lugar, podría pedir una manifestación explícita de lo que el Ministerio pensaba que eran los Estudios Liberales en realidad. Las Técnicas de Comunicación y la Adquisición Expresiva no lo eran. Desde el día en que, unos veinte años atrás, se había unido al personal de la escuela, nunca había tenido un conocimiento claro y nadie había sido capaz de explicárselo. La cosa había comenzado con la peculiar sentencia enunciada por el señor Morris, entonces director del Departamento, de que lo que se suponía estaba haciendo era «Exponer a la Cultura a los Aprendices a Tiempo Parcial», lo que había significado obligar a los pobres diablos a leer *El señor de las moscas* y *Cándido,* y luego discutir lo que ellos pensaban que era el tema de los libros y contrastar sus opiniones con la propia. En opinión de Wilt, todo el asunto había sido contraproducente, y como había dicho, si alguien se había expuesto a algo, eran los profesores los que habían estado expuestos a la barbarie colectiva de los aprendices, lo que explicaba el número de profesores que habían sufrido depresiones nerviosas o se habían convertido en lecheros titulados. Y su propio intento de cambiar el programa por materias más prácticas, como la manera de rellenar los formularios del impuesto sobre la renta, la petición del subsidio de paro, y en general de moverse con alguna confianza en el laberinto de complicaciones burocráticas que transforman el estado de bienestar en una hucha para las clases medias y los gandules literarios, y una incomprensible y humillante pesadilla de formas y lenguaje especializado para la gente pobre, había sido contrariado por las locas teorías de los llamados educadores de la década de 1960, como el doctor Mayfield, y las igualmente irracionales políticas de gasto de la década de 1970. Wilt había persistido en sus protestas de que los Estudios Liberales no necesitaban cámaras de vídeo ni otras ayudas audiovisuales, pero les vendría muy bien que alguien explicara claramente el propósito de tales estudios.
Había sido una petición imprudente. El doctor Mayfield y el consejero

comarcal habían producido sendos memoranda que nadie podía comprender, se habían celebrado una docena de reuniones del comité en las que no se tomó decisión alguna, excepto que, puesto que estaban ahí todas esas cámaras de vídeo, también se podían usar, y que las Técnicas de Comunicación y Adquisición Expresiva estaban más adaptadas al espíritu de los tiempos que los Estudios Liberales. De hecho, los recortes de Educación habían puesto obstáculos a las ayudas audiovisuales, y el hecho de que en departamentos más académicos los profesores inútiles no pudieran ser expulsados, había significado que Wilt había tenido que cargar con más ineptos. Si el Cuerpo de Inspectores de Su Majestad apareciera, quizá podría eliminar esa multitud y racionalizar la cosa, a Wilt le encantaría.

Además, estaba más bien orgulloso de su habilidad para llevar estas confrontaciones.

Su optimismo era prematuro. Después de pasarse cincuenta minutos oyendo a los Ingenieros Electrónicos explicarle el significado de la televisión por cable, volvió a su oficina y encontró a su secretaria, la señora Bristol, histérica.

—Oh, señor Wilt —dijo mientras estaba aún en el pasillo—. Tiene que venir enseguida. Ella está ahí de nuevo y no es la primera vez.

—¿El qué no es la primera vez? —preguntó Wilt desde detrás de una pila de *Shane* que nunca había utilizado.

—Que la he visto ahí.

—¿Ha visto a quién dónde?

—A ella, en los servicios.

—¿A ella en los servicios? —repitió Wilt, esperando desesperadamente que la señora Bristol no tuviera una de sus «crisis». Una vez se había comportado de forma muy extraña cuando una de las chicas de Tarta III había anunciado con toda inocencia que tenía cinco tortillas en el horno—. No sé de qué está usted hablando.

Y tampoco parecía que lo supiera la propia señora Bristol.

—Tiene esa cosa con una aguja y... —dijo con voz desfalleciente.

—¿Cosa con una aguja?

—Jeringa —dijo la señora Bristol—, la tiene en el brazo, llena de sangre y...

—Oh, Dios mío —dijo Wilt, y se dirigió hacia la puerta—. ¿Qué servicios?

—Los del personal femenino.

Wilt detuvo sus pasos.

—¿Me está diciendo que uno de los miembros del personal se está dando un chute de heroína en los servicios de señoras?

La señora Bristol *ya* tenía su crisis.

—La habría reconocido si hubiera sido del personal. Era una joven. Oh, haga algo, señor Wilt. Puede hacerse daño.

—Ya puede decirlo —dijo Wilt, y corrió por el pasillo y las escaleras hasta el rellano y entró en los servicios de la planta baja. Se encontró frente a seis retretes, una fila de lavabos, un gran espejo y un distribuidor de toallas de papel. No había señales de chica alguna. Por otra parte, la puerta del tercer retrete estaba cerrada y alguien estaba haciendo ruidos desagradables dentro. Wilt dudó. En circunstancias menos desesperadas, podía haber supuesto que el señor Rusker, cuya esposa era una adicta a las fibras, estaba teniendo uno de sus días malos otra vez. Pero el señor Rusker no utilizaba los servicios de señoras. Quizá si se ponía de rodillas, podría echar una mirada. Wilt decidió que no. *A)* No le gustaban las miradas, y B) había comenzado a caer en la cuenta de que estaba, por decirlo suavemente, en una situación delicada, y que agacharse y fisgar bajo las puertas de los retretes de señoras podía prestarse a malas interpretaciones. Era mejor esperar fuera. La chica, si era una chica y no una invención peculiar de la imaginación de la señora Bristol, tendría que salir alguna vez.

Con una última mirada al cubo de la basura en busca de alguna hipodérmica, Wilt se dirigió hacia la salida. No llegó a ella. Detrás de él se abrió la puerta de un retrete.

—¡Lo que pensaba! —gritó una voz—. ¡Un sucio *voyeur!*

Wilt conocía esa voz. Pertenecía a la señorita Hare, una profesora de Educación Física a la que una vez en la sala de profesores había comparado con tono demasiado audible con un travesti. Un momento más tarde, su brazo estaba doblado sobre la parte trasera de su cuello y su cara se hallaba en contacto con los azulejos de la pared.

—Es usted un pervertido —continuó la señorita Hare, saltando a las conclusiones más sucias y menos deseables desde el punto de vista de Wilt.

La última persona a la que hubiera querido espiar era la señorita Hare. Sólo un pervertido lo hubiera hecho. Pero no parecía el momento de decirlo.

—Sólo estaba mirando —comenzó, pero la señorita Hare evidentemente no había olvidado el chiste sobre el travesti.

—Puede guardar sus explicaciones para la policía —gritó ella, y reforzó su frase golpeándole la cara contra los azulejos.

Estaba disfrutando mucho y Wilt no, cuando entró la señora Stoley, de Geografía.

—He atrapado al *voyeur* con la manos en la masa —continuó la señorita Hare—. Llame a la policía.

Contra la pared, Wilt trató de ofrecer su punto de vista y fracasó. Tener la amplia rodilla de la señorita Hare clavada en los riñones no le ayudaba, y su diente postizo había saltado.

—Pero si es el señor Wilt —dijo dudosa la señora Stoley.

—Claro que es Wilt. Es exactamente el tipo de cosa que se podría esperar de él.
—Bueno... —comenzó la señora Stoley, que evidentemente no lo había esperado.
—Oh, por Dios, muévase. No quiero que este tipejo se me escape.
—¿Es que trato de hacerlo? —balbuceó Wilt, y se encontró con la nariz aplastada contra la pared.
—Si usted lo dice... —dijo la señora Stoley, y salió de los servicios para volver cinco minutos más tarde con el director y el subdirector.
Para entonces, la señorita Hare había trasladado a Wilt al suelo y estaba arrodillada sobre él.
—¿Qué demonios está pasando? —preguntó el director.
La señorita Hare se levantó.
—Le pillé espiando mis partes privadas —dijo—. Estaba tratando de escapar cuando le agarré.
—No —dijo Wilt buscando a tientas su diente postizo y metiéndoselo inadvertidamente en la boca.
Tenía el sabor de un desinfectante extremadamente fuerte que no había sido formulado para enjuagarse la boca, y le estaba haciendo cosas a su lengua.
Cuando se puso de pie con dificultades y se encaminó hacia el lavabo, la señorita Hare le aplicó una media llave.
—Por Dios, suélteme —aulló Wilt, convencido ahora de que iba a morir envenenado por el ácido fénico—. Todo esto es un terrible error.
—Suyo —dijo la señorita Hare, y le cortó el suministro de aire.
El director les miraba indeciso. Aunque hubiera disfrutado con la desgracia de Wilt en otras circunstancias, el verle mientras era estrangulado por una mujer atléticamente constituida como la señorita Hare, cuya falda se había caído, era más de lo que su estómago podía aguantar.
—Creo que sería mejor que lo soltara —dijo, cuando la cara de Wilt estaba ya negra y la lengua le colgaba—. Parece que sangra mucho.
—Bien empleado le está —dijo la señorita Hare y, de mala gana, lo dejó respirar de nuevo. Wilt se precipitó a un lavabo y abrió el grifo.
—Wilt —dijo el director—, ¿qué significa esto?
Pero Wilt se había sacado de nuevo el diente postizo y estaba intentando desesperadamente enjuagarse la boca bajo el grifo.
—¿No sería mejor esperar a la policía antes de que haga una declaración? —preguntó la señorita Hare.
—¿La policía? —gritaron el director y el subdirector a la vez—. No estará usted sugiriendo seriamente que hay que llamar a la policía para tratar este... eh... asunto.
—Yo sí —farfulló Wilt desde el lavabo.

Incluso la señorita Hare pareció asombrada.
—¿Usted? —preguntó—. Usted tiene la desvergüenza de venir aquí a espiarme...
—Cojones —dijo Wilt, cuya lengua parecía estar recuperando su tamaño normal, aunque todavía tenía el sabor de un retrete recién esterilizado.
—¿Cómo se atreve? —gritó la señorita Hare, y estaba a punto de hacerle otra llave cuando intervino el subdirector.
—Creo que deberíamos oír la versión de Wilt antes de hacer algo precipitado, ¿no le parece?
A la señorita Hare obviamente no le parecía, pero interrumpió su ataque:
—Ya le he dicho con toda precisión lo que estaba haciendo —dijo.
—Sí, bueno, pues déjeme decirle...
—Estaba agachándose y mirando por debajo de la puerta —continuó la señorita Hare, sin remordimientos.
—No es cierto —dijo Wilt.
—No se atreva a mentir. Siempre supe que era usted un pervertido. ¿Recuerda aquel repugnante incidente con la muñeca? —dijo, apelando al director.
El director no necesitaba que se lo recordaran, pero fue Wilt quien respondió.
—La señora Bristol —farfulló, secándose la nariz con una toalla de papel—, la señora Bristol es quien inició esto.
—¿La señora Bristol?
—La secretaria de Wilt —explicó el subdirector.
—¿Sugiere usted que estaba buscando a su secretaria aquí dentro? —preguntó el director—. ¿Es eso lo que está usted diciendo?
—No, no es eso. Digo que la señora Bristol les explicará por qué estaba yo aquí y quiero que se lo oigan a ella antes de que esa maldita aplanadora rellena de esteroides anabolizantes comience a machacarme de nuevo.
—No voy a quedarme aquí para que me insulte un...
—Entonces mejor sería que se pusiera la falda —dijo el subdirector, cuyas simpatías estaban completamente a favor de Wilt.

El pequeño grupo se dirigió escaleras arriba, pasó delante de una clase de Inglés de estudiantes de nivel avanzado que terminaban su hora con el señor Gallen sobre El Elemento Pastoral en el *Preludio* de Wordsworth y, por lo tanto, no estaban preparados para un elemento urbano como la nariz sangrante de Wilt. Y tampoco lo estaba la señora Bristol.
—Oh, querido señor Wilt, ¿qué le ha pasado? —preguntó—. ¿No le

atacaría ella?
—Dígaselo —dijo Wilt—, dígaselo usted.
—¿Decirles qué?
—Lo que usted me dijo —gritó Wilt, pero la señora Bristol estaba demasiado preocupada por su estado, y la presencia del director y del subdirector la había acobardado.
—Quiere decir acerca de...
—Quiero decir... No importa lo que yo quiero decir —dijo Wilt, lívido— sólo dígales lo que estaba haciendo yo en los servicios de señoras, eso es todo.
El rostro de la señora Bristol registró aún más confusión.
—Pero yo no lo sé —dijo—, no estaba allí.
—Ya sé dónde estaba usted, maldita sea, lo que quieren saber es por qué estaba yo allí.
—Bueno... —comenzó la señora Bristol y perdió la serenidad otra vez —. ¿No se lo ha dicho usted?
—¿Será posible —dijo Wilt— que no pueda usted soltarlo de una vez? Estoy aquí acusado de ser un *voyeur* por la señorita Hare la Estranguladora, aquí presente.
—Si me llama eso otra vez, ni su propia madre lo reconocerá —dijo la señorita Hare.
—Como hace diez años que murió, supongo que no podría —dijo Wilt, retrocediendo tras el escritorio.
Cuando la profesora de Educación Física pudo ser reducida, el director trató de sacar algo en claro de una situación cada vez más confusa.
—Por favor, ¿puede alguien arrojar alguna luz sobre este sórdido asunto? —preguntó.
—Si alguien puede, es ella —dijo Wilt señalando a su secretaria—, después de todo ella me excitó.
—¿Yo lo excité, señor Wilt? Nunca hice una cosa así. Todo lo que hice fue decirle que había una chica en los lavabos del personal con una jeringuilla hipodérmica y que no sabía quién era y... —Intimidada por la mirada de horror que había en la cara del director, se detuvo—. ¿He dicho algo malo?
—¿Vio usted a una chica con una jeringuilla en los servicios del personal? ¿Y se lo dijo a Wilt?
La señora Bristol asintió silenciosamente.
—Cuando dice usted «chica» presumo que no se refiere a algún miembro del personal.
—Estoy segura de que no. No vi su cara, pero seguramente la hubiera reconocido. Y tenía esa espantosa jeringuilla clavada en el brazo y llena de sangre... —Miró a Wilt en busca de ayuda.
—Usted dijo que se estaba drogando.
—No había nadie en aquellos servicios mientras yo estuve —dijo la

señorita Hare—, yo lo habría oído.
—Supongo que podría haber sido alguien que padezca diabetes —dijo el subdirector—, alguna estudiante adulta que no quisiera utilizar los servicios de alumnos por razones obvias.
—Oh, claro —dijo Wilt—, quiero decir que todos conocemos diabéticos que andan por ahí con jeringuillas llenas de sangre. Evidentemente estaba redoblando el chute para conseguir la dosis máxima.
—¿Redoblando el chute? —preguntó el director, débilmente.
—Eso es lo que hacen los yonquis —dijo el subdirector—. Se inyectan y luego...
—No quiero saberlo —cortó el director.
—Bueno, si estaba inyectándose heroína...
—¡Heroína! Es lo que nos hacía falta —dijo el director, y se sentó deprimidísimo.
—Si quieren saber mi opinión —dijo la señorita Hare—, todo este asunto es una invención. Yo estuve allí diez minutos...
—¿Haciendo qué? —preguntó Wilt—. Aparte de atacarme.
—Algo femenino, si lo quiere saber.
—Como tomar esteroides. Bueno, pues déjeme decirle que cuando llegué ahí abajo y no estuve más de...
Ahora era el turno de la señora Bristol para intervenir.
—¿Abajo? ¿Ha dicho usted abajo?
—Claro que he dicho abajo. ¿Qué esperaba usted que dijera? ¿Arriba?
—Pero los servicios están en el cuarto piso, no en el segundo. Allí es donde estaba esa chica.
—Ahora nos lo dice usted. ¿Y adonde demonios pensó usted que iba yo?
—Pero si yo siempre voy arriba —dijo la señora Bristol—, me mantiene en forma. Quiero decir que es bueno hacer ejercicio y...
—Oh, cállese —dijo Wilt, y se enjugó la nariz con un pañuelo manchado de sangre.
—Muy bien, vamos a aclarar esto —dijo el director, al decidir que ya era hora de ejercer su autoridad—. La señora Bristol dijo a Wilt que había una chica arriba inyectándose alguna cosa y Wilt, en lugar de ir arriba, bajó a los servicios del segundo piso y...
—Y fui reducido al estado de puré por la señorita Estranguladora Cinturón Negro aquí presente —dijo Wilt, que estaba comenzando a recuperar la iniciativa—. Y supongo que a nadie se le ha ocurrido todavía subir y ver si esa drogadicta continúa ahí.
Pero el subdirector ya había salido.
—Si este mierda se atreve a llamarme Estranguladora otra vez... —dijo la señorita Hare amenazadora—. Además, todavía creo que deberíamos avisar a la policía. Quiero decir, ¿por qué Wilt bajó en lugar de subir? A mí me parece raro.

—Porque yo no uso los servicios de señoras o, en todo caso, no los servicios bisexuales, por eso.
—Oh, por Dios —dijo el director—, obviamente ha habido algún error y si todos conservamos la calma...
El subdirector regresó.
—No hay señales de ella —dijo.
El director se puso de pie.
—Bueno, ya está. Evidentemente ha habido un error. La señora Bristol puede haber imaginado...
Pero cualquiera que fuera el comentario que estuviera a punto de hacer sobre la imaginación de la señora Bristol, fue interrumpido por las siguientes palabras del subdirector:
—Pero encontré esto en el cubo de la basura —dijo, y mostró una toalla de papel arrugada y manchada de sangre, que se parecía al pañuelo de Wilt.
El director lo miró con desagrado.
—Eso nada prueba. Las mujeres sangran en ocasiones.
—Considerémoslo una compresa y no hablemos más —dijo Wilt con rencor.
Ya estaba harto de sangre. La señorita Hare se volvió hacia él.
—Eso sí que es típico de un machista bocazas —le soltó.
—Sólo estaba interpretando lo que el director...
—Y algo más concluyente... esto —interrumpió el subdirector, esta vez mostrando una aguja hipodérmica.
Esta vez fue la señora Bristol quien remachó:
—Vaya, qué les dije. No me he imaginado nada. Había una chica allí arriba inyectándose y yo la vi. ¿Y ahora qué van a hacer ustedes?
—No debemos pasar por alto las conclusiones sólo porque... —comenzó el director.
—Llamen a la policía. Exijo que llamen a la policía —dijo la señorita Hare, decidida a aprovechar esta oportunidad para airear sus opiniones acerca de Wilt el *voyeur* tan ampliamente como fuera posible.
—Señorita Estranguladora —dijo el director, compartiendo los sentimientos de Wilt respecto de la profesora de Educación Física—, éste es un asunto que requiere mantener la calma.
—Señorita Hare es mi nombre, y si no tiene usted la decencia... ¿Adonde piensa usted que va?
Wilt había aprovechado la oportunidad para deslizarse hasta la puerta.
—A los servicios de caballeros, a reparar los daños que usted me causó y luego a la Unidad de Transfusiones de Sangre para repostar, y después de eso, si mi estado lo permite, a mi médico y al abogado más hábil que pueda encontrar para procesarla a usted por agresión.

Y antes de que la señorita Hare pudiera alcanzarle, Wilt había salido al pasillo y se había atrincherado en los servicios de caballeros.
La señorita Hare lanzó su furia sobre el director.
—Muy bien, está decidido —gritó—. Si no llama usted a la policía, lo haré yo. Quiero que los hechos de este caso se digan en voz alta y clara, de manera que si ese maníaco sexual va a algún abogado, el público se entere del tipo de gente que enseña aquí. Quiero que todo este asqueroso asunto se trate abiertamente.
Esto era lo último que deseaba el director.
—Realmente no creo que eso sea sensato —dijo—. Después de todo, puede ser que Wilt haya cometido simplemente un error natural.
La señorita Hare no estaba dispuesta a ablandarse.
—El error que ha cometido Wilt no era natural. Y, además, la señora Bristol vio a una chica inyectándose heroína.
—Eso no lo sabemos. Puede haber una explicación totalmente normal.
—La policía lo sabrá enseguida que tenga la jeringuilla —dijo la señorita Hare inconmovible—. Y ahora, ¿van a llamar o no?
—Si lo pone usted así, supongo que tendré que hacerlo —dijo el director, mirándola con aversión.
Y descolgó el auricular del teléfono.

CAPITULO IV

Una vez en los servicios de caballeros, Wilt contempló su rostro en el espejo. La visión era tan desagradable como la sensación. La nariz estaba hinchada, había hilos de sangre en la barbilla y la señorita Hare había conseguido abrirle un antiguo corte encima del ojo derecho. Wilt se lavó la cara en un lavabo y pensó lúgubremente en el tétanos. Luego se sacó el diente postizo y estudió su lengua. No tenía dos veces el tamaño normal, como había esperado, pero todavía sabía a desinfectante. Se enjuagó la boca bajo el grifo, un poco reconfortado por el pensamiento de que sus papilas gustativas no podrían albergar ningún germen del tétanos a juzgar por su concentración en ácido fénico. Después de esto, volvió a colocarse el diente y se preguntó qué era lo que había en su persona que atraía los malentendidos y las catástrofes.
El rostro del espejo nada le dijo. Era un rostro muy ordinario y Wilt no se hacía ilusiones de ser guapo. Y, sin embargo, a pesar de su vulgaridad, tenía que ser la fachada tras la cual se ocultaba un cerebro extraordinario. En el pasado había acariciado la idea de que era una mente original, o al menos particular. No es que eso ayudase mucho. Todas las mentes tenían sus particularidades y eso no las hacía propensas a los accidentes, por decirlo suavemente. No, la verdad era que carecía del sentido de su propia autoridad.
—Simplemente permites que las cosas te sucedan —le dijo a la cara del espejo—. Ya va siendo hora de que seas tú quien las haga suceder.
Pero mientras lo decía, sabía que nunca iba a ser así. Nunca sería una persona dominadora. Un hombre de poder cuyas órdenes fueran obedecidas sin rechistar. Ésa no era su naturaleza. Para ser más exactos, carecía del impulso y de la energía necesarios para ocuparse de los detalles, para aplicar sutilezas al procedimiento y ganar aliados y superar las maniobras de los adversarios, en resumen, para concentrar su atención en los medios de adquirir poder. Peor todavía, despreciaba a la gente que tenía esa energía. Invariablemente, se limitaban a una visión del mundo en la que sólo ellos eran importantes y les tenía sin cuidado lo que los demás desearan. Y estaban en todas partes, esos Hitler de comité, especialmente en la escuela. Ya era hora de que se les desafiara. Un día quizá él mismo...
Fue interrumpido en sus ensoñaciones por la entrada del subdirector.
—Ah, está usted aquí, Henry —dijo—, creo que será mejor que sepa que hemos tenido que llamar a la policía.

—¿Para qué? —preguntó Wilt, alarmado repentinamente al pensar en la reacción de Eva si la señorita Hare le acusaba de ser un *voyeur.*
—Drogas en la escuela.
—Ah, claro. ¿No es un poco tarde para eso? Las tenemos aquí desde que puedo recordar.
—¿Quiere decir que lo sabía?
—Yo creía que todo el mundo lo sabía. Es del dominio público. En cualquier caso, es obvio que debemos contar con algunos yonquis, con todos los estudiantes que tenemos —dijo Wilt, y se las arregló para escapar mientras el subdirector estaba todavía ocupado en el urinario.

Cinco minutos más tarde había salido de la escuela y estaba inmerso una vez más en esos pensamientos especulativos que parecían ocupar gran parte de su tiempo cuando estaba solo. Por ejemplo, ¿por qué se hallaba tan preocupado con el poder si no estaba realmente dispuesto a hacer cosa alguna al respecto? Después de todo, ganaba un sueldo adecuado —que sería realmente bueno si Eva no gastase la mayor parte en la educación de las cuatrillizas— y objetivamente hablando no tenía de qué quejarse. Objetivamente, eso nada quería decir. Lo que importa es lo que uno siente. Y en ese terreno, Wilt iba de culo, incluso los días en que la señorita Hare no le machacaba la cara.
Por ejemplo, observemos a Peter Braintree. Ese no tenía la menor sensación de futilidad o de carencia de poder. Incluso había rechazado el ascenso, porque hubiera significado dejar de enseñar y dedicarse a tareas administrativas. En lugar de eso, estaba contento con dar sus clases de Literatura Inglesa y volver a casa con Betty y los niños y pasar las veladas jugando con los trenes o haciendo modelos de aeroplanos cuando había terminado de corregir ejercicios. Y los fines de semana, salía a ver un partido de fútbol o a jugar al cricket. Y lo mismo durante las vacaciones. Los Braintree siempre iban de camping y de caminata y volvían tan contentos, sin las broncas y catástrofes que parecían parte inevitable de las excursiones familiares de Wilt. A su manera, Wilt les envidiaba, aunque tenía que admitir que esa envidia estaba temperada por un desprecio que él sabía totalmente injustificado. En el mundo moderno, en cualquier mundo, no había razones suficientes para estar contento y esperar que todo resultara bien al final. Según la experiencia de Wilt, todo resultaba superlativamente mal, por ejemplo la señorita Hare. Por otra parte, cuando él había tratado de hacer algo para enderezar la situación, el resultado había sido siempre catastrófico. No parecía haber una salida.

Todavía estaba enfrascado en el problema mientras cruzaba la calle Bilton y subía por la avenida Hillbrow. También allí, los signos le mostraban que casi todo el mundo estaba contento con lo que le había tocado. Los cerezos estaban en flor, y los pétalos rosados y blancos se diseminaban sobre la acera como confeti. Wilt contempló los jardines delanteros; la mayoría de ellos estaban cuidados y resplandecientes de alhelíes, pero algunos, donde vivían los profesores universitarios, estaban descuidados y llenos de hierbajos. En la esquina de la calle Pritchard, el señor Sands estaba ocupado con sus azaleas y brezos, demostrando a un mundo indiferente que un banquero retirado podía hallar satisfacción cultivando plantas de terreno ácido en un terreno alcalino. Un día el señor Sands había explicado a Wilt las dificultades y la necesidad de sustituir todo el terreno superficial por turba, para reducir el pH. Como Wilt no tenía ni idea de lo que era el pH, no se había enterado de lo que estaba hablando el señor Sands, pero en cualquier caso, estaba más interesado en el carácter del señor Sands y en el enigma de su satisfacción. El hombre se había pasado cuarenta años presumiblemente fascinado por el movimiento del dinero de unas cuentas a otras, las fluctuaciones en el tipo de interés y las garantías para préstamos y descubiertos, y sin embargo parecía que todo lo que podía decir era acerca de las necesidades de sus camelias y coníferas enanas. Esto no tenía sentido y era tan inexplicable como el carácter de la señora Cranley, que había participado una vez de manera muy espectacular en un juicio acerca de un burdel en Mayfair, pero que ahora cantaba en el coro de St. Stephens y escribía cuentos para niños llenos de fantasía irrefrenable y asombrosa inocencia. Todo esto estaba fuera de su alcance. De estas observaciones sólo podía deducir un hecho. La gente podía y de hecho cambiaba sus vidas de un instante al otro, y además de manera muy profunda. Y si ellos podían, no había razón alguna para que él no pudiera. Fortalecido con este conocimiento, continuó su camino con más confianza y con la determinación de no soportar la menor tontería de las cuatrillizas esa noche.

Como siempre, se reveló su error. Tan pronto como abrió la puerta delantera se vio asediado.

—Oh, papi, ¿qué te has hecho en la cara? —preguntó Josefina.

—Nada —dijo Wilt, y trató de escapar escaleras arriba antes de que pudiera comenzar la verdadera inquisición.

Necesitaba un baño y su ropa apestaba a desinfectante. Fue detenido por Emmeline, que estaba jugando con su hámster a medio camino.

—No pises a Percival —dijo—, está preñada.

—¿Preñado? —dijo Wilt, momentáneamente desconcertado—. No puede estarlo. Es imposible.

—Percival es hembra, por eso.
—¿Hembra? Pero si el hombre de la tienda garantizó que eso era un macho. Se lo pregunté específicamente.
—Y no es una cosa —añadió Emmeline—, sino una mamá que está esperando.
—Más le vale no serlo —dijo Wilt—. No pienso permitir que una explosión demográfica de hámsters invada la casa. Y en cualquier caso, ¿cómo lo sabes tú?
—Porque la pusimos el otro día con el de Julián, para ver si luchaban hasta la muerte como el libro decía, y Percival entró en trance y no hizo nada.
—Un tipo razonable —dijo Wilt, identificándose inmediatamente con Percival en tan horribles circunstancias.
—Ella no es un tipo. Las mamás hámsters siempre entran en trance cuando quieren que se les haga.
—¿Que se les haga qué? —dijo Wilt imprudentemente.
—Lo que tú le haces a mami los domingos por la mañana, y mami está luego muy rara.
—¡Dios! —exclamó Wilt, maldiciendo a Eva por no cerrar la puerta del dormitorio. Además, esa mezcla de exactitud y charla infantil estaba sacándole de quicio—. En cualquier caso, no importa lo que hacemos. Quiero que...
—¿Mami también entra en trance? —preguntó Penelope, que bajaba las escaleras con una muñeca en su cochecito.
—Eso no es algo que esté dispuesto a discutir —dijo Wilt—, necesito un baño y voy a dármelo. Ahora.
—No puedes —dijo Josephine—. Sammy se está lavando el pelo. Tiene piojos. Tú también hueles muy raro. ¿Qué tienes en el cuello?
—Y por todo el delantero de la camisa —Esta fue Penelope.
—Sangre —dijo Wilt poniendo en la palabra tanta amenaza como fue capaz.
Apartó el cochecito y entró en el dormitorio, preguntándose qué era lo que les imbuía a las cuatrillizas esa especie de espantosa autoridad colectiva. Cuatro hijas por separado no hubieran tenido el mismo grado de seguridad, y las cuatrillizas definitivamente habían heredado la capacidad de Eva para empeorar las cosas. Mientras se desvestía, podía oír a Penelope anunciando sus desgracias triunfalmente a su madre a través de la puerta del cuarto de baño.
—Papi ha venido oliendo a desinfectante y se ha cortado la cara.
—Se está quitando los pantalones y tiene sangre por toda la camisa —coreó Josephine.
—Oh, fantástico —dijo Wilt—. Esto la hará venir como un gato escaldado.
Pero fue el anuncio de Emmeline de que papi había dicho que mami

entraba en trance cuando quería echar un polvo lo que provocó el drama.
—No digas esa palabra —aulló Wilt—. Te lo he dicho una y cien veces, y yo nunca he hablado de que tu jodida madre entrase en trance. Yo dije...
—¿Qué me has llamado? —gritó Eva saliendo como una tromba del cuarto de baño.
Wilt se volvió a subir los calzoncillos y suspiró. En el rellano, Emmeline estaba describiendo con exactitud clínica los hábitos de apareamiento del hámster y atribuyendo la descripción a Wilt.
—Yo no he dicho que fueras un maldito hámster. Ésa es una completa mentira. No sé una palabra de esas jodidas bestias y por supuesto nunca quise tenerlas...
—Ya estamos —gritó Eva—. Les dices a las niñas que no digan palabras obscenas y luego las usas tú. No puedes esperar que ellas...
—Espero que no mientan. Eso es mucho peor que el tipo de lenguaje que usan y, en cualquier caso, Penelope lo usó primero. Yo...
—Y no tienes derecho en absoluto a discutir nuestra vida sexual con ellas.
—No, y no lo estaba haciendo —dijo Wilt—. Lo que dije es que no quería la casa llena de condenados hámsters. El tipo de la tienda me vendió esa rata mentalmente deficiente como un macho, no como una maldita máquina de procrear.
—Ahora además te estás comportando como un machista —aulló Eva.
Wilt miró a su alrededor con aire enloquecido.
—No estoy siendo machista —dijo por último—. Simplemente sucede que es un hecho bien conocido que los hámsters...
Pero Eva había captado su incongruencia.
—Oh sí, claro que lo eres. Por la manera en que hablas cualquiera diría que piensas que las mujeres son las únicas que desean lo-que-tú-sabes.
—Lo-que-tú-sabes, no seas ridícula. Esas cuatro alcahuetas de ahí fuera saben que sin lo-que-tú-sabes...
—¡Cómo te atreves a llamar alcahuetas a tus propias hijas! Ésa es una palabra repugnante.
—Es la apropiada —dijo Wilt—, y en cuanto a que sean mis propias hijas, puedo decirte que...
—Yo que tú no lo haría —dijo Eva.
Wilt no lo hizo. Si se empujaba a Eva demasiado lejos nunca se sabía hasta dónde podía llegar. Además, ya estaba más que harto del poder femenino en acción por ese día.
—De acuerdo. Pido disculpas —dijo—. Fue una estupidez decir eso.
—Desde luego que lo fue —dijo Eva, calmándose y recogiendo la camisa del suelo—. ¿Cómo fue a parar toda esta sangre a tu camisa

nueva?
—Me resbalé y me caí en los servicios —dijo Wilt tras decidir que no era el momento más apropiado para una descripción más detallada—. Por eso huele así.
—¿En los servicios? —preguntó Eva, suspicaz—. ¿Te caíste en los servicios?
Wilt apretó los dientes. Podía ver cómo se desencadenaba un gran número de terribles consecuencias si la verdad salía a la luz, pero ya se había lanzado.
—A causa de una pastilla de jabón —dijo—. Algún idiota la había dejado en el suelo.
—Y otro idiota la pisó —dijo Eva, recogiendo la chaqueta y los pantalones de Wilt y poniéndolos en un cesto de plástico—. Puedes llevar esto a la tintorería mañana cuando vayas al trabajo.
—Bien —dijo Wilt y se dirigió al cuarto de baño.
—No puedes entrar ahí ahora. Todavía estoy lavando el pelo a Samantha y no puedes pasearte por ahí...
—Pues me ducharé en calzoncillos —dijo Wilt, y se quedó escondido tras la cortina de la ducha mientras escuchaba a Samantha explicar al mundo en general que las hembras de los hámsters mordían frecuentemente los testículos de los machos después de la copulación.
—Me extraña que se molesten en esperar. Es como decir tú te lo guisas y tú te lo comes —murmuró Wilt, mientras se enjabonaba distraídamente los calzoncillos.
—Te he oído —dijo Eva e inmediatamente abrió el grifo de agua caliente de la bañera. Tras la cortina de la ducha, Wilt temblaba bajo la cascada de agua fría. Con un gruñido de desesperación, cerró el grifo y salió de la ducha.
—Las bragas de papi echan espuma —gritaron las cuatrillizas encantadas.
Wilt las miró con furia.
—No es el único lugar que va a echar espuma si no salís de aquí en este jodido instante —gritó.
Eva cerró el grifo de agua caliente de la bañera.
—Ése no es modo de dar ejemplo —dijo—, hablando de esa manera. Debería darte vergüenza.
—Vergüenza, y una mierda. He tenido un día espantoso en la escuela y tengo que salir para ir a la cárcel a enseñar a esa siniestra criatura McCullum, y tan pronto pongo el pie en el seno de mi hogar, entonces yo...
El timbre de la puerta de entrada sonó estrepitosamente.
—Ése tiene que ser el señor Leach, el de la puerta de al lado, que viene a quejarse otra vez —dijo Eva.

—Que se vaya a hacer puñetas —dijo Wilt y se metió de nuevo en la ducha.
Esta vez comprobó lo que se siente al ser escaldado.

CAPITULO V

Las cosas estaban también al rojo vivo para otras gentes de Ipford. Por ejemplo, el director. Acababa de llegar a casa y estaba abriendo el mueble-bar con la esperanza de ahogar sus recuerdos de un día desastroso, cuando sonó el teléfono. Era el subdirector.
—Me temo que tengo noticias desagradables —dijo con una lúgubre satisfacción que el director reconoció. Estaba relacionada con funerales—. Es sobre esa chica que estábamos buscando...
El director estiró la mano para alcanzar la botella de ginebra y se perdió el resto de la frase. Volvió al auricular a tiempo para oír algo acerca de la sala de calderas.
—Repítalo —dijo, sujetando la botella entre las rodillas y tratando de abrirla con una sola mano.
—Digo que el bedel la encontró en la sala de calderas.
—¿En la sala de calderas? ¿Y qué podía estar haciendo allí?
—Agonizando —dijo el subdirector, afectando un tono aún más sombrío.
—¿Agonizando?
El director ya había abierto la botella y se estaba sirviendo una ginebra doble. Eso era aún más espantoso de lo que esperaba.
—Me temo que sí.
—¿Dónde está ahora? —preguntó el director, tratando de conjurar lo peor.
—Todavía en la sala de calderas.
—Todavía... Pero hombre de Dios, si está en esas condiciones, ¿por qué demonios no la ha enviado al hospital?
—No está en esas condiciones —respondió el subdirector, e hizo una pausa. Él también había tenido un día duro—. Lo que dije era que estaba agonizando. El hecho es que está muerta.
—Oh, Dios mío —dijo el director, y bebió un trago de ginebra pura. Eso era mejor que nada—. ¿Quiere decir que murió de sobredosis?
—Probablemente. Supongo que la policía lo descubrirá.
El director se acabó el resto de ginebra.
—¿Cuándo sucedió?
—Hace más o menos una hora.
—¿Hace una hora? Yo todavía estaba en mi despacho hace una hora. ¿Por qué no se me informó?
—Lo primero que pensó el vigilante fue que estaba bebida y avisó a la señora Ruckner, que estaba dando una clase de bordados étnicos a Economía Doméstica en el bloque Morris y...

—Ahora eso no importa —contestó con brusquedad el director—. Una chica ha muerto en nuestros locales y tiene usted que hablarme de la señora Ruckner y los bordados étnicos.
—No estoy hablando de la señora Ruckner —dijo el subdirector un poco sublevado—, simplemente estoy tratando de explicar.
—Oh, bien, ya le he oído. ¿Así que qué han hecho con ella?
—¿Con quién, con la señora Ruckner?
—No, con esa maldita chica, por el amor de Dios. No es necesario que sea impertinente.
—Si va adoptar ese tono, lo mejor es que venga y lo vea por usted mismo —dijo el subdirector y colgó el teléfono.
—Maldita mierda —dijo el director, dirigiéndose involuntariamente a su esposa que acababa de entrar en la habitación.

En la comisaría de policía de Ipford la atmósfera era también bastante corrosiva.
—No me dé eso —decía Flint que acababa de volver de una infructuosa visita al manicomio para entrevistar a un paciente que había confesado (con bastante falsedad) ser el Fantasma Exhibicionista—. Déselo a Hodge, él está en lo de las drogas y yo ya he tenido suficiente con esa maldita escuela.
—El inspector Hodge no está —dijo el sargento—, y ellos preguntaron especialmente por usted. En persona.
—Ésa sí que es buena —dijo Flint—. Alguien le está tomando el pelo. La última persona que ellos desean ver es a mí. Y el sentimiento es recíproco.
—No es una broma, señor. Era el subdirector en persona. Un tal Avon. Mi chico va allí, por eso lo sé.
Flint se le quedó mirando con incredulidad.
—¿Su hijo va a ese infierno? ¿Y usted se lo permite? Debe de estar loco. Yo no dejaría que un hijo mío se acercase a menos de un kilómetro de ese lugar.
—Puede que no —dijo el sargento, evitando con tacto la observación de que puesto que el hijo de Flint estaba cumpliendo una condena de cinco años, no era probable que fuese a ningún sitio—. De todos modos, es aprendiz de fontanero. Tiene clases a tiempo parcial y no puede negarse a ir. Hay una ley sobre eso.
—Si quiere saber mi opinión, debería haber una ley que impidiese que los jóvenes tuvieran algo que ver con los tipos que enseñan ahí. Cuando pienso en Wilt... —Sacudió la cabeza con desesperación.
—El señor Avon dijo algo acerca de que es necesario su discreto método de investigación —continuó el sargento—. De todos modos, no saben cómo murió la chica. Quiero decir que no tiene por qué ser

una sobredosis.
Flint se irguió.
—Qué método discreto ni qué... —murmuró—. De todos modos, un asesinato de verdad cambia la situación.
Se puso de pie, bajó al aparcamiento y condujo por la calle Nott hasta la escuela. Un coche patrulla estaba aparcado delante de las puertas. Flint pasó delante de él y aparcó deliberadamente en el espacio reservado para el gerente. Luego, con la confianza menoscabada que siempre sentía al volver a la escuela, entró en el edificio. El subdirector le estaba esperando junto al mostrador de información.
—Ah, inspector, me alegra tanto que haya venido.
Flint le miró con suspicacia. Sus anteriores visitas no habían sido tan bien recibidas.
—Veamos, ¿dónde está el cuerpo? —dijo abruptamente, y le agradó observar que el subdirector se crispaba.
—Eh... en la sala de calderas —dijo—. Pero antes está la cuestión de la discreción, si pudiéramos evitar una gran parte de publicidad, sería realmente muy provechoso.
El inspector Flint se animó. Cuando esos tipos comenzaban a lloriquear sobre la publicidad y la necesidad de discreción, las cosas tenían que ir mal. Por otra parte a él ya le había tocado sufrir la mala publicidad de la escuela.
—Si tiene algo que ver con Wilt... —comenzó, pero el subdirector negó con la cabeza.
—Nada de eso, se lo aseguro —dijo—, al menos, no directamente.
—¿Qué significa no directamente? —dijo Flint con circunspección.
Con Wilt nunca nada era directo.
—Bien, él fue el primero al que se le dijo que la señorita Lynchknowle había tomado una sobredosis, pero se equivocó de servicios.
—¿Se equivocó de servicios? —dijo Flint y enseñó los dientes en una sonrisa burlona. Un segundo después la sonrisa se había borrado. Estaba oliendo complicaciones—. ¿La señorita qué?
—Lynchknowle. A eso me refería... bueno, la necesidad de la discreción. Quiero decir...
—No tiene usted que decírmelo. Lo sé de sobra, como puede imaginar —dijo Flint, un poco más ásperamente de lo que al subdirector le gustaba—. La hija del representante de la Corona que la diña aquí y usted no quiere que él... —Se interrumpió y miró fijamente al subdirector—. En primer lugar, ¿cómo estaba ella aquí? No me diga que estaba liada con uno de sus así llamados estudiantes.
—Ella era una de nuestras estudiantes —dijo el subdirector tratando de mantener algo de dignidad frente al patente escepticismo de Flint —. Estaba en Secs Superiores III y...

—¿Sexos Superiores III? ¿Qué tipo de curso es ése, por el amor de Dios? Carne Uno ya era bastante desagradable, considerando que se trataba de un montón de chicos carniceros, pero si me está diciendo que hay aquí un curso para prostitutas y que la hija de lord Lynchknowle era una de ellas...
—Secretarias Superiores —balbució el subdirector—, un curso muy respetable. Siempre hemos obtenido excelentes resultados.
—Como muertes —dijo Flint—. Bueno, echemos una mirada a su última víctima.
Entonces, con la certeza de que había cometido un error al preguntar por Flint, el subdirector le indicó el camino al otro lado del patio.
Pero el inspector no había terminado.
—Entiendo que lo han establecido ustedes como una SD autoadministrada, ¿no es así?
—¿SD?
—Sobredosis.
—Naturalmente. ¿No sugerirá en serio que puede haber sido otra cosa?
El inspector Flint se atusó el bigote.
—No estoy en situación de sugerir nada. Todavía. Le pregunto por qué dice que murió a causa de las drogas.
—Bien, la señora Bristol vio a una chica inyectándose en los servicios del personal y fue a buscar a Wilt...
—¿Por qué precisamente a Wilt? La última persona a la que yo buscaría.
—La señora Bristol es la secretaria de Wilt —dijo el subdirector y continuó explicando el confuso curso de los acontecimientos.
Flint escuchaba sombrío. La única parte que le gustó oír fue cómo había sido tratado Wilt por la señorita Hare. Parecía ser una mujer de las que a él le gustaban. El resto de la historia coincidía con sus prejuicios sobre la escuela.
—Una cosa es segura —dijo cuando el subdirector terminó—, no voy a sacar la menor conclusión hasta que haya hecho un examen completo del asunto. Y quiero decir completo. La manera en que me lo ha explicado, no tiene ni pies ni cabeza. Una chica no identificada se pega un chute en los lavabos y lo siguiente que usted sabe es que la señorita Lynchknowle es encontrada muerta en la sala de calderas. ¿Cómo llega usted a la conclusión de que es la misma chica?
El subdirector dijo que simplemente le parecía lógico.
—A mí no me lo parece —dijo Flint—. ¿Y qué estaba haciendo en la sala de calderas?
El subdirector miró con aire deprimido a la puerta debajo de las escaleras y resistió la tentación de decir que ella había estado agonizando. Eso podía funcionar con el director, pero las maneras del

inspector Flint no sugerían que fuese a responder amablemente a una afirmación obvia.
—No tengo idea. Quizá sólo quería ir a algún sitio oscuro y caliente.
—Y quizá no —dijo Flint—. En cualquier caso, pronto lo sabré.
—Espero solamente que sea usted discreto —dijo el subdirector—. Quiero decir que es un asunto muy delicado...
—Olvídese de la discreción —dijo Flint—, lo único que me interesa es la verdad.

Veinte minutos más tarde, cuando llegó el director, era ya demasiado obvio que la búsqueda de la verdad por parte del inspector había adquirido dimensiones alarmantes. El hecho era que la señora Ruckner, más habituada a la delicadeza del bordado étnico que a las técnicas de reanimación, había dejado que el cuerpo resbalara detrás de la caldera; el que la caldera no hubiera sido apagada proporcionaba a la escena un elemento macabro adicional. Flint se había negado a permitir que lo movieran hasta que fuese fotografiado desde todos los ángulos posibles, y había convocado a los expertos en huellas dactilares y forenses de la Brigada Criminal junto con el médico de la policía. El aparcamiento de la escuela estaba ocupado por coches de la brigada y una ambulancia, y el edificio mismo parecía infestado de policías. Y todo esto a la vista de los estudiantes que acudían a las clases nocturnas. Para el director parecía como si el inspector estuviese intentando atraer el máximo de publicidad adversa.
—¿Está loco?— le había preguntado el subdirector, pisando una cinta blanca que había sido tendida en el suelo a partir de los escalones de la sala de calderas.
—Dice que está tratándolo como un caso de asesinato hasta que se demuestre que no lo es —dijo débilmente el subdirector—, y, si fuese usted, yo no bajaría.
—¿Y por qué demonios no?
—Bien, en primer lugar, hay un cadáver y...
—Claro que hay un cadáver —dijo el director, que había estado en la guerra y frecuentemente lo mencionaba—. No es para desmayarse.
—Si usted lo dice. De todas maneras...
Pero el director había bajado ya los escalones hacia la sala de calderas. Fue escoltado fuera de ella un momento después con aspecto de encontrarse decididamente mal.
—¡Jesús bendito! Podía haberme dicho usted que estaban haciendo la autopsia allí mismo —murmuró—. ¿Cómo demonios está en tal estado?
—Creo que la señora Ruckner...

—¿La señora Ruckner, la señora Ruckner? —balbució el director, tratando de enlazar de algún modo lo que acababa de ver con la tenue figura de la profesora a tiempo parcial de bordados étnicos, y encontrándolo imposible—. ¿Qué demonios tiene que ver la señora Ruckner con... con eso...?
Pero antes de que consiguiera expresarse con alguna claridad, se les unió el inspector Flint.
—Bien, esta vez por fin hemos conseguido un cadáver real —dijo, encontrando el momento oportuno para expresar su satisfacción—. Es un cambio para esta escuela, ¿verdad?
El director le miró con odio. Cualesquiera que fueran los sentimientos de Flint sobre lo deseable de tener verdaderos cadáveres esparcidos por la escuela, él no los compartía.
—Mire, inspector —comenzó, en un intento de establecer alguna autoridad.
Pero Flint había abierto una caja de cartón.
—Creo que será mejor que primero mire esto —dijo—. ¿Es el tipo de publicación que recomienda leer a sus alumnos?
El director se quedó mirando la caja con una espantosa fascinación. Si es que la cubierta de la primera revista significaba algo —mostraba dos mujeres, un potro y un individuo andrógino, cargado de cadenas y un... el director prefería no pensar lo que parecía—, toda la caja estaba llena de publicaciones de las que no deseaba que sus alumnos hubiesen oído hablar, y menos aún leído.
—Por supuesto que no —dijo—, eso es rotundamente pornografía.
—Porno duro —dijo Flint—, y hay más donde encontramos esto. Arroja una nueva luz sobre las cosas, ¿no?
—Dios mío —murmuró el director, mientras Flint trotaba por el patio —, ¿nada se nos va a ahorrar? Ese maldito individuo parece encontrar tremendamente divertido todo este horrible asunto.
—Probablemente es a causa de aquel terrible incidente con Wilt hace algunos años —dijo el subdirector—. Creo que no lo ha olvidado.
—Ni yo —dijo el director, mirando con aire lúgubre a su alrededor a los edificios en los que una vez había esperado hacerse un nombre. Y en cierto sentido parecía haberlo conseguido. Gracias a tantas cosas que, en su mente, estaban relacionadas con Wilt. Era el único tema en el cual había estado de acuerdo con el inspector. Ese cabrón debería estar entre rejas.
Y, en cierto sentido, Wilt lo estaba. Para impedir que Eva se enterase de que pasaba las noches del viernes en la Base Aérea de Baconheath, los lunes se dedicaba a educar al señor McCullum en la prisión de Ipford y dejaba que ella supusiera que tenía otra clase con él cuatro noches más tarde. Se sentía bastante culpable por este subterfugio, pero se excusaba con el pensamiento de que si Eva

quería comprar una educación cara con ordenadores para sus cuatro hijas, no podía esperar seriamente que su sueldo, ni siquiera aumentado por el del Servicio de Prisiones de Su Majestad, la pagase. Las lecciones en la base aérea sí lo hacían y en cualquier caso la compañía del señor McCullum constituía una manera de expiación. También tenía el efecto de suavizar el sentimiento de culpabilidad de Wilt. No es que su alumno no hiciese todo lo que estaba en su mano para instilarle a uno. Un profesor de sociología de la Universidad a Distancia le había dado una sólida base sobre el tema, y los intentos de Wilt por despertar en el señor McCullum el interés por E. M. Forster y *La mansión* eran constantemente interrumpidos por los comentarios del convicto sobre el entorno socioeconómico desfavorable que le había conducido a acabar estando donde estaba y siendo lo que era. También estaba muy enterado acerca de la lucha de clases, la necesidad de una revolución preferiblemente sangrienta y la total redistribución de la riqueza. Como había pasado toda su vida persiguiendo la riqueza por medios totalmente ilegales y desagradables, que implicaban la muerte de cuatro personas y el uso de un soplete para persuadir a varios caballeros recalcitrantes, ganándose así el mote de Harry «Fuegos Artificiales» y veinticinco años por parte de un juez con prejuicios sociales, Wilt encontraba el argumento algo sospechoso.
Tampoco le gustaban mucho los cambios de humor del señor McCullum. Iban desde la autocompasión lacrimosa y la pretensión de que estaba siendo deliberadamente transformado en un vegetal, a los accesos de fervor religioso durante los cuales el nombre de Longford aparecía con demasiada frecuencia y finalmente a una beligerancia sangrienta, cuando amenazaba con asar a los chivatos hijos de puta que le habían entregado. En conjunto, Wilt prefería al McCullum vegetal y estaba satisfecho de que las clases se desarrollaran a través de una fuerte reja de gruesos alambres y en presencia de un guardián aún más fuerte. Después de la señorita Hare y de la batalla verbal que había sostenido con Eva, le venía bien algo de protección; y esa tarde el ánimo del señor McCullum nada tenía que ver con los vegetales.
—Escuche —le dijo a Wilt con voz apagada—, usted no tiene ni idea, ¿verdad? Cree que lo sabe todo pero nunca ha estado en el talego. Lo mismo que ese E. M. Forster. También era un tío de clase media.
—Posiblemente —dijo Wilt, reconociendo que aquélla no era una de las noches en que se podía señalar demasiado francamente al señor McCullum la necesidad de atenerse al tema—. Por supuesto era de clase media. Por otra parte, eso puede haberle proporcionado la sensibilidad necesaria para...
—Sensibilidad, los cojones. Vivía con un cerdo, eso es lo sensible que

era, el muy sucio.
Wilt consideró dudosa esta estimación de la vida privada del gran autor. Lo mismo hizo, evidentemente, el guardián.
—¿Cerdo? —dijo Wilt—. Yo creo que no. ¿Está usted seguro?
—Por supuesto que estoy seguro. Un jodido cerdo llamado Buckingham.
—Oh, ése —dijo Wilt, maldiciéndose a sí mismo por haber animado a ese tipo bestial a leer la biografía de Forster como material de encuadre de sus novelas. Debería haberse dado cuenta de que cualquier mención de policías era suficiente para provocar el mal humor de Harry Fuegos Artificiales—. En todo caso, si miramos su obra como escritor, como observador de la escena social y...
McCullum no estaba dispuesto a tragarse eso.
—La escena social, los cojones. Pasaba la mayor parte del tiempo mirándose su propio culo.
—Bien, metafóricamente supongo que se podría...
—Literalmente —rugió McCullum y pasó las páginas del libro—. ¿Qué me dice de esto? Dos de enero «... tengo la ilusión de que soy encantador y hermoso... bla, bla... pero me empolvaría la nariz si no... bla, bla... el ano está forrado con cabellos...». Y éste es su maravilloso diario. Un maricón narcisista confeso.
—Supongo que habrá debido utilizar un espejo —dijo Wilt, temporalmente desconcertado por esta revelación—. De todos modos sus novelas reflejan...
—Ya sé lo que va usted a decir —interrumpió McCullum—. Tenían relevancia social en su tiempo. Tonterías. Deberían haberle encerrado por lo que hizo, vivir como pobres con uno de los verdugos del estado. Sus libros tienen tanta relevancia social como los de la maldita Barbara Cartland. Y todos sabemos lo que son, ¿verdad? Espárragos literarios.
—¿Espárragos literarios?
—La delicia de las criadas —dijo el señor McCullum con peculiar delectación.
—Es una teoría interesante —dijo Wilt, que no tenía idea de lo que estaba hablando aquel tipo—, aunque personalmente yo hubiera creído que la obra de Barbara Cartland era puro escapismo, mientras que...
—Basta de eso —intervino el guardián—, no quiero oír esa palabra otra vez. Se supone que habla usted de libros.
—Escuche a Wilberforce —dijo McCullum, mirando todavía fijamente a Wilt—, qué condenadamente maravilloso vocabulario domina, ¿no es verdad?
Tras él, el guardián se indignó.
—Mi nombre no es Wilberforce, y usted lo sabe —rugió.

—Bueno, pero yo no estaba hablando de usted, ¿verdad?—dijo McCullum—. Todo el mundo sabe que usted es el señor Gerard, no un jodido idiota que necesita a alguien ilustrado para que le lea los resultados de las carreras. Ahora, como iba diciendo aquí el señor Wilt...
Wilt trató de recordar.
—Acerca de Barbara Cartland como lectura para retrasados mentales —facilitó McCullum.
—Oh sí, bien, de acuerdo con sus teorías, leer novelas románticas es aún más perjudicial para la conciencia de la clase trabajadora que... ¿Qué pasa?
El señor McCullum estaba sonriéndole espantosamente a través de la reja.
—El guardia está de mala leche —susurró—. Sabía que lo estaría. Lo tengo en mi nómina y su mujer lee a Barbara Cartland, así que no puede soportar escucharnos. Tome, agarre esto.
Wilt miró el pedazo de papel enrollado que McCullum le pasaba por entre los alambres.
—¿Qué es?
—Mi ensayo semanal.
—Pero usted los escribe en su cuaderno.
—Considérelo así —dijo McCullum— y agárrelo rápido.
—Yo no...
La expresión feroz del señor McCullum había vuelto.
—Cójalo —dijo.
Wilt metió el rollo en su bolsillo y Fuegos Artificiales se relajó.
—No gana usted mucho para vivir, ¿verdad? —preguntó—. Vive en un semi y conduce un Escort. Nada de casa grande con un Jaguar en el garaje, ¿eh?
—No exactamente —dijo Wilt, cuya ambición nunca había sido conducir Jaguars. Eva ya era bastante peligrosa en un coche pequeño.
—Bien. Pues ahora es su oportunidad de ganar quinientas mil libras.
—¿Quinientas mil libras?
—Eso he dicho. En efectivo —dijo McCullum, y lanzó una mirada a la puerta detrás de él.
Lo mismo hizo Wilt, esperanzado, pero no había señales del guardián.
—¿En efectivo?
—Billetes usados. Valores pequeños imposibles de identificar. ¿De acuerdo?
—No —dijo Wilt firmemente—. Si piensa usted que puede sobornarme...
—Corte el rollo —dijo McCullum con un gruñido amenazador—. Tiene una mujer y cuatro hijas y vive en una casa de ladrillo y mortero, en

el 45 de la avenida Oakhurst. Conduce un Escort color cagada de perro claro, matrícula HPR 791 N. Banco Lloyds, cuenta número 0737... ¿quiere que siga?
Wilt no quería. Se puso de pie, pero McCullum no había terminado.
—Siéntese mientras disponga todavía de rodillas —rugió—. Y de hijas.
Wilt se sentó. De pronto se estaba sintiendo muy débil.
—¿Qué quiere? —preguntó.
El señor McCullum sonrió.
—Nada. Nada en absoluto. Simplemente se va a casa y mira el papel y todo estará bien.
—¿Y si no lo hago? —preguntó Wilt sintiéndose más débil aún.
—El luto repentino es un asunto muy triste —dijo McCullum—, muy triste. Especialmente para los paralíticos.
Wilt miró a través del alambre y se preguntó, no por primera vez en su vida, aunque por el aspecto podría ser la última, qué había en él que atraía lo horrible. Y McCullum era horrible, horrible y perversamente eficiente. ¿Y por qué el mal ha de ser tan eficiente?
—Sigo queriendo saber qué hay en ese papel —dijo.
—Nada —dijo McCullum—, es sólo una señal. Bien, desde mi punto de vista Forster era el típico producto de un entorno de clase media. Mucha pasta y vivía con su vieja mamá...
—A la mierda la madre de E. M. Forster —dijo Wilt—. Lo que quiero saber es por qué piensa usted que yo voy a...
Pero cualquier esperanza que albergara de discutir su futuro se fue al traste con la llegada del guardián.
—Puede terminar la clase. Estamos cerrando la tienda.
—Le veré la semana que viene, señor Wilt —dijo McCullum, con un guiño cuando era llevado de nuevo a su celda. Wilt lo dudaba. Si había una cosa a la que estaba decidido, era que nunca volvería a ver a ese cerdo. Veinticinco años era una sentencia demasiado corta para una gángster asesino. De por vida, debía ser para toda la vida y no menos. Caminó con aire miserable por el pasaje hacia la puerta principal, consciente del papel en su bolsillo y de las espantosas alternativas que se le presentaban. Lo más obvio era informar de las amenazas de McCullum al guardián de la puerta. Pero ese cabrón había dicho que pagaba a un guardián, y si pagaba uno, ¿por qué no a más? De hecho, considerando los meses pasados, Wilt podía recordar varias ocasiones en las que McCullum había indicado que tenía una gran influencia en la prisión. Y también en el exterior, porque conocía incluso el número de cuenta bancaria de Wilt. No, tendría que informar a alguien con mucha autoridad, no a un guardián ordinario.
—¿Ha tenido una buena sesión con Fuegos Artificiales? —preguntó el guardián al fondo del corredor con lo que Wilt consideró un énfasis

siniestro. Sí, definitivamente tendría que hablar con alguien con autoridad.

En la puerta principal fue aún peor.

—¿Algo que declarar, señor Wilt? —dijo el guardián con una mueca—. ¿No podemos tentarle para que se quede dentro?

—Por supuesto que no —dijo Wilt apresuradamente.

—Podría hacer cosas peores que unirse a nosotros, ¿sabe? A todo confort y con televisión, y el rancho no es malo ahora. Una celdita agradable con un par de tipos amistosos. Y dicen que es una vida muy sana. Sin el estrés que tienen fuera...

Pero Wilt no esperó a oír más. Se lanzó hacia lo que anteriormente había considerado la libertad. No parecía tan libre en ese momento. Incluso las casas al otro lado de la calle, bañadas en el sol del atardecer, habían perdido su moderado atractivo; por el contrario, sus ventanas estaban vacías y amenazadoras. Entró en el coche y condujo un kilómetro y medio por la calle Gill antes de entrar en una calle lateral y detenerse. Luego, asegurándose de que nadie le observaba, sacó el trozo de papel de su bolsillo y lo desenrolló. El papel estaba en blanco. ¿En blanco? Eso no tenía sentido. Lo puso a la luz y lo contempló, pero el papel no tenía rayas y absolutamente nada había escrito en él. Ni siquiera poniéndolo en horizontal pudo detectar la menor marca sobre la superficie que sugiriera que se había escrito sobre él con un punzón o el extremo de un lápiz sin mina. Un hombre venía hacia él por la acera. Con un sentimiento de culpabilidad, Wilt puso el papel en el suelo y tomó un mapa de carreteras de la guantera y se puso a mirarlo hasta que el hombre hubo pasado. Incluso entonces miró por el retrovisor antes de recoger el papel del suelo. Seguía siendo como antes, un trozo de papel en blanco con los bordes rasgados como si hubiera sido arrancado violentamente de un bloc. Quizá el cerdo había utilizado tinta invisible. ¿Tinta invisible? ¿Cómo demonios iba a conseguir tinta invisible en la prisión? No podía a menos que... Algo se agitó en los recuerdos literarios de Wilt. ¿No había Graham Greene o Muggeridge mencionado la utilización de mierda de pájaro como tinta cuando era espía en la segunda guerra mundial? ¿O era zumo de limón? No es que importase mucho. La tinta invisible se utilizaba para que fuese invisible, y si ese cabrón hubiese querido que él lo leyera le habría dicho cómo. A menos que ese tipejo estuviera realmente como una cabra y, en opinión de Wilt, alguien que había asesinado a cuatro personas y torturado a otras con un soplete como parte del proceso de ganarse la vida tenía que estar muy tocado. Y no es que esta consideración excusase a McCullum, en absoluto. Loco o cuerdo ese monstruo era un asesino, y cuanto antes se cumplieran sus propias predicciones y se convirtiera en un vegetal, mejor. Lástima que no

hubiera nacido vegetal.

Con una sensación nueva de desesperación, Wilt se dirigió al pub Las Armas del Soplador de Vidrio para meditar las cosas mientras bebía algo.

CAPITULO VI

—Vale, dejémoslo —dijo el inspector Flint, sirviéndose un café en un vaso de plástico del distribuidor de bebidas y entró pisando fuerte en su despacho.
—¿Dejarlo? —dijo el sargento Yates, que le seguía pegado a él.
—Eso es lo que he dicho. Desde el principio sabía que era una SD. De todos modos les he dado un buen susto a todos esos charlatanes, les venía bien una dosis de realidad. Viven en un mundo de sueños donde todo es agradable e higiénico porque puede verbalizarse. Las cosas no suceden de esa manera, ¿verdad?
—No había pensado en ello de ese modo —dijo Yates.
El inspector tomó una revista de la caja de cartón y estudió una fotografía de un trío grotescamente entrelazado.
—Es repugnante —dijo.
El sargento Yates se asomó por encima de su hombro.
—Es difícil de creer que haya gente capaz de permitir que la fotografíen haciendo eso, ¿verdad?
—A cualquiera que hiciera eso deberían pegarle un tiro, si quiere saber mi opinión —dijo Flint—. Aunque no crea que lo están haciendo de verdad. No podría ser. Se herniarían o algo así. Encontré esta coleccioncita en la sala de calderas y no le hizo la menor gracia a ese lúgubre director. Se puso de un color muy raro.
—No serán de él, ¿verdad? —preguntó Yates.
Flint cerró la revista y la arrojó a la caja.
—Uno nunca sabe, amigo mío, uno nunca sabe. Sobre todo con las personas que se dicen educadas. En ellas todo está escondido detrás de las palabras. Vistos desde fuera parecen correctos, pero lo que sucede ahí dentro es otro asunto —Flint se dio un significativo golpecito en la frente—. Es algo fantástico.
—Supongo que debe serlo —dijo Yates—. Especialmente si además es higiénico.
Flint le miró suspicaz. Nunca sabía si el sargento Yates era tan estúpido como parecía.
—¿Está tratando de ser gracioso o algo así?
—Claro que no. Usted dijo antes que vivían en un higiénico mundo soñado de palabras; y luego dijo que tenían la mente retorcida. Simplemente estaba juntando las dos cosas.
—Bueno, pues no lo haga —dijo Flint—. Ni siquiera lo intente. Será mejor que busque a Hodge. La Brigada de Estupefacientes puede cargar con esto y buena suerte.

El sargento salió, dejando a Flint contemplándose los dedos pálidos y perdido en fantásticos pensamientos de su cosecha acerca de Hodge, la escuela y las posibilidades que podrían resultar de asociar al jefe de la Brigada de Estupefacientes con la Escuela de Artes y Oficios. Y con Wilt. Era una perspectiva interesante, especialmente cuando recordaba la petición de Hodge para intervenir teléfonos y su aire conspiratorio general. El inspector Hodge no mostraba sus cartas y hasta ahora le había ido muy bien. Bueno, pues a ese juego podían jugar dos y si alguna vez alguien se empantanaba en inconsecuencias y desinformación, serían la escuela y Wilt. Flint cambió el orden. Wilt y la escuela. Y Wilt había estado vagamente conectado con la chica muerta, aunque sólo fuera yendo a los servicios equivocados. La palabra alertó a Flint respecto de sus propias necesidades inmediatas. Esas malditas píldoras habían actuado de nuevo.

Se apresuró por el pasillo para echar una meada y mientras estaba allí de pie mirando la pared de azulejos y el aviso que decía «No tiren sus colillas en el urinario, las humedece y las hace difíciles de encender», su disgusto se transformó en una inspiración. De ese aviso se podía aprender una lección, si fuera capaz de captarla. Tenía algo que ver con la relación entre una petición razonable y una suposición absolutamente repugnante. La palabra inconsecuencia le vino de nuevo a la mente. Unir a Wilt con el maldito inspector Hodge sería como atar dos gatos por el rabo y ver cuál de los dos se suelta primero. Y si no era Wilt, es que Flint había subestimado groseramente a ese tipejo. Y tras Wilt estaba Eva y esas espantosas cuatrillizas, y si esa espeluznante combinación no destrozaba la carrera de Hodge tan efectivamente como se había cargado la de Flint, el inspector merecería un ascenso. Con el delicioso pensamiento de que así también se vengaría de Wilt, volvió a su oficina y se puso a garabatear figuras de una infinita confusión como la que esperaba desencadenar.

Todavía estaba felizmente enfrascado en esas ensoñaciones vengativas cuando volvió Yates.

—Hodge ha salido —informó—. Dejó un mensaje de que volvería pronto.

—Típico —dijo Flint—. Ese cabrón debe rondar por alguna barra tratando de decidir cuál es la muñeca a la que va a echar el guante.

Yates suspiró. Desde que tomaba esos pene-bloqueantes o lo que fueran, Flint sólo tenía mujeres en la mente.

—¿Por qué iba a estar haciendo eso? —preguntó.

—Porque ésa es la manera como trabaja ese cabrón. Un verdadero falso policía. Agarra a un bebé por fumar hierba y luego intenta convertirle en un supertraficante. Ha visto demasiada televisión.

Fue interrumpido por el informe preliminar del laboratorio.

—Dosis masiva de heroína —le dijo el técnico—. Eso como aperitivo. Utilizó alguna otra cosa que todavía no hemos identificado. Podría ser un producto nuevo. Desde luego no es el usual. Aunque puede ser «Fluido Embalsamador».
—¿Fluido Embalsamador? ¿Qué demonios iba a estar haciendo con eso? —dijo Flint con una genuina y justificada repulsión.
—Es el nombre de otro de esos alucinógenos como el LSD, sólo que peor. En cualquier caso, ya se lo haremos saber.
—No —dijo Flint—. Trátelo directamente con Hodge. Ahora es cosa suya.
Colgó el teléfono y sacudió la cabeza tristemente.
—Dice que se inyectó heroína y alguna otra mierda que llaman Fluido Embalsamador —le explicó a Yates—. No se puede creer, ¿verdad? ¡Fluido Embalsamador! No sé dónde vamos a ir a parar.

A ochenta kilómetros de allí, la cena de lord Lynchknowle había sido interrumpida por la llegada de un coche de la policía y las noticias de la muerte de su hija. El hecho de que hubieran llegado entre el paté de arenque y el pastel de gamo, y del lado de los vinos, entre un excelente Montrachet y un Château Lafite 1962, varias de cuyas botellas habían sido abiertas para impresionar al ministro del Interior y a dos viejos amigos del Ministerio de Asuntos Exteriores, le incomodó particularmente. No es que pensara permitir que las noticias le estropearan la cena anunciándolas antes de terminar, pero preveía un desagradable episodio con su mujer posteriormente, por la sencilla razón de que había vuelto a la mesa con la desafortunada observación de que no era importante. Por supuesto, siempre podía poner como excusa que la hospitalidad era lo primero, y después de todo el viejo Freddie era el ministro del Interior y no iba a dejar que se desperdiciara ese Lafite del 62, pero de algún modo, conociendo a Hilary, sabía que iba a armar un gran jaleo después a causa de ello. Estaba sentado frente a Stilton con humor pensativo preguntándose por qué se había casado con ella. Al mirar años atrás, podía ver que su madre había tenido razón al advertirle de que había mala sangre en «esa familia», los Puckerton.
—No se puede eliminar la mala sangre, sabes —le dijo, y como criadora de bullterriers, sabía de lo que estaba hablando—. Al final volverá a salir, acuérdate de mis palabras.
Y había salido, en esa maldita chica, Penny. La muy estúpida debería haberse limitado a montar a caballo en lugar de meterse en la cabeza que iba a ser una especie de intelectual y acabar en esa escuela podrida de Ipford, mezclándose allí con la escoria. Todo era culpa de Hilary, además, por animar a la chica. Pero ella no lo veía de ese

modo. Toda la culpa era de él. Bien, tendría que hacer alguna cosa para calmarla. Quizá telefonear al jefe de policía y conseguir que Charles interviniera. Sus ojos vagaron por la mesa y se detuvieron en el ministro del Interior. Eso es, tener una charla con Freddie antes de que se fuera y ver que la policía recibiera las órdenes desde arriba.
Cuando consiguió quedarse solo con el ministro del Interior, un proceso que exigió que se ocultase en la oscuridad fuera del vestíbulo y escuchase algunas francas observaciones sobre su persona de las camareras contratadas para la cocina, lord Lynchknowle había llegado a un estado de indignación que aplicó positivamente por el bien público.
—No es simplemente un asunto personal, Freddie —le dijo al ministro del Interior, cuando este último se convenció finalmente de que la hija de lord Lynchknowle había muerto y que su anfitrión no estaba mostrando ese curioso sentido del humor que le había hecho famoso en el colegio—. Ella estaba en esa espantosa escuela a merced de los traficantes de drogas. Tienes que parar esto.
—Por supuesto, por supuesto —dijo el ministro del Interior acorralado contra un perchero y una colección de punzantes bastones y paraguas—. Lo siento muchísimo...
—De nada sirve que lo sintáis vosotros, malditos políticos —continuó Lynchknowle, haciéndole retroceder contra un bosque de impermeables—, comienzo a comprender la decepción del hombre de la calle con el proceso parlamentario. —El ministro del Interior lo dudaba—. Lo que es más, las palabras no arreglan las grietas —el ministro del Interior no dudaba de esto— y quiero acción.
—Y la tendrás, Percy —le aseguró el ministro del Interior—, te lo garantizo. Hablaré de esto a los responsables de Scotland Yard mañana por la mañana sin falta. —Tomó el pequeño cuaderno de notas que utilizaba para apaciguar a sus votantes influyentes—. ¿Cómo dijiste que se llamaba el lugar?
—Ipford —dijo lord Lynchknowle, todavía amenazador.
—¿Y estaba ahí en la universidad?
—En la Escuela Técnica.
—¿De veras? —dijo el ministro del Interior, con la justa inflexión en la voz para rebajar la seguridad de lord Lynchknowle.
—Todo es culpa de su madre —dijo a la defensiva.
—De todos modos, si permites que tus hijas vayan a Escuelas Técnicas, no es que yo esté en contra, ya comprenderás, pero un hombre de tu posición tiene que ser muy cuidadoso...
En la sala, lady Lynchknowle captó la frase.
—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? —preguntó cortante.
—Nada, querida, nada —dijo lord Lynchknowle.
Era un comentario que tendría que lamentar más tarde cuando los

invitados se hubieran ido.
—¿Nada? —gritó lady Lynchknowle recobrándose del pésame que el ministro del Interior le había presentado tan inesperadamente—. ¿Te atreves a quedarte ahí de pie y decir que la muerte de Penny no es nada?
—No estoy de pie, querida —dijo lord Lynchknowle desde las profundidades de un sillón. Pero su esposa no iba a abandonar tan fácilmente.
—¿Y te quedas sentado toda la cena sabiendo que ella estaba yaciendo sobre un mármol? Sabía que eras un cerdo insensible pero...
—¿Qué otra cosa se supone que debía hacer? —aulló Lynchknowle antes de que ella pudiera coger el ritmo—. ¿Volver a la mesa y anunciar que tu hija era una drogadicta? ¿Te hubiera gustado eso, verdad? Puedo oírte...
—¡No! —gritó su esposa, haciendo que su furia fuese escuchada en la zona del servicio. Lynchknowle se levantó pesadamente y cerró de un portazo—. Y no creas que vas a...
—¡Cállate! —aulló—, he hablado con Freddie y va a poner a Scotland Yard en el caso y ahora voy a llamar a Charles, como jefe de policía puede...
—¿Y de qué sirve hacer todo eso? ¡El no puede devolvérmela!
—Nadie puede, maldita sea. Y si tú no hubieras metido en su cabeza vacía la idea de que era capaz de ganarse la vida, cuando estaba claro como la luz del día que era más bruta que un arado, nada de esto hubiera sucedido.
Lord Lynchknowle descolgó el teléfono y marcó el número del jefe de policía.

En Las Armas del Soplador de Vidrio, Wilt estaba también al teléfono. Habla pasado el tiempo tratando de pensar en algún modo de entorpecer los planes siniestros, cualesquiera que éstos fueran, que McCullum tenía en mente para él, sin revelar su propia identidad a las autoridades de la prisión. No era fácil.
Después de dos whiskies largos, Wilt había hecho acopio del coraje suficiente para telefonear a la prisión, se había negado a dar su nombre y había preguntado por el número particular del director. No estaba en la guía.
—No está en la guía —dijo el celador de la oficina.
—Ya lo sé —dijo Wilt—. Por eso lo pregunto.
—Y por eso no puedo dárselo a usted. Si el director quisiera que todos los criminales de este distrito supieran dónde pueden amenazarle, lo habría puesto en la guía, ¿no le parece?

—Sí —dijo Wilt—. Por otra parte, cuando un ciudadano está siendo amenazado por alguno de sus pensionistas, ¿cómo se supone que debe informar al director de que va a haber una evasión masiva?

—¿Evasión masiva? ¿Qué sabe usted de planes de evasión masiva?

—Lo suficiente para querer hablar con el director.

Hubo una pausa durante la cual el guardia consideraba la cuestión y Wilt tuvo que meter otra moneda en el teléfono.

—¿Por qué no puede decírmelo a mí? —preguntó finalmente el celador.

Wilt ignoró la pregunta.

—Escuche —dijo con la astucia de la desesperación que provenía del conocimiento de que, habiendo llegado tan lejos, ya no podía retroceder y que si no convencía a ese hombre de que había una verdadera crisis, los cómplices de McCullum estarían pronto haciéndoles algo horrible a sus rodillas—, le aseguro que es un asunto muy serio. Deseo hablar con el director en privado. Llamaré de nuevo dentro de diez minutos. ¿De acuerdo?

—Puede que no sea posible contactar con él en ese tiempo, señor —dijo el celador, reconociendo la voz de genuina desesperación—. Si puede darme usted su número, le diré que le llame a usted.

—Es Ipford 23194 y no estoy bromeando —dijo.

—No, señor —dijo el celador—. Estaré con usted tan pronto como pueda.

Wilt colgó el teléfono y volvió a su whisky en la barra, incómodamente consciente de que estaba lanzado a un curso de acción que podría tener horrendas consecuencias. Terminó su whisky y pidió otro para adormecer el pensamiento de que le había dado al celador el número de teléfono de un pub donde era muy conocido.

«Al menos eso le demostró que yo iba en serio», pensó, y se preguntó qué tenía la mentalidad burocrática que hacía la comunicación tan difícil. Lo principal era entrar en contacto con el director lo antes posible y explicarle la situación. Una vez que McCullum fuese transferido a otra prisión, él estaría fuera de peligro.

En la prisión de Ipford, la información de que era inminente una fuga masiva estaba causando ya repercusiones. El jefe de celadores, arrancado de la cama, había tratado de telefonear al director.

—Ese estúpido debe haber salido a cenar a alguna parte —dijo, cuando el teléfono hubo sonado varios minutos y nadie respondió—. ¿Está seguro de que no era una broma?

El celador de servicio negó con la cabeza.

—A mí me sonó auténtico —dijo—. Una voz educada y evidentemente aterrorizada. De hecho, tengo la idea de que le reconocí.

—¿Le reconoció?
—No podría decir su nombre, pero de algún modo me sonó familiar. En cualquier caso, si no era auténtico, ¿por qué me dio tan rápidamente su número?
El jefe de celadores miró el número y lo marcó. La línea estaba ocupada. En Las Armas del Soplador de Vidrio una chica estaba hablando con su novio.
—¿Por qué no dio su nombre?
—Como le digo, parecía aterrorizado. Dijo algo acerca de estar amenazado. Y con algunos de los cerdos que tenemos aquí...
El jefe de celadores no necesitaba que se lo dijeran.
—Bien. No vamos a correr el menor riesgo. Ponga inmediatamente en acción el plan de emergencia. Y siga tratando de contactar con el maldito director.

Media hora más tarde, el director volvió a casa y se encontró el teléfono del estudio sonando.
—Sí, ¿qué hay?
—Amenaza de evasión en masa —le dijo el celador—, un hombre... Pero el director ya no esperaba. Había vivido durante años con el terror de que sucediera algo de este tipo.
—Estaré ahí enseguida —gritó, y se lanzó a su coche.
Para cuando llegaba a la prisión, sus temores se habían convertido en pánico por el aullido de las sirenas de la policía y la presencia en la carretera de varios coches de bomberos que avanzaban a gran velocidad delante de él. Cuando se acercaba a las puertas, fue detenido por tres policías.
—¿Dónde cree usted que va? —le preguntó un sargento.
El director le miró lívido.
—Como da la casualidad de que soy el director —dijo—, el director de esta prisión, comprende, voy a entrar. Ahora, si es tan amable de apartarse...
—¿Tiene alguna identificación, señor? —preguntó el sargento—. Tengo órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie.
El director rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y acabó sacando un billete de cinco libras y un peine.
—Mire, oficial... —comenzó, pero el sargento estaba ya mirando. Al billete de cinco libras. Ignoró el peine.
—Yo no intentaría eso, si fuese usted —dijo.
—¿Intentar qué? Es todo lo que llevo encima.
—¿Ha oído eso, agente? —dijo el sargento—. Intento de soborno de...
—¿Intento de soborno? ¿Quién ha hablado de soborno? —explotó el director—. Me pide usted que me identifique y cuando trato de

presentar algún papel comienza a hablar de sobornos. Pida al guardia de la puerta que me identifique, maldita sea.

Le costó otros cinco minutos de protestas entrar en la cárcel y para entonces sus nervios no estaban en condiciones de enfrentarse adecuadamente con la situación.

—¿Qué han hecho hasta ahora? —le gritó al jefe de celadores.

—He desplazado a todos los hombres de los pisos superiores a las celdas de abajo, señor. He pensado que sería mejor en el caso de que pensaran salir por el tejado. Naturalmente están un poco apretados, pero...

—¿Apretados? Ya había cuatro hombres por celda individual. ¿Y quiere decir que ahora hay ocho? Es fantástico que no hayan comenzado ya un motín.

Fue interrumpido por el ruido de gritos en el Bloque C. Mientras el oficial de prisiones Blaggs corría hacia allí, el director trató de averiguar lo que estaba sucediendo. Fue casi tan difícil como lo había sido entrar en la prisión. Aparentemente se estaba librando una batalla en el tercer piso del Ala A.

—Eso se debe a que pusieron a Fidley y Gosling con Stanforth y Haydow —dijo el celador de la oficina.

—Fidley y... ¿Poner a dos asesinos de niños con dos honestos atracadores de bancos? Blaggs debe de estar loco. ¿Cuánto tardaron en morir?

—No creo que estén muertos todavía —dijo el celador, con un tono algo más decepcionado de lo que el director aprobaba—. Por lo último que oí, han conseguido impedir que Haydow castrase a Fidley. Entonces fue cuando el señor Blaggs decidió intervenir.

—¿Quiere decir que ese chalado esperó? —preguntó el director.

—No exactamente, señor. Verá, había fuego en el bloque D...

—¿Fuego en el Bloque D? ¿Qué fuego en el Bloque D?

—Moore prendió fuego a su colchón, señor, y entonces...

Pero el director ya no estaba escuchando. Ahora sabía que su carrera estaba en juego. Lo que le faltaba para acabar con ella era que ese lunático de Blaggs actuase como instrumento para el asesinato metiendo a todos los cerdos del bloque de alta seguridad en la misma celda. Justamente iba a asegurarse cuando el jefe de celadores Blaggs apareció.

—Todo está bajo control, señor —anunció alegremente.

—¿Bajo control? —estalló el director—. Si piensa usted que el ministro del Interior va a creer que «bajo control» significa que los asesinos de niños sean castrados por otros prisioneros, le puedo asegurar que no está usted al día con las regulaciones actuales. Y ahora, acerca de los de alta seguridad.

—No hay por qué preocuparse de eso, señor. Todos están durmiendo

como bebés.
—Qué extraño —dijo el director—. Si tuviese que haber un intento de fuga, yo diría que éstos serían los responsables. ¿Está seguro de que no fingen?
—Positivamente, señor —dijo Blaggs con orgullo—. Lo primero que hice, señor, como medida de precaución, fue cargar su cacao con una doble dosis de somnífero.
—Dulce Jesús —gimió el director, tratando de imaginar las consecuencias del experimento del jefe de celadores en materia de sedación preventiva si las noticias llegaban a la Liga Howard para la Reforma Penal—. ¿Dijo usted ración doble?
El jefe de celadores asintió.
—Lo mismo que utilizamos con Fidley aquella vez que vio la película de Shirley Temple y se puso furioso. En todo caso, después de esa noche no creo que vuelva a hacerlo. No le conviene.
—Pero si era una dosis doble de fenobarbitol —balbució el director.
—Eso es, señor. Así que les di doble dosis como dice en las instrucciones. Se cayeron redondos.
El director podía creer eso.
—Les ha dado usted cuatro veces la dosis correcta —gimió—, probablemente los ha matado. Esa sustancia es letal. Yo nunca le dije que lo hiciera.
El jefe de celadores Blaggs pareció decaído.
—Yo sólo hice lo que creí lo mejor, señor. Quiero decir que esos cerdos son una amenaza para la sociedad. La mitad de ellos son psicópatas asesinos.
—No son los únicos psicópatas por aquí —murmuró el director.
Estaba a punto de llamar a un equipo médico a la prisión para hacerle un lavado de estómago a los prisioneros que Blaggs había drogado, cuando intervino el celador del teléfono.
—Siempre podemos decir que Wilson los envenenó —dijo—, me refiero que a ellos les aterroriza eso. Recuerde aquella vez que montaron una huelga salvaje y el señor Blaggs aquí presente dejó que Wilson lavase los platos en la cocina.
El director lo recordó y hubiera preferido olvidarlo. Poner a un envenenador en masa cerca de una cocina siempre le había parecido demencial.
—Funcionó, señor. Dejaron de ensuciar sus celdas casi de inmediato.
—Y en lugar de eso comenzaron una huelga de hambre —dijo el director.
—Y a Wilson tampoco le gustó, si vamos a eso —dijo el celador, que evidentemente tenía recuerdos agradables del incidente—. Dijo que no teníamos ningún derecho a hacerle fregar los platos con guantes de boxeo. Estaba hecho una furia...

—Cállese —gritó el director, tratando de volver a un mundo de relativa cordura, pero fue interrumpido por el teléfono.
—Es para usted, señor —dijo el jefe de celadores significativamente. El director le arrancó el auricular.
—Entiendo que tiene usted alguna información que darme acerca de un plan de fuga —dijo, y se dio cuenta de que estaba hablándole al zumbido de un teléfono público.
Pero antes de que pudiera preguntar al celador cómo sabía que era él, la moneda cayó. El director repitió su frase.
—Por eso le llamo —dijo la voz—. ¿Hay algo de verdad en el rumor?
—Algo de verdad en... —dijo el director—. ¿Cómo demonios voy yo a saberlo? Era usted el que nos iba a aclarar el asunto.
—Primera noticia —dijo el hombre—. Ésa es la prisión de Ipford, ¿no?
—Claro que es la prisión de Ipford, y lo que es más, yo soy el director. ¿Quién demonios pensó que era?
—Nadie —dijo el hombre, que ahora parecía decididamente perplejo— nadie en absoluto. Bien, nadie exactamente pero... bueno... no parece usted un director de prisión. En cualquier caso, estoy tratando de averiguar si ha habido una fuga o no.
—Escuche —dijo el director, comenzando a compartir las dudas del otro acerca de su propia identidad—, usted llamó antes con información acerca de un plan de fuga y...
—¿Yo? ¿Está usted borracho? He estado cubriendo un choque de camiones en la calle Bliston durante las tres últimas horas, y si cree que he tenido tiempo para llamarle, es que está completamente chalado.
El director luchó con la aliteración antes de darse cuenta de que alguna otra cosa estaba mal.
—¿Con quién estoy hablando? —preguntó, reuniendo el poco de paciencia que aún le quedaba.
—Mi nombre es Nailtes —dijo el hombre—, soy del *Ipford Evening News* y...
El director colgó el teléfono de golpe y se volvió a Blaggs.
—En buen lío nos ha metido usted —gritó—. Era el *Evening News* queriendo saber si ha habido una fuga.
El jefe de celadores Blaggs adoptó un aire debidamente contrito.
—Lo siento si ha habido algún error... —comenzó, y atrajo un nuevo torrente de insultos sobre su cabeza.
—¿Error? ¿Error? —aulló el director—. Un maníaco llama hablando de una increíble historia de fuga rocambolesca y usted tiene que envenenar...
Pero la discusión posterior fue interrumpida por noticias de una nueva crisis. Tres reventadores de cajas fuertes, que habían sido trasladados de una celda destinada a contener un sólo convicto

victoriano a otra celda ocupada por cuatro reclusos por agresión de Glasgow, conocidos como los Maleantes Gay, habían comenzado a cumplir la profecía de Wilt respecto de la fuga y pedían ser encerrados con algún asesino heterosexual, como medida de protección.
El director los encontró discutiendo su caso con los celadores en el Bloque B.
—No vamos a instalarnos con esos maleantes del culo, y eso es un hecho —dijo el portavoz.
—No es más que un traslado temporal —dijo el director, contemporizando—. Por la mañana...
—Todos habremos cogido el SIDA —dijo el atracador.
—¿El SIDA?
—Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida. Queremos algún buen asesino, limpio, y no esas putas mierdas con herpes anal. Una cosa es la prisión sin circunstancias atenuantes y otra el tipo de prisión que esos maricones escoceses nos darían, y estamos jodidos si tenemos que sufrir esas circunstancias agravantes. Se supone que esto es una prisión, no Dotheboys Hall.
Cuando por fin el director consiguió apaciguarlos y enviarlos de nuevo a su propia celda, comenzaba a tener dudas sobre el lugar en que se encontraba. En su opinión, la prisión parecía más bien un manicomio. Su siguiente visita, esta vez a Máxima Seguridad, le causó todavía peor impresión.
Un silencio sepulcral reinaba en el edificio iluminado, y mientras el director pasaba de celda en celda, tenía la impresión de estar en un osario. Allí donde mirase, encontraba hombres que en otras circunstancias de buena gana hubiera visto muertos, que parecían estarlo. Sólo un ocasional y lúgubre ronquido sugería otra cosa. Por lo demás, los presidiarios colgaban por los bordes de sus camas o yacían grotescamente en posición supina sobre el suelo en actitudes que parecían indicar que la rigidez cadavérica ya se había instalado.
—Deja que localice al cerdo que ha comenzado este jueguecito —murmuró—. Le voy a... Le voy a... Le voy a... —Abandonó. Nada había en el libro de castigos legales que respondiera a este delito.

CAPITULO VII

Cuando Wilt salió de Las Armas del Soplador de Vidrio, su desesperación se había visto aliviada por la cerveza y por su incapacidad de conseguir algún lugar cerca del teléfono. Se había pasado a la cerveza después de tres whiskies y, con ese cambio, le había resultado difícil estar en dos lugares a la vez, lo que parecía ser un prerrequisito para encontrar el teléfono libre. En la primera media hora, una joven había estado enfrascada en una intensa conversación y, cuando Wilt volvió de los lavabos, en su lugar había un jovenzuelo agresivo que le había mandado a tomar por el culo. Después de eso, pareció que hubiera una conspiración para mantenerle alejado del teléfono. Toda una serie de personas lo habían utilizado y Wilt había terminado por sentarse a la barra y beber, llegando a la conclusión general de que las cosas no estaban tan mal después de todo, aunque tuviera que volver andando a casa en lugar de conducir.

«Ese cabrón está en la cárcel —se dijo cuando salía del pub—. Y lo que es más, no saldrá en veinte años, así que ¿por qué preocuparse? No puede hacerme daño.»

De todas maneras, mientras caminaba por las calles estrechas hacia el río, fue mirando todo el rato por encima del hombro y preguntándose si no le seguían. Pero aparte de un hombre con un perrito y una pareja que le adelantó en bicicleta, estaba solo, y no pudo encontrar evidencia alguna de amenaza.

Eso llegaría más tarde, sin duda. Wilt trató de hacerse una idea. Era de suponer que McCullum le había dado el pedazo de papel como mensaje simbólico, una indicación de que era una especie de enlace. Bien, había un modo fácil de salir de ello; no volvería a acercarse a la prisión. Pero eso podría parecerle extraño a Eva. La solución era desaparecer los lunes por la noche y fingir que estaba dando clase al repugnante McCullum. No sería difícil, y en cualquier caso, Eva estaba tan ocupada con las cuatrillizas y su supuesto desarrollo, que difícilmente se fijaría en lo que él hacía. Lo principal era que todavía tenía el trabajo de la base aérea y que eso producía dinero.

Pero mientras tanto, tenía problemas más inmediatos que tratar. Como qué decirle a Eva al llegar a casa. Miró el reloj y vio que era medianoche. Después de medianoche y a pie. Por supuesto, Eva pediría una explicación. Vaya mundo tan asqueroso, pasarse los días tratando con burócratas idiotas que metían las narices en la escuela, ser amenazado por maníacos en la prisión y, después de todo eso, volver a casa para verse obligado a mentirle a su esposa que creía

que no había dado golpe en todo el día. Y en un mundo asqueroso sólo triunfan los que tienen una mente asquerosa. Ésos y los astutos. La gente con energía y determinación. Wilt se detuvo bajo una luz de la calle y contempló los brezos y las azaleas del jardín del señor Sands por segunda vez en aquel día, pero esta vez animado por esa peligrosa energía y determinación que inducían en él la cerveza y la irracionalidad del mundo. Se afirmaría. Haría algo que le distinguiera de la masa de personas obtusas y estúpidas que aceptaban la vida que se les ofrecía y luego caían probablemente en el olvido (Wilt no estaba seguro acerca de eso) sin dejar más que los falsos recuerdos de sus hijos y las borrosas instantáneas de los álbumes familiares. Wilt sería... bueno, en cualquier caso, Wilt sería Wilt, fuera lo que fuese. Por la mañana pensaría un poco en eso.
Mientras tanto, tenía que enfrentarse con Eva. No iba a tolerar una tontería como «¿Dónde has estado?» o «¿Qué has hecho todo este tiempo?». Le diría que se ocupara de sus propios... No, eso no serviría, ése era el tipo de desafío que ella estaba esperando y lo único que conseguiría era que le mantuviera despierto la mitad de la noche discutiendo qué era lo que iba mal en su matrimonio. Wilt ya sabía lo que iba mal en su matrimonio; que había durado veinte años y Eva había tenido cuatrillizas en lugar de tenerlas una después de otra. Lo cual era típico en ella. Nunca hacía las cosas a medias. Pero ése no era el asunto. Aunque a lo mejor sí, ella había tenido cuatrillizas para compensar de alguna manera determinista y genética el haberse casado con un solo hombre. La mente de Wilt se fue de nuevo por las ramas, considerando el hecho, si es que era un hecho, de que tras las guerras la proporción de nacimientos de varones se disparaba, como si la Naturaleza con N mayúscula estuviera compensando automáticamente su escasez. Si la Naturaleza era tan inteligente, no tendría que haberle hecho a él tan atractivo para Eva y viceversa. De esta línea de pensamiento se desvió también, debido a otro aspecto de la Naturaleza, en este caso una necesidad. Bien, no iba a mear de nuevo en un rosal. Una vez era suficiente.
Se apresuró en su camino y empezó a introducirse subrepticiamente en el 45 de la avenida Oakhurst, decidido a decir, si Eva estaba despierta, que el coche se había averiado y que lo había llevado a un garaje. Después de todo era mejor ser astuto que retorcido. De hecho, no hubo necesidad de ser más que silencioso. Eva, que se había pasado la tarde arreglando las ropas de las cuatrillizas, pues descubrió que habían cortado braguetas en sus pantalones como manifestación en favor de la igualdad de sexos, dormía ahora profundamente. Wilt se deslizó con precaución entre las sábanas a su lado, y tendido en la oscuridad pensó en la energía y la determinación.

En el ambiente de la comisaría de policía sí que había energía y determinación. Lord Lynchknowle llamó al jefe de policía, y la noticia de que el ministro del Interior había prometido la ayuda de Scotland Yard, había puesto un resorte debajo del comisario y lo había lanzado de su asiento ante el televisor y devuelto a la comisaría para una conferencia urgente.

—Quiero resultados, y no me importa cómo los consigan —dijo imprudentemente a sus oficiales reunidos—. No quiero que se nos conozca como el equivalente en Fenland del Soho o de Picadilly Circus o de cualquier barrio de ésos. ¿Está claro? Quiero acción.

Flint sonrió sardónico. Por una vez se alegraba de la presencia del inspector Hodge. Además, podía afirmar con toda honestidad que había ido a la escuela y había realizado una investigación exhaustiva de la causa de la muerte.

—Creo que encontrará todos los detalles preliminares en mi informe, señor —dijo—. La muerte se debió a una sobredosis de heroína y a algo llamado Fluido Embalsamador. Hodge debe de conocerlo.

—Es feniciclidina o PCP —dijo—. Toma toda una serie de nombres como Super Hierba, Cerdo, Polvo de Ángel y Hierba de la Muerte.

El comisario no quería un catálogo de nombres.

—¿Qué efectos produce esa mierda, aparte de matar niños, naturalmente?

—Es como el LSD sólo que mucho peor —dijo Hodge—. Les produce psicosis si fuman demasiado y en general les quema el cerebro. Es terriblemente mortífera.

—Ya nos lo habíamos imaginado —dijo el comisario—. Lo que quiero saber es dónde la consiguió. Yo y el jefe de policía y el ministro del Interior.

—Es difícil decirlo —dijo Hodge—, es un hábito yanqui. No la hemos visto por aquí antes.

—¿Así que fue a los Estados Unidos de vacaciones y la compró allí? ¿Es eso lo que está diciendo?

—No se lo habría inyectado si así fuera —dijo Hodge—, hubiera sabido las consecuencias. Quizá lo consiguió de alguien de la universidad, supongo.

—Bien, venga de donde venga —dijo el comisario firmemente— quiero que le sigan la pista y rápido. De hecho, quiero que esta ciudad quede limpia de heroína y de cualquier otra droga antes de que caiga sobre nosotros Scotland Yard y demuestre que no somos más que un montón de polizontes de pueblo. Estas no son mis palabras, son las del jefe de policía. Ahora bien, ¿estamos seguros de que se lo tomó ella misma? ¿No podrían habérselo dado..., hummm..., contra su voluntad?

—Según mis informaciones, no —dijo Flint, reconociendo el intento de desviar la investigación en su dirección y limpiar el nombre de lord Lynchknowle de cualquier conexión con el mundo de la droga—. Ella se estaba dando un chute en uno de los servicios del personal en la escuela. Si chute es la palabra correcta —dijo Flint, y miró a Hodge, esperando cargarle con el muerto de mantener a distancia a Scotland Yard y proteger al mismo tiempo a los Lynchknowle.

El comisario no estaba interesado.

—En todo caso —dijo—, ¿no es cuestión de juego sucio?

Flint negó con la cabeza. Todo el tema entero de las drogas era para él juego sucio, pero éste no parecía ser el momento de discutir esa cuestión. Lo importante desde el punto de vista de Flint era cargar a Hodge con el problema hasta las cejas. Dejarle meter la pata en este caso y así su cabeza acabaría de verdad en la picota.

—De todos modos —dijo—, encontré sospechoso que estuviera utilizando los servicios del personal. Podría ser que fuera ésa su conexión.

—¿Qué? —preguntó el comisario.

—Bueno, no es que yo diga que anden mezclados en ello ni que no anden —dijo Flint, con lo que a él le parecía un sutil juego de palabras—. Lo único que digo es que alguien del personal puede andar en ello.

—¿Andar en qué, por el amor de Dios?

—En el tráfico —dijo Flint—. Quiero decir que a lo mejor por eso está siendo tan difícil averiguar de dónde viene la droga. Nadie sospecha que los profesores sean camellos, ¿verdad? —Hizo una pausa antes de asestar el golpe final—. Tomen a Wilt, por ejemplo, el señor Henry Wilt. Ése es un tipo en el que no confiaría ni teniéndolo al alcance de mi mano, y aun así, no le daría la espalda. No es la primera vez que tenemos problemas con él, ya lo sabe usted. Tengo una ficha sobre él más gorda que la guía de teléfonos. Y es el director del Departamento de Estudios Liberales. Tendría que ver a los tipos que tiene trabajando para él. Para empezar, me asombra cómo pudo lord Lynchknowle dejar que su hija fuera a esa escuela. —De nuevo hizo una pausa. Por el rabillo del ojo podía ver al inspector Hodge tomando notas. Ese hijo de puta había mordido el anzuelo. Y también el comisario—. Puede que tenga usted algo ahí, inspector —dijo—. Muchos profesores son nostálgicos de los años sesenta y setenta y de aquella época podrida. Y el hecho de que la chica fuera vista en los servicios del personal...

Esto fue lo que lo decidió. Cuando la reunión terminó, Hodge se había comprometido a realizar una investigación completa de la escuela y se le había autorizado a enviar agentes de paisano.

—Déme una lista de nombres y se la haré llegar al jefe de policía —

dijo el comisario—. Con el Ministerio del Interior en el asunto, no habrá dificultad, pero por Dios, consigan resultados.
—Sí, señor —dijo el inspector Hodge, y salió del despacho sintiéndose feliz.
Lo mismo hizo Flint. Antes de irse de la comisaría, entró en el despacho del jefe de la Brigada de Estupefacientes con el expediente de Wilt.
—Si les sirve de algo... —dijo, y lo dejó sobre el escritorio con aparente desgana—. Y cualquier otra ayuda que pueda prestarles, sólo tienen que pedirla.
—Lo haré —dijo el inspector Hodge, con la intención contraria.
Si de algo estaba seguro era de que Flint no obtendría crédito alguno para resolver el caso.
Y así, mientras Flint volvía a casa y se tomaba imprudentemente una cerveza negra antes de irse a la cama, Hodge se sentaba en su oficina a planear la campaña que le conduciría al ascenso.
Allí estaba todavía dos horas más tarde. Fuera, las luces de la calle se habían apagado e Ipford dormía, pero Hodge continuaba sentado, con la mente todavía infestada por el virus de la ambición y la esperanza. Había repasado cuidadosamente el informe de Flint sobre el descubrimiento del cuerpo y por una vez no pudo encontrar un defecto en las conclusiones del inspector. Éstas fueron confirmadas por el informe preliminar del forense. La víctima había muerto de una sobredosis de heroína mezclada con Fluido Embalsamador. Era esto último lo que interesaba a Hodge.
—Estadounidense —murmuró una vez más, y comprobó en el ordenador de la policía nacional la incidencia de su uso. Insignificante, como había supuesto. De todas maneras, la droga era extremadamente peligrosa y su extensión por los Estados Unidos había sido tan rápida que se había descrito como la sífilis del drogadicto. Si solucionaba este caso, el nombre de Hodge sería conocido, no solamente en Ipford, sino a través del representante de la Corona hasta el ministro del Interior y... Los sueños de Hodge siguieron a su nombre antes de volver al presente. Tomó con recelo el expediente de Wilt. No había estado en Ipford en la época del caso de la Gran Muñeca y sus nefastos efectos sobre la carrera de Flint, pero había oído hablar de ello en la cantina, donde era sabido por todos que el señor Henry Wilt había sido más listo que el inspector Flint. La opinión general era que le hizo parecer un estúpido, pero nunca había estado claro qué era lo que estaba haciendo Wilt. Nadie en su sano juicio andaría por ahí enterrando muñecas hinchables vestidas con las ropas de su esposa, en el fondo de un agujero con veinte toneladas de hormigón encima. Y Wilt lo había hecho. Por lo tanto, o Wilt no había estado en su sano juicio o había estado

encubriendo algún otro delito. Maniobras de diversión. En cualquier caso, el tío se había salido con la suya y había puesto en ridículo a Flint. Así que Flint sentía odio por ese cabrón. Y eso era también de dominio público.

Así que Hodge volvió al expediente de Wilt con justificadas sospechas y comenzó a leer con detalle la trascripción de su interrogatorio. Mientras leía, crecía en su mente cierto sentimiento de respeto por Wilt. El cabrón no se había movido de su historia, a pesar de mantenerle despierto y lanzarle un diluvio de preguntas. Y había hecho aparecer a Flint como el idiota que era. Hodge podía ver esto y también podía ver por qué Flint le odiaba. Pero sobre todo, su propia intuición le decía que Wilt tenía que haber sido culpable de algo. Simplemente tenía que ser así. Pero había sido demasiado listo para ese viejo imbécil. Lo que explicaba que Flint le hubiera pasado el expediente. Quería acabar con Wilt. Era natural. De todas maneras, conociendo la actitud de Flint hacia él, Hodge estaba extrañado de que le hubiera pasado el expediente. Sobre todo con todo aquel material que ponía en evidencia lo cretino que era. Tenía que haber algo más. Por ejemplo, ¿que sabía que había perdido? Desde luego, últimamente tenía ese aspecto. Y lo que decía también, así que quizá al pasarle el expediente lo estaba reconociendo tácitamente. Hodge sonrió para sí. Siempre había sabido que era el mejor y que le llegaría la oportunidad de demostrarlo. Bueno, pues había llegado el momento.

Volvió al informe de Flint sobre la señorita Lynchknowle y lo leyó de nuevo con cuidado. No había error alguno en los métodos de Flint, y sólo cuando llegó al asunto de que Wilt se había equivocado de servicios, el inspector Hodge encontró dónde se había equivocado el viejo. Lo leyó de nuevo:

«El director informa de que Wilt había ido a los servicios del segundo piso cuando debería haber ido a los del cuarto piso.» Y más adelante: «La secretaria de Wilt, la señorita Bristol, afirma que le dijo a Wilt que fuera a los servicios del personal femenino del cuarto piso. Aseguró que, un poco antes, había visto allí a la joven.» Eso concordaba. Otra de las pequeñas movidas del astuto señor Wilt, ir a los servicios equivocados. Pero Flint no había caído en esto, o habría interrogado a ese cabrón. Hodge tomó nota mentalmente de investigar los movimientos de Wilt. Pero subrepticiamente. No tenía sentido ponerle en guardia. Hodge tomó más notas. «El laboratorio de la escuela tiene medios para hacer Fluido Embalsamador. Comprobarlo», era una. «Origen de la heroína», otra. Y todo el tiempo, mientras estaba concentrado en esto, parte de su mente corría por líneas diferentes, que implicaban lugares de nombres románticos como «Triángulo de Oro» y «Creciente de Oro», esas

áreas de jungla en Thailandia, Birmania y Laos, o en el caso del «Creciente de Oro», los laboratorios de Pakistán, desde los cuales llega la heroína a Europa. En la mente de Hodge, pequeños hombres oscuros, paquistaníes, turcos, iraníes, árabes, convergían sobre Inglaterra con trucos como contenedores o barcos ocasionales: siempre por la noche, un oscuro y siniestro movimiento de los mortíferos narcóticos, financiado por hombres que vivían en grandes casas y pertenecían a clubs de campo y poseían yates. Y luego estaba la conexión siciliana con los asesinos de la mafia casi diariamente en las calles de Palermo. Y finalmente, los camellos en Inglaterra, pobres tipos como el hijo de Flint que pasaba su tiempo en Bedford. Esto también podía ser una explicación del cambio de actitud de Flint, su desgraciado hijo. Pero la romántica visión de lejanas tierras y hombres perversos era la dominante, y el propio Hodge la figura dominante en ella, un luchador solitario en la guerra contra el más insidioso de los crímenes. Naturalmente, la realidad era diferente, y convergía con la geografía mental de Hodge sólo en el hecho de que la heroína venía de Asia y Sicilia, que una epidemia de la terrible adicción había llegado a Europa y sólo la acción más decidida podría detenerla. Así pues, como el inspector ni era inteligente ni poseía más que una vívida imaginación, iba a meterse en problemas. En lugar de inteligencia sólo había determinación, la determinación de un hombre sin familia y con pocos amigos, pero con una misión. Y así, el inspector Hodge preparó, planeándola durante la noche, la acción que pensaba emprender. Eran las cuatro de la madrugada cuando finalmente salió de la comisaría y dio la vuelta a la esquina hacia su piso para dormir unas horas. Incluso entonces, tumbado en la oscuridad, disfrutaba con el despecho de Flint. «Ese imbécil no tiene más que lo que se merece», pensó mientras se dormía.

En el otro extremo de Ipford, en una casa pequeña con un bonito jardín que se distinguía por un estanque de peces dorados agradablemente simétrico con un querubín de piedra en el centro, el inspector Flint habría estado de acuerdo con él, aunque la causa de sus problemas tenía más que ver con la cerveza negra y con aquellas malditas píldoras para mear que con el futuro de Hodge. Sobre este último punto, se sentía secretamente confiado. Volvió a la cama preguntándose si no sería prudente tomarse unos días libres. Le debían dos semanas y en cualquier caso podía alegar justificadamente que su doctor le había dicho que se lo tomase con calma. ¿Un viaje a la Costa Brava?, ¿o quizá a Malta? El único problema era que la señora Flint tendía a sentirse lasciva con el calor. Gracias a Dios era la única ocasión en que eso le sucedía. Quizá sería

mejor elegir Cornualles. Por otra parte, sería una lástima perderse el fracaso de Hodge, y si Wilt no era capaz de conseguirlo, Flint se comería su gorra. ¡Desde luego que era como matar dos pájaros de un tiro!

Y así transcurrió la noche. En la prisión, las actividades que Wilt había iniciado siguieron su curso. A las dos, otro prisionero del Bloque D incendió su colchón, que fue apagado por un ladrón con iniciativa que utilizó el orinal. Pero donde las cosas estaban más serias era en Máxima Seguridad. El director se había quedado desconcertado al encontrar a dos prisioneros completamente despiertos en la celda de McCullum y, como se trataba de McCullum, no había querido entrar sin seis celadores para preservar su seguridad, y seis celadores eran difíciles de encontrar, en parte porque compartían la aprensión del director y en parte porque estaban ocupados en otros lugares. Al no contar con su apoyo, el director se vio obligado a establecer el diálogo con los compañeros de McCullum a través de la puerta de la celda. Conocidos como el Toro y el Oso, actuaban como guardaespaldas de McCullum.
—¿Por qué no están ustedes durmiendo? —preguntó el director.
—Quizá si no hubiera usted encendido esa maldita luz —dijo el Toro, que una vez había cometido el error de enamorarse de la mujer de un banquero sólo para ser traicionado por ella cuando satisfizo sus esperanzas asesinando a su esposo y robando en el banco cincuenta mil libras. Ella se había ido con un agente de bolsa.
—Ésa no es manera de hablarme —dijo el director, asomándose con suspicacia por la mirilla. A diferencia de los otros dos prisioneros, McCullum parecía estar dormido por completo. Una mano le colgaba blandamente por el borde de la litera y su cara tenía una extraña palidez. Considerando que ese cerdo tenía generalmente un color muy vivo, el director estaba inquieto. Si alguien hubiera estado envuelto en un plan de fuga, hubiera jurado que sería McCullum. En ese caso, hubiera estado... El director no tenía seguridad de lo que hubiera estado haciendo, pero seguro que no dormiría de aquella manera, con la cara de ese horrible color grisáceo, mientras el Toro y el Oso estaban despiertos. Había algo siniestro en su manera de dormir.
—McCullum —gritó el director—, McCullum, despierte.
McCullum no se movió.
—Joder —dijo el Oso, irguiéndose—. ¿Qué mierda está pasando?
—McCullum —aulló el director—, le ordeno que se levante.
—¿Qué pasa con usted? —aulló el Toro—. En mitad de la jodida noche algún tipejo tiene que perder la chaveta y dedicarse a despertar al

personal. Tenemos derechos, joder, aunque estemos en el trullo, y a Mac esto no le va a gustar.
El director apretó los dientes y contó hasta diez. Que le llamaran tipejo no era lo que más le gustaba.
—Sólo estoy tratando de asegurarme de que el señor McCullum está bien —dijo—. Ahora, por favor, despiértele.
—¿Bien? ¿Bien? ¿Por qué no iba a estar bien? —preguntó el Oso. El director no lo dijo.
—Es sólo una medida de precaución —respondió.
McCullum se negó a dar signos de vida, de hecho su actitud y aspecto mostraban justo lo contrario, y eso le estaba poniendo nervioso. Si se hubiera tratado de cualquier otro, habría abierto la puerta de la celda y entrado. Pero el muy cerdo podía estar fingiendo, y con el Toro y el Oso para ayudarle, podría estar planeando hacerse con un guardia que entrase para averiguar lo que iba mal. Con una silenciosa maldición para el jefe de celadores por hacerle la vida tan difícil, el director corrió a buscar ayuda. Tras él, el Toro y el Oso expresaron sus sentimientos hacia los jodidos cretinos que dejaban la jodida luz encendida toda la jodida noche en cuanto se les ocurría que había algo que registrarle a McCullum. Al momento siguiente, Máxima Seguridad era un infierno con sus gritos.
—Está muerto —gritaba el Oso, mientras el Toro efectuaba un rudimentario intento de resucitar a McCullum aplicándole lo que él pensaba que era la respiración artificial y que, de hecho, consistía en lanzarse sobre el cuerpo de su víctima y hacerle expeler lo que quedaba de aire en sus pulmones.
—Dale el maldito beso de la vida —ordenó el Oso, pero el Toro tenía sus reservas.
Si McCullum no estaba muerto, no tenía la intención de devolverle la vida para que se encontrase que le estaban besando, y si la había palmado, no le hacía gracia besar un cadáver.
—Cabrón remilgado —aulló el Oso, cuando el Toro planteó su visión del asunto—. Venga, déjame a mí. —Pero incluso él se desanimó ante lo frío que estaba McCullum—. Malditos asesinos —gritó a través de la puerta de la celda.
—Esta vez lo ha conseguido usted —dijo el director. Había encontrado al jefe de celadores en el despacho disfrutando de una taza de café—. Usted y sus infernales sedantes.
—¿Yo? —dijo el celador.
El director hizo una profunda inspiración.
—O bien McCullum está muerto o está fingiendo de un modo muy convincente. Consígame diez guardias y el médico. Si nos damos prisa, puede que estemos a tiempo de salvarlo.
Corrieron por el pasillo, pero el jefe de celadores todavía no estaba

convencido.
—Le di la misma dosis que a los demás. Le está tomando el pelo.
Incluso cuando ya habían conseguido los diez celadores y estaban ante la puerta de la celda, siguió dilatando el asunto.
—Sugiero que nos deje esto a nosotros, señor —dijo—. Si toman rehenes, usted deberá estar fuera para dirigir las negociaciones. Tratamos con tres hombres muy peligrosos, ya lo sabe usted.
El director lo dudaba. Dos le parecía más probable.
El jefe de celadores Blaggs se asomó a la celda.
—Podría haberse pintado la cara con tiza o algo así —dijo—. Es un pájaro muy hábil.
—¿Y además emborracharse como un cerdo?
—Nuestro Mac nunca hace las cosas a medias —dijo el jefe de celadores—. Muy bien, apartaos de la puerta ahí dentro. Vamos a entrar.
Un momento más tarde la celda estaba llena con los oficiales de la prisión, y en la refriega que siguió el difunto McCullum recibió algunas heridas *post mortem* que no mejoraron su apariencia. Pero no cabía duda de que estaba muerto. Apenas se necesitaba el diagnóstico del médico de la prisión para decir que la muerte se había debido a un agudo envenenamiento por barbitúricos.

—Bueno, ¿cómo iba yo a saber que el Toro y el Oso le darían a él sus tazas de cacao? —dijo quejoso el jefe de celadores en una reunión organizada en el despacho del director para discutir la crisis.
—Eso es algo que va usted a tener que explicar en la investigación del Ministerio del Interior —señaló el director.
Fueron interrumpidos por un oficial de la prisión que anunció que se había encontrado un escondrijo con drogas en el colchón de McCullum. El director miró al cielo del amanecer y gimió.
—Oh, y otra cosa, señor —dijo el guardia—. El señor Coven ha recordado en el despacho dónde oyó esa voz del teléfono. Pensó entonces que la reconocía. Dice que era la del señor Wilt.
—¿El señor Wilt? —dijo el director—. ¿Quién demonios es el señor Wilt?
—Un profesor de la Escuela de Artes y Oficios o algo así que estaba enseñándole a McCullum Literatura Inglesa. Viene todos los lunes.
—¿A McCullum? ¿Que le estaba enseñando Literatura a McCullum? ¿Y Coven está seguro de que fue él quien llamó?
A pesar de su fatiga, el director se despertó completamente.
—Seguro, señor. Dice que pensó que le era familiar y, naturalmente, cuando oyó hablar de Fuegos Artificiales encontró la relación.
Lo mismo le sucedía al director. Con su carrera en peligro, estaba

dispuesto a actuar de manera decisiva.
—Bien —dijo, abandonando toda discreción—, McCullum murió por intoxicación alimentaria. Esa es la versión oficial. A continuación...
—¿Qué quiere decir con «intoxicación alimentaria»? —preguntó el médico de la prisión—. La muerte fue debida a una sobredosis de fenobarbital y no voy a certificar...
—¿Y dónde estaba el veneno? En el cacao, naturalmente —dijo el director—. Y si el cacao no es un alimento, no sé qué será. Así que lo pondremos como intoxicación alimentaria. —Hizo una pausa y miró al médico—. A menos que usted quiera aparecer como el que casi envenenó a treinta y seis prisioneros.
—¿Yo? Yo nada tuve que ver con eso. Ese estúpido fue y les drogó.
Apuntó al jefe de celadores Blaggs, pero éste ya había encontrado la solución.
—Siguiendo sus instrucciones —dijo con una mirada significativa al director—, quiero decir que yo no habría podido poner la mano sobre esa sustancia si usted no me hubiera autorizado a ello, ¿no es verdad? Hubiera sido irresponsable no hacerlo así.
—Pero yo nunca... —comenzó el doctor, pero el director le detuvo.
—Me temo que el señor Blaggs tiene razón en eso —dijo—. Por supuesto, si quiere usted discutir los hechos ante la Comisión de Investigación, está en su derecho. Y sin duda la prensa lo aprovecharía. MÉDICO DE PRISIÓN IMPLICADO EN ENVENENAMIENTO DE CONVICTOS. Eso haría muy buen efecto en el *Sun,* ¿no le parece?
—Si tenía drogas en esa celda, supongo que podría haber muerto por sobredosis —dijo el doctor.

CAPITULO VIII

—Es inútil que digas que no llegaste tarde anoche, porque lo hiciste —dijo Eva.
Era la hora del desayuno y, como de costumbre, Wilt estaba siendo interrogado por su media naranja acerca de sus idas y venidas. En sus otros días Eva le dejaba a las cuatrillizas la tarea de amargarle la comida haciéndole preguntas sobre ordenadores o bioquímica, cosas sobre las cuales no sabia absolutamente nada. Pero, esa mañana, la ausencia del coche le había proporcionado la oportunidad de preguntar a su vez.
—Yo no he dicho que no llegase tarde —dijo Wilt con la boca llena de cereales.
Eva seguía con su afición a la comida orgánica, y su muesli hecho en casa, destinado a garantizar un adecuado suministro de sustancia celulósica, hacía eso y mucho más.
—Ésa es una doble negación —dijo Emmeline.
Wilt la miró torvamente.
—Ya lo sé —dijo, y lanzó despedida la cáscara de una pipa de girasol.
—Entonces no estabas diciendo la verdad —continuó Emmeline—. Dos negativas hacen una afirmación y tú no dijiste que llegaste tarde.
—Y tampoco he dicho que no lo hiciese —replicó Wilt, luchando con la lógica de su hija y tratando de utilizar la lengua para expulsar el salvado de sus dientes postizos.
La maldita masa parecía llenarlo todo.
—No es necesario que hables con la boca llena —dijo Eva—. Lo que quiero saber es dónde está el coche.
—Ya te lo he dicho. Dejé el coche en un aparcamiento. Voy a llevarlo a un mecánico para que lo vea y diga qué es lo que funciona mal.
—Podrías haberlo hecho ayer. ¿Cómo esperas que lleve a las niñas al colegio?
—Supongo que todavía pueden andar —dijo Wilt sacándose una pasa de la boca con los dedos y examinándola ofensivamente—. Es un medio de transporte orgánico, sabes. No como esta ciruela júnior, que parece haber tenido una vida sedentaria y una muerte sedimentaria. Me pregunto por qué las comidas sanas contienen con tanta frecuencia objetos destinados a matar. Mira esto...
—No me interesan tus comentarios —dijo Eva—. Estás tratando de salirte del tema, y si esperas que yo...
—¿Camines? —interrumpió Wilt—. Líbreme Dios. El tejido adiposo que te...

—No me llames adiposa, Henry Wilt —comenzó Eva, pero fue interrumpida por Penelope.
—¿Qué es adiposo?
—Mami lo es —dijo Wilt—. En cuanto al significado, significa gorda, depósitos de grasa y relativo a la gordura.
—Yo no estoy gorda —dijo Eva firmemente—, y si esperas que pierda mi precioso tiempo caminando cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta todos los días, te equivocas.
—Como siempre —dijo Wilt—. Por supuesto. Olvidaba que la distribución de los géneros en esta casa me deja en una minoría de uno.
—¿Qué es la distribución de los géneros? —preguntó Samantha.
—Sexo —dijo amargamente Wilt y se levantó de la mesa.
Detrás de él, Eva gruñó. Nunca estaba dispuesta a hablar de sexo delante de las cuatrillizas.
—A ti esto te da exactamente igual —dijo, volviendo a la cuestión del coche que le facilitaba razones para quejarse—. Todo lo que tienes que hacer es...
—Tomar el autobús —dijo Wilt, y se apresuró a salir de la casa antes de que Eva pudiera pensar en una respuesta adecuada.
De hecho no era necesario. Chesterton, del Departamento de Electrónica lo vio y lo llevó en su coche, donde escuchó sus lamentaciones sobre las reducciones de créditos y por qué no las hacían en Técnicas de Comunicación y se libraban de algunos de esos estúpidos de Estudios Liberales.
—Oh, bien, ya sabes —dijo Wilt mientras salía del coche al llegar a la escuela—. Es que tenemos que compensar las inexactitudes de la ciencia.
—No sabía yo que hubiera alguna —dijo Chesterton.
—El elemento humano —dijo Wilt enigmáticamente, y atravesó la biblioteca hacia el ascensor y su despacho.
El elemento humano estaba esperándole.
—Llegas tarde, Henry —dijo el subdirector.
Wilt le miró con atención. Generalmente se llevaba bastante bien con el subdirector.
—Tú sí que pareces tener un buen atraso —dijo—. De hecho, si no te hubiera oído hablar, habría creído que eras un cadáver puesto de pie. ¿Has estado peleándote con tu mujer?
El subdirector se estremeció. Todavía no había superado el horror de ver a su primer cadáver en carne y hueso, y tratar de ahogar ese recuerdo en brandy no le había ayudado.
—¿Dónde demonios estuviste anoche?
—Oh, aquí y allá, ya sabes —dijo Wilt.
No tenía intención de hablarle al subdirector de sus clases de

extramuros.
—No, no lo sé —dijo el subdirector—. Traté de llamar a tu casa y lo único que conseguí fue un maldito contestador automático.
—Debe de ser uno de los ordenadores —dijo Wilt—. Las cuatrillizas tienen ese programa. Funciona con cinta, creo. Muy útil en realidad. ¿Te dijo que te fueras a tomar por culo?
—Varias veces —dijo el subdirector.
—Las maravillas de la ciencia. Justamente acabo de escuchar a Chesterton cantar sus alabanzas...
—Y yo justamente acabo de escuchar al inspector de policía —cortó el subdirector— acerca del tema de la señorita Lynchknowle. Quiere verte.
Wilt tragó saliva. La señorita Lynchknowle nada tenía que ver con la prisión. Eso no tenía sentido. En cualquier caso, no podían haber llegado hasta él tan pronto. ¿O sí?
—¿La señorita Lynchknowle? ¿Qué pasa con ella?
—¿Quieres decir que no lo has oído?
—¿Oír qué? —preguntó Wilt.
—Ella era la chica que estaba en los servicios —dijo—. La encontraron muerta en la sala de calderas anoche.
—Oh, Dios —dijo Wilt—. Qué espantoso.
—Mucho. En cualquier caso, anoche tuvimos a la policía aquí husmeando por todas partes. Y esta mañana hay un tipo nuevo que quiere hablar contigo.
Se dirigieron por el pasillo al despacho del director. El inspector Hodge estaba allí esperando con otro policía.
—Es sólo un asunto de rutina, señor Wilt —dijo, cuando el subdirector hubo cerrado la puerta—. Ya hemos hablado con la señora Bristol y con otros miembros del personal. ¿Entiendo que fue usted profesor de la difunta señorita Lynchknowle?
Wilt asintió. Sus anteriores experiencias con la policía no le predisponían a decir más de lo estrictamente necesario. Aquellos cabrones habían elegido la interpretación más comprometedora.
—¿Le enseñó usted Literatura Inglesa? —continuó el inspector.
—Sí, enseñé Literatura Inglesa a las Secretarias Superiores III —dijo Wilt.
—¿Los jueves por la tarde, a las dos y cuarto?
Wilt asintió de nuevo.
—¿Y no notó algo raro en ella?
—¿Raro?
—Algo que sugiriese que podía ser una drogadicta, señor.
Wilt trató de pensar. Las Secretarias Superiores eran todas raras en su opinión. Ciertamente lo eran en el contexto de la escuela. En primer lugar, provenían de «mejores familias» que la mayoría de los

otros estudiantes y parecían salir de los años cincuenta con sus permanentes y su charla sobre mami y papi, que en realidad eran granjeros ricos o algo en el ejército.
—Supongo que era un poco diferente del resto de las chicas de la clase —dijo finalmente—. Había ese pato, por ejemplo.
—¿Pato? —dijo Hodge.
—Sí, solía traer a clase un pato al que llamaba Humphrey. Era una molestia espantosa tener un pato en clase, pero supongo que para ella era un consuelo tener una cosa peluda como ésa.
—¿Peluda? Los patos no son peludos. Tienen plumas.
—Éste no —dijo Wilt—. Era como un osito de peluche. Ya sabe, relleno. ¿No pensará que voy a permitir un pato vivo cagándose durante mis clases, verdad?
El inspector Hodge no respondió. Estaba empezando a no gustarle Wilt.
—Aparte de esa particular adicción, no puedo recordar algo más particular en ella. Quiero decir que no se retorcía o se ponía pálida o sufría esos repentinos cambios de humor que uno espera encontrar en los yonquis.
—Ya veo —dijo Hodge, reprimiendo el comentario de que Wilt parecía estar realmente bien informado respecto de los síntomas—. ¿*Y* diría usted que se consumía mucha droga en la escuela?
—No, que yo sepa —contestó Wilt—. Aunque, puestos a pensar, supongo que debe de haber algo con la cantidad de alumnos que tenemos. Yo no lo sé. No es mi especialidad.
—Claro, señor —dijo el inspector, simulando respeto.
—Y ahora, si no le importa —dijo Wilt—, tengo trabajo.
Al inspector no le importaba.

—No hemos avanzado mucho —dijo el sargento cuando Wilt hubo salido.
—Nunca se consigue mucho con los cabrones que son realmente listos —dijo Hodge.
—Todavía no entiendo por qué no le preguntó usted acerca de su equivocación en los servicios y de lo que dijo la secretaria.
—Si realmente quiere saberlo —sonrió Hodge—, es porque pretendo no levantar la más mínima sospecha. He hecho una prueba con Wilt y es un tipo muy listo. Arruinó al viejo Flint, ¿verdad? Y ¿por qué? Se lo voy a decir. Porque Flint fue lo suficientemente tonto para hacer lo que Wilt quería. Lo hostigó y lo interrogó sin piedad y el señor Wilt escapó de una acusación de asesinato. A mí no me atrapará del mismo modo.
—Pero él nunca cometió un asesinato. Era sólo una obscena muñeca

inflable lo que enterró —dijo el sargento.
—Oh, vamos. ¿No pensará que el tipo hizo eso sin tener una razón? Qué estupidez. No, estaba metido en algún otro asunto y quería una cobertura, para él y su mujer, así que le pusieron una trampa y Flint cayó en ella. Ese viejo tonto no vería un señuelo aunque se lo colgaran en el morro. Estaba tan ocupado interrogando a Wilt acerca de esa muñeca que los árboles no le dejaban ver el bosque.
El sargento Runk intentó orientarse en medio de tantas metáforas y salió de ellas como pudo.
—De todos modos —dijo por fin—, yo no veo a un profesor de aquí dedicándose a las drogas ni comerciando en ellas. ¿Dónde está el estilo de vida adecuado? No tiene una gran casa ni un gran coche. Ni tampoco un club privado. No da la imagen del personaje.
—Y aquí tampoco tiene un gran salario —dijo Hodge—. Así que quizá esté ahorrando para la vejez. En cualquier caso, lo comprobaremos y él nunca lo sabrá.
—Yo hubiera dicho que había por ahí otros lugares más prometedores —dijo el sargento—. ¿Qué le parece ese tipo del restaurante griego, Macropolis o como se llame, al que ha puesto los micrófonos? Sabemos que está en lo de la heroína. Y también está ese listillo del garaje de la calle Siltown al que hemos detenido por agresión. Ése también estaba colgado.
—Sí, bueno, pero está dentro, ¿no? Y el señor Macropolis está fuera del país ahora. En cualquier caso no digo que sea Wilt. Por lo que sabemos, ella podría haber ido a Londres a conseguir la droga. Y entonces no nos compete. Lo que digo es que quiero mantener la mente abierta y que el señor Wilt me interesa, eso es todo.
Y Wilt iba a interesarle aún más cuando volviera a la comisaría una hora más tarde.
—El jefe quiere verle —dijo el sargento de servicio—. El director de la cárcel está con él.
—¿El director de la cárcel? —dijo Hodge—. ¿Qué es lo que quiere?
—A usted —dijo el sargento— en el mejor de los casos.
El inspector Hodge ignoró la broma y se dirigió hacia el despacho del comisario. Cuando salió, media hora más tarde, su mente estaba llena de evidencias circunstanciales, todas las cuales apuntaban hacia Wilt de la manera más asombrosa. Wilt había estado dando clases a uno de los gángsters más notorios de Inglaterra, ahora por fortuna muerto por una sobredosis de sus propias drogas. (Las autoridades de la prisión habían decidido utilizar la presencia de aquella gran cantidad de heroína en el colchón de McCullum como causa de la muerte, en lugar del fenobarbital, para gran alivio del jefe de celadores Blaggs.) Wilt había estado encerrado con McCullum en el momento mismo en que el cuerpo de la señorita Lynchknowle era

descubierto. Y todavía era más significativo que Wilt, en la hora después de salir de la prisión y presumiblemente al saber que la policía estaba ocupada en la escuela, hubiera llamado a la cárcel de manera anónima con un mensaje falso respecto de una fuga masiva y McCullum hubiera tomado inmediatamente una sobredosis.
Si todos estos pequeños datos no constituían un todo que representaba la certeza de que Wilt estaba implicado, Hodge no sabía nada. En cualquier caso, al añadirle a eso lo que ya sabía del pasado de Wilt, los indicios se transformaban en certeza. Por otra parte, todavía quedaba el pequeño detalle de las pruebas. Ésta era una de las desventajas del sistema legal británico, y Hodge hubiera hecho alegremente dispensa de ellas en su lucha contra los bajos fondos, pues uno tenía primero que persuadir al fiscal general de que había un verdadero caso, y a continuación presentar una evidencia que convenciera a un juez senil y a un jurado de personas bienintencionadas, la mitad de las cuales ya habían sido sobornadas, de que un canalla obvio era culpable. Y Wilt no era un canalla obvio. Ese cabrón era muy sutil y para desmontarle haría falta una evidencia tan firme como el hormigón armado.
—Escuchen —dijo Hodge al sargento Runk y al pequeño equipo de policías de paisano que constituía su brigada criminal privada—. No quiero la menor metedura de pata, así que todo tiene que ser secreto y bien secreto. Nadie, ni siquiera el comisario, va a saber lo que pasa, así que le daremos el nombre en clave de Flint. De esta manera nadie sospechará. Todo el mundo en esta comisaría puede decir Flint y nadie lo registra. Esto es lo primero. En segundo lugar, quiero que se siga al señor Wilt continuamente, las veinticuatro horas. Y lo mismo con su mujer. Trabajo fino. Quiero saber lo que esa gente hace en cada momento del día y de la noche a partir de ahora.
—¿Eso no resultará un poco difícil? —preguntó el sargento Runk—. Día y noche. No hay modo de meter a alguien en la casa y...
—Lo que haremos será poner micrófonos —dijo Hodge—. Más tarde. Lo primero es hacer un horario de sus vidas. ¿Entendido?
—Entendido —dijo el grupo a coro.
En su momento, habían vigilado la vida de un comerciante de pescado frito con patatas fritas y de su familia al que Hodge consideraba sospechoso de dedicarse al porno duro; un maestro de capilla retirado, esta vez a causa de los niños; y un tal señor y señora Pateli por ninguna otra cosa en especial más que su nombre. Sospechas que en ninguno de los casos se habían confirmado y que de hecho no tenían la menor base, pero que habían establecido como hechos incontrovertibles que el comerciante de pescado frito con patatas fritas abría su tienda todos los días a las seis de la tarde excepto los domingos; que el maestro de capilla había tenido un feliz

y vigoroso asunto amoroso con la esposa de un pugilista, y que en cualquier caso tenía una aversión que casi rayaba en alergia por los niños pequeños; y que los Pateli iban a la biblioteca pública todos los martes, que el señor Pateli hacía un trabajo no remunerado con los deficientes mentales, mientras que la señora Pateli distribuía comida a los necesitados. Hodge había justificado el tiempo empleado y los gastos alegando que eran sesiones de entrenamiento para preparar los casos reales.

—Y éste es uno —dijo Hodge—. Si podemos echarle mano a esto antes de que Scotland Yard intervenga, la gloria será para nosotros. También vamos a poner bajo vigilancia la escuela. Ahora mismo voy a hablar con el director. Mientras tanto, Pete y Reg pueden entrar en la cantina y en la sala de estudiantes y hacerse pasar por estudiantes maduros expulsados por drogas de Essex o de alguna otra universidad.

Una hora más tarde, la Operación Flint había comenzado. Pete y Reg, adecuadamente vestidos con ropas de cuero que hubieran alarmado a los más duros Ángeles del Infierno, habían vaciado la sala de estudiantes de la escuela con su lenguaje y su dar por supuesto que todos eran heroinómanos. En el despacho del director, el inspector Hodge estaba provocando más o menos el mismo efecto sobre el director y el subdirector, que encontraban particularmente espantosa la idea de que la escuela fuese el centro de distribución de drogas de Fenland. No les gustó mucho la idea de que les largaran quince policías educacionalmente subnormales como estudiantes adultos.

—¿En esta época del año? —dijo el director—. Pero hombre, si estamos en abril. En este trimestre no matriculamos a estudiantes adultos. No matriculamos a nadie, en realidad. Vienen en septiembre. Y en cualquier caso, ¿dónde demonios los vamos a poner?

—Supongo que podemos llamarles «profesores en prácticas» —dijo el subdirector—. De este modo podrán entrar en la clase que quieran sin tener que dar explicaciones.

—De todos modos, va a parecer muy extraño —dijo el director—, y, francamente, no me gusta nada.

Pero fue la afirmación del inspector de que el representante de la Corona, el jefe de policía y, lo peor de todo, el ministro del Interior no estaban contentos con lo que pasaba en la escuela, lo que hizo que se volvieran las tornas.

—Dios, qué hombre tan espantoso —dijo el director cuando salió Hodge—.Yo creía que Flint era ya bastante estúpido, pero éste es mucho peor. ¿Qué tienen los policías para ser tan desagradables? Cuando yo era niño, eran muy distintos.

—Supongo que también lo eran los criminales —dijo el subdirector—. Me refiero a que las escopetas de cañones recortados y los gamberros que te tiran cócteles Molotov no deben de ser muy divertidos. Eso basta para cambiar a un hombre.
—Curioso —dijo el director, y dejó las cosas así.

Mientras tanto, Hodge había puesto a Wilt bajo vigilancia.
—¿Cómo va eso? —le preguntó al sargento Runk.
—Wilt está todavía en la escuela, así que no hemos podido seguirle todavía, y su mujer no ha hecho más que la compra.
Pero mientras él hablaba, Eva estaba actuando ya de manera calculada para levantar grandes sospechas. Había decidido telefonear a la doctora Kores para pedir una cita. No podría decir cuándo había llegado a esa decisión, pero tenía algo que ver con un artículo que había leído en la revista de su supermercado, sobre el sexo y la menopausia, titulado «Nada de pausa en la pausa. La importancia de los juegos preliminares a los cuarenta», y en parte porque le había echado una mirada a Patrick Mottram en la caja donde normalmente coqueteaba con la chica más guapa. En esta ocasión, sólo le había echado miradas a las tabletas de chocolate, y se había alejado con la mirada nublada de un hombre para el que la secreta consumición de media libra de Cadbury's con frutas y avellanas era la cima de las experiencias sensuales. Si la doctora Kores podía reducir al hombre más mujeriego de Ipford a una condición tan espantosa, había muchas posibilidades de que pudiera producir el efecto opuesto en Wilt.
En la comida, Eva había leído otra vez el artículo y, como siempre cuando se trataba de sexo, se había sentido confusa. Todas sus amigas parecían saciadas en ese punto, bien con sus maridos bien con otros, y obviamente era un asunto importante, si no la gente no escribiría y hablaría tanto de ello. Sin embargo, Eva todavía tenía dificultades en reconciliar esa situación con la manera en que ella había sido educada. Es verdad que su madre había estado equivocada en insistir en que permaneciera virgen hasta el matrimonio. Ahora se daba cuenta de ello. Por supuesto, ella no iba a hacer lo mismo con las cuatrillizas. Claro que no las dejaría convertirse en unas fulanitas como las niñas Hatten, que se maquillaban a los catorce e iban por ahí con los chicos en las motos. Pero más tarde, cuando tuvieran ya dieciocho y fueran a la universidad, eso estaría bien. Necesitaban tener experiencias antes de casarse, en lugar de casarse para... Eva se detuvo. Eso no era verdad, ella no se había casado con Henry sólo a causa del sexo. Habían estado verdaderamente enamorados. Claro que Henry le había metido mano, pero nunca de manera sucia como

algunos de los chicos con los que ella había salido. Más bien se había mostrado tímido y poco lanzado, y ella había tenido que animarle. Mavis tenía razón al decir que era una mujer llena de ardor. A ella le gustaba el sexo, pero sólo con Henry. No le interesaba tener amantes, especialmente ahora que estaban las cuatrillizas. Había que dar buen ejemplo y los hogares rotos no eran buenos. Por otra parte, lo mismo se podía decir de los hogares en que los padres estaban siempre riñendo y se odiaban el uno al otro. Así que el divorcio también era una buena cosa. Pero nada de eso amenazaba su matrimonio. Era sólo que ella tenía derecho a una vida amorosa más plena y si Henry era demasiado tímido para pedir ayuda, como realmente lo era, ella tendría que hacerlo por él. Así que telefoneó a la doctora Kores y le sorprendió saber que podía ir ese mismo día a las dos y media.

Eva había salido con una escolta inadvertida de dos coches y cuatro policías, y había tomado el autobús al extremo de la calle Perry, hacia Silton y el huerto de hierbas y plantas de la doctora Kores.

«Supongo que no dispone de tiempo para cuidarlo», se dijo Eva al descubrir en su camino hacia la casa un cierto número de hierros viejos y un cultivador oxidado. En cualquier caso, se sentía ligeramente decepcionada por la falta de organización. Si el jardín hubiera sido suyo, no habría tenido aquel aspecto. Pero todo lo orgánico tiene tendencia a desarrollarse libremente y además la doctora Kores tenía fama de excéntrica. De hecho, Eva se había preparado para encontrarse con una vieja bruja envuelta en un chal de lana cuando se abrió la puerta y apareció una mujer severa con una bata blanca que la miraba a través de unas gafas con cristales extrañamente oscurecidos.

—¿La señora Wilt? —preguntó. Parecía pronunciar ligeramente más una V que una W. Pero antes de que Eva pudiera considerar esta cuestión, estaba siendo introducida a través del vestíbulo a una sala de consulta. Eva miró a su alrededor con aprensión mientras la doctora tomaba asiento tras su escritorio—. ¿Tiene usted problemas? —preguntó.

Eva se sentó.

—Sí —dijo, jugando con el cierre de su bolso y arrepintiéndose de haber pedido esa entrevista.

—Con su esposo, creo recordar.

—Bien, no exactamente con él —dijo Eva, tomando la defensa de Henry. Al fin y al cabo no era culpa suya el no ser tan enérgico como otros hombres—. Es sólo que... bueno... no es tan activo como podría ser.

—¿Sexualmente activo? —Eva asintió, y la doctora continuó—: ¿Qué edad tiene?

—¿Quiere decir Henry? Cuarenta y tres. Cumplirá cuarenta y cuatro en marzo. Es...

Pero la doctora Kores no estaba interesada evidentemente en el signo astrológico de Wilt.

—¿Y el declive sexual ha sido abrupto?

—Supongo que sí —dijo Eva, que se preguntaba qué era el declive sexual.

—¿Máxima actividad semanal, por favor?

Eva miró ansiosamente a la lámpara del despacho y trató de pensar.

—Bueno, cuando nos casamos... —se interrumpió.

—Continúe —ordenó la doctora.

—Bien, recuerdo que Henry lo hizo tres veces en una noche —dijo Eva con precipitación—. Naturalmente sólo lo hizo una vez.

El bolígrafo de la doctora se detuvo.

—Por favor, explíquese —dijo—. Primero ha dicho usted que era sexualmente activo tres veces en una noche. Y luego ha dicho que sólo una. ¿Está afirmando que sólo hubo eyaculación seminal la primera vez?

—En realidad, no lo sé —dijo Eva—. No es fácil asegurarlo, ¿verdad?

La doctora Kores le lanzó una mirada de duda.

—Permítame expresarme de otro modo. ¿Hubo un espasmo del pene en el climax de cada episodio?

—Supongo que sí —dijo Eva—. Hace tanto tiempo que sólo recuerdo que estaba muy cansado al día siguiente.

—¿En qué año sucedió eso? —preguntó la doctora después de escribir «espasmo de pene incierto».

—En julio de 1963 —dijo Eva—. Lo recuerdo porque eran unas vacaciones en las que paseábamos por el distrito de Peah y Henry decía que había alcanzado el pico.

—Muy divertido —dijo secamente la doctora—. ¿Y ése es su máximo rendimiento sexual?

—Lo hizo dos veces en 1970, el día de su cumpleaños...

—¿Y el término medio era de cuántas veces por semana? —preguntó la doctora, evidentemente decidida a impedir que Eva introdujera algún elemento remotamente humano en la discusión.

—¿El término medio? Oh, bien, antes solía hacerlo dos o tres veces, pero ahora tengo suerte si es una vez al mes, y a veces incluso menos.

La doctora Kores se pasó la lengua por sus labios finos y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Señora Wilt —dijo, inclinándose sobre la mesa y formando un triángulo entre los dedos índices y los pulgares—, yo trato exclusivamente problemas de la hembra en un contexto social dominado por el macho, y, hablando francamente, encuentro su

actitud en la relación con su esposo indebidamente sumisa.
—¿De verdad? —dijo Eva comenzando a reanimarse—. Henry siempre dice que soy demasiado autoritaria.
—Por favor —dijo la doctora con una especie de escalofrío—. No estoy en absoluto interesada en las opiniones de su esposo ni en su persona. Si usted ha decidido estarlo, es su problema. El mío es ayudarla en tanto ser enteramente independiente, y para ser sincera, encuentro su autoobjetivación enormemente desagradable.
—Lo siento —dijo Eva, preguntándose qué sería la autoobjetivación.
—Por ejemplo, ha establecido usted reiteradamente, y cito sus palabras: «Lo hizo tres veces» y otra vez «Lo hizo dos»...
—Pero es que lo hizo —protestó Eva.
—¿Y quién era «lo»? ¿Usted? —dijo la doctora con vehemencia.
—Eso no es lo que he querido decir... —comenzó Eva, pero la doctora no pensaba detenerse ahí.
—Y la misma palabra «hizo» o «hecho» es una aceptación tácita de la violación marital. ¿Qué diría su esposo si se lo hiciera usted a él?
—Oh, no creo que a Henry le gustase —dijo Eva—, quiero decir que no es muy grande y...
—Si no le importa —dijo la doctora—, el tamaño nada tiene que ver en este asunto. Lo predominante es la cuestión de la actitud. Sólo podré ayudarla si hace usted un esfuerzo claro por verse a sí misma como el líder de la relación. —Tras sus gafas de cristales azules, sus ojos se estrecharon.
—Desde luego lo intentaré —dijo Eva.
—Lo conseguirá —dijo la doctora con voz sibilante—, eso es lo esencial. Repita conmigo «lo conseguiré».
—Lo conseguiré —dijo Eva.
—Soy superior —dijo la doctora.
—Sí —dijo Eva.
—No diga «sí» —silbó la doctora, mirando con aire aún más extraño a los ojos de Eva—, sino «soy superior».
—Soy superior —dijo Eva, obediente.
—Ahora las dos cosas.
—Las dos cosas —dijo Eva.
—No. Quiero que repita las dos afirmaciones. Primero...
—Lo conseguiré —dijo Eva, captando por fin el mensaje—. Soy superior.
—Otra vez.
—Lo conseguiré. Soy superior.
—Bien —dijo la doctora—, es vital que establezca usted la correcta actitud psíquica si es que voy a ayudarla. Repetirá estas autoinstrucciones trescientas veces al día. ¿Entendido?
—Sí —dijo Eva—. Lo conseguiré. Soy superior.

—Otra vez —dijo la doctora.
Durante los siguientes cinco minutos Eva estuvo fija a la silla, repitiendo las frases mientras la doctora Kores la miraba a los ojos, sin pestañear.
—Basta —dijo por fin—. Naturalmente, usted entiende lo que esto significa, ¿verdad?
—En cierto modo —dijo Eva—. Tiene que ver con lo que Mavis Mottram dice sobre que las mujeres deben tomar el papel dirigente en el mundo, ¿no?
La doctora se echó hacia atrás en la silla con una sonrisa fría.
—Señora Wilt —dijo—, durante treinta y cinco años he estudiado continuamente la superioridad sexual de las hembras en el mundo de los mamíferos. Cuando aún era una niña, reflexionaba sobre los hábitos de apareamiento de los arácnidos; mi madre era una experta en ese campo antes de casarse con mi padre, desgraciadamente, sabe usted.
Eva asintió. Por fortuna para ella no había oído la referencia a las arañas pero estaba demasiado fascinada para no comprender que cualquier cosa que dijera la doctora Kores era de algún modo importante. Ella tenía en la mente el futuro de las cuatrillizas.
—Pero —continuó la doctora— mi propio trabajo se ha concentrado en las formas de vida superiores y, en particular, en los talentos infinitamente superiores de lo femenino en la esfera de la supervivencia. En cualquier nivel de desarrollo, el papel del macho es subordinado y la hembra demuestra una adaptabilidad que preserva la especie. Sólo en el mundo humano, y exclusivamente en el contexto social más que en el puramente biológico, este proceso se ha invertido. Esta inversión se ha logrado mediante la naturaleza competitiva y militarista de la sociedad, en la cual ha encontrado justificación la fuerza bruta de lo masculino para la supresión de lo femenino. ¿Está usted de acuerdo?
—Sí, supongo que sí —dijo Eva, que había encontrado la argumentación difícil de seguir, aunque pudo ver que tenía cierto sentido.
—Bien —dijo la doctora—.Y ahora hemos llegado a una crisis mundial en la que la exterminación de la vida en la tierra ha llegado a ser probable a causa de la distorsión masculina del desarrollo científico, desviado para propósitos militares. Sólo las mujeres podemos salvar el futuro —Hizo una pausa y dejó que Eva saborease esta perspectiva —. Por suerte, la ciencia también ha puesto en nuestras manos los medios de hacerlo. La fuerza puramente física del macho ha perdido sus ventajas en la sociedad automatizada del presente. El hombre es redundante y, en la era del ordenador, es la mujer la que tendrá el poder. Habrá leído usted, naturalmente, acerca del trabajo que se

lleva a cabo en St. Andrew's. Se ha demostrado que la mujer tiene un corpus collossum más grande que el hombre.
—¿Corpus collossum? —dijo Eva.
—Cien millones de células cerebrales, fibras neurales que conectan los hemisferios del cerebro esenciales en la transmisión de la información. Trabajando con ordenadores, este intercambio es de la más alta significación. Podría ser a la era electrónica lo que el músculo fue a la era de la fuerza física...
Durante otros veinte minutos, la doctora siguió hablando, oscilando entre un fervor casi demente por lo femenino, la argumentación racional y el establecimiento de los hechos. Para Eva, siempre dispuesta a aceptar el entusiasmo de manera acrítica, la doctora parecía encarnar todo lo que era más admirable en el mundo intelectual al que ella nunca había pertenecido. Sólo cuando la doctora pareció debilitarse, recordó Eva la razón por la que había ido.
—Acerca de Henry... —comenzó titubeando.
Durante un momento, la doctora Kores continuó concentrada en un futuro en el que probablemente no habría hombres, antes de volver de nuevo al presente.
—Oh, sí, su esposo —dijo casi distraída—, desea algo para estimularle sexualmente, ¿no?
—Si es posible —dijo Eva—. Él nunca ha sido...
Pero la doctora Kores la interrumpió con una risa áspera.
—Señora Wilt —dijo—, ¿ha considerado usted la posibilidad de que la falta de actividad sexual de su esposo puede ser sólo aparente?
—No la entiendo bien.
—¿Otra mujer quizá?
—Oh, no —dijo Eva—. Henry no es así. Realmente no es así.
—¿O bien homosexualidad latente?
—No se habría casado conmigo si hubiera sido así, ¿verdad? —dijo Eva, verdaderamente escandalizada.
La doctora Kores la miró con aire crítico. En momentos como éstos su fe en la innata superioridad femenina se veía puesta a prueba.
—Ha habido casos —dijo a través de sus dientes apretados y estaba a punto de iniciar una discusión sobre la vida familiar de Oscar Wilde, cuando sonó el timbre de la entrada—. Perdóneme un momento —dijo y salió deprisa. Cuando volvió lo hizo por la otra puerta—. Mi dispensario —explicó—, tenía allí un preparado que podría ser eficaz. La dosis, sin embargo, es crítica. Como muchas medicaciones, contiene elementos que tomados en exceso pueden producir decididas contraindicaciones. Debo prevenirla que no exceda la dosis establecida en más de cinco mililitros. Le entrego una jeringa para mayor exactitud en las medidas. Dentro de esos límites, la tintura producirá el resultado deseado. Fuera de ellos, no me hago

responsable. Naturalmente, debe tratar este tema con el máximo secreto. Como científica, no puedo hacerme responsable de una mala aplicación de la fórmula experimental.

Eva puso la botella de plástico en su bolsa y salió. Cuando pasaba junto al cultivador oxidado, su mente sufría una tempestad de impresiones contradictorias. Había algo extraño en la doctora Kores. No es que ella dijera que estaba equivocada, Eva podía ver que sus palabras tenían sentido. Era más bien la manera en que las decía y cómo se comportaba. Tendría que discutirlo con Mavis. De todos modos, cuando estaba en la parada del autobús se sorprendió repitiendo: «Soy superior. Lo conseguiré», casi involuntariamente.

A cierta distancia, dos de los hombres de paisano del inspector Hodge la observaban tomando notas de la hora y el lugar. La vigilancia de la vida de los Wilt había comenzado.

CAPITULO IX

Y así continuó. Durante dos días, equipos de detectives vigilaron a los Wilt e informaron al inspector Hodge de que habían encontrado señales inequívocas. La visita de Eva a la doctora Kores era particularmente condenatoria.
—¿Una herborista? ¿Ha ido a una herborista en Silton? —dijo el inspector incrédulamente. Tras cuarenta y ocho horas casi sin dormir y muchas tazas de café negro, a él también le habría venido bien alguna medicina alternativa—. ¿Y salió con una gran botella de plástico?
—Aparentemente —dijo el detective. Tratar de seguir a Eva había sido demasiado para él. Y lo mismo con las cuatrillizas—. Por lo que sé, salió con una botella. Todo lo que vimos fue que sacaba la botella del bolso mientras estaba esperando el autobús.
Hodge ignoró la lógica. En lo que a él concernía, los sospechosos que visitaban herboristas y después tenían botellas en sus bolsos eran decididamente culpables.
Pero fue la llegada de Mavis Mottram al 45 de la avenida Oakhurst aquella misma tarde, lo que más le interesó.
«El sujeto recoge a las niñas en el colegio a las 15:30 —leyó en el informe escrito—, vuelve a casa y una mujer llega conduciendo un Mini.»
—Correcto.
—¿Cómo es ella?
—Unos cuarenta, por lo menos. Cabello oscuro. Uno sesenta. Anorak azul y pantalones marrones con calientapiernas. Llega a las 15:55 y se va a las 16:20.
—¿Así que podría haber recogido la botella?
—Podría, supongo, pero no llevaba bolso y no había señales de ella.
—Entonces ¿qué?
—Nada hasta que el vecino de al lado llegó a casa, a las 17:30. Véalo, todo está en mi informe.
—Ya lo sé que está —dijo Hodge—, sólo estoy tratando de hacerme una idea. ¿Cómo sabe usted que su nombre es Gamer?
—Dios, tendría que haber estado sordo para no oírlo, de la manera en que ella le interpeló, sin mencionar a su esposa, que organizó un jaleo terrible.
—Y ¿qué ocurrió?
—Ese tipo, Gamer, entra en la puerta 43 —dijo el detective— y cinco minutos más tarde está fuera otra vez, como un gato escaldado y con

su esposa tratando de detenerle. Da la vuelta a la casa de los Wilt y trata de entrar por la puerta de atrás. Pone la mano en la puerta y al momento siguiente está tirado de espaldas sobre las flores, retorciéndose como si tuviera el baile de San Vito y su mujer aullando como si la hubieran matado.
—¿Dice usted que la puerta de atrás estaba electrificada?
—No lo digo yo. Él lo dijo. Tan pronto como pudo hablar, claro, y dejar de retorcerse. La señora Wilt sale y quiere saber qué está haciendo encima de sus flores. Para entonces ya ha conseguido ponerse de pie y está gritando que las jodidas arpías —ésas son sus palabras, no las mías— habían tratado de asesinarle robando alguna estatua que él tiene en su jardín trasero y que la habían puesto en el suyo y habían electrificado la puerta trasera con sus jodidas manos. Y la señora Wilt le dice que no sea tan tonto y haga el favor de no utilizar ese lenguaje sucio delante de sus hijas.
Después de eso, las cosas resultaron algo confusas, él quería su estatua y ella decía que no la tenía y que no la hubiera querido ni regalada porque es una obscenidad.
—¿Una obscenidad? —murmuró Hodge—. ¿Qué tiene de obsceno?
—Es una de ésas con un niño meando. La tenía en su estanque. Ella prácticamente le llamó pervertido. Y todo ese tiempo su esposa le rogaba que volviera a casa y se olvidase de la dichosa estatua, siempre podían comprar otra cuando hubiesen vendido la casa. Eso le volvió loco. «¿Vender la casa?», aulló. «¿A quién? Ni siquiera un lunático de atar querría comprar una casa vecina a esos cerdos de los Wilt.» Y probablemente tenía razón en eso.
—¿Y qué sucedió al final? —preguntó Hodge, tomando nota mentalmente de que tenía un aliado en el señor Gamer.
—Ella insiste en que pase por la casa y vea si su estatua está allí, porque no está dispuesta a que llamen ladronas a sus hijas.
—¿Y fue? —preguntó Hodge, incrédulo.
—Con muchas dudas —dijo el detective—. Salió estremeciéndose y jurando que la había visto ahí y que si no quería creer que esas crías habían tratado de matarle, por qué estaban apagadas todas las luces de la casa. Esto la desconcertó y él señaló que había un trozo de alambre todavía enganchado en el hierro de limpiarse las botas, en el exterior de la puerta trasera.
—Interesante —dijo Hodge—. ¿Y estaba ahí?
—Debe de haber estado, porque ella se puso muy colorada, especialmente cuando él dijo que era evidencia para mostrar a la policía.
—Naturalmente, con esa botella de droga todavía en la casa —dijo Hodge—. No me extraña que reforzaran la puerta trasera. —Una nueva teoría se había formulado en su mente—. Le digo que esta vez

tenemos algo.

Incluso el comisario, que compartía la opinión de Flint de que el inspector Hodge era una amenaza pública, mayor que la mitad de los pequeños delincuentes que arrestaba, y que le hubiera puesto encantado como agente de tráfico, tuvo que admitir que por una vez el inspector parecía estar en la buena pista.

—Ese tipo, Wilt, tiene que ser culpable de alguna cosa —murmuró, mientras estudiaba el informe de los extraordinarios movimientos del mismo durante su pausa para comer.

De hecho, Wilt había estado alerta por los posibles asociados de McCullum y había localizado casi inmediatamente a los dos detectives, en un coche sin distintivos, cuando salía de la escuela para recoger su Escort en la parte de atrás de Las Armas del Soplador de Vidrio, y rápidamente había emprendido una acción evasiva con la maestría que había adquirido observando viejas películas policíacas en la televisión. Como resultado, había torcido por las calles secundarias, había desaparecido en calles peatonales, había comprado un cierto número de objetos innecesarios en tiendas llenas de gente e incluso había entrado por la puerta delantera del limpiabotas y salido por la trasera al dirigirse hacia el pub.

—Volvió al aparcamiento de la escuela a las 14:15 —dijo el comisario —. ¿Dónde estuvo?

—Me temo que lo perdimos —dijo Hodge—. Ese hombre es un experto. Todo lo que sabemos es que volvió conduciendo deprisa y prácticamente corrió hacia el edificio.

Y tampoco el comportamiento de Wilt al salir de la escuela aquella noche había estado calculado para inspirar confianza en su inocencia. Cualquiera que saliera por la puerta principal llevando gafas oscuras, una gabardina con el cuello levantado y una peluca (Wilt la había tomado prestada del Departamento de Arte Dramático) y que pasara media hora sentado en un banco junto a la bolera de Midway Park, vigilando el tráfico que pasaba antes de volver al aparcamiento de la escuela, se habría colocado definitivamente en la categoría de principal sospechoso.

—¿Cree que estaba esperando a alguien? —preguntó el comisario.

—Es más probable que tratara de avisarles —dijo Hodge—. Seguramente tienen un sistema de señales. Sus cómplices pasan por allí y le ven sentado y captan el mensaje.

—Supongo que sí —dijo el comisario, que no podía pensar en alguna otra cosa razonable—. Así que podemos esperar pronto una detención. Se lo diré al jefe.

—Yo no diría eso, señor —dijo Hodge—, sólo que tenemos una buena pista. Si tengo razón, éste es obviamente un sindicato muy organizado. No quiero hacer un arresto prematuro cuando este

hombre puede conducirnos a la fuente principal.
—Tiene razón —dijo el comisario con tristeza.
Había esperado que la manera en que Hodge manejara el caso demostraría tal ineptitud que habría que llamar a la Brigada de Investigación Criminal de la región. En lugar de ello el maldito hombre parecía estar consiguiendo un éxito. Y después de eso sin duda pediría un ascenso y lo conseguiría. Ojalá que fuera en algún otro lugar. Si no, sería el comisario quien pediría un traslado. Y todavía había la posibilidad de que Hodge lo estropeara todo.

En la escuela, Hodge lo había conseguido. Su insistencia en colocar allí detectives de paisano, disfrazados de aprendices o, aún peor, de profesores en prácticas, estaba afectando duramente la moral del personal.
—No puedo soportarlo —le dijo el doctor Cox, jefe del Departamento de Ciencias, al director—. Ya es bastante malo enseñar a algunos de los estudiantes que tenemos, sin que haya un tipo por ahí que no sabe la diferencia entre un mechero de Bunsen y un lanzallamas. Prácticamente quemó todo el laboratorio del tercer piso. Y en cuanto a ser cualquier tipo de profesor...
—Él nada tiene que decir. Después de todo, sólo están aquí para observar.
—En teoría —dijo el doctor Cox—. En la práctica, se lleva a mis estudiantes a los rincones y les pregunta si pueden conseguirle algo de Fluido Embalsamador. Cualquiera pensaría que se dedica a las pompas fúnebres.
El director le explicó el término.
—Dios Todopoderoso, ahora entiendo por qué ese tipo pidió quedarse anoche para comprobar el inventario del material de química.
Lo mismo sucedió en Botánica.
—¿Cómo iba yo a saber que es una mujer policía? —se quejó la señorita Ryfield—. Y en cualquier caso, no tenía ni idea de que los estudiantes estuvieran cultivando marihuana en tiestos en el invernadero. Parece que me considera a mí responsable.
Sólo el doctor Board consideraba la situación filosóficamente. Gracias al hecho de que ninguno de los policías hablaba francés, su departamento se había librado de los intrusos.
—Después de todo, estamos en 1984 —anunció a un comité reunido para el caso en la sala de profesores—, y por lo que sé, la disciplina ha mejorado enormemente.
—No en mi departamento —dijo el señor Spirey, de Construcción — He tenido cinco peleas entre los Enlucidores y Albañiles, y el señor Gilders está en el hospital con heridas producidas por cadenas de

bicicleta.
—¿Cadenas de bicicleta?
—Alguien llamó jodido cerdo a ese joven gorila de la policía y el señor Gilders trató de intervenir.
—Y supongo que los aprendices fueron detenidos por llevar armas ofensivas —dijo el doctor Mayfield.
El director de Construcción negó con la cabeza.
—No, era el policía el que tenía la cadena de bicicleta. No se imaginan, le dieron una buena paliza después —añadió con cierta satisfacción.
Pero donde las investigaciones de Hodge se llevaron a cabo con más rigor fue entre las Secretarias Superiores.
—Si esto continúa mucho más tiempo, los resultados de nuestros exámenes van a ser espantosos —dijo la señorita Dill—. No tienen idea de los efectos que produce sobre su velocidad de mecanografía el que las chicas sean sacadas de clase e interrogadas constantemente. Parecen tener la impresión de que la escuela es el centro del vicio.
—Si por lo menos lo fuera —dijo el doctor Board—. Pero, como siempre, los periódicos lo han entendido todo al revés. No obstante, en la página tres hay algo. —Y mostró un ejemplar del *Sun* y una fotografía de la señorita Lynchknowle desnuda, tomada en las Barbados el verano anterior. La cabecera decía: HEREDERA DROGADA ENCONTRADA MUERTA EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.
—Por supuesto que he visto los periódicos y la publicidad es infecta —dijo el director a los miembros del Comité de Educación. Inicialmente reunido para discutir la inminente visita del Cuerpo de Inspectores de Su Majestad, ahora estaba mucho más preocupado con la nueva crisis—. Lo que estoy tratando de precisar es que se trata de un incidente aislado y...
—No lo es —dijo el consejero Blyghte-Smythe—. Tengo aquí una lista de las catástrofes que han acaecido en la escuela desde su nombramiento. Primero fue aquel horrible asunto del profesor de Estudios Liberales que...
La señora Chatterway, cuyas opiniones eran infatigablemente progresistas, intervino.
—Me parece que nada ganamos con discutir sobre el pasado —dijo.
—¿Por qué no? —preguntó el señor Squidley—. Ya es hora de que alguien sea responsable de lo que pasa. Como contribuyentes tenemos derecho a una decente educación práctica para nuestros hijos y...
—¿Cuántos hijos tiene usted en la escuela? —preguntó bruscamente la señora Chatterway.
El señor Squidley la miró con disgusto.

—Ninguno, gracias a Dios —dijo—. No permitiría que uno de mis chicos se acercara siquiera a este lugar.
—Si nos atuviéramos al tema... —dijo el presidente del comité.
—No me estoy saliendo del tema —dijo el señor Squidley—, y el tema es que como patrón no voy a pagar todo ese dinero para que los aprendices sean convertidos en drogadictos por un montón de profesores de quinta fila.
—No acepto eso —dijo el director—. En primer lugar, la señorita Lynchknowle no era una aprendiza, y en segundo lugar tenemos algunos profesores muy dedicados...
—Y peligrosos dementes —cortó el consejero Blyghte-Smythe.
—Iba a decir «y competentes».
—Lo que sin duda explica el hecho de que el secretario del ministro de Educación esté presionando para que se constituya una comisión de investigación de la enseñanza de marxismo-leninismo en el Departamento de Estudios Liberales. Si ésa no es una clara indicación de que algo va mal, usted me dirá.
—Protesto. Protesto con la mayor energía —dijo la señora Chatterway —. La causa real del problema son los recortes en el presupuesto. Si hemos de dar a nuestros jóvenes el sentido de la responsabilidad, de sus deberes...
—Oh, Dios, otra vez no —murmuró el señor Squidley—. Si la mitad de los cretinos que tengo que emplear supieran por lo menos leer y escribir...
El director miró significativamente al presidente del comité y se sintió mejor. El Comité de Educación no llegaría a una conclusión sensata. Nunca lo hacía.

En el 45 de la avenida Oarkhurst, Wilt miraba nerviosamente por la ventana. Desde su hora de almorzar y el descubrimiento de que estaba siendo seguido, tenía los nervios de punta. De hecho, había conducido hasta casa con los ojos tan firmemente fijos en el espejo retrovisor que no había visto los semáforos de la calle Nott y había chocado por detrás con el coche de policía que había tomado la precaución de precederle para vigilarle. La discusión consiguiente con los dos hombres de paisano, que afortunadamente no iban armados, había contribuido a confirmar su opinión de que su vida estaba en peligro.
Y Eva no había estado muy comprensiva.
—Nunca miras por dónde vas —dijo, cuando le explicó por qué el coche tenía aplastados el parachoques y el radiador—. No tienes remedio.
—Tú te sentirías sin remedio si hubieras tenido el día que yo he

tenido —dijo Wilt y agarró una botella de cerveza casera. Se tomó un trago y miró el resto con aire dubitativo—. Debo de haberme olvidado el azúcar o algo así —murmuró, pero Eva desvió rápidamente la conversación al incidente con el señor Gamer.

Wilt la escuchaba a medias. Su cerveza no tenía ese gusto normalmente y, en cualquier caso, nunca era tan floja.

—Como si niñas de su edad fueran capaces de pasar una estatua tan horrenda como ésa por encima de la cerca —dijo Eva, concluyendo una versión singularmente tendenciosa del incidente.

Wilt apartó con esfuerzo la atención de su cerveza.

—Oh, no lo sé. Eso explica quizá lo que estaban haciendo el otro día con la polea del señor Boykins. Me preguntaba por qué estaban tan interesadas por la física.

—Pero decir que trataron de electrocutarlo —dijo Eva indignada.

—Dime tú por qué estaba toda la casa a oscuras —dijo Wilt—, porque el fusible principal había saltado. Y tampoco me digas que un ratón se metió otra vez en el tostador, porque ya lo he verificado. En cualquier caso, aquel ratón no fundió todos los fusibles, y si no me hubiera opuesto a desayunar ratón putrefacto en lugar de tostadas y mermelada, tú ni te habrías dado cuenta.

—Eso es muy distinto —dijo Eva—. El pobre bicho entró allí buscando migas. Por eso murió.

—Y también el señor Gamer estuvo a punto de morir porque buscaba su maldito ornamento de jardín —dijo Wilt—. Y puedo decirte quién le dio la idea a tus hijas, el maldito ratón, ése fue. Uno de estos días conseguirán la receta para la silla eléctrica y al volver a casa encontraré al niño de los Radley con una cacerola en la cabeza y un gran cable que lo conectará con el enchufe de la cocina, más muerto que un pavo asado.

—Ellas nunca harían una cosa así —dijo Eva—. Son sensatas. Tú siempre ves el lado malo de las cosas.

—Realmente —dijo Wilt—, eso es lo que miro, y lo que veo son cuatro criaturas letales que hacen parecer a Myra Hindley una candidata apropiada para profesora de jardín de infancia.

—Estás siendo horrible —dijo Eva.

—Igual que esta maldita cerveza —dijo Wilt, y abrió otra botella.

Tomó un sorbo y juró, pero sus palabras fueron ahogadas por el robot que Eva había enchufado, en parte para hacer una ensalada de zanahoria y manzana, que era tan buena para las niñas, y en parte para expresar su irritación. Henry nunca podría admitir que las niñas eran inteligentes y brillantes y buenas. Siempre eran malas para él.

Y lo mismo pasaba con la cerveza. La adición, por parte de Eva, de cinco mililitros del estimulante sexual de la doctora Kores a la Best Bitter de Wilt le había conferido un sabor especial y además había

eliminado el gas.
—Han debido dejar flojo el tapón en esta serie —murmuró Wilt cuando el robot se detuvo.
—¿Qué dices? —preguntó Eva sin amenidad.
Siempre sospechaba que Wilt aprovechaba la cobertura del robot o del molinillo de café para expresar sus verdaderos sentimientos.
—Nada, nada —dijo Wilt, prefiriendo dejar el tema de la cerveza.
Eva siempre estaba recordándole que no era buena para el hígado y por una vez la creía. Por otra parte, si los gángsters de McCullum iban a hacerle cisco, prefería estar borracho cuando comenzaran, aunque la bebida tuviera aquel gusto tan peculiar. Era mejor que nada.

Al otro extremo de Ipford, el inspector Flint estaba sentado delante de la tele y miraba abstraído una película sobre el ciclo vital de la tortuga gigante. Le importaban un pimiento las tortugas y su vida sexual. La única cosa que encontraba a su favor era que tenían el sentido común de no preocuparse de sus descendientes y los dejaban eclosionar en una playa distante o, mejor aún, que fueran comidos por los depredadores. En cualquier caso, las cabronas vivían doscientos años y probablemente no tenían la presión alta.
Sus pensamientos más bien volvían a Hodge y a la chica Lynchknowle. Después de enfilar al jefe de la Brigada de Estupefacientes hacia el pantano de inconsecuencias que era el fuerte de Wilt, había comenzado a pensar que podría ganar algunos laureles resolviendo el caso por sí mismo. En primer lugar, Wilt no andaba con drogas. De eso Flint estaba seguro. Sabía que Wilt estaba en algún lío —saltaba a la vista—, pero su instinto de policía le decía que las drogas no encajaban en él.
Así que alguna otra persona le había proporcionado a la chica la mierda que la había matado. Con la lenta persistencia de una tortuga gigante nadando en las profundidades del Pacífico, Flint repasó los hechos. La chica muerta por la heroína y el PCP, ése era un hecho. Wilt dando clases a ese cabrón de McCullum (también muerto por drogas): otro hecho. Wilt llamando por teléfono a la prisión: no un hecho, meramente una posibilidad. Una posibilidad interesante realmente, y si se sacaba a Wilt del caso, nada quedaba en absoluto. Flint cogió el periódico y miró la foto de la chica muerta. Tomada en Barbados. Gente esnob y la mitad de ellos drogados. Si la chica había conseguido el material en ese círculo, Hodge no tenía la más mínima posibilidad. Ellos guardaban sus secretos. En cualquier caso, podría valer la pena comprobar estos hallazgos. Flint apagó el televisor y se dirigió al vestíbulo.

—Voy a estirar las piernas —le gritó a su esposa, pero la respuesta fue un silencio total.

A su esposa le tenía sin cuidado lo que hiciese con sus piernas.

Veinte minutos más tarde, estaba en el despacho con el informe de la entrevista con lord y lady Lynchknowle delante de él. Naturalmente, nunca se les había ocurrido que Linda se drogara. Flint reconoció los síntomas y el deseo de evitar toda culpabilidad. «Aproximadamente el mismo cariño paternal que esas tortugas», murmuró para sí y volvió a la entrevista con la chica que compartía un piso con la señorita Lynchknowle.

Ahí había alguna cosa más positiva. No, Penny no había estado en Londres desde hacía mucho tiempo. De hecho nunca iba a ninguna parte, ni siquiera a casa los fines de semana. A las discotecas ocasionalmente, pero en general era una solitaria y había roto con su novio en la universidad antes de Navidad, etc. Tampoco tenía visitantes recientes. De vez en cuando salía una noche a un café o a pasear por el río. Se la había visto allí dos veces al volver del cine. ¿Dónde exactamente? Cerca de la marina. Flint tomó nota de esto, y también del hecho de que el sargento que la visitó había hecho las preguntas pertinentes. Flint anotó los nombres de algunos de los cafés. No tenía sentido visitarlos, ya lo había hecho Hodge y, además, Flint no tenía intención de que le vieran interesado por el caso. Aunque sabía que estaba actuando sobre todo por intuición, tenía el olfato que provenía de su larga experiencia y de su conocimiento de que Wilt podía ser cualquier cosa —y el inspector tenía sus propias opiniones sobre esto—, pero no era un traficante. De todas maneras, sería interesante saber si había hecho aquella llamada a la prisión la noche en que McCullum tomó la sobredosis. Resultaba una coincidencia extraña la de aquel incidente. Era bastante fácil conseguir que el señor Blaggs le contase la historia. Flint conocía al jefe de celadores desde hacía años y frecuentemente había tenido el placer de confiar prisioneros a su dudoso cuidado.

Así que ahora estaba en el pub al lado de la prisión hablando de Wilt con el jefe de celadores, con una franqueza que Wilt habría encontrado en parte tranquilizadora.

—Si quiere saber mi opinión —dijo el señor Blaggs—, educar a los canallas es antisocial. Sólo les da más cerebro del que necesitan. Hace su trabajo aún más difícil cuando salen, ¿no es verdad?

Flint tuvo que admitir que no lo hacía más fácil.

—¿Pero usted no cree que Wilt tenga algo que ver con el escondrijo de drogas que Mac tenía en su celda? —preguntó.

—¿Wilt? Nunca. Un maldito bienintencionado, eso es lo que es. Mire,

yo no digo que este tipo de gente no sea estúpida, porque sé que lo son. Lo que digo es que una prisión tiene que ser una prisión y no una jodida escuela de perfeccionamiento para convertir a ladronzuelos medio retrasados en ladrones de banco de primera clase con título de abogado.
—¿Eso no era lo que estaba estudiando Mac, no? —preguntó Flint. El señor Blaggs se echó a reír.
—No lo necesitaba —dijo—. Tenía dinero suficiente en el exterior para poner en nómina a un montón de abogaduchos.
—Entonces, ¿cómo es que se sospecha que fue Wilt quien hizo aquella llamada? —preguntó Flint.
—Es sólo lo que piensa Bill Coven, él cogió el teléfono —dijo Blaggs, y miró significativamente su vaso. Flint encargó dos jarras más—. Sólo cree que reconoció la voz de Wilt —continuó Blaggs, satisfecho de estar sacando de la información lo que valía—. Pudo haber sido cualquiera.
Flint pagó las cervezas y trató de pensar qué preguntar a continuación.
—¿Y usted no tiene ni idea de cómo consiguió Mac la droga? —preguntó finalmente.
—Lo sé con exactitud —dijo Blaggs orgulloso—. Otro maldito bienintencionado, sólo que esta vez un visitante. Si quiere saber mi opinión, deberían prohibir todas las vi...
—¿Una visita? —interrumpió Flint, antes de que el jefe de celadores expresara su opinión acerca del régimen carcelario, que consistía en un confinamiento solitario y perpetuo de todos los convictos, y pena de muerte para los asesinos y violadores y cualquiera que insultase a un oficial de prisiones—. ¿Se refiere a un visitante de la prisión?
—No. Me refiero a una visitadora oficial de prisiones, una maldita estúpida con licencia. Llegan y nos amenazan a los oficiales como si hubiéramos cometido los crímenes y los delincuentes fueran todos pobres huérfanos que no tuvieron suficiente teta cuando eran bebés. Pues bien, esa puta de visitadora de prisiones, llamada Jardin, fue la que entregó la droga a McCullum.
—Cristo —dijo Flint—. ¿Por qué hizo eso?
—Estaba asustada —dijo Blaggs—. Alguno de los troncos de Mac en el exterior le hizo una visita con navajas y una botella de ácido nítrico y la amenazó con dejarla como un cruce entre el paté de perros y un leproso cubierto de acné a menos que..., ¿entiende usted?
—Sí —dijo Flint, que había comenzado a simpatizar con la visitadora de prisiones, aunque se sentía incapaz de visualizar a un leproso con acné—. ¿Entonces fue ella misma a decirles esto?
—Oh, no, claro —dijo Blaggs—. Comenzó por acusarnos de haber acabado con el señor (¿a usted le parece? *Señor),* con el jodido

McCullum. Prácticamente me acusó de haberlo colgado con mis propias manos, y no es que me hubiera importado. Esto sucedía mientras el médico de la prisión hacía la autopsia, y por lo que se ve no le gustó mucho el espectáculo, porque estaba usando una sierra y no era momento de decirle que alguien le había hecho algo malo a aquel cabrón. Bueno, cuando volvió en sí, y el médico le dijo que el cerdo había muerto de sobredosis y que cualquiera que dijera otra cosa terminaría en el juzgado por difamación, se derrumbó. Se echó a llorar y prácticamente se puso de rodillas ante el director. Y entonces explicó que había estado metiendo heroína en la prisión durante meses. Y que estaba arrepentida y lo sentía tanto.

—Ya lo creo que sí —dijo Flint—. ¿Cuándo la acusarán?

—Nunca —gruñó el señor Blaggs bebiendo su cerveza tristemente.

—¿Nunca? Pero introducir cualquier cosa, cuanto más drogas, en la prisión, es un delito grave...

—No me lo diga a mí —dijo Blaggs—. Por otra parte, el director no quería escándalos, no puede permitírselo, con ese tipo de trabajo siempre en peligro y, en cierto modo, ella ha hecho un servicio a la sociedad librándola de ese cabrón.

—Eso sí —dijo Flint—. ¿Sabe esto Hodge?

El jefe de celadores negó con la cabeza.

—Como digo, el director no quería publicidad. Además, ella sostenía que pensaba que eran polvos de talco. Y una mierda, pero ya sabe usted lo que un Rumpole haría con una defensa como ésa. La culpa de todo es de las autoridades de la prisión, y así sucesivamente. Negligencia y demás.

—¿Dijo dónde conseguía la heroína? —preguntó Flint.

—La cogía por la noche en una cabina telefónica de la calle London. Nunca vio a los tipos que la ponían allí.

—Y no sería alguno de los tipos que la habían amenazado.

Cuando el inspector salió del pub, era un hombre feliz. Hodge estaba fuera de juego y Flint tenía una visitadora de prisiones con mala conciencia a la que entrevistar. Ni siquiera se preocupaba de los efectos de tres jarras de la mejor cerveza bitter circulando por su sistema gracias a esas malditas píldoras para mear. Ya había marcado en su ruta hacia casa tres retretes públicos relativamente limpios.

CAPITULO X

Pero si el humor de Flint había cambiado para mejor, el del inspector Hodge no. Su interpretación de la conducta de Wilt se había visto ilustrada por el accidente de la calle Nott.
—Ese cabrón tuvo que saber que lo seguíamos para aplastar así un coche de la policía —le dijo al sargento Runk—, y entonces, ¿qué es lo que hace?
—Maldito si lo sé —dijo el sargento, que prefería acostarse pronto y no podía pensar claramente a la una de la madrugada.
—Está provocando una detención prematura, sabiendo que no tenemos evidencias y que tendríamos que dejarlo ir.
—¿Y para qué quiere que hagamos eso?
—Porque si le interrogamos de nuevo puede comenzar a quejarse de que lo acosamos y atropellamos sus libertades civiles —dijo Hodge.
—Parece una manera extraña de hacer las cosas —dijo Runk.
—¿Y qué le parece enviar a su esposa a un herborista para recoger cargamento de drogas el mismo día que muere una joven por la misma razón? ¿No es eso extraño también? —preguntó Hodge.
—Desde luego —dijo Runk—. De hecho, es lo más extraño que he visto. Cualquier criminal normal se quitaría de en medio una temporada.
El inspector Hodge sonrió desagradablemente.
—Exacto. Pero no estamos tratando con un criminal ordinario. Eso es lo que estoy intentando señalar. Nos las tenemos que ver con uno de los tipos más listos que he encontrado nunca.
El sargento Runk no lo veía de ese modo.
—No puede ser tan listo cuando envía a su mujer a conseguir una botella de droga mientras la estamos vigilando. A mí me parece un completo estúpido.
Hodge negó con la cabeza tristemente. Siempre era difícil conseguir que el sargento captase las complejidades de la mente criminal.
—Suponga que nada había que tuviera relación con las drogas en esa botella —sugirió.
El sargento Runk apartó trabajosamente sus pensamientos de la cama y trató de concentrarse.
—Parece un día perdido —fue todo lo que se le ocurrió decir.
—También es una manera de despistarnos —dijo Hodge—. Y ésa es su táctica. No tiene más que mirar el expediente de Wilt para verlo. Por ejemplo, fíjese en lo de la muñeca hinchable. Se burló del viejo Flint, y ¿por qué? Porque ese estúpido le detuvo para interrogarle

cuando toda la evidencia disponible era una muñeca deshinchada vestida de señora Wilt, en un agujero, con veinte toneladas de hormigón encima. ¿Y dónde estaba la verdadera señora Wilt toda aquella semana? Fuera, en un barco con un par de hippies estadounidenses que estaban drogados hasta las cejas, y Flint les deja largarse del país sin haberlos interrogado sobre lo que estaban haciendo realmente en la costa. A una legua se olía que estaban haciendo contrabando y que Wilt se había puesto en evidencia para mantener ocupado a Flint exhumando una muñeca de plástico. Así de hábil es Wilt.
—Supongo que dicho así, tiene sentido —dijo Runk—. Y usted cree que ahora está utilizando la misma táctica.
—Piense en el leopardo.
—¿El leopardo?
—Nunca pierde sus manchas.
—Oh, ya —dijo el sargento, que se podía haber ahorrado las metáforas a esa hora de la noche.
—Sólo que esta vez no está tratando con un poli pasado de moda y fracasado como Flint —dijo Hodge, ahora totalmente convencido de su propio argumento—. Está tratando conmigo.
—Es un cambio. Y hablando de cambios, me gustaría irme...
—Al 45 de la avenida Oakhurst —dijo Hodge con firmeza—, ahí es donde va usted a ir. Quiero que el coche de ese listillo de mierda esté lleno de micrófonos y vamos a abandonar la observación física. Esta vez todo va a ser electrónico.
—No, si es que yo voy a tener algo que ver con eso —dijo Runk desafiante—. Tengo suficiente sentido común para no empezar a toquetear un trasto como el coche de Wilt. Tengo una esposa y tres hijos que...
—¿Y qué demonios tiene que ver su familia con esto? —dijo Hodge—. Todo lo que estoy diciendo es que iremos mientras esté dormido...
—¿Dormido? Un tipo que electrifica su puerta trasera, ¿cree que va a correr riesgos con su maldito coche? Puede usted hacer lo que quiera, pero no estoy dispuesto a encontrarme con el Creador metido en una urna de cenizas por culpa de un maniático que ha conectado su coche con la red eléctrica nacional. Ni por usted ni por nadie.
Pero Hodge no iba a dejarse convencer.
—Podemos comprobar que no hay peligro —insistió.
—¿Cómo? —preguntó Runk, que ahora estaba completamente despierto—. ¿Dejando que un perro policía mee contra el cacharro y viendo si le descarga treinta y dos mil voltios en el pito? Debe estar bromeando.
—No estoy bromeando —dijo Hodge—. Estoy ordenándoselo. Vaya y recoja el equipo.

Media hora más tarde, un sargento desesperadamente nervioso, llevando botas de goma y guantes de caucho aislantes especiales, abría la puerta del coche de Wilt. Ya había girado cuatro veces a su alrededor para comprobar que no había cables provenientes de la casa y lo había conectado a tierra con una varilla de cobre. Aún así, no estaba corriendo riesgos y se quedó un poco sorprendido cuando la cosa no explotó.

—De acuerdo, ¿dónde quiere que ponga la grabadora? —preguntó cuando finalmente se le reunió el inspector.

—En algún sitio en que podamos acceder a la cinta fácilmente —susurró Hodge.

Runk tanteó bajo el salpicadero y trató de encontrar un sitio.

—Eso es demasiado obvio —dijo Hodge—. Colóquelo bajo el asiento.

—Lo que usted diga —dijo Runk, y metió la grabadora entre los muelles. Cuanto más pronto estuviera fuera de aquel maldito coche, mejor—. ¿Y qué hago con el transmisor?

—Uno en el portaequipajes y el otro...

—¿Otro? —dijo Runk—. Lo van a localizar incluso los detectores de licencias de televisión. Uno de estos aparatos tiene un radio de ocho kilómetros.

—No quiero correr riesgos —dijo Hodge—. Si encuentra uno, no buscará el otro.

—No hasta que lleve el coche a revisión.

—Póngalo donde nadie mire.

Al final, y después de muchos esfuerzos, el sargento enganchó magnéticamente una radio en un rincón del portaequipajes, y estaba tumbado debajo del coche buscando un escondite para la otra cuando se encendieron las luces del dormitorio de los Wilt.

—Ya le dije que ese cerdo no corre el menor riesgo —le susurró frenéticamente mientras el inspector se arrastraba hasta él—. Ahora nos ha pillado.

Hodge no dijo palabra. Con la cara aplastada contra un parche de asfalto aceitoso y alguna cosa que olía desagradablemente a gato, no era capaz de hablar.

Lo mismo le pasaba a Wilt. El efecto del estimulante sexual de la doctora Kores añadido a su cerveza casera —Wilt había acabado subrepticiamente con seis botellas en su esfuerzo por encontrar una que no tuviera aquel gusto peculiar— había sido dejarlo mentalmente confundido y con la clara impresión de que algo como un batallón de hormigas había tomado posesión de su pene y excavaba galerías en él. Eso o bien una de las cuatrillizas le había introducido el cepillo de dientes eléctrico mientras estaba dormido. No parecía probable. Pero tampoco parecía probable la sensación que estaba experimentando. Al encender la lamparilla de noche y apartar la sábana para ver qué

era lo que ocurría, tuvo una visión de bragas rojas a su lado. ¿Eva con bragas rojas? ¿O también ella estaba inflamada?

Wilt salió tambaleándose de la cama y libró una batalla con el cordón del pijama antes de poder bajarse el maldito pantalón, sin molestarse en desatarlo, y dirigió la lámpara sobre el órgano afectado en un esfuerzo por identificar la causa de su agonía. La maldita criatura (Wilt siempre le había adjudicado a su pene un cierto grado de autonomía, o más bien, nunca se había sentido totalmente asociado con sus actividades) parecía bastante normal, pero ciertamente no daba esa sensación en absoluto. Quizá si le pusiera un poco de crema...

Fue cojeando hasta la coqueta de Eva y buscó entre los potes. ¿Dónde demonios guardaba el colcrén? Al final eligió uno que decía hidratante. Ése serviría. Pero no sirvió. Cuando se hubo aplicado la mitad del pote y dejado caer el resto sobre la almohada, la sensación de ardor parecía haber empeorado. Fuera lo que fuese lo que pasaba, era en el *interior.* Las hormigas guerreras no estaban horadando para entrar, sino para salir. Durante un momento de locura consideró la posibilidad de rociarse con insecticida para matarlas, pero decidió no hacerlo. Sólo Dios sabía lo que un chorro de insecticida a presión podía hacerle a su vejiga que, en cualquier caso, ya estaba llena otra vez. Quizá si echase una meada... Todavía sosteniendo la crema hidratante se dirigió hacia el baño.

«Debe de haber sido un jodido lunático el primero que le llamó a esto aliviarse», pensó mientras terminaba. El único alivio que había encontrado era que no había orinado sangre y tampoco parecía haber hormigas en el retrete. Y orinar no le había aliviado, si acaso había puesto las cosas peor.

—Creo que voy a prenderme fuego en un minuto —murmuró, y estaba considerando la posibilidad de servirse de la manguera de la ducha como extintor cuando se le ocurrió una idea mejor.

No tenía sentido hidratarse por fuera. Donde se necesitaba la sustancia era en el interior. ¿Pero cómo meterla ahí? Su mirada se posó en el tubo de pasta dentífrica. Eso era lo que necesitaba. Oh, no, con pasta dentífrica no. Con crema hidratante. ¿Por qué no la envasarían en tubos?

Wilt abrió el botiquín y buscó entre cuchillas de afeitar viejas, tubos de aspirinas y jarabes para la tos algo que fuera vagamente apropiado para calmar su pene, pero aparte de la crema depilatoria de Eva...

—No sería una broma de buen gusto —dijo Wilt, que una vez se había cepillado los dientes accidentalmente con esa sustancia—, no voy a aplicarme ese desfoliante en ningún sitio.

Tendría que ser la crema hidratante o nada. Con una nueva sensación

frenética de desesperación, se tambaleó desde el cuarto de baño, aferrado al pote de crema, hasta la cocina, escaleras abajo y ahora estaba rebuscando en el cajón al lado del fregadero. Un momento más tarde había encontrado lo que buscaba.
Arriba, Eva se dio la vuelta. Durante cierto tiempo había sido vagamente consciente de que su espalda estaba fría, pero demasiado vagamente para hacer algo al respecto. Ahora también era consciente de que la luz estaba encendida, el otro lado de la cama estaba vacío y las sábanas echadas hacia atrás. Lo que explicaba por qué había tenido frío. Evidentemente Henry había ido al lavabo. Eva tiró de las mantas y se quedó despierta esperando a que él volviera. Quizá estuviera de humor para hacer el amor. Después de todo, se había tomado dos botellas de cerveza y el afrodisíaco de la doctora Kores, y ella se había puesto bragas rojas y era mucho más agradable hacer el amor en medio de la noche cuando las cuatrillizas estaban completamente dormidas que los domingos por la mañana cuando no lo estaban, y ella tenía que levantarse y cerrar la puerta por si entraban. Ni siquiera eso estaba garantizado que funcionase. Eva siempre recordaría una ocasión espantosa en que cuando Henry casi lo había hecho, ella había olido repentinamente a humo y habían oído una serie de gritos de las niñas. «¡Fuego, Fuego!», gritaban, y ella y Henry habían saltado de la cama y llegado al rellano en un segundo para encontrarse que las cuatrillizas estaban con su cacerola de hacer mermeladas llena de periódicos ardiendo. Fue una de esas raras ocasiones en que había estado de acuerdo con Henry acerca de la necesidad de una corrección. Y no es que las cuatrillizas la hubieran recibido. Habían corrido escaleras abajo y salido por la puerta de la calle antes de que Henry pudiera alcanzarlas, y no podía perseguirlas por la calle sin un trapo encima. No, era mucho más agradable por la noche, y se estaba preguntando si debía quitarse las bragas ahora y no esperar, cuando un estruendo en el piso de abajo le quitó esa idea de la mente.
Eva salió de la cama y, poniéndose una bata, bajó a investigar. Al momento todos sus sueños de hacer el amor se habían esfumado. Wilt estaba en medio de la cocina con la jeringa de pastelería en una mano y su pene en la otra. De hecho, los dos parecían unidos.
Eva buscó las palabras.
—¿Qué se supone que estás haciendo? —dijo cuando pudo hablar. Wilt volvió a ella un rostro de color carmesí.
—¿Haciendo? —preguntó, consciente de que la situación estaba abierta a un gran número de interpretaciones y ninguna de ellas agradables.
—Eso es lo que he dicho, haciendo —dijo Eva.
Wilt miró la jeringa.

—En realidad... —comenzó, pero Eva se le adelantó.
—Ésa es mi jeringa de pastelería.
—Ya lo sé, y ésta es mi polla —dijo Wilt. Eva estaba mirando ambos objetos con igual disgusto. Nunca podría volver a adornar un pastel con esa jeringa y no comprendía cómo pudo haber encontrado atractivo en la polla de Wilt, que tenía ante ella—. Y para tu información —continuó—, lo que hay en el suelo es tu crema hidratante.
Eva miró el pote. Incluso para el peculiar lenguaje del 45 de la avenida Oakhurst había algo desorientador en la conjunción —y conjunción era la palabra correcta— del aparato de Wilt y la jeringa de pastelería y la presencia en el suelo de la cocina de un pote de su crema hidratante. Se sentó en un taburete.
—Y para tu información también... —continuó Wilt, pero Eva le detuvo.
—No quiero oír más —dijo.
Wilt la miró lívido.
—Y yo no quiero sentirlo —dijo bruscamente—. Si crees que encuentro alguna satisfacción en inyectarme lo que sea ese producto con el que te embadurnas la cara a las tres de la mañana, te puedo asegurar que no.
—No veo entonces por qué lo haces —dijo Eva, comenzando a experimentar una terrible sensación.
—Porque si no supiera que no es así, pensaría que algún sádico ha espolvoreado mis vías urinarias con pimienta, por eso.
—¿Con pimienta?
—O vidrio molido y curry —dijo Wilt—. Añádele un poco de gas mostaza y tendrás una idea del panorama. O de la sensación. Algo espantoso en cualquier caso. Y ahora, si no te importa...
Pero antes de que pudiera ponerse manos a la obra con la jeringa, Eva le había detenido de nuevo.
—Debe de haber algún antídoto —dijo—. Voy a telefonear a la doctora Kores.
A Wilt se le salieron los ojos de las órbitas.
—¿Que vas a qué? —preguntó.
—Dije que...
—Ya te oí —gritó Wilt—. Dijiste que ibas a llamar a esa herbolaria homotrópica de la doctora Kores, y quiero saber por qué.
Eva miró desesperadamente a su alrededor pero en la cocina no había consuelo, ni en el robot ni en las cacerolas Le Creuset que colgaban junto al fogón y ciertamente tampoco en el cartel de hierbas que colgaba en la pared. Aquella maldita mujer había envenenado a Henry y toda la culpa era suya por haber escuchado a Mavis. Pero Wilt la estaba mirando con aire peligroso y tenía que hacer algo de

inmediato.
—Simplemente pensé que tenías que ver a un doctor —dijo—. Quiero decir que puede ser serio.
—¿Puede ser? —aulló Wilt, ahora totalmente alarmado—. Lo es, y todavía no me has dicho...
—Bien, si quieres saberlo —interrumpió Eva, batiéndose en retirada— no deberías haber tomado tanta cerveza.
—¿Cerveza? Dios mío, bruja, sabía que había algo malo en la cerveza —gritó Wilt y se lanzó sobre ella a través de la cocina.
—Sólo quería... —comenzó Eva, dando la vuelta alrededor de la mesa para esquivar la jeringa.
La salvaron las cuatrillizas.
—¿Qué está haciendo papi con esa crema sobre los genitales? —preguntó Emmeline.
Wilt se detuvo en su persecución y se quedó mirando a las cuatro caritas en el umbral. Como siempre, las cuatrillizas estaban empleando tácticas que le dejaban desconcertado. Combinar el pueril «papi», particularmente con la inflexión que le daba Emmeline, con una descripción anatómica tan exacta estaba calculado para dejarle paralizado. ¿Y por qué no le preguntaban a él, en lugar de aludirle indirectamente? Dudó un instante y Eva aprovechó la oportunidad.
—Eso nada tiene que ver con vosotras —dijo, y les tapó la vista ostentosamente—. Es sólo que vuestro padre no está muy bien y...
—Eso es —gritó Wilt, que podía ver lo que se avecinaba—. Échame a mí toda la culpa.
—No te estoy echando toda la culpa —dijo Eva por encima del hombro—. Es sólo...
—Que has cargado mi cerveza con algún veneno infernal e irritante, y luego tienes el descaro de decirles que no estoy muy bien. Claro que no estoy muy bien. Estoy...
Un sonido de martillazos en el muro de los Gamer distrajo momentáneamente su atención. Mientras Wilt le lanzaba la jeringa al *Caballero risueño* que su suegra les había regalado cuando vendió su casa y que Eva pretendía que le recordaba su niñez feliz, ésta envió a las cuatrillizas arriba. Cuando volvió, Wilt había recurrido a los cubitos de hielo.
—Creo que deberías ver a un doctor —dijo.
—Debería haber visto uno antes de casarme contigo —dijo Wilt—. Supongo que te das cuenta de que podía estar muerto ahora. ¿Qué demonios pusiste en mi cerveza?
Eva tenía un aspecto deprimido.
—Yo sólo quería ayudar a nuestro matrimonio —dijo—, y Mavis Mottram dijo...
—¡Estrangularé a esa bruja!

—Dice que la doctora Kores ha ayudado a Patrick y...
—¿Ayudar a Patrick? —dijo Wilt, momentáneamente olvidado de su pene envuelto en hielo—. La última vez que le vi, parecía como si necesitase un sostén. Dijo algo acerca de que ya no tenía que afeitarse mucho.
—Eso es lo que quiero decir. La doctora Kores le dio a Mavis algo para enfriar su ardor sexual y yo creí ... —Hizo una pausa.
Wilt tenía de nuevo un aspecto peligroso.
—Sigue, aunque cuestiono el uso de «pensé».
—Bien, que podía tener alguna cosa para animar...
—¿Animar? —dijo Wilt—. ¿Por qué no decirlo claramente, excitar? ¿Y por qué demonios necesito yo un excitante? Soy un hombre trabajador... o lo era, con cuatro malditas hijas, no algún demente pistola sexual de diecisiete años.
—Yo sólo pensé... Se me ocurrió que si ella había podido hacer tanto por Patrick... —aquí Wilt soltó una risotada—, podría ayudarnos a... bueno, a tener una vida sexual más plena.
—¿Envenenándome con cantárida? Como pleno, ya estoy —dijo Wilt— Bueno, permíteme que te diga algo. Para tu información, yo no soy un jodido procesador de sexo como ese robot, y si deseas el tipo de vida sexual que sugieren esas idiotas revistas femeninas que lees, como quince veces a la semana, es mejor que te busques otro esposo, porque yo no estoy dispuesto. Y tal como me siento ahora, tendrás suerte si estoy dispuesto alguna vez.
—¡Oh, Henry!
—¡Cierra la boca! —dijo Wilt, y se dirigió al aseo de la planta baja cojeando y con su bol de cubitos de hielo. Al menos parecía que el hielo ayudaba y el dolor se atenuaba.

Cuando murió el sonido de la discordia en el interior de la casa, el inspector Hodge y el sargento se volvieron por la avenida Oakhurst hacia su coche. No habían podido escuchar lo que se decía, pero el hecho de que hubiese tenido lugar una especie de terrible riña había reforzado la opinión de Hodge de que los Wilt no eran criminales ordinarios.
—La presión comienza a hacer efecto —le dijo al sargento Runk—. Si no le encontramos llamando a sus compinches en un día o dos, yo no soy el hombre que creo que soy.
—Y si yo no duermo un poco, tampoco lo seré —dijo Runk—, y no me sorprende que ese tipo de la puerta de al lado quiera vender su casa. Debe de ser un infierno vivir al lado de gente como ésa.
—No tendrán que aguantar mucho tiempo más —dijo Hodge, pero la mención del señor Gamer le dio una nueva idea.

Con un poco de colaboración de los Gamer, estaría en condiciones de oír todo lo que pasaba en la casa de Wilt. Por otra parte, con ese coche transformado en una estación de radio ambulante, esperaba hacer pronto una detención.

CAPITULO XI

Durante todo el día siguiente, mientras Wilt permanecía en la cama con una botella de agua caliente que había transformado en bolsa de hielo tras meterla en el congelador y el inspector Hodge seguía los movimientos de Eva por todo Ipford, Flint seguía a su vez su propia línea de investigación. Consultó al forense y se enteró de que la heroína de alta calidad encontrada en la celda de McCullum era exactamente igual a la descubierta en el apartamento de la señorita Lynchknowle y, casi con seguridad, provenía de la misma fuente. Se pasó una hora con la señorita Jardin, la visitadora de prisiones, maravillándose de la notable capacidad de engañarse a sí misma que ya le había permitido echarle la culpa a todo el mundo de la muerte de McCullum. La culpa era de la sociedad por haber hecho de él un delincuente, de las autoridades educativas por su escolaridad totalmente inadecuada, del comercio y la industria por no haberle proporcionado un trabajo responsable, del juez por sentenciarlo...

—Fue una víctima de las circunstancias —dijo la señorita Jardin.

—Eso se podría decir de todo el mundo —dijo Flint, mirando una vitrina rinconera con piezas de plata que sugerían que las circunstancias habían proporcionado a la señorita Jardin los medios para ser la víctima de su propio sentimentalismo—. Por ejemplo, los tres hombres que la amenazaron con cortarla en pedazos...

—No siga —dijo la señorita Jardin estremeciéndose al recordarlo.

—Bien, ellos también fueron víctimas, ¿no es verdad? Lo mismo que un perro rabioso, pero eso no es un consuelo cuando le muerde a uno, y yo coloco a los vendedores de droga en esa categoría —La señorita Jardin tuvo que mostrarse de acuerdo—. ¿Así que no podría reconocerlos si los viera otra vez? —preguntó Flint—, claro, si llevaban medias en la cabeza como usted dijo.

—Así es, y guantes.

—Y la llevaron a la calle London y le mostraron dónde debería hacerse la recogida.

—Detrás de la cabina telefónica enfrente del desvío hacia Brindlay. Tenía que entrar en la cabina y simular que hacía una llamada y entonces, si no había nadie, salir y coger el paquete y volver directamente a casa. Dijeron que estarían vigilándome.

—¿Y supongo que no se le ocurrió ir directamente a la policía e informarles? —preguntó Flint.

—Naturalmente que sí. Eso fue lo primero que pensé, pero dijeron que había más de un oficial sobornado.

Flint suspiró. Era una antigua táctica y, por lo que él sabía, los cabrones habían dicho la verdad. Había policías corrompidos, muchos más que cuando él había entrado en el servicio, pero entonces no existían las grandes bandas y el dinero para sobornar y, si el soborno fallaba, para pagar a un asesino a sueldo. Los buenos tiempos pasados, cuando siempre se ahorcaba a alguien si un policía era asesinado, aunque fuese el hombre equivocado. No, gracias a las buenas personas como la señorita Jardin y Christie, que mintió en el estrado de los testigos haciendo que un tipo mentalmente subnormal como Evans fuese condenado por asesinatos que el mismo Christie había cometido, ya no existían medios de disuasión. El mundo que Flint había conocido se había ido por la borda, así que en realidad no podía culparla por ceder a las amenazas. De todos modos, él continuaría siendo el que siempre había sido, un honesto y trabajador policía.
—Aún así podríamos haberle dado protección —dijo— y no se habrían vuelto a ocupar de usted una vez que hubiera dejado de visitar a McCullum.
—Eso lo sé ahora —dijo la señorita Jardin—, pero entonces estaba demasiado aterrorizada para pensar claramente.
«O para pensar siquiera», pensó Flint, pero no lo dijo. En lugar de ello, se concentró en el método de entrega del producto. Nadie coloca un paquete de heroína detrás de una cabina telefónica sin asegurarse de que va a ser recogido. Y seguramente no se quedaban por allí después de depositarlo. Luego tenía que haber algún sistema de comunicación.
—¿Qué habría sucedido si usted hubiese estado enferma? —preguntó —. Suponiendo que no hubiera podido recoger el paquete, entonces, ¿qué?
La señorita Jardin le miró con una mezcla de desprecio y asombro que evidentemente experimentaba al enfrentarse con alguien que se concentraba de manera tan insistente en los aspectos prácticos y desdeñaba los morales. Además, era un policía ignorante. Los policías sí que no pueden ser considerados víctimas.
—No lo sé —dijo.
Pero Flint se estaba enfadando.
—Bájese del pedestal —dijo—, puede alegar que la obligaron a servir de intermediaria, pero todavía podemos acusarla de pasar drogas, y encima en una prisión. ¿A quién tenía usted que telefonear?
La señorita Jardin se derrumbó.
—No conozco su nombre. Tenía que llamar a un número y...
—¿Qué número?
—Sólo un número. No puedo...
—Démelo —dijo Flint.

La señorita Jardin salió de la habitación y Flint permaneció sentado mirando los títulos de la biblioteca. Significaban poco para él y sólo le decían que ella leía o al menos compraba muchos libros sobre sociología, economía, el Tercer Mundo y las reformas penales. Esto no le impresionó. Si esa mujer hubiera querido realmente hacer algo por las condiciones de los prisioneros, habría podido obtener trabajo como celadora y habría vivido con sueldos bajos, en lugar de mariposear por las prisiones y hablar de la poca categoría del personal que tenía que hacerle el trabajo sucio a la sociedad. Que se aumentaran sus impuestos para construir mejores prisiones, y pronto se la oiría protestar. Era pura hipocresía.
La señorita Jardin volvió con un trozo de papel.
—Éste es el número —dijo, alcanzándoselo.
Flint lo miró. Una cabina de Londres.
—¿Cuándo tenía usted que llamar?
—Dijeron que entre las 21:30 y las 21:40 de la noche anterior a la recogida del paquete.
Flint cambió de dirección.
—¿Cuántas veces lo recogió?
—Sólo tres.
Se puso de pie. No valía la pena. Ellos sabían que Mac estaba muerto, incluso antes de que fuera anunciado en los periódicos, así que no tenía sentido suponer que harían otra entrega más, pero al menos estaban operando desde Londres. Hodge seguía un camino equivocado. Por otra parte, el mismo Flint no estaba seguro de seguir el correcto. La pista se detenía en la señorita Jardin y en un teléfono público de Londres. Si McCullum hubiera estado aún vivo... Flint salió de la casa y condujo hasta la prisión.
—Me gustaría echarle una mirada a la lista de visitas de Mac —le dijo al jefe de celadores Blaggs, y se pasó media hora escribiendo nombres en su bloc, junto con las direcciones—. Alguno de este grupito tenía que pasar los mensajes —dijo cuando hubo terminado— No es que espere llegar a alguna parte, pero vale la pena intentarlo.
Más tarde, de vuelta en la comisaría, había comprobado la lista en el ordenador central y la había comparado con los datos sobre tráfico de drogas, pero la relación que estaba buscando, algún criminal de poca monta que viviera en Ipford o sus alrededores, no la encontró. Y no iba a perder el tiempo tratando de consultar con Londres. De hecho, para ser sincero, tendría que admitir que estaba perdiendo el tiempo también en Ipford, salvo que... salvo que algo le decía que no era así. Flotaba en su mente. Sentado en su despacho, siguió su instinto. La chica había sido vista por su compañera de piso en la marina. Varias veces. Pero la marina era simplemente otro lugar como la cabina telefónica de la calle London. Tenía que ser algo más concreto, algo

que él pudiera verificar.
Flint descolgó el teléfono y llamó a la Unidad de Estudio de la Drogadicción en el hospital de Ipford.

A la hora de comer, Wilt estaba levantado. Para ser exactos, se había levantado varias veces durante la mañana, en parte para sacar otra bolsa de agua caliente del congelador, pero sobre todo, en un esfuerzo decidido por no masturbarse hasta la muerte. Estaba muy claro que Eva había supuesto que se beneficiaría de los efectos de ese diabólico irritante que había metido en su cerveza, pero en opinión de Wilt, una esposa que había estado a punto de envenenar a su esposo no merecía los pocos beneficios sexuales que él tenía para ofrecer. Si le daba una ínfima satisfacción como consecuencia del experimento, la próxima vez aterrizaría en un hospital con una hemorragia interna y una erección permanente. Por el momento, ya había tenido bastantes problemas con su pene.
«Voy a congelármelo», había sido su primera idea, y durante un tiempo había funcionado, aunque dolorosamente. Pero después se había adormecido y una hora más tarde despertaba con la horrible impresión de que se le había metido en la cabeza tener un plan con un lenguado recién pescado. Wilt se quitó esa idea de la cabeza y llevó la botella abajo para volver a meterla en el congelador cuando se le ocurrió que eso no sería particularmente higiénico. Estaba en el proceso de lavarla cuando sonó el timbre de la puerta. Wilt dejó caer la botella sobre el escurridor, la recuperó del fregadero cuando caía y finalmente trató de sujetarla entre la tetera y una fuente que estaba boca abajo en el escurreplatos, antes de ir a abrir.
No era el cartero como esperaba, sino Mavis Mottram.
—¿Qué estás haciendo en casa? —preguntó ella.
Wilt se parapetó tras la puerta y se cerró la bata con fuerza.
—Bueno, la verdad es... —comenzó.
Mavis le apartó y entró en la cocina.
—Sólo venía a ver si Eva se podía encargar de la comida en nuestro asunto.
—¿Qué asunto? —preguntó Wilt, mirándola con repugnancia.
Eva había consultado a la doctora Kores gracias a aquella mujer.
Mavis ignoró la pregunta. En su doble papel de militante feminista y secretaria de Madres Contra la Bomba, consideraba evidentemente a Wilt como parte de la subespecie machos.
—¿Volverá pronto? —continuó.
Wilt sonrió desagradablemente y cerró la puerta de la cocina tras él. Si Mavis iba a tratarle como a un oligofrénico adulto, se sentía inclinado a comportarse así.

—¿Cómo sabes que ella no está aquí? —preguntó, probando con el pulgar la hoja de un cuchillo para el pan, bastante mellado.
—El coche no está fuera y pensé... bueno, tú generalmente te lo llevas y... —Se detuvo.
Wilt puso el cuchillo en el soporte magnético junto a los otros cuchillos de cocina. Parecía fuera de lugar.
—Fálico —dijo—. Interesante.
—¿El qué?
—Muy Lawrence —dijo Wilt, y agarró la jeringa de pastelería de un cubo de plástico donde Eva la había sumergido en desinfectante, en un intento de persuadirse ella misma de que podría utilizarla de nuevo.
—¿Lawrence? —dijo Mavis, empezando a parecer verdaderamente alarmada.
Wilt puso la jeringa sobre la encimera del fregadero y se secó las manos. Había visto los guantes de goma de Eva.
—Estoy de acuerdo —dijo, y empezó a ponerse los guantes.
—¿Pero de qué estás hablando? —preguntó Mavis, recordando de pronto a Wilt y la muñeca hinchable.
Dio la vuelta por la cocina, dirigiéndose hacia la puerta y entonces se detuvo. Wilt con bata y sin los pantalones del pijama y encima ahora con guantes de goma y sosteniendo una jeringa de pastelería, era una visión extremadamente inquietante.
—En cualquier caso, dile que me llame. Ya le explicaré lo de la comida para... —su voz se extinguió.
Wilt estaba sonriendo otra vez. También estaba lanzando por los aires un líquido amarillento que salía de la jeringa. Las imágenes de un doctor loco en una de las primeras películas de horror vinieron a su mente.
—Estabas hablando de que ella no está aquí —dijo Wilt, y retrocedió hacia la puerta—. Continúa.
—¿Que continúe con qué? —dijo Mavis con un temblor en la voz.
—Con eso de que no está aquí. Encuentro curioso tu interés, ¿tú no?
—¿Curioso? —dijo Mavis, tratando desesperadamente de encontrar algún rasgo de cordura en sus inconsecuentes observaciones—. ¿Qué tiene de curioso? Evidentemente ha ido de compras y...
—¿Evidentemente? —preguntó Wilt, mirando con aire ausente por la ventana más allá del jardín—. Yo no hubiera dicho que algo era evidente.
Mavis siguió involuntariamente su mirada y encontró el jardín trasero casi tan siniestro como Wilt con guantes de goma y esa maldita jeringa. Con un nuevo esfuerzo, se obligó a volverse y hablar con tono normal.
—Me marcho —dijo, y empezó a caminar.

La sonrisa fija de Wilt desapareció.
—Oh, no tan pronto —dijo—. ¿Por qué no ponemos el hervidor y hacemos un poco de café? Después de todo, es lo que harías si Eva estuviera aquí. Te sentarías y charlaríais un rato. Eva y tú teníais tanto en común.
—¿Teníamos? —dijo Mavis, y deseó haber mantenido la boca cerrada. La horrible sonrisa de Wilt había reaparecido—. Bien, si te apetece una taza, creo que tengo tiempo todavía.
Se dirigió hacia el hervidor eléctrico y lo llevó al fregadero. La bolsa de agua caliente estaba en el fondo. Mavis la tomó y sintió otro espantoso escalofrío. No es que la bolsa de agua caliente no estuviera caliente, es que estaba helada. Y detrás de ella, Wilt había comenzado a gruñir de forma alarmante. Mavis lo dudó un momento antes de darse la vuelta. Esta vez no había duda de la amenaza a la que se enfrentaba. La estaba apuntando desde los pliegues de la bata de Wilt. Con un grito, corrió hacia la puerta trasera, la abrió de par en par, salió rápidamente y, con un estruendo de tapaderas de cubos de la basura, atravesó la verja y se dirigió hacia el coche.
Wilt dejó caer de nuevo la jeringa en el cubo y trató de sacar las manos de los guantes de goma tirando de los dedos. No era el mejor método, y le costó un cierto tiempo liberarse de ellos y sacar otra bolsa del congelador.
—Hija de puta —murmuró, mientras aplicaba la bolsa a su pene y trataba de pensar qué haría a continuación. Si ella iba a la policía... No, no era probable que lo hiciera, pero de todos modos sería prudente tomar precauciones. Sin tener en cuenta la higiene, metió la bolsa del fregadero en el congelador y subió las escaleras cojeando. «Al menos es la última vez que vemos a Mavis Mottram», pensó mientras volvía a la cama. Ése era un consuelo para la reputación que indudablemente ya estaba adquiriendo. Como siempre, se equivocaba por completo.

Veinte minutos más tarde, llegó Eva, que había sido interceptada por Mavis al volver a casa.
—Henry —gritó tan pronto como hubo traspasado la puerta delantera —. Ven inmediatamente y explícame qué estabas haciendo con Mavis.
—Mierda —dijo Wilt.
—¿Qué has dicho?
—Nada, sólo estaba gimiendo.
—No, no es verdad. Te oí claramente decir algo —dijo Eva mientras subía las escaleras.
Wilt salió de la cama con la bolsa aplicada en las partes.
—Ahora escúchame tú —dijo, antes de que Eva pudiera abrir la boca

—, ya he aguantado todo lo que podía aguantar de todo el mundo, tú, la oligofrénica de Mavis, la envenenadora de Kores, las cuatrillizas y los malditos asesinos que han estado siguiéndome. Y de hecho, todo el jodido mundo moderno con su presión para que yo sea agradable y dócil y pasivo mientras todos los demás hacen sus cosas sin importarles las consecuencias. *A)* no soy una cosa, y B) no voy a dejarme manejar más. Ni por ti, ni por Mavis ni, desde luego, por esas malditas crías. Y paso totalmente de las opiniones ajenas que tú absorbes como una esponja deshidratada de los charlatanes que escriben artículos sobre la educación progresista y el sexo para la tercera edad y la salud a través de la maldita cicuta...
—La cicuta es un veneno, no un... —dijo Eva, tratando de desviar su furia.
—Y también lo es esa bazofia ideológica con la que te llenas la cabeza —gritó Wilt—. El cianuro de la permisividad, los desnudos de la página tres para la así llamada intelligentsia o vídeos porno para los parados, todos los malditos placebos para los que no son capaces de pensar o sentir. Y si no sabes lo que es un placebo, trata de enterarte en un diccionario.
Hizo una pausa para respirar y Eva aprovechó la oportunidad.
—Sabes muy bien lo que pienso de esos vídeos porno —dijo—, ni en sueños permitiría que las cuatrillizas vieran algo así.
—Muy bien —aulló Wilt—, entonces ¿por qué no dejarnos a mí y al desgraciado de Gamer fuera del asunto? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que tienes auténtica pornografía, sin necesidad de vídeos, en esos horrores prepúberes que son esas cuatro hijas? Oh, no, ellas no. Ellas son especiales, ellas son únicas, condenados genios. Nada debemos hacer que retarde su desarrollo intelectual, como por ejemplo enseñarles algunas buenas maneras o a comportarse de modo civilizado. Oh, no, nosotros somos padres modernos modélicos que permitimos que esas cuatro innobles salvajes se conviertan en tecnócratas adictas del ordenador con tanto sentido moral como Ilse Koch en uno de sus días malos.
—¿Quién es Ilse Koch? —preguntó Eva.
—Sólo una asesina de masas en un campo de concentración —dijo Wilt—, y no te creas que soy uno de esos reaccionarios de derecha que piensan que la letra con sangre entra, porque no lo soy, y esos idiotas tampoco piensan. Yo sólo soy el que está en el medio y no sabe a qué lado saltar. Pero por lo menos pienso. O trato de hacerlo. Ahora déjame sufrir en paz y dile a tu amiga Mavis que la próxima vez que no desee ver una erección involuntaria, no te aconseje que vayas a ver a Kores la Castradora.
Eva bajó las escaleras sintiéndose extrañamente revigorizada. Hacía mucho tiempo que Henry no había planteado sus sentimientos con

tanta fuerza y, aunque no había entendido todo lo que había dicho y por supuesto no creía que hubiera sido justo con las cuatrillizas, era tranquilizador verle restablecer su autoridad en casa. Le hacía sentir mejor por haber ido a ver a esa horrible doctora Kores con toda la verborrea estúpida acerca de... ¿qué era?... «la superioridad sexual de la hembra en el mundo de los mamíferos». Eva no quería ser superior en todo y, en cualquier caso, no era simplemente un mamífero. Era un ser humano. Eso era algo muy diferente.

CAPITULO XII

La tarde siguiente, hubiera sido difícil decir lo que era el inspector Hodge. Como Wilt no había emergido de la casa, el inspector había pasado la mayor parte de esos dos días siguiendo el recorrido de Eva de ida y vuelta al colegio y por todo Ipford en el maldito Escort.

—Es un buen ejercicio —le dijo al sargento Runk, mientras la seguían en un coche que Hodge había convertido en su puesto de escucha.

—¿Para qué? —preguntó el sargento, clavando una chincheta en el mapa de la ciudad para marcar que Eva había aparcado ahora detrás de Sainsbury's. Ya había estado en Tesco's y en Fine Fare—. ¿Para saber dónde hacen más descuento en el detergente?

—Para cuando él se decida a moverse.

—Si lo hace —dijo Runk—. Hasta ahora no ha salido de casa en todo el día.

—La ha enviado a ella para comprobar si la siguen —dijo Hodge—. Entretanto se esconde.

—Pero usted dijo que eso era exactamente lo que no haría —le recordó Runk—. Yo dije que sí y usted dijo...

—Ya sé lo que dije. Pero eso era cuando él sabía que lo seguían. Ahora es diferente.

—Sí —dijo Runk—. Así que el cabrón nos envía a dar una vuelta por las tiendas y no tenemos ni idea de lo que está pasando.

Aquella noche tuvieron una idea. Runk, que había insistido en tener la tarde libre para echar una siesta, si es que debería trabajar por la noche, recuperó la cinta debajo del asiento y la sustituyó por una nueva. Era la una de la madrugada. Media hora más tarde, Hodge, que había pasado su niñez en una casa donde el sexo no se mencionaba, escuchaba a las cuatrillizas discutir el estado de Wilt con una franqueza que le espantó. Si era necesaria alguna excusa para convencerle de que el señor y la señora Wilt eran verdaderos criminales, se la proporcionó la repetida exigencia de Emmeline de saber por qué papi había estado levantado toda la noche poniéndose hielo en el pene. La explicación de Eva no mejoró la situación.

—No se sentía muy bien, cariño. Había bebido demasiada cerveza y no podía dormir, así que se levantó y fue a la cocina para ver si podía hacer un pastel y...

—No me agradó el tipo de pastel que estaba adornando —interrumpió Samantha—. Y además era crema de la cara.

—Ya lo sé, cariño, pero estaba practicando y la derramó.
—¿En su polla? —preguntó Penelope, que le dio a Eva la oportunidad de decirle que nunca utilizara esa palabra.
—No es bonito —dijo—, no es bonito decir cosas como ésa, y no vayas a decírselo a alguien en el colegio.
—Tampoco fue muy bonito que papi cogiera la jeringa de los pasteles para meterse crema de la cara en el pene —dijo Emmeline.
Cuando la discusión había concluido y Eva había depositado a las cuatrillizas en el colegio, Hodge estaba lívido. El sargento Runk tampoco se sentía muy bien.
—No lo creo, no creo ni una palabra de eso —murmuró el inspector.
—Yo desearía no creerlo —dijo Runk—. He oído cosas repugnantes en mis tiempos, pero ésta se lleva la palma.
—Cállese —dijo Hodge—. Todavía no puedo creerlo. Nadie en su sano juicio querría hacer una cosa como ésa. Están tomándonos el pelo.
—No estoy tan seguro. Conocí una vez a un tipo que solía untarse la polla con mermelada de fresas y hacía que su mujer...
—No diga eso —gritó Hodge—, si hay algo que no puedo soportar son las marranadas y, por esta noche, ya he tenido más que suficiente.
—También Wilt, por lo que parece —dijo Runk—, teniendo que andar por ahí de esa manera, con la polla metida en cubitos de hielo. No puede haber sido sólo crema de la cara o azúcar glas lo que había en esa jeringa.
—Dios mío —dijo Hodge—. No está sugiriendo que se estaba drogando con una jeringa de pastelería, ¿verdad? Estaría ya muerto y, en cualquier caso, con la jeringa lo derramaría todo.
—Si mezclaba la droga con crema, no. Esa sería una explicación.
—Podría ser —admitió Hodge—. Supongo que si la gente puede esnifar esa mierda, quién sabe lo que podrían hacer con ella. Aunque eso no nos es de mucha utilidad.
—Claro que sí —dijo el sargento, que había visto de pronto la manera de acabar con el tedio de pasarse la noche sentados en el coche—. Significa que tiene la droga en casa.
—O en el conducto —dijo Hodge.
—Donde sea. De todas maneras, tiene que tener suficiente por ahí para detenerle y darle una buena pasada.
Pero el inspector tenía su vista puesta en objetivos más ambiciosos.
—Menudo provecho nos va a traer —dijo— incluso si se ha burlado de nosotros, y si ha leído lo que le hizo al viejo Flint debería saber...
—Pero esto sería diferente —interrumpió Runk— En primer lugar, tendrá el mono. No tendríamos que interrogarle. Le dejamos en una celda durante tres días sin un chute y balará como un corderito.
—Sí, y yo sé para qué —dijo el inspector—. Para llamar a su costilla.
—Sí, pero también la tendremos atrapada a ella, recuerde. Y esta vez

disponemos de evidencias y será sólo cuestión de establecer los cargos. No conseguiría fianza con una acusación de heroína.
—Cierto —dijo Hodge de mal talante—, si tuviéramos evidencias. Sí.
—Bueno, tiene que haber droga por encima de su pijama, por lo que dijo la niña. Sería fácil para el forense. Por ejemplo, piense en esa jeringa de pastelería. Y tiene que haber toallas y ropas secándose. Joder, la casa tiene que estar llena de droga. Hasta las pulgas del gato deben de ser adictas por la manera en que la va regando por todas partes.
—Eso es lo que me preocupa —dijo Hodge—. ¿Quién ha oído hablar de un traficante que vaya regando la droga por todas partes? Nadie. Son demasiados cuidadosos. Especialmente cuando la cosa está que arde, como ahora. ¿Sabe lo que pienso? —El sargento Runk negó con la cabeza. En su opinión el inspector era incapaz de pensar—. Pienso que ese cabrón está intentando su viejo truco. Quiere que lo arrestemos. Está tratando de tendernos una trampa. Eso lo explica todo.
—Para mí no explica nada —dijo Runk desesperado.
—Escuche —dijo Hodge—, lo que acabamos de oír en esa cinta es demasiado extraño para ser creíble, ¿no? Sí. Nunca habrá usted oído hablar de un drogadicto que se chuta en el pene, y yo tampoco. Pero, aparentemente, Wilt lo hace. No sólo eso, sino que organiza un gran escándalo, lo hace en mitad de la noche y con una jeringa de pastelería y se asegura de que sus crías le sorprendan en la cocina mientras está en ello. ¿Para qué? Porque quiere que esas brujas hablen del asunto en público y que nosotros lo oigamos. Ésa es la razón. Bueno, pues no voy a picar. Me voy a tomar todo el tiempo necesario y a esperar que el listillo señor Wilt me conduzca hasta su fuente. No estoy interesado en traficantes aislados, esta vez quiero echar el guante a toda la organización.
Y habiéndose satisfecho a sí mismo con esta interpretación de la extraordinaria conducta de Wilt, el inspector se sentó a saborear su eventual triunfo. Con los ojos de la mente podía ver a Wilt en el banquillo con una docena de criminales importantes, de cuya existencia ni siquiera había sospechado Flint. Serían hombres ricos con grandes casas, que jugarían al golf y pertenecerían a los mejores clubs, y después de sentenciarlos, el juez felicitaría al inspector Hodge por su brillante actuación en este caso. Nadie volvería a llamarle inepto. Sería famoso y su fotografía aparecería en los periódicos.

Los pensamientos de Wilt seguían líneas similares, aunque con un énfasis diferente. Los efectos del entusiasmo de Eva por los

afrodisíacos todavía se hacían sentir y, lo que era aún más desastroso, le habían provocado lo que parecía ser una erección permanente.

—Claro que estoy confinado en esta maldita casa —dijo, cuando Eva se quejó de que anduviese por ahí en bata el día en que tenía ella su café semanal con sus amigas—, no esperarás que vuelva a la escuela con la cosa tiesa como un nabo, ¿verdad?

—Bueno, no quiero que hagas una exhibición delante de Betty y las otras como hiciste con Mavis.

—Mavis tuvo lo que se merecía —dijo Wilt—. Yo no le pedí que entrara en la casa, fue ella la que se metió y, en cualquier caso, si ella no te hubiera enviado a la envenenadora, yo no tendría que estar deambulando por aquí con una percha atada a la cintura.

—¿Una percha? ¿Para qué?

—Para mantener la bata alejada de la inflamación —dijo Wilt—. Si supieras lo que se siente cuando algo así como una manta pesada roza la punta supersensible y bajo presión...

—No quiero oírlo —dijo Eva.

—Y yo no quiero sentirlo —replicó Wilt—. Por eso la percha. Y lo que es más, tendrías que probar a ponerte de rodillas y a la vez inclinarte hacia adelante cuando tienes que orinar. Es una agonía. Me he dado dos veces con la cabeza contra la pared y no he podido orinar desde hace dos días. Ni siquiera puedo sentarme para leer. Sólo puedo estar tumbado de espaldas en la cama con la papelera como protección, o de pie con la percha. Y prefiero estar de pie y moverme. A este paso, tendrán que construir un ataúd con periscopio cuando la palme.

Eva le miró dudosa.

—Quizá tendrías que ver a un doctor, si es tan serio.

—¿Cómo? No pensarás que voy a salir a la calle con este aspecto de artista embarazada que se ha cambiado de sexo, olvídalo. Me detendrían antes de estar a medio camino y el periodicucho local haría su agosto. PROFESOR DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS EN ERECCIÓN PERMANENTE. Y te encantaría que me llamaran Henry Polla Tiesa. Así que celebra tu reunión de matronas de barrio y yo permaneceré arriba.

Wilt subió con precauciones al dormitorio, se tendió en la cama y se puso la papelera, invertida, sobre su sexo dolorido. Oía las voces abajo. El Comité de Ayuda a la Comunidad de Eva había comenzado a llegar. Wilt se preguntó cuántas de ellas habrían oído ya la versión de Mavis del episodio de la cocina y se sentían secretamente encantadas de que Eva estuviera casada con un exhibicionista homicida. Por supuesto que no lo admitirían. No, sería «¿Oíste lo del horrible marido de la pobre Eva?» o «No comprendo cómo puede soportar el

permanecer en la misma casa que ese espantoso Henry», pero, de hecho, el blanco de su malicia sería la propia Eva. Lo cual era justo, considerando que ella había sido la que había adulterado su cerveza con aquel veneno que le había dado la doctora Kores. Wilt, tumbado de espaldas, imaginaba cosas sobre la doctora, y en este momento caía en una ensoñación en la que la denunciaba judicialmente reclamándole una enorme suma en concepto de... ¿qué tipo de concepto? ¿Alienación de morada en el pene? ¿Privación de los derechos escrotales? O simplemente envenenamiento. Eso no serviría, porque Eva era quien le había administrado la sustancia y, presumiblemente, si se ingería en dosis correctas no tendría efectos tan espantosos. Y, por supuesto, esa bruja de la Kores no podía saber que Eva nunca hacía las cosas a medias. En su mundo, si un poco de alguna cosa era bueno para uno, el doble era mucho mejor. Incluso Charlie, el gato, lo sabía, y había desarrollado una asombrosa maestría en desaparecer durante varios días en el momento en que Eva le ofrecía un platillo de crema copiosamente regado de vermífugos. Porque Charlie no era tonto, y evidentemente recordaba todavía la experiencia de tener sus entrañas refregadas por una dosis doble de la recomendada. El pobre animal había vuelto a casa cojeando después de pasarse una semana en los arbustos del extremo del jardín con el aspecto de una tenia con pelo, y rápidamente adoptó un régimen intensivo de arenques para recuperarse.

Bien, si un gato podía aprender de la experiencia, Wilt no tenía excusa. Por otra parte, Charlie no tenía que vivir exactamente con Eva y podía largarse al menor signo de peligro. «Afortunado animal», murmuró Wilt y se preguntó qué pasaría si telefoneaba una noche y anunciaba que no volvería a casa en una semana. Podía imaginar la explosión al otro extremo de la línea y, si colgaba el teléfono sin haber presentado una explicación plausible, tendría que oírla el resto de su vida cuando volviese a casa. ¿Y por qué? Porque la verdad era siempre demasiado absurda o increíble. Igual de increíble que los sucesos de aquella semana, que había comenzado con aquel idiota del Ministerio de Educación y había continuado con el karate de la señorita Hare en los servicios de señoras, para terminar con las amenazas de McCullum y los hombres del coche que le habían seguido. Si se le añadía a esto una sobredosis de cantáridas, se obtenía una verdad que nadie podría creer. Pero de todos modos, no tenía sentido estar ahí especulando sobre cosas que no podía alterar.

«Tienes que emular al gato», se dijo a sí mismo, y se dirigió al cuarto de baño para comprobar en el espejo cómo iba su pene. Desde luego se sentía mejor, y cuando quitó la papelera se sintió encantado de ver que comenzaba a bajar. Se duchó y se afeitó, y cuando el grupito

de Eva se disolvió, ya era capaz de bajar las escaleras con los pantalones puestos.
—¿Qué tal fue la fiesta de gallinas? —preguntó.
Eva respondió a la provocación.
—Veo que ya has vuelto a tu normalidad sexista. En cualquier caso, no era una fiesta. Pero la tendremos el viernes que viene. Aquí.
—¿Aquí?
—Eso es. Va a ser una fiesta de disfraces con premios para los mejores y una tómbola para recoger dinero para el grupo Comunidad en Armonía.
—Sí, y yo le enviaré un recibo a todos los que estás invitando para que paguen el seguro por adelantado. Recuerda lo que les pasó a los Vurkells cuando Polly Merton les demandó porque se había caído por las escaleras borracha como una cuba.
—Eso no fue así —dijo Eva—. Toda la culpa fue de Mary por haber dejado floja la alfombra de la escalera. Nunca supo cuidar bien de la casa. Aquello estaba siempre en un estado desastroso.
—Así estaba también Polly Merton cuando llegó al suelo del vestíbulo. Fue un milagro que no se matara —dijo Wilt—. Pero ésa no es la cuestión. La casa de los Vurkells quedó destruida y la compañía de seguros se negó a pagar porque habían estado contraviniendo la ley, poniendo un casino ilegal con una ruleta de su propiedad.
—Exactamente —dijo Eva—. Nosotros no estamos fuera de la ley por hacer una tómbola de caridad.
—Yo lo comprobaría si fuera tú, y no cuentes conmigo para nada — dijo Wilt—. Ya he tenido suficientes problemas con mis partes íntimas los dos últimos días sin necesidad de ponerme ese disfraz de Francis Drake que me endosaste la Navidad pasada.
—Estabas muy guapo con él. Incluso el señor Persner dijo que merecías un premio.
—Por llevar la camisa de tu abuela rellena de paja, desde luego que lo merecía, pero yo no me sentía bien. Además, esa noche tengo que darle clase a mi presidiario.
—Puedes cancelarla, por una vez —dijo Eva.
—¿Cómo, justo antes de los exámenes? Por supuesto que no —dijo Wilt—. Invitas a un montón de idiotas disfrazados a invadir mi casa con fines caritativos y esperas que yo interrumpa mi trabajo caritativo.
—En ese caso, ¿saldrás esta noche? —dijo Eva—. Es viernes y tienes que continuar con tus buenas obras, ¿no?
—Dios mío —dijo Wilt, que había perdido la noción del tiempo.
Era viernes y se había olvidado de preparar algo para su clase en Baconheath. Espoleado por los sarcasmos de Eva y por la convicción de que terminaría el viernes siguiente con una camisa rellena de paja

o incluso como el Gato con Botas, con ese leotardo negro demasiado revelador, Wilt se pasó la tarde trabajando en algunas notas sobre Cultura e Instituciones Británicas. Se titulaban «La necesidad de deferencia, el paternalismo y la estructura de clases» y estaban planteadas como una provocación.

Hacia las seis había terminado de cenar, y media hora más tarde estaba conduciendo por la carretera hacia la base aérea, más rápido de lo habitual. Su pene sufría de erección otra vez, y sólo sujetándolo a su bajo vientre con una larga venda había conseguido sentirse cómodo y no provocativamente indecente.

Tras él, los dos coches de vigilancia seguían su avance y el inspector Hodge estaba jubiloso.

—Lo sabía. Sabía que tendría que moverse —le dijo al sargento Runk mientras escuchaban las señales que provenían del Escort—. Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Si es tan listo como usted dice, será a un callejón sin salida —dijo Runk.

Pero Hodge estaba consultando el mapa. La costa estaba a la vista. Aparte eso, unos pocos pueblos, la llanura del paular y...

—En cualquier momento va a girar hacia el oeste —predijo.

Sus esperanzas se habían convertido en certeza. Wilt se dirigía a la Base Aérea de los Estados Unidos en Baconheath y la conexión estadounidense era un hecho.

En la prisión de Ipford, el inspector Flint miraba al Toro a la cara.

—¿Cuántos años te quedan todavía? —preguntó—. ¿Doce?

—Con la reducción de penas, no —dijo el Toro—. Sólo ocho. He tenido buena conducta.

—La tuviste —dijo Flint—. La perdiste al cargarte a Mac.

—¿Cargarme a Mac? Yo no lo hice. Ésa es una jodida mentira. Yo no lo toqué. Él...

—Eso no es lo que dice el Oso —interrumpió Flint, y abrió un expediente—. Dice que tú has estado ahorrando esas píldoras para dormir para poder matar a Mac y librarte de él. ¿Quieres leer su declaración? Está todo aquí negro sobre blanco y firmadito. Toma, echa una mirada.

Empujó el papel sobre la mesa, pero el Toro ya estaba de pie.

—Usted no puede cargarme eso a mí —gritó, y fue enseguida empujado de nuevo a su silla por el jefe de celadores.

—Puedo —dijo Flint, inclinándose hacia adelante y mirando a los ojos del aterrorizado Toro—. Tú querías librarte de McCullum, ¿verdad? ¿Estabas celoso de él? Te volviste ambicioso. Pensaste que podrías poner en marcha una bonita operación dirigida desde dentro y en

ocho años saldrías de aquí con una pensión tan larga como tu brazo puesta a buen recaudo por tu viuda.
—¿Viuda? —La cara de Toro era ahora cenicienta—. ¿Qué quiere decir con eso?
Flint sonrió.
—Exactamente lo que he dicho. Viuda. Porque ahora no vas a salir nunca. Ocho años, otra vez convertidos en doce y una condena perpetua por asesinar a Mac suman veintisiete, y durante esos veintisiete años estarás solo, por tu propia seguridad. No te imagino aguantándolo, ¿y tú?
El Toro le miró patéticamente.
—Está usted cometiendo una injusticia.
—No quiero oír tu defensa —dijo Flint y se puso de pie—. Deja el lloriqueo para el tribunal. A lo mejor encuentras un juez amable que te crea. Especialmente con tu historial. Ah, y no cuentes con tu mujer para que te ayude. Lleva seis meses liada con Joe Slavey, ¿o es que no lo sabías?
Se dirigió hacia la puerta, pero el Toro ya se había derrumbado.
—Yo no lo hice. Juro por Dios que no lo hice, señor Flint. Mac era como un hermano para mí. Yo nunca...
Flint apretó más los tornillos.
—Mi consejo es que alegues locura —dijo—. Estarías mejor en Broadmoor. A mí no me gustaría tener a Brady o a Ripper como vecinos el resto de mis días. —Se detuvo un instante en la puerta—. Si quiere hacer una declaración, hágamelo saber —le dijo al jefe de celadores—. Supongo que podría ayudarnos...
No hubo necesidad de continuar. Incluso el Toro había captado el mensaje.
—¿Qué quiere usted saber?
Esta vez le correspondió a Flint pensar. Si dejaba salir la presión demasiado rápidamente, podría estropearlo todo. Por otra parte, había que golpear el hierro cuando aún estaba caliente.
—Todo —dijo—. Cómo se llevan a cabo las operaciones. Quién hace qué. Cuáles son los enlaces. Lo quiero todo. ¡Absolutamente todo!
El Toro tragó saliva.
—Yo no lo sé todo —dijo, y miró con aire infeliz al jefe de celadores.
—No se preocupe por mí —dijo el señor Blaggs—. No estoy aquí. Sólo soy parte del mobiliario.
—Comienza por cómo el propio Mac se hizo drogadicto —dijo Flint. Era mejor empezar por algo que ya sabía. El Toro se lo dijo y Flint lo escribió todo con un sentimiento creciente de satisfacción. No había sabido que el carcelero Lane estaba vendido.
—Con esto estoy perdido —dijo el Toro cuando hubo terminado con la señorita Jardin, la visitadora de prisiones.

—No sé por qué —dijo Flint—. El señor Blaggs aquí presente no va a decírselo y no tiene por qué salir a la luz en el juicio.

—Cristo —dijo el Toro—. ¿No irá a seguir usted con eso, verdad?

—Tú lo decidirás —dijo Flint, manteniendo la presión.

Cuando salió de la cárcel, tres horas más tarde, el inspector Flint era un hombre casi feliz. En verdad, el Toro no se lo había dicho todo, pero tampoco lo había esperado. Según todas las probabilidades, ese tonto no sabía mucho más, pero le había dado a Flint nombres suficientes para continuar. Y lo mejor de todo es que había dicho demasiado para retractarse, incluso si la amenaza de una acusación de asesinato perdía su efecto. Desde luego, si la noticia se sabía, el Toro sería hecho pedazos por algún otro prisionero. Y el Oso era el siguiente objetivo de Flint.

«Ser policía es un oficio sucio algunas veces», pensó mientras volvía a la comisaría. Pero las drogas y la violencia eran aún más sucias. Flint subió a su despacho y comenzó a comprobar algunos nombres.

El nombre de Ted le sonaba, le sonó mucho cuando cotejó sus listas. Y Lingon tenía un garaje. Prometedor. ¿Pero quién era Annie Mosgrave?

CAPITULO XIII

—¿Quién? —dijo el mayor Glaushof.
—Un tío que enseña Cultura Británica o algo así, por las noches. El nombre es Wilt —dijo el teniente de servicio—, H. Wilt.
—Ya voy —dijo Glaushof. Colgó el teléfono y fue hasta donde estaba su mujer—. No me esperes, cielo —dijo—, tengo un problema.
—Yo también —dijo la señora Glaushof, y se instaló para ver *Dallas* en la BBC. Era tranquilizador saber que Texas se encontraba aún ahí y que no estaba siempre lloviendo ni hacía un frío tan espantoso como en Baconheath, y que la gente todavía pensaba a lo grande y hacía grandes cosas. Nunca debería haberse casado con aquel oficial de Seguridad de la Base Aérea que tenía debilidad por los perros pastores alemanes. Y pensar que le había parecido tan romántico al conocerlo, de vuelta de Irán. Hacía algo de seguridad allí. Debería haberlo comprendido.
En el exterior, Glaushof subía a su jeep con los tres perros y conducía entre las casas hasta las puertas de la zona civil. Un grupo de hombres estaba allí, bastante alejado del Escort de Wilt, en el aparcamiento. Glaushof frenó derrapando deliberadamente y descendió.
—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Una bomba?
—Jesús, no lo sé —dijo el teniente, que estaba escuchando por un receptor—. Podría ser cualquier cosa.
—Como, por ejemplo, que ha dejado su radio de banda ciudadana encendida —explicó un cabo—, sólo que hay dos y están emitiendo una señal.
—¿Conoce usted a algún británico que tenga dos radios de banda ciudadana funcionando al mismo tiempo? —preguntó el teniente—. Ni hablar, y la frecuencia es extraña. Demasiado alta.
—Así que podría ser una bomba —dijo Glaushof—. ¿Por qué cojones lo han dejado entrar?
Aprovechando la oscuridad, y bajo la amenaza de volar en pedazos por el artefacto diabólico oculto en el coche, Glaushof se alejó un poco. El pequeño grupo le siguió.
—Ese tipo viene todos los viernes, da su clase, se toma un café y se va a casa sin problemas —dijo el teniente.
—Así que le dejan entrar hasta dentro con esa cosa que zumba y no le detienen —dijo Glaushof—. Podía haber tenido en las manos una bomba explosiva de las de Beirut.
—No detectamos la emisión de la señal hasta más tarde.

—Demasiado tarde —dijo Glaushof—, no voy a correr el menor riesgo, quiero que se traigan los volquetes de arena, rápido. Vamos a sellar ese coche. Muévanse.
—No es una bomba —dijo el cabo—, la señal es diferente. Una bomba no emite señales, las recibe.
—Es igual —dijo Glaushof—, es una grieta en la seguridad y vamos a sellarla.
—Si usted lo dice, mayor —dijo el cabo, y desapareció por el aparcamiento.
Durante un momento, Glaushof dudó y consideró qué otra acción podía emprender. Al menos había actuado rápidamente para proteger la base y su propia carrera. Como oficial de Seguridad de la base, siempre había estado en contra de esos profesores del exterior, con sus charlas subversivas. Había descubierto ya un geógrafo que había soltado un montón de mierda en sus clases de evolución del paisaje inglés sobre los peligros de la polución por el ruido y el queroseno para la vida de los pájaros. Glaushof lo había desenmascarado como miembro de Greenpeace. Un coche con radios que transmitían continuamente sugería algo mucho más serio. Y algo mucho más serio podría ser exactamente lo que necesitaba.
Glaushof pasó lista mentalmente a los enemigos del mundo libre: terroristas, espías soviéticos, subversivos, las Mujeres de Greenham Common... Daba igual. Lo importante era que el Servicio de Información de la base había metido la pata y a él le correspondía hacerles morder el polvo. Glaushof sonrió para sí ante esta perspectiva. Si había un hombre al que detestaba, ése era el oficial del Servicio de Información. Nadie había oído hablar de Glaushof, pero del coronel Urwin, con su línea con el Pentágono y su esposa todo el rato con la del comandante de la base, desde luego se hablaba sin parar. Y era un hombre de Yale. Glaushof tenía la intención de ponerlo en su sitio.
—Ese tío... ¿cómo dijo que se llamaba? —le preguntó al teniente.
—Wilt —dijo el teniente.
—¿Dónde lo tiene usted?
—No lo tengo en ningún sitio —dijo el teniente—. Lo primero que hicimos fue llamarlo a usted cuando captamos las señales.
—Entonces ¿dónde está?
—Me imagino que en alguna parte dando clase —dijo el teniente—. Los detalles están en el cuerpo de guardia. El horario y todo.
Se apresuraron a través del aparcamiento, hacia las puertas de la zona civil, y Glaushof estudió el registro de las entradas de Wilt. Era breve y nada informativo.
—Sala de conferencias —dijo el teniente—. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—No —dijo Glaushof—, todavía no. Sólo compruebe que nadie salga, eso es todo.
—No puede salir, excepto por encima de la nueva verja —dijo el teniente—, y no llegaría muy lejos. La tenemos electrificada.
—Muy bien —dijo Glaushof—. Así, si sale, lo detiene.
—Sí, señor —dijo el teniente y salió a comprobar la guardia, mientras Glaushof descolgaba el teléfono y llamaba a la patrulla de seguridad.
—Quiero que rodeen la sala de conferencias nueve —dijo—, pero que nadie se mueva hasta que yo llegue.
Se quedó sentado, mirando distraídamente la página central de una *Playgirl* que mostraba a un varón desnudo, clavada en la pared. Si se podía persuadir a ese cabrón de Wilt para que hablase, la carrera de Glaushof estaba asegurada. ¿Pero cómo hacer para tenerlo con buena disposición? Lo primero de todo, tenía que saber qué había en ese coche. Aún estaba combinando tácticas cuando el teniente tosió discretamente detrás de él. Glaushof reaccionó con violencia. No le gustaban las implicaciones de aquella tos.
—¿Fue usted quien pegó esto? —le gritó al teniente.
—Negativo —dijo el teniente, al que la pregunta le gustaba tan poco como a Glaushof le había gustado la tos—. No señor, no he sido yo. Eso es de la capitana Clodiak.
—¿Eso es de la capitana Clodiak? —dijo Glaushof volviéndose para examinar la foto de nuevo—. Sabía que ella... él... Está usted bromeando, teniente. Sé que eso no es de la capitana Clodiak.
—Ella lo puso ahí, señor. Le gustan ese tipo de cosas.
—Sí, bien, imagino que es una mujer de carácter —dijo Glaushof para evitar la acusación de que discriminaba al personal femenino. En términos de carrera, era casi tan peligroso como que le llamaran marica. No casi; era peor aún.
—Yo pertenezco a la Iglesia de Dios —dijo el teniente—, y eso es irreverente, según mis creencias.
Pero Glaushof no estaba dispuesto a entrar en una discusión.
—Veremos eso en otra ocasión, ¿eh?
Salió y volvió al aparcamiento, donde el cabo acompañado por el mayor y varios hombres de la sección de Demolición y Excavaciones habían rodeado el coche de Wilt con cuatro gigantescos volquetes llenos de arena, tras haber quitado de en medio otra docena de vehículos. Cuando se acercaba, Glaushof fue cegado por dos proyectores que habían sido encendidos de pronto.
—Me cago en sus madres —gritó, tambaleándose cegado—. ¿Quieren que sepan en Moscú lo que estamos haciendo?
En la oscuridad que siguió a este pronunciamiento, Glaushof se dio de bruces contra el tapacubo de uno de los volquetes.
—De acuerdo, entraré sin luces —dijo el cabo—. No hay problema.

Usted cree que es una bomba, yo no. Las bombas no transmiten en banda ciudadana.
Y antes de que Glaushof pudiera recordarle que en el futuro le llamase «señor», el cabo se dirigió al coche de Wilt.

—Señor Wilt —dijo la señora Ofrey—, ¿podría usted elucidar la cuestión del papel de las mujeres en la sociedad británica, con particular acento sobre la parte que le corresponde en la vida profesional a la muy honorable primera ministra la señora Thatcher y...
Wilt se la quedó mirando y preguntándose por qué la señora Ofrey leía siempre sus preguntas en una ficha y por qué rara vez tenían algo que ver con el tema del que había estado hablando. Debía de pasarse el resto de la semana componiéndolas. Y las preguntas siempre tenían relación con la reina y con la señora Thatcher, seguramente porque la señora Ofrey había cenado una vez en Woburn Abbey con el duque y la duquesa de Bedford y su hospitalidad la había afectado profundamente. Pero al menos esa noche él le consagraba toda su atención.
Desde el momento en que había entrado en la sala de conferencias, había tenido problemas. El vendaje que se había puesto en el bajo vientre había comenzado a deshacerse al conducir y, antes de que pudiera hacer algo por evitarlo, uno de sus extremos había comenzado a deslizarse por la pernera derecha. Para empeorar las cosas, la capitana Clodiak había llegado tarde y se había sentado enfrente de él con las piernas cruzadas, obligando a Wilt a apretarse contra el pupitre para contrarrestar una nueva erección o, al menos, ocultar el acontecimiento a sus oyentes. Concentrándose en la señora Ofrey, había conseguido por el momento evitar una segunda mirada a la capitana Clodiak.
Pero también tenía sus desventajas concentrarse tanto en la señora Ofrey. Aunque llevaba unos jerseis con puntos tan complicados como para dar de comer a varios pastores del oeste de Escocia, y sus pocos encantos estaban suficientemente disimulados por la lana para servir de antídoto a la terrible visión de la capitana Clodiak —Wilt ya se había fijado en la blusa de la capitana y lo que consideró que era una falda de combate en shantung de seda—, no dejaba de ser una mujer. En cualquier caso, evidentemente a ella le gustaba acaparar la atención y se sentaba sola a la izquierda del resto de la clase, y cuando había pasado la mitad de la hora, Wilt tenía ya tortícolis de tanto mirar hacia ella. Había desviado su atención hacia un joven con acné empleado en el economato militar y cuyos otros cursos eran karate y aerobic, y cuyo interés por la cultura inglesa se limitaba a

los inextricables misterios del cricket. Eso tampoco había funcionado muy bien, y después de diez minutos de mirarle fijamente a los ojos y de sus observaciones prudentes sobre el efecto del sufragio femenino sobre las elecciones desde 1928, el hombre había comenzado a agitarse inquieto en su silla y Wilt se había dado cuenta de pronto que el chico pensaba que se le estaba insinuando. Como no deseaba ser convertido en pulpa por un experto en karate, había tratado de alternar entre la señora Ofrey y la pared detrás del resto de la clase, pero cada vez parecía que la capitana Clodiak le sonreía más significativamente. Wilt se había aferrado al pupitre con la esperanza de conseguir acabar la hora sin eyacular en los pantalones. Estaba tan preocupado por esto que apenas se dio cuenta de que la señora Ofrey había terminado la pregunta.

—¿Diría usted que este punto de vista es correcto? —dijo ella, como resumen.

—Bien... eh... sí —dijo Wilt, que no podía recordar cuál era la pregunta. Tenía algo que ver con si la monarquía era un matriarcado —. Sí, supongo que en términos generales yo estaría de acuerdo con usted —dijo, apoyándose más firmemente en el pupitre—. Por otra parte, sólo porque un país tiene un gobernante femenino, no creo que podamos suponer que no está dominado por el macho. Después de todo, tenemos a la reina Boadicea en la Inglaterra prerromana y yo no diría que hubiera un gran número de feministas por allí, ¿verdad?

—Yo no preguntaba acerca del movimiento feminista —dijo la señora Ofrey con un tono desagradable que indicaba que era una estadounidense pre-Eisenhower—, mi pregunta estaba dirigida a la naturaleza matriarcal de la monarquía.

—Claro —dijo Wilt para ganar tiempo. Algo terrible parecía haber pasado con el protector de cricket. Había perdido todo contacto con él —. Aunque sólo porque hemos tenido cierto número de reinas... bueno, supongo que hemos tenido casi tantas como reyes... ¿puede que haya habido más? Me refiero a que cada rey tuvo que tener una reina...

—Enrique VIII tuvo un montón —dijo una experta en astronavegación, cuyo gusto en las lecturas parecía sugerir que hubiera preferido vivir en una Edad Media desodorizada y con aire acondicionado—. Ése debe de haber sido un gran tipo.

—Desde luego —dijo Wilt, agradecido por su intervención. A este paso, la discusión se extendería y le dejaría libre para encontrar de nuevo ese maldito protector—. De hecho tuvo cinco. Eran Catalina de...

—Perdone mi pregunta, señor Wilt —interrumpió un ingeniero—, ¿pero las antiguas reinas cuentan como reinas? Por ejemplo, las viudas. ¿La viuda de un rey es todavía una reina?

—Es una reina madre —dijo Wilt, que esta vez tenía una mano en el bolsillo y estaba buscando con ella el protector—. Por supuesto es puramente nominal. Ella...

—¿Dijo usted «nominal»? —preguntó la capitana Clodiak, dotando a la palabra con tonos que Wilt nunca había pensado y ciertamente no necesitaba en ese momento. Su voz se adaptaba a su cara. La capitana Clodiak provenía del sur—. ¿Podría ampliar el significado de nominal?

—¿Ampliar? —dijo Wilt débilmente.

Pero antes de que pudiera responder, el ingeniero interrumpió de nuevo.

—Perdóneme por interrumpirlo, señor Wilt, pero lleva algo colgando del pantalón.

—¿Ah, sí? —dijo Wilt, agarrando el pupitre aún con más fuerza.

La atención de toda la clase estaba ahora centrada en su pierna derecha. Wilt trató de ocultarla detrás de la izquierda.

—Y por el aspecto que tiene, yo diría que es algo importante para usted.

Wilt sabía muy bien que era importante. Con un gesto brusco, se soltó del pupitre y agarró la pernera en un vano intento por detener el protector, pero la maldita cosa ya se le había escapado. Colgó durante un instante medio fuera del pantalón y después resbaló sobre el zapato. La mano de Wilt se disparó y lo agarró y al instante siguiente trataba de metérselo en el bolsillo. Pero el protector no cedió. Todavía estaba sujeto a las vendas por el esparadrapo que había usado y se resistía a soltarlas. Cuando Wilt trató de arrancarlo, resultó evidente que estaba en peligro de rasgar las costuras del pantalón. También era muy evidente que el otro extremo de la venda estaba todavía alrededor de su cintura y no tenía la intención de soltarse. A este paso terminaría medio desnudo delante de la clase y además sufriría de una hernia estrangulada. Por otra parte, no podía permanecer medio encogido allí, y cualquier intento de arrancar la maldita cosa del interior de sus pantalones desde la parte superior podía ser mal interpretado. De hecho, por lo que oía, su predicamento había terminado. Incluso desde su peculiar posición, Wilt se dio cuenta de que la capitana Clodiak se ponía en pie, sonaba un zumbador y la astronavegante estaba diciendo algo acerca de braguitas medievales.

Sólo el ingeniero se mostraba constructivo.

—¿Es un problema médico el que usted tiene? —Pero no entendió la respuesta farfullada por Wilt de que no lo era—. Me refiero a que tenemos las mejores instalaciones para el tratamiento de infecciones urogenitales a este lado de Frankfurt y puedo llamar a un médico...

Wilt abandonó la posesión del protector y se puso de pie. Podía ser

embarazoso tener un protector de cricket saliendo de sus pantalones, pero era infinitamente preferible a ser examinado en el presente estado por un doctor de la Base Aérea. Sabe Dios lo que el hombre haría con una erección desenfrenada.
—No necesito un doctor —masculló—. Es sólo... bueno, estaba jugando al cricket antes de venir aquí y con las prisas se me olvidó... Bien, estoy seguro de que comprenden.
Estaba claro que la señora Ofrey no lo comprendía. Con una observación acerca de las cosas de la vida, salió del mismo modo que la capitana Clodiak. Antes de que Wilt pudiera decir que todo lo que necesitaba era ir al lavabo, el empleado con acné había intervenido.
—Oiga, señor Wilt —dijo—, yo no sabía que usted jugaba al cricket. Vaya, hace tres semanas decía que no sabía cómo llaman ustedes los ingleses a una bola desviada.
—Algún otro día —dijo Wilt—, ahora lo que necesito es ir a... eh... un lavabo.
—¿Está seguro de que no quiere...?
—Absolutamente —dijo Wilt—, estoy perfectamente. Es sólo... no importa.
Salió cojeando de la sala y al momento se encontraba en una cabina luchando con el protector, el vendaje y sus pantalones. Tras él, la clase se había quedado discutiendo esta última manifestación de la cultura británica, con un grado mayor de interés del que había mostrado por las opiniones de Wilt acerca del voto.
—Sigo diciendo que no sabe nada de cricket —decía el empleado del economato militar pero no era escuchado por la navegante y el ingeniero que estaban más interesados en el estado médico de Wilt.
—Yo tenía un tío en Idaho que debía llevar un suspensorio. No es algo inusual. Se cayó de una escalera cuando estaba pintando la casa, una primavera —dijo el ingeniero—. Estas cosas pueden ser graves.

—Ya se lo dije, mayor —dijo el cabo—, dos radiotransmisores, una grabadora, nada de bombas.
—¿Definitivamente? —preguntó Glaushof, tratando de no transparentar la decepción en su voz.
—Seguro —dijo el cabo y en esto era apoyado por el mayor de la sección de Demoliciones y Excavaciones, que quería saber si podía ordenar a sus hombres que retiraran los volquetes.
Mientras se alejaban y dejaban aislado el Escort de Wilt en medio del aparcamiento, Glaushof trató de sacar alguna ventaja de la situación. Después de todo, el coronel Urwin, el oficial del Servicio de Información, estaba fuera durante el fin de semana y, en su

ausencia, Glaushof podía enfrentarse a una crisis.
—Tuvo que venir aquí con ese equipo por alguna razón —dijo—, transmitiendo de ese modo. ¿Alguna idea al respecto, mayor?
—Podría ser sólo un ensayo para comprobar si pueden traer una bomba y hacerla estallar por control remoto —dijo el mayor, cuya especialización tendía a hacer de él un hombre de ideas fijas.
—Excepto que estaba transmitiendo, no recibiendo —dijo el cabo—. Necesitaban señales dentro, no fuera, para una bomba. ¿Y qué hay de la grabadora?
—No es de mi departamento —dijo el mayor—. Desde el punto de vista de los explosivos, es inofensiva. Voy a hacer mi informe.
Glaushof intervino.
—Conmigo —dijo—. Hará el informe conmigo y con nadie más. Hay que silenciar este incidente.
—Ya lo hemos hecho con los camiones de seguridad y no ha servido para nada.
—Por supuesto —señaló Glaushof—, pero todavía tenemos que descubrir qué es todo esto. Estoy encargado de la seguridad y no me gusta que un cabrón británico aterrice aquí con todo su equipo. O es un ensayo como usted dice, o es algo más.
—Tiene que ser algo más —dijo el cabo—, obviamente. Con el equipo que está usando, podría grabarse a dos piojos jodiendo a treinta kilómetros de distancia.
—Así que su esposa está buscando pruebas para el divorcio —dijo el mayor.
—Debe de estar muy desesperada —dijo el cabo— para utilizar dos transmisores y una grabadora. Y este material no es corriente. Nunca he visto que un civil utilizara escuchas tan sofisticadas.
—¿Escuchas? —preguntó Glaushof, que había estado preocupado por el concepto de piojos jodiendo—. ¿Qué quiere decir?
—Son como indicadores de dirección. Las señales salen y dos tíos las recogen en sus aparatos y saben con exactitud de dónde proceden.
—¡Jesús! —dijo Glaushof—. ¿Quiere decir que los soviéticos pueden haber enviado a este Wilt como agente para localizar exactamente dónde estamos?
—Eso ya lo están haciendo a base de satélites con infrarrojos. No necesitan que un tío entre aquí con una radio —dijo el cabo—. No a menos que quieran perderlo.
—¿Perderlo? ¿Por qué rayos iban a querer perderlo?
—No lo sé —continuó el cabo—. Usted es el de Seguridad. Yo sólo soy un técnico y no es cosa mía por qué alguien quiere hacer las cosas. Todo lo que sé es que yo no enviaría un agente a un sitio con esas señales anunciando su llegada, a no ser que quisiera perderlo. Es como poner un ratón en una habitación con un gato, el ratón no

puede dejar de chillar.
Pero Glaushof no se dejó persuadir.
—Lo importante en el asunto es que ese Wilt vino con un equipo de espionaje no autorizado y que no se va a ir con él.
—Así sabrán que él está aquí por esas señales —dijo el cabo.
Glaushof le miró. El sentido común de este hombre empezaba a resultarle intensamente irritante. Ahí estaba su oportunidad de devolver el golpe.
—¿No querrá decirme que esas radios todavía son operacionales? —gritó.
—Claro —dijo el coronel—. Usted y el mayor me ordenaron que registrase el coche por las bombas. Nada dijeron de averiar su equipo de transmisión. Bombas, es lo que dijeron.
—Correcto —dijo el mayor—. Eso es lo que usted dijo. Bombas.
—Ya sé que dije bombas —aulló Glaushof—. ¿Cree que necesito que me lo recuerden?
Se interrumpió y dirigió su atención hacia el coche con aspecto lívido. Si las radios estaban todavía en marcha, era de suponer que el enemigo ya sabía que lo habían descubierto, en cuyo caso...
Su mente galopó, siguiendo senderos que conducían a la catástrofe. Tenía que tomar una decisión inmediata. Glaushof la tomó.
—Muy bien, nosotros entramos —dijo—, y ustedes salen.
Cinco minutos después, a pesar de las protestas del cabo de que no iba a conducir un jodido coche durante cuarenta y ocho kilómetros mientras unos jodidos tipos rastreaban sus movimientos, a menos que fuera con una jodida escolta, tuvo que salir de la base conduciéndolo. La cinta de la grabadora había sido sustituida por una nueva, pero en todos los demás aspectos nada indicaba que se hubiera hecho un registro del vehículo. Las instrucciones de Glaushof habían sido muy explícitas.
—Conduce usted en línea recta y aparca delante de su casa —le había dicho al cabo—. Lleva usted al mayor que le traerá de vuelta y, si hay algún problema, él se ocupará. Si esos cabrones quieren saber dónde está su chico, pueden empezar por mirar en su casa. Van a tener problemas para encontrarlo aquí.
—No van a tener el menor problema para encontrarme a mí —dijo el cabo a pesar de que sabía que nunca se debe discutir con un oficial superior. Debería haber mostrado simplemente una actitud insolente.
Durante unos instantes, Glaushof contempló los dos vehículos que desaparecían en la noche. Ese paisaje nunca le había gustado, pero entonces adquirió un aspecto aún más siniestro. Era en esas llanuras donde el viento soplaba desde la Unión Soviética, directamente desde los Urales. En la mente de Glaushof era un viento infeccioso, que después de haber soplado en torno de las cúpulas y torretas del

Kremlin, amenazaba el futuro mismo del mundo. Y ahora en alguna parte del exterior había alguien a la escucha.
Glaushof se dio la vuelta. Iba a descubrir quiénes eran esos siniestros espías.

CAPITULO XIV

—Lo tengo todo rodeado, señor, y él está todavía dentro —dijo el teniente Harah, cuando Glaushof llegó por fin a la sala de conferencias 9. Glaushof no necesitaba que se lo dijeran. Él mismo había tenido suficientes problemas para atravesar el cordón que el teniente había tendido alrededor de la sala y, en otras circunstancias, habría expresado su irritación por el celo del teniente. Pero la situación era lo suficientemente seria para no hacer recriminaciones, y además, respetaba la eficiencia de su segundo en el mando. Como cabeza del EAP (Escuadrón Antipenetración del Perímetro), el teniente Harah había realizado su entrenamiento en Fort Knox, en Panamá, y había entrado en acción en Greenham Common, disfrazado de policía inglés, obteniendo un Corazón Púrpura tras haber sido mordido en la pierna por una madre de cuatro hijas, una experiencia que le había dejado un útil prejuicio contra las mujeres. Glaushof apreciaba su misoginia. Al menos se podía confiar en que un hombre de Baconheath no se acostaría con Mona Glaushof, y Harah no iba a tratar con guante blanco a las mujeres de la Campaña pro Desarme Nuclear si intentaban irrumpir en Baconheath.
Por otra parte, esta vez parecía haber ido demasiado lejos. Aparte de los seis hombres de la escuadra de choque con máscaras antigás junto a la puerta delantera, de cristales, de la sala de conferencias, y algunos más agachados bajo las ventanas, un pequeño grupo de mujeres estaba con los brazos en alto contra la pared del edificio contiguo.
—¿Quiénes son ésas? —preguntó Glaushof.
Tenía la desagradable sospecha de que había reconocido la falda escocesa de la señora Ofrey.
—Sospechosas —dijo el teniente Harah—. Presuntas mujeres.
—¿Qué quiere decir con «presuntas mujeres»? —preguntó Glaushof— O son mujeres o no lo son.
—Salieron vestidas de mujeres, señor —dijo el teniente—, eso no quiere decir que lo sean. Podrían ser terroristas vestidos de mujer. ¿Quiere usted que lo compruebe?
—No —dijo Glaushof, arrepintiéndose de haber dado la orden de atacar el edificio antes de hacer él su aparición. Ya no hacía muy buen efecto tener contra la pared a la mujer del jefe del Ejecutivo Administrativo, con una pistola apuntándole a la cabeza, pero que su sexualidad fuese comprobada por el teniente Harah realmente sería demasiado. Por otra parte, ni siquiera la señora Ofrey podría quejarse

de haber sido rescatada de una posible retención como rehén.
—¿Está seguro de que no hay modo de que haya podido salir?
—Absolutamente —dijo el teniente—. Tengo tiradores en el bloque siguiente en caso de que suba al tejado, y los túneles de las cloacas han sido sellados. Todo lo que tenemos que hacer es lanzar dentro un barril de Agente Neutralizador y no habrá el menor problema.
Glaushof miró nervioso hacia la fila de mujeres y lo dudó. Iba a haber problemas, y mejor sería que los problemas pareciesen serios.
—Pondré a esas mujeres a cubierto y luego entra usted —dijo—. Y nada de disparar, a menos que él lo haga primero. Quiero agarrar a ese tío para interrogarle. ¿Entendido?
—Absolutamente, señor —dijo el teniente—. Cuando tome una bocanada de Agente Neutralizador, no tendrá fuerzas ni para encontrar el gatillo.
—Bien. Déme cinco minutos y luego adelante —dijo Glaushof, y se dirigió hacia la señora Ofrey—. Señoras, si vienen por aquí... —dijo, sin advertir al hombre que había entre ellas, y llevó a toda prisa al pequeño grupo dando la vuelta a la esquina hacia el vestíbulo de otra sala de conferencias.
La señora Ofrey estaba claramente indignada.
—¿Qué significa...? —comenzó, pero Glaushof levantó una mano.
—Si me permiten que les explique —dijo—, comprendo que han sufrido inconvenientes, pero tenemos una situación de infiltración entre manos y no podíamos afrontar la posibilidad de que fueran ustedes retenidas como rehenes.
Hizo una pausa y se sintió satisfecho de ver que incluso la señora Ofrey había captado el mensaje.
—Qué cosa tan terrible —murmuró.
Fue la reacción de la capitana Clodiak la que le sorprendió.
—¿Situación de infiltración? Hemos tenido la clase usual, sin problemas —dijo—, no he visto a nadie nuevo. ¿Quiere decir que hay alguien aquí al que no conocemos?
Glaushof vaciló. Había esperado guardarse para sí la cuestión de la identidad de Wilt como agente secreto y que la noticia no corriera por la base como reguero de pólvora. Desde luego, no quería que se supiera hasta que hubiese completado su interrogatorio y estuviera en posesión de toda la información necesaria para demostrar que el Servicio de Información, y en particular ese cabrón del coronel Urwin, no había comprobado bien la identidad de un empleado exterior. De ese modo, el coronel caería y difícilmente podrían evitar ascender a Glaushof. Si el Servicio de Información tenía noticias de lo que estaba pasando, todo el plan se iría a pique. Glaushof se replegó a la táctica del «Alto secreto».
—No creo que sea recomendable en este momento aclarar más la

cuestión. Es un asunto de alta seguridad. Cualquier indiscreción podría perjudicar gravemente las posibilidades defensivas del Mando Aéreo Estratégico en Europa. Debo insistir en un total bloqueo informativo.

Por un momento, este pronunciamiento surtió el efecto que había deseado. Incluso la señora Ofrey pareció satisfactoriamente impresionada. Luego la capitana Clodiak rompió el silencio.

—Allí estábamos nosotros y ese tipo, Wilt, ¿no es así? —Glaushof no dijo palabra—. Así que trae usted las tropas de asalto y nos pone contra la pared en cuanto salimos, y ahora nos habla de una situación de infiltración. No le creo, mayor, simplemente no le creo. La única infiltración de la que tengo noticia es la que ese cabrón teniente machista ha hecho en dirección a mi trasero, y tengo la intención de formalizar una queja contra el teniente Harah, y usted puede sacar de su imaginación calenturienta tantos agentes infiltrados como quiera, que no va a detenerme.

Glaushof tragó saliva. Veía que había tenido razón en considerar a la capitana como una mujer de carácter y que se había equivocado por completo al permitir que el teniente Harah actuase por su cuenta. También se había equivocado bastante en su estimación de la antipatía del teniente por las mujeres, aunque incluso Glaushof tenía que admitir que la capitana Clodiak era una mujer notablemente atractiva. En un intento de salvar la situación ensayó una sonrisa de simpatía. Le salió de lado.

—Estoy seguro de que el teniente Harah no tenía intención de... —comenzó.

—¿Y qué me dice de su mano? —dijo de repente la capitana—. ¿Cree que no reconozco las intenciones cuando las siento? ¿Es eso lo que cree?

—Quizá estaba asegurándose de que no portaba armas —dijo Glaushof, que ahora comprendió que debía hacer algo realmente asombroso para recuperar el control de la situación.

Le salvó el sonido de cristales rotos. El teniente Harah había esperado exactamente cinco minutos antes de entrar en acción.

Le había costado más de cinco minutos a Wilt liberarse del vendaje y dejarlo caer por la pernera y volver a colocar el protector en una posición que pudiera ofrecerle alguna protección de las espasmódicas bufonadas de su pene. Al final lo había conseguido y acababa de ajustado todo con bastante incomodidad cuando dieron unos golpes en la puerta.

—¿Está usted bien, señor Wilt? —preguntó el ingeniero.

—Sí, gracias —dijo Wilt con toda la cortesía que le permitía su

irritación.
Siempre pasaba lo mismo con los idiotas amables. Le ofrecían ayuda precisamente cuando era menos oportuno. Todo lo que Wilt quería hacer ahora era largarse de una vez de la base sin más complicaciones. Pero el ingeniero no entendió la situación.
—Le estaba diciendo antes a Pete que yo tengo un tío en Idaho que tiene el mismo problema de suspensorio —dijo el ingeniero a través de la puerta.
—¿De verdad? —dijo Wilt, fingiendo interés, mientras que en realidad estaba luchando por subirse la cremallera.
Evidentemente se había atascado con un trozo del vendaje. Wilt trató de bajarla.
—Sí, se pasó años con ese protector abultado hasta que mi tía Annie oyó hablar de ese cirujano en Kansas City y llevó allí a mi tío Rolf, que naturalmente no quería ir, pero nunca se arrepintió de haberlo hecho. Le puedo dar el nombre si quiere.
—Joder —dijo Wilt.
Un extremo de la cremallera, hizo un ruido como si se hubiese roto.
—¿Ha dicho usted algo, señor Wilt? —preguntó el ingeniero.
—No —contestó Wilt.
Hubo un momento de silencio mientras el ingeniero consideraba el próximo movimiento y Wilt trataba de sujetar la parte inferior de la cremallera a los pantalones mientras empujaba del tirador al mismo tiempo.
—Tal como yo lo veo, y debe usted entender que no soy médico sino ingeniero, así que sé algo de fallos estructurales, hay un deterioro del músculo inferior...
—Escuche —dijo Wilt—. Exactamente en este momento tengo un fallo estructural en la cremallera de mis pantalones. Algo se ha enganchado y está atascada.
—¿De qué lado? —preguntó el ingeniero.
—¿Qué lado qué? —preguntó Wilt.
—Eh... lo que se ha enganchado en ella.
Wilt se inclinó para ver la cremallera. En los límites del retrete era difícil ver el lado de nada.
—¿Cómo demonios lo voy a saber?
—¿Está usted subiéndola o bajándola? —continuó el ingeniero.
—Subiéndola —dijo Wilt.
—Algunas veces ayuda bajarla un poco primero.
—Ya está abajo del todo —dijo Wilt, permitiendo que su irritación le dominase—. ¿Estaría tratando de subir la maldita cosa si no estuviera abajo?
—Supongo que no —dijo el ingeniero, con una meliflua paciencia que era aún más irritante que su deseo de ayudar—. De todos modos, si

no está abajo del todo puede que la cosa... —Hizo una pausa—. Señor Wilt, ¿qué es exactamente lo que se le ha enganchado en la cremallera?
Dentro del retrete Wilt miró con aire enloquecido un aviso que no sólo le instruía para que se lavara las manos sino que parecía suponer que necesitaba que le dijeran cómo. «Cuenta hasta diez», murmuró para sí, y se sorprendió al descubrir que la cremallera se había liberado sola. También se había liberado él de la indeseable amabilidad del ingeniero. Un estruendo de cristales rotos había perturbado evidentemente la calma del hombre.
—Jesús, ¿qué está pasando? —gritó.
No era una pregunta que Wilt pudiera responder. Y por los ruidos que oía fuera, tampoco quería responder. En alguna parte, una puerta se abrió de golpe y el ruido de carreras en el corredor se mezcló con órdenes tajantes de detenerse. Wilt se detuvo, dentro del retrete. Acostumbrado como estaba últimamente a los azares que parecían inherentes al hecho de entrar en un lavabo en cualquier sitio que no fuera su propia casa, la experiencia de estar encerrado en un retrete con una Escuadra Antipenetración del Perímetro irrumpiendo en el edificio era nueva para él.
Pero más nueva era para el ingeniero. Cuando los bidones de Agente Neutralizador cayeron al suelo y hombres con máscaras y portando armas automáticas atravesaron la puerta, perdió todo interés en los problemas de la cremallera de Wilt y retrocedió hacia la sala de conferencias, para chocar con la navegante y el empleado del economato militar que intentaban salir. En la confusión que siguió, el Agente Neutralizador hizo honor a su nombre. El empleado del economato militar trató de desenredarse del ingeniero, que estaba haciendo lo que podía para evitarle, y la navegante chocó con ambos, bajo la ilusión de que se estaba moviendo en dirección contraria.
Cuando caían al suelo, el teniente Harah apareció sobre ellos, enorme y extraordinariamente siniestro con su máscara antigás.
—¿Quién de ustedes es Wilt? —aulló.
Su voz, distorsionada por la máscara y por los efectos del gas sobre su sistema nervioso, llegó a ellos con lentitud. Ni siquiera el voluble ingeniero fue capaz de ayudarlo.
—Lléveselos a todos —ordenó, y los tres fueron arrastrados fuera del edificio balbuciendo frases que sonaban como si funcionara bajo el agua una grabadora portátil a la que le fallaran las pilas.
Wilt escuchaba desde su retrete los horribles ruidos con aprensión creciente. Cristales rotos, gritos extrañamente ahogados y el taconeo de las botas no habían aparecido en sus anteriores visitas a la base aérea y no podía imaginar qué presagiaban. Fuera lo que fuese, ya

había tenido suficientes problemas por una tarde y no quería atraer otros. Parecía más seguro quedarse donde estaba y esperar hasta que lo que estuviera pasando terminara. Wilt apagó la luz y se sentó en el asiento del retrete.

En el exterior, los hombres del teniente Harah informaban con voz pastosa de que la sala estaba vacía. A pesar de las nubes de gas, el teniente podía verlo por sí mismo. A través del cristal de su máscara antigás revisó los asientos vacíos con una sensación de desfallecimiento. Había esperado que el infiltrado hiciese un número de resistencia, y la facilidad con que se habían apoderado de ese hijo de puta le decepcionaba. Por otro lado, también podía ver que había sido un error llevar perros en el asalto, sin equiparlos con máscaras antigás: El Agente Neutralizador evidentemente también les había afectado a ellos. Uno reptaba lentamente por el suelo, mostrando los dientes mientras otro, en su intento de rascarse la oreja derecha, estaba agitando la pata trasera del modo más absurdo.

—Bien —dijo, y se dirigió a interrogar a los prisioneros.

Como los perros de asalto, estaban totalmente incapacitados y no tenían ni idea de quién era el agente extranjero al que se suponía debían detener. Todos estaban vestidos con ropa de civil y no se encontraban en condiciones de decir quién o qué eran. El teniente Harah informó a Glaushof.

—Creo que es mejor que lo vea usted mismo, señor. Yo no sé cuál de ellos es ese hijo de puta.

—Wilt —dijo Glaushof, echando fuego por los ojos tras su máscara antigás—, su nombre es Wilt. Es un empleado del exterior. No tendría que ser difícil reconocerlo.

—A mí todos los británicos me parecen iguales —dijo el teniente, y fue en seguida recompensado con un golpe seco en la garganta y un rodillazo en el bajo vientre por la capitana Clodiak que acababa de reconocer a su asaltante machista a través de la máscara antigás. Cuando el teniente se encogía, ella le agarró por el brazo y Glaushof se quedó sorprendido al ver con qué facilidad su segundo en el mando era derribado por una mujer.

—Notable —dijo—. Es un verdadero privilegio ver...

—Déjese de tonterías —dijo la capitana Clodiak, sacudiéndose el polvo y con el aspecto de que le gustaría demostrar su conocimiento de karate con otro hombre—. Este gusano hizo una observación machista y usted ha hablado de Wilt. ¿No es así? —Glaushof pareció desorientado. No le había parecido que decir «hijo de puta» fuera machismo y no quería hablar de Wilt en presencia de las otras mujeres. Por otra parte, no tenía ni idea de cómo era Wilt y alguien tenía que identificarlo.

—Quizá fuera mejor que saliéramos a discutir esto, capitana —dijo, y

se dirigió a la puerta.
La capitana Clodiak le siguió reticente.
—¿Qué es lo que tenemos que discutir? —preguntó.
—Por ejemplo, Wilt —dijo Glaushof.
—Está usted loco. Acabo de oírselo decir. ¿Wilt un agente?
—Incontrovertible —dijo Glaushof, decidiéndose por la brevedad.
—¿Y cómo? —dijo Clodiak, en el mismo tono.
—Se infiltró en el perímetro con suficiente equipo de radiotransmisores escondido en su coche para señalar nuestra posición en Moscú o en la Luna. Lo digo en serio, capitana. Y lo que es más, no se trata de un equipo corriente que se pueda comprar en una tienda, es oficial —dijo Glaushof y vio con alivio que la incredulidad se había borrado de su cara—. Y ahora voy a necesitar a alguien que lo identifique.
Dieron la vuelta a la esquina y se encontraron con la visión de los tres hombres boca abajo en el suelo, frente a la sala de conferencias 9, vigilados por dos perros de asalto incapacitados y el equipo del EAP.
—Muy bien, la capitana va a identificarlo —dijo Glaushof y empujó con el pie al empleado del economato militar—. Usted, vuélvase. —El empleado trató de darse la vuelta, pero sólo consiguió caer de lado sobre el ingeniero, que inmediatamente empezó a tener convulsiones. Glaushof miró con disgusto a las dos figuras contorsionadas antes de que su atención fuera distraída de manera aún más disturbadora por un perro de asalto que había meado encima de su zapato sin haber levantado la pata.
—Saquen esta inmunda bestia de aquí —gritó, y a su protesta se unió la del ingeniero que se oponía fuertemente, aunque de manera poco comprensible, a los esfuerzos que el empleado del economato militar aparentemente hacía para sodomizarle.
Cuando consiguieron retirar al perro, un proceso que requirió tres hombres al extremo de la cadena, y se restauró un poco el orden en el suelo, la expresión de la capitana Clodiak había cambiado de nuevo.
—Creí que quería usted que identificara a Wilt —dijo—. Aquí no está.
—¿No está? Quiere decir... —Glaushof miró suspicaz la puerta rota de la sala de conferencias.
—Éstos son los hombres que el teniente nos ordenó hacer prisioneros —dijo uno de los comandos—. No había nadie más en la sala que yo viera.
—Tenía que haberlo —aulló Glaushof—. ¿Dónde está Harah?
—Ahí, ya sabe usted...
—Ya sé dónde está. Tráigalo aquí y rápido.
—Sí, señor —dijo el hombre, y desapareció.
—Parece que tiene usted un problema —dijo la capitana Clodiak.

Glaushof trató de quitarle importancia.
—No puede haber roto el cerco, y aunque lo haya hecho se asará en la verja o será arrestado en la puerta —dijo—. No estoy preocupado.
De todas maneras, miraba a su alrededor a los feos edificios familiares y a las calles entre ellos con una sensación de sospecha, como si de algún modo hubiesen cambiado de carácter y se hubieran convertido en cómplices del ausente Wilt. Con una perspicacia que le era alarmantemente extraña, se dio cuenta de lo mucho que Baconheath significaba para él; era el hogar, su propia pequeña fortaleza en una tierra extraña, con sus confortables ruidos de reactores que le ligaban a su propia ciudad natal, Eiderburg, Michigan, y el matadero al final de la calle donde sacrificaban los cerdos. Cuando era niño se había despertado con el sonido de sus gritos y un FIII rugiendo para despegar tenía el mismo efecto reconfortante sobre él. Pero, sobre todo, Baconheath, con su perímetro de rejas y puertas guardadas, había sido los Estados Unidos para él, su propio país, poderoso, independiente y libre de peligro por su constante vigilancia y la enormidad de su arsenal. Circular protegido por la alambrada de Baconheath, aislado por las llanuras inundadas de los Fens, de los pueblos decrépitos con sus mercados y sus ineficaces tenderos y sus sucios pubs con extraña gente que bebía cerveza caliente y poco higiénica, había sido como permanecer en un oasis de eficiencia y modernidad y prueba de que los grandes Estados Unidos de América eran todavía el Nuevo Mundo y lo seguirían siendo.
Pero ahora, la visión de Glaushof se había borrado y por un momento se sintió disociado del lugar. Aquellos edificios escondían a Wilt de él y hasta que no encontrase a ese cabrón, Baconheath estaría infectado. Glaushof se forzó a salir de esta pesadilla y se vio confrontado a otra. El teniente Harah daba la vuelta a la esquina. Era claro que todavía estaba pagando por su actitud machista respecto de la capitana Clodiak y tenía que ser sostenido por dos hombres del EAP. Glaushof no se sorprendió demasiado. Sin embargo, los ruidos confusos que hacía el teniente difícilmente podían explicarse por un golpe en el vientre.
—Es el Agente Neutralizador, señor —explicó uno de los hombres—, me imagino que ha debido de abrir un bidón en el vestíbulo.
—¿Abrir un bidón? ¿En el vestíbulo? —gimió Glaushof, espantado por las terribles consecuencias para su carrera que una acción tan demencial podía provocar—. No estarían esas mujeres...
—Afirmativo —masculló de pronto el teniente Harah.
Glaushof se volvió hacia él.
—¿Qué quiere decir afirmativo?
—Absoluto —la voz de Harah alcanzó un agudo. Y se quedó allí—.

Absoluto absoluto absoluto absoluto...
—Amordacen a ese imbécil —gritó Glaushof, y se lanzó hacia la esquina del edificio para ver lo que podía salvar de la situación.
No había esperanzas. Por alguna razón demencial, el teniente Harah, quizá en un intento de defenderse contra un segundo ataque de la capitana Clodiak, había arrancado la anilla de una granada de gas antes de darse cuenta de que su máscara antigás se había soltado en su caída. Mirando a través de las puertas de cristal a las extrañas escenas del vestíbulo, Glaushof ya no estaba preocupado por la interferencia de la señora Ofrey. Caída sobre el respaldo de una butaca, con el pelo colgando por el suelo y tapándole felizmente la cara, la mujer del jefe del Ejecutivo Administrativo se parecía a una oveja incontinente de las Highlands a la que se hubiera pasado prematuramente por una máquina de hacer punto. El resto de la clase no estaba en mejor estado. La oficial de astronavegación yacía sobre su espalda, evidentemente reviviendo una experiencia sexual pasiva bastante peculiar, mientras varios estudiantes de Cultura e Instituciones Británicas parecían ser extras de una película sobre el fin del mundo. Glaushof experimentó otra vez la terrible sensación de estar en desacuerdo con su entorno, y sólo apelando a sus reservas de relativa cordura recuperó el control de sí mismo.
—Sáquenlos de ahí —gritó—, y llamen a los médicos. Tenemos un maníaco suelto.
—Ha conseguido usted algo —dijo la capitana Clodiak—. Ese teniente Harah va a tener muchas cosas de las que responder. No me imagino al general Ofrey muy contento con su mujer muerta. Tendrá que jugar al bridge de tres con el comandante.
Pero Glaushof ya tenía suficiente del punto de vista objetivo de la capitana.
—Usted es la responsable de esto —le dijo con un tono de amenaza en la voz—. Habla de preguntas y usted también tendrá que contestar algunas. Como que asaltó deliberadamente al teniente Harah mientras cumplía con su deber y...
—Si el cumplimiento de su deber incluye ponerme la mano en... —interrumpió la capitana furiosamente, pero de pronto se detuvo y se quedó con la vista fija—. Oh, Dios mío —dijo, y Glaushof, que se había estado preparando para otra demostración de karate, siguió su mirada.
En la puerta rota de la sala de conferencias 9, una figura en estado lamentable trataba de ponerse en pie. Mientras la observaban, se derrumbó.

CAPITULO XV

A veinticuatro kilómetros de allí, el Escort de Wilt se dirigía hacia Ipford emitiendo señales. Como nadie había pensado en proporcionar al cabo instrucciones adecuadas, y él no confiaba en las garantías de Glaushof de que estaría bien protegido por el mayor y los hombres del vehículo que le seguía, había tomado sus propias precauciones antes y después de abandonar la base. Se había provisto de una pesada automática y había calculado una ruta que causaría la mayor confusión a cualquiera que tratase de localizar su posición a través de los receptores. Había logrado su objetivo. Es decir, había recorrido en casi nada de tiempo treinta y dos kilómetros extraordinariamente complicados y, a la media hora de salir de Baconheath, todavía estaba a sólo ocho kilómetros de la base. Después había enfilado en dirección a Ipford y había pasado veinte minutos fingiendo cambiar una rueda en un túnel, bajo la carretera, antes de salir a un camino secundario que pasaba de manera muy conveniente junto a los postes de una línea de alta tensión. Dos túneles más y veinticuatro kilómetros por una carretera que serpenteaba bajo la orilla de un río canalizado, y el inspector Hodge y los hombres del otro coche escucha estaban transmitiéndose mensajes desesperadamente unos a otros en un intento de descubrir dónde demonios se había metido. Y lo más extraño, ni siquiera estaban enteramente seguros del lugar en que ellos mismos se encontraban.
El mayor tenía el mismo dilema. No había esperado que el cabo emprendiese una acción evasiva o que condujera a velocidad excesiva —eso cuando no estaba escondido en los túneles— por carreteras llenas de curvas que probablemente habían sido diseñadas para el paso de caballerías en fila india y aun así eran peligrosas. Pero el mayor no se preocupó. Si el cabo quería salir zumbando como un gato escaldado, ése era su problema.
—Si quería una escolta armada, mejor hubiera sido que permaneciera con nosotros —le dijo a su conductor cuando derrapaban en una curva embarrada de noventa grados y casi aterrizaban en un canal lleno de agua—. No pienso terminar mi vida en una zanja, así que disminuya la velocidad, por el amor de Dios.
—Entonces, ¿vamos a perderlo? —preguntó el conductor, que se lo había estado pasando estupendamente.
—No. Si va a alguna parte, y no al infierno, acabará en Ipford. Tenemos la dirección aquí. Tome la autopista en la primera oportunidad y le esperaremos donde se supone que se está

dirigiendo.
—Sí, señor —dijo de mala gana el conductor, y giró en el primer cruce hacia la carretera principal.

El sargento Runk habría hecho lo mismo si hubiera tenido la oportunidad, pero la táctica del cabo había confirmado los sueños más fantásticos del inspector Hodge.
—Está tratando de perdernos —gritó poco después de que el cabo abandonase la base aérea y comenzase a jugar con la muerte—. Eso debe de significar que lleva la droga.
—Eso, o que está practicando para el Rally de Montecarlo —dijo Runk.
Pero a Hodge no le hizo gracia.
—Tonterías. Ese cabrón entra en Baconheath, pasa hora y media allí y sale a toda velocidad por carreteras embarradas por las que nadie en su sano juicio iría a más de sesenta por hora en pleno día, y retrocede cinco veces como lo ha hecho. Debe de llevar algo de valor en ese coche.
—Desde luego, su vida no puede ser —dijo Runk, que luchaba por mantenerse en el asiento—. ¿Por qué no llamamos simplemente a un coche patrulla que lo detenga por exceso de velocidad? De ese modo podremos registrarlo y ver qué lleva.
—Buena idea —dijo Hodge, y estaba a punto de dar instrucciones cuando el cabo buscó refugio en el túnel de la autopista y lo perdieron durante veinte minutos.
Hodge se pasó ese tiempo reprochando a Runk el no haber hecho una anotación exacta de su última posición y pidiendo ayuda al otro coche. La siguiente ruta del cabo junto a los postes de alta tensión y bajo la orilla del río canalizado había puesto las cosas aún más difíciles. Para entonces, el inspector no tenía ni idea de qué hacer, pero su convicción de que estaba tratando con un maestro de criminales se había confirmado sin duda.
—Evidentemente, ha pasado el material a un tercero y si le registramos se declarará inocente —murmuró.
Hasta Runk tuvo que reconocer que la evidencia apuntaba en esa dirección.
—Además, también sabe que su coche está controlado —dijo—. Por la ruta que sigue, tiene que saberlo. ¿Así que adonde vamos desde aquí?
Hodge vaciló. Durante un momento consideró la posibilidad de conseguir una orden y llevar a cabo un registro de la casa de Wilt, tan concienzudo que saliera a la luz incluso la más diminuta traza de heroína o de Fluido Embalsamador. Pero si no era así...
—Siempre tenemos la grabadora —dijo finalmente—. Puede haberla

pasado por alto y, en ese caso, tendremos las conversaciones con su cómplice.

El sargento Runk lo dudaba.

—Si quiere saber mi opinión —dijo—, la única manera de obtener pruebas sólidas con ese cabrón es hacer un registro con aspiradores capaces de aspirar un elefante. Puede ser tan listo como quiera, pero esos tipos de los laboratorios saben hacer su trabajo. Yo creo que ése es el camino más seguro.

Pero Hodge no se dejó persuadir. No tenía la intención de pasarle el caso a otro cuando era evidente que estaba siguiendo la buena pista.

—Bueno, primero veremos lo que hay en esa cinta —dijo mientras se volvían hacia Ipford—. Le daremos una hora para irse a dormir y luego puede usted ir y recogerla.

—Y tener el resto del día libre —dijo Runk—. Puede que usted sea uno de esos insomnes por naturaleza, pero yo, si no tengo mis ocho horas de sueño...

—Yo no tengo insomnio —dijo el inspector.

Continuaron en un silencio roto sólo por las señales que provenían del coche de Wilt. Ahora eran más fuertes. Diez minutos más tarde se encontraban aparcados al final de la calle Perry y el coche de Wilt anunciaba su presencia desde la avenida Oakhurst.

—Tiene uno que quitarse el sombrero ante ese tío —dijo Hodge—. Quiero decir que nunca se diría que podía conducir de ese modo. Eso demuestra que nunca se puede estar seguro...

Una hora después, el sargento Runk salió a trompicones del coche y subió a pie por la calle Perry.

—No está ahí —dijo al volver.

—¿Que no está ahí? Tiene que estar —dijo el inspector—, la señal se recibe alta y clara.

—Puede que sí —dijo Runk—. Apuesto a que el mierda se ha metido en la cama con los jodidos transmisores, pero lo que yo sé es que no está fuera de la casa.

—¿Y en el garaje?

Runk bufó.

—¿En el garaje? ¿Ha echado usted una mirada a ese garaje? Es un asqueroso depósito de muebles, no un garaje. Lleno de mierda hasta el techo, y si me está diciendo que se ha pasado los dos últimos días sacándolo todo al jardín trasero para poder meter el coche ahí...

—Bien, pronto lo veremos —dijo Hodge y condujo lentamente por delante del 45 de la avenida Oakhurst, comprobando que lo que el sargento había dicho era verdad.

—¿Qué le dije? Y no lo ha metido en el garaje.

—Lo que usted no dijo es que lo había aparcado ahí —dijo Hodge, señalando a través del parabrisas al Escort lleno de barro que el cabo, que no había estado dispuesto a perder tiempo comprobando los números de las casas en plena noche, había dejado ante el número 65.

—Bien, que me aspen —dijo Runk—. ¿Por qué haría algo así?

—Veremos si esa cinta tiene algo que decirnos —dijo el inspector—. Usted se baja aquí y daremos la vuelta a la esquina.

Pero por una vez, el sargento Runk no estaba dispuesto a dejarse dominar.

—Si quiere usted esa maldita cinta, vaya y cójala —dijo—. Un tipo como ese Wilt no deja su coche lejos de casa sin una buena razón y no estoy dispuesto a saberla demasiado tarde, y es mi última palabra.

Al final fue Hodge el que se acercó al coche con precaución, y apenas había comenzado a buscar bajo el asiento delantero cuando el gran danés de los Willoughby empezó a ladrar dentro de la casa.

—Se lo advertí —dijo Runk cuando el inspector, sin aliento, se sentó en el coche junto a él—. Sabía que había una trampa en alguna parte, pero usted no me escuchó.

El inspector Hodge estaba demasiado preocupado para oírle siquiera. Todavía podía oír los ladridos del terrible animal y el sonido de sus enormes patas en la puerta delantera de la casa de los Willoughby.

Aún estaba afectado por el suceso cuando llegaron de vuelta a la comisaría.

—Lo atraparé, lo atraparé —murmuraba mientras se dirigía titubeando a las escaleras.

Pero la amenaza carecía de sustancia. Le había engañado de nuevo y por primera vez apreciaba la necesidad de dormir del sargento Runk. Quizá después de unas horas de sueño su mente podría urdir un nuevo plan.

En el caso de Wilt, la necesidad de sueño era también apremiante. Los efectos del Agente Neutralizador sobre un cuerpo ya debilitado por la administración del cordial sexual de la doctora Kores, le habían reducido a un estado en el que apenas sabía quién era y le incapacitaba para responder preguntas. Recordaba vagamente que había escapado del retrete, o más bien que se había encerrado en uno, pero el resto de su mente era un cúmulo de imágenes cuya suma total no tenía el menor sentido. Hombres con máscaras, armas, ser arrastrado, arrojado a un jeep, conducido, arrastrado otra vez, luces en una habitación desnuda y un hombre que le gritaba como un demente, todo formaba imágenes calidoscópicas que cambiaban

constantemente en su cabeza y no tenían sentido en absoluto. Sólo acababan de suceder o estaban sucediendo o quizá, porque aquel hombre que le gritaba parecía de algún modo remoto, le habían sucedido en alguna existencia anterior, que por cierto prefería no revivir. Y aunque Wilt trataba de explicar que las cosas, sean las que fueren, no son lo que parecen, el hombre que gritaba no quería escucharle.

Eso no era sorprendente. De hecho, los extraños ruidos que Wilt estaba produciendo difícilmente entraban en la categoría de lenguaje, y desde luego no eran explicaciones.

—Está confundido —dijo el doctor al que Glaushof había convocado para tratar de inyectar un poco de sentido en el sistema de comunicaciones de Wilt—. Eso es lo que consiguen con AN 2. Tendrá suerte si alguna vez vuelve a hablar.

—¿AN 2? Estábamos usando el tipo corriente de Agente Neutralizador —dijo Glaushof—. Nadie ha estado lanzando AN 2 por ahí. Está reservado para los comandos suicidas soviéticos.

—Claro —dijo el doctor—, sólo le estoy diciendo cuál es mi diagnóstico. Mejor sería que comprobase el contenido de los bidones.

—Y comprobaré también a ese lunático de Harah —dijo Glaushof y salió corriendo de la habitación. Cuando volvió, Wilt había adoptado la posición fetal y estaba profundamente dormido.

—AN 2 —admitió Glaushof lúgubremente—. ¿Qué hacemos ahora?

—He hecho todo lo posible —dijo el doctor—, al administrarle dos hipodérmicas. Le he rellenado con suficiente antídoto del AN para evitarle entrar en la categoría de descerebrado...

—¿Categoría de descerebrado? Pero si tengo que interrogarlo. No puede convertirse en un vegetal. Es algún tipo de agente infiltrado y tengo que averiguar de dónde proviene.

—Mayor Glaushof —dijo el doctor secamente—, son ahora las cero horas y hay ocho mujeres, tres hombres, un teniente y esto... —apuntó a Wilt— y todos ellos sufren envenenamiento por gas nervioso y usted cree que puedo salvar a alguno de ellos de la psicosis químicamente inducida; lo haré, pero no voy a poner a un supuesto terrorista que lleva un protector escrotal a la cabeza de mi lista de prioridades. Si quiere interrogarlo, tendrá que esperar. Y rezar. Oh, sí, y si no ha vuelto del coma en ocho horas, hágamelo saber, quizá podamos utilizarlo como donante en cirugía.

—Alto ahí, doctor —dijo—. Una palabra de esa gente acerca de que han sido...

—¿Gaseados? —dijo el doctor incrédulamente—. No creo que se dé cuenta de lo que usted ha hecho, mayor. No recordarán nada.

—Había un agente aquí —gritó Glaushof—. Claro que han sido gaseados. El teniente Harah lo hizo.

—Si usted lo dice —dijo el doctor—. Mi trabajo es la salud física, no la seguridad de la base, y me imagino que usted podrá explicarle el estado de la señora Ofrey al general. Pero no cuente conmigo para que diga que ella y otras ocho mujeres son naturalmente psicóticas.
Glaushof consideró las implicaciones de esta declaración y las encontró decididamente preocupantes. Por otro lado, estaba siempre el teniente Harah...
—Dígame, doctor —dijo—, ¿cómo está Harah exactamente?
—Tan enfermo como puede estarlo un hombre al que le han dado una patada en la entrepierna y que ha inhalado AN 2 —dijo el doctor—. Y eso sin contar con su condición mental previa. Debería haber llevado uno de ésos. —Recogió el protector de Wilt.
Glaushof se quedó mirándolo especulativamente y luego miró a Wilt.
—¿Por qué querría un terrorista llevar una de esas cosas? —preguntó.
—Quizá se esperaba que le sucediera lo que al teniente Harah —dijo el doctor, y salió de la habitación.
Glaushof le siguió hasta el despacho de al lado y envió a buscar a la capitana Clodiak.
—Siéntese, capitana —dijo—. Ahora quiero un informe exacto de lo que ha pasado esta noche.
—¿De lo que ha pasado? ¿Cree usted que yo lo sé? Está ese maníaco de Harah...
Glaushof levantó una mano.
—Creo que debería saber que el teniente Harah está muy enfermo en estos momentos.
—¿Qué le pasa ahora? —dijo Clodiak—. Siempre estuvo enfermo. De la cabeza.
—No es en la cabeza en lo que estoy pensando.
La capitana Clodiak masticó su chicle.
—Si tiene los cojones donde debería tener el cerebro, ¿qué culpa tengo yo?
—Se lo advierto —dijo Glaushof—. Atacar a un oficial inferior en grado acarrea una grave penalidad.
—Sí, y lo mismo sucede por atacar sexualmente a una oficial superior.
—Podría ser —dijo Glaushof—, pero creo que le va a ser difícil probarlo.
—¿Me está llamando mentirosa? —preguntó la capitana.
—No. Claro que no. Yo la creo, pero lo que estoy preguntando es si la creerá alguien más.
—Tengo testigos.
—Tenía —dijo Glaushof—. Por lo que me ha dicho el doctor, no van a resultar muy de fiar. De hecho, yo diría que nunca más podrán entrar en la categoría de testigos. El Agente Neutralizador le hace cosas a la

memoria. Creí que usted debería de saberlo. Y las heridas del teniente Harah están médicamente documentadas. No creo que esté usted en situación de discutirlas. Eso no quiere decir que vaya a tener que hacerlo. Yo le recomiendo que colabore con este departamento.

La capitana Clodiak estudió su cara. No era una cara agradable, pero no podía discutir el hecho de que su situación no le permitía tener muchas opciones.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó.

—Quiero oír lo que este Wilt decía, todo. En sus clases. ¿Dio algún indicio de ser comunista?

—No, que yo sepa —dijo la capitana—. Yo habría informado si lo hubiera hecho.

—Entonces, ¿qué decía?

—La mayor parte del tiempo hablaba de cosas como el Parlamento, el sistema de voto y cómo ve las cosas la gente en Gran Bretaña.

—¿Ver las cosas? —dijo Glaushof tratando de adivinar por qué una mujer atractiva como la señorita Clodiak elegía asistir a clases que él hubiera dado dinero por evitar—. ¿Qué tipo de cosas?

—Religión y matrimonio y... sólo cosas.

Una hora después, Glaushof nada había averiguado.

CAPITULO XVI

Eva se sentó en la cocina y miró de nuevo el reloj. Eran las cinco de la mañana y desde las dos se había permitido la voluptuosidad de muy grandes emociones. Su primera reacción al irse a la cama había sido de rabia.

«Ha ido otra vez al pub y se ha emborrachado —había pensado—. Bueno, pues no logrará mucha simpatía de mi parte si tiene resaca.»

Luego se había quedado despierta sintiéndose cada minuto más enfadada, hasta la una, en que la preocupación había triunfado sobre la cólera. No era propio de Henry estar fuera hasta tan tarde. Quizá le había sucedido algo. Barajó diversas posibilidades, que iban desde un accidente con el coche hasta estar detenido por borrachera y desórdenes públicos, y finalmente se convenció a sí misma de que le habían hecho algo terrible en la prisión. Después de todo, le estaba enseñando a ese espantoso asesino de McCullum, y cuando había vuelto a casa el lunes por la noche tenía un aspecto muy extraño. Por supuesto había estado bebiendo, pero al mismo tiempo ella recordaba que había dicho... No, eso no había sido el lunes por la noche, porque ella estaba dormida cuando volvió. Debía de haber sido el martes por la mañana. Sí, eso era. Ella había dicho que tenía un aspecto raro y, al pensar en ello, realmente estaba convencida de que parecía asustado. Y él había dicho que había dejado el coche en un aparcamiento, y al volver a casa por la tarde había estado mirando por la ventana de un modo extraño. También había tenido un accidente con el coche, y aunque en esos momentos ella lo había atribuido a su despiste habitual, empezaba a pensar que... En ese momento Eva encendió la luz y se levantó de la cama. Algo terrible había estado pasando y ella ni siquiera se había enterado.

Lo cual reavivó su enfado. Henry debía habérselo dicho, pero él nunca le decía las cosas realmente importantes. Pensaba que era demasiado estúpida, y quizá no era muy lista cuando se trataba de hablar de libros y de decir las cosas adecuadas en las fiestas, pero al menos era práctica y nadie podía decir que las cuatrillizas estaban recibiendo una mala educación.

Así pasó la noche. Eva se sentó en la cocina y se hizo tazas de té y se preocupó y se enfadó y luego se echó la culpa a sí misma y se preguntó a quién telefonear, y luego decidió que era mejor no llamar a nadie, porque se pondrían furiosos al ser despertados en medio de la noche, y en cualquier caso podía haber una explicación perfectamente natural, como que el coche se hubiese estropeado o

que hubiese ido a casa de los Braintree a tomar una copa y hubiese tenido que quedarse a causa de la policía y de las pruebas de alcoholemia, y por eso quizá lo que debería hacer era irse a la cama y dormir un poco... Y siempre, junto a esta lucha de pensamientos y sentimientos encontrados, notaba aquella sensación de culpa y el sentimiento de que había sido estúpida por escuchar a Mavis y visitar a la doctora Kores. En cualquier caso, ¿qué sabía Mavis sobre el sexo? Nunca le dijo realmente lo que pasaba entre ella y Patrick en la cama —no era una de esas cosas que a Eva se le hubiera ocurrido preguntar y, aunque lo hubiera hecho, Mavis no se lo hubiera contado — y todo lo que había oído era que Patrick tenía relaciones con otras mujeres. También debía de haber buenas razones para esto. Quizá Mavis era frígida o quería ser demasiado dominante o masculina o no era muy limpia o algo así. Cualquiera que fuese la razón, hacía muy mal en dar a Patrick esos esteroides espantosos u hormonas y convertirlo en una persona somnolienta y gorda —bueno, ya casi no se le podía llamar hombre— que se sentaba delante de la tele cada noche y no podía desempeñar su trabajo correctamente. Además, Henry no era un mal marido. Sólo era despistado, y siempre estaba pensando en alguna cosa que no tenía la menor relación con lo que se suponía que estaba haciendo. Como aquella vez que él se hallaba pelando patatas para la comida del domingo y de pronto dijo que el vicario hacía que Polonio sonara como un verdadero genio, y no había razón para decir eso, porque los dos últimos domingos no habían estado en la iglesia, y ella había querido saber quién era Polonio y no era una persona, sino algún personaje de una obra de teatro.
No, uno no podía esperar que Henry fuera práctico, y ella no lo esperaba. Y, por supuesto, tenían sus discusiones y desacuerdos, particularmente acerca de las niñas. ¿Por qué no quería ver que eran especiales? Bueno, lo veía, pero no en el sentido correcto, y llamándolas «clónicas» no era muy constructivo. Eva recordaba algunas otras cosas que había dicho que tampoco eran muy agradables. Y luego estaba ese espantoso asunto de la otra noche con la jeringa de pastelería. Dios sabe qué efectos habría tenido sobre las ideas de las cuatrillizas acerca de los hombres. Y el verdadero problema con Henry era que no sabía lo que significaba romanticismo. Eva se levantó de la mesa de la cocina y calmó sus nervios limpiando la despensa. A las seis y media fue interrumpida por Emmeline en pijama.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó, tan innecesariamente que Eva respondió con irritación.
—Es bastante evidente. No hace falta que hagas preguntas estúpidas.
—No era evidente para Einstein —dijo Emmeline, utilizando la bien ensayada técnica de atraer a Eva hacia un tema del que nada sabía

pero que tenía que aprobar.
—¿Qué no era?
—Que la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta.
—Bueno, pero sí lo es, ¿no? —dijo Eva, cambiando una lata de mermelada del estante de las sardinas y el atún al de las confituras, donde parecía igualmente fuera de lugar.
—Claro que no. Todo el mundo lo sabe. Es una curva. ¿Dónde está papi?
—No veo cómo... ¿Qué quieres decir con «dónde está papi»? —dijo Eva, completamente desconcertada por el salto de lo inconcebible a lo inmediato.
—Preguntaba que dónde está —dijo Emmeline—. No está en casa, ¿verdad?
—No, no está —dijo Eva, oscilando entre una inclinación a dar libre curso a su irritación y la necesidad de mantenerse tranquila—. Está fuera.
—¿Dónde ha ido? —preguntó Emmeline.
—No ha ido a ningún sitio —dijo Eva, y volvió a poner la mermelada en el estante de las sardinas. Las latas no quedaban bien entre los frascos de mermelada—. Pasa la noche en casa de los Braintree.
—Supongo que se ha emborrachado otra vez —dijo Emmeline—. ¿Tú crees que es un alcohólico?
Eva agarró con violencia amenazadora un tarro de café.
—¡No te atrevas a hablar de tu padre de ese modo! —dijo bruscamente—. Claro que toma una copa cuando llega a casa por la noche. Casi todo el mundo lo hace. Es bastante normal y no quiero que vayas diciendo cosas sobre tu padre.
—Tú dices cosas de él —dijo Emmeline—, yo te oí llamarle...
—No importa lo que dije —replicó Eva—. Eso es diferente.
—No es diferente —insistió Emmeline—, no cuando tú dices que es un alcohólico, y además yo sólo estaba haciendo una pregunta, y tú siempre dices...
—Sube inmediatamente a tu habitación —dijo Eva—. Y no me hables de ese modo, porque no te lo tolero.
Emmeline se batió en retirada y Eva se dejó caer pesadamente de nuevo ante la mesa de la cocina. Verdaderamente era lamentable que Henry no hubiera inculcado algo de respeto a las cuatrillizas. Siempre dejaba la disciplina para ella. Debería tener más autoridad. Volvió a la despensa para ver si los paquetes, tarros y latas estaban exactamente como ella quería. Cuando terminó se sentía un poco mejor. Finalmente conminó a las cuatrillizas para que se vistieran rápidamente.
—Esta mañana tenemos que tomar el autobús —anunció cuando llegaron a desayunar—. Papi tiene el coche y...

—No lo tiene —dijo Penelope—, lo tiene la señora Willoughby.
Eva, que estaba sirviendo el té, lo derramó.
—¿La señora Willoughby? Sí, ya lo sé, he derramado un poco de té, Samantha. ¿Qué quieres decir, Penny? No puede tenerlo ella.
—Lo tiene —dijo Penelope con aire aún más suficiente—. El lechero me lo dijo.
—¿El lechero? Debe de haberse equivocado —dijo Eva.
—No. Tiene mucho miedo al perro de los Willoughby y sólo deja las botellas en la puerta, y ahí es donde está nuestro coche. Yo fui y lo vi.
—¿Y estaba tu padre allí?
—No, estaba vacío.
Eva dejó la tetera en la mesa con mano insegura y trató de pensar qué significaba eso. Si Henry no estaba en el coche...
—Quizá a papi se lo ha comido el perro —sugirió Josephine.
—El perro no se come a la gente. Sólo les abre la garganta y deja sus cuerpos en la tierra al fondo del jardín —dijo Emmeline.
—No es verdad. Sólo ladra. Es muy bueno si le das cordero y chuletas y cosas —dijo Samantha, desviando inintencionadamente la atención de Eva de la horrible posibilidad de que Henry, en su borrachera, se hubiera equivocado de casa y un gran danés le hubiera destrozado hasta matarlo. Y además, con la poción de la doctora Kores circulando por sus venas...
Penelope formuló con palabras esta idea.
—Es más probable que se lo haya comido la señora Willoughby —dijo—. El señor Gamer dice que está loca por el sexo. Yo le oí decírselo a la señora Gamer cuando ella dijo que lo deseaba.
—¿Que deseaba qué? —preguntó Eva, demasiado atónita por esta última revelación para preocuparse de las chuletas que faltaban del refrigerador. Ya trataría este asunto más tarde.
—Lo de siempre —dijo Penelope con una mirada de asco—. Siempre está con eso y el señor Gamer dice que se está volviendo como la señora Willoughby, después de que el señor Willoughby murió en el asunto y que él no iba a morir del mismo modo.
—Eso no es verdad —dijo Eva sin poderlo evitar.
—Sí que lo es —dijo Penelope—. Sammy lo oyó ¿verdad?
Samantha asintió.
—Estaba en el garaje tocándose, como hace Paul del 3 B, y podíamos oírle muy bien —dijo—. Y tiene ahí montones de *Playboys* y libros, y ella llegó y dijo...
—No quiero oírlo —dijo por fin Eva, apartando con esfuerzo su atención de este tema fascinante—. Ya es hora de que recojáis vuestras cosas. Yo iré a recoger el coche...
Se interrumpió. Era fácil decir que iba a recoger el coche del jardín

delantero de los vecinos, pero al mismo tiempo había sus inconvenientes. Si Henry estaba en casa de la señora Willoughby, ella nunca podría acallar el escándalo. Al mismo tiempo, algo había que hacer y ya era bastante escándalo para los vecinos ver el coche ahí.
Con la misma determinación con que siempre se enfrentaba a las situaciones difíciles, Eva se puso la chaqueta y se dirigió a la puerta de la calle. Ahora estaba sentada en el Escort tratando de arrancarlo. Como siempre que tenía prisa, el motor del estárter fallaba y nada sucedía. Para ser exactos, algo sucedió, pero no lo que ella había esperado. La puerta delantera se abrió y el gran danés se lanzó fuera seguido de la señora Willoughby en bata. En opinión de Eva, era justo el tipo de bata que llevaría una viuda loca por el sexo. Eva bajó la ventanilla para explicar que estaba recogiendo el coche y la subió rápidamente otra vez. Por mucho que Samantha hablase bien del perro, Eva no se fiaba.
—Voy a llevar a las niñas al colegio —dijo, a modo de explicación, más bien inadecuada.
Fuera, el gran danés ladraba y la señora Willoughby decía alguna cosa que Eva no pudo oír. Bajó la ventanilla cinco centímetros.
—Decía que voy... —comenzó.
Diez minutos más tarde, después de un intercambio de opiniones desagradable, en el cual la señora Willoughby había negado el derecho de Eva a aparcar en las entradas de otras personas, Eva, a la que sólo la presencia del perro había impedido exigir el derecho a registrar la casa en busca de su Henry y se había visto limitada a una crítica moral de la bata, conducía furiosamente llevando a las cuatrillizas al colegio. Sólo después de dejarlas volvió a sus propias preocupaciones. Si Henry no había dejado el coche en casa de esa horrible mujer —y realmente no se lo imaginaba desafiando al gran danés, a menos que estuviera borracho perdido, y en ese caso no habría tenido mucho interés en la señora Willoughby—, alguien debía haberlo dejado allí. Eva se dirigió a casa de los Braintree y salió aún más preocupada. Betty estaba segura de que Peter había dicho que apenas había visto a Henry en toda la semana. Lo mismo sucedió en la escuela. El despacho de Wilt estaba vacío y la señora Bristol era terminante en que él no había estado allí desde el miércoles. Así que sólo quedaba la prisión.
Con un terrible presentimiento, Eva utilizó el teléfono del despacho de Wilt. Cuando lo colgó de nuevo, el pánico la invadía. ¿Henry no había estado en la prisión desde el lunes? Pero él había dicho que daba clase al asesino cada viernes... No lo hizo. Nunca lo había hecho. Y ahora tampoco iba a darle clase los lunes, porque McCullum ya no era una carga para el Estado, podríamos decir. Pero le había dado clase a McCullum el viernes. Oh, no, no lo había hecho. Los prisioneros de

esa categoría no podían tener esas charlas tan agradables todos los días de la semana. Sí, estaba seguro. El señor Wilt nunca iba a la prisión los viernes.

Sola, sentada en el despacho, las reacciones de Eva pasaron del pánico a la cólera y otra vez al pánico. Henry la había estado engañando. Le había mentido. Mavis tenía razón, todo el tiempo había tenido otra mujer. Pero eso no era posible. Ella lo hubiera sabido. No podía mantener secreta una cosa como ésa. No era lo suficientemente práctico ni hipócrita. Hubiera habido alguna cosa que lo revelara, como cabellos en su chaqueta o lápiz de labios o polvos o algo. ¿Y por qué? Pero antes de que pudiera considerar esta cuestión, la señora Bristol había asomado la cabeza por la puerta para preguntar si quería una taza de café. Eva se esforzó por enfrentarse con la realidad. Nadie iba a tener la satisfacción de verla derrumbarse.

—No, gracias —dijo—, es muy amable de su parte, pero debo irme.

Y sin dar a la señora Bristol la oportunidad de preguntar algo más, Eva salió y bajó las escaleras con aire de deliberada fortaleza. Cuando llegó al coche ya casi no podía más, pero aguantó hasta que volvió a la avenida Oakhurst. Incluso entonces, con la evidencia de la traición en torno suyo, en la forma del impermeable de Henry y de los zapatos que se había quitado para limpiar y había dejado allí y su cartera en el vestíbulo, se negó a autocompadecerse. Algo estaba equivocado. Algo que demostraba que Henry no la había abandonado. Si pudiera pensar...

Tenía algo que ver con el coche. Henry nunca lo habría dejado en la entrada de la señora Willoughby. No, no era eso. Era... Dejó las llaves del coche sobre la mesa de la cocina y se dio cuenta de su importancia. Estaban en el coche cuando fue a recogerlo, y entre ellas, en el llavero, estaba la llave del 45 de la avenida Oakhurst. ¿Henry la había abandonado sin avisar y sin dejar un mensaje pero dejando la llave de la casa? Eva no lo creía. Ni por un momento. En ese caso, su instinto había acertado y algo espantoso le había sucedido. Eva puso agua a calentar y trató de pensar en qué hacer.

—Escucha, Ted —dijo Flint—. Tú decides. Si tú me rascas la espalda, yo te rascaré la tuya. No hay problema. Todo lo que digo es...

—Si yo le rasco la espalda —dijo Lingon—, no tendré ninguna maldita espalda para que me rasque. Por lo menos no una espalda que usted quisiera rascar, incluso si pudiera encontrarla debajo de alguna jodida autopista. ¿Ahora, le importaría largarse de aquí?

El inspector Flint se instaló en una silla y miró a su alrededor al diminuto despacho en el rincón del asqueroso garaje. Aparte un

archivador, el usual calendario con desnudos, un teléfono y el escritorio, la única cosa que para él tenía algún interés era el señor Lingon. Y en opinión de Flint, el señor Lingon era una cosa, una cosa más bien repugnante, rechoncha, desdichada y corrupta.
—¿Los negocios van bien? —preguntó con tan poco interés como le fue posible. Fuera del cubículo de cristal, un mecánico estaba lavando un autobús de Lingon que se pretendía de lujo.
El señor Lingon gruñó y encendió un cigarrillo con la colilla del anterior.
—Iban bien hasta que usted llegó —dijo—. Ahora hágame un favor, déjeme solo. No sé de qué me está hablando.
—De mierda —dijo Flint.
—¿Mierda? ¿Qué se supone que significa eso?
Flint ignoró la pregunta.
—¿Cuántos años estuviste la última vez? —preguntó.
—Oh, Señor —dijo Lingon—, claro que estuve en el trullo. Hace años. Pero vosotros, cabrones, nunca nos soltáis, ¿verdad? Un pequeño atraco, una agresión a tres kilómetros de distancia. Lo que sea, ¿y a quién venís a ver? A Ted Lingon. A presionarle. Eso es todo lo que se os ocurre. No tenéis imaginación.
Flint desvió su atención del mecánico y miró al señor Lingon.
—¿Quién necesita imaginación? —dijo—. Una bonita declaración firmada, con testigos, y todo en regla, sin trapicheos. Eso es mucho mejor que la imaginación. Se sostiene ante el juez.
—¿Declaración? ¿Qué declaración?
El señor Lingon parecía incómodo.
—¿Quieres saber primero quién la hizo?
—De acuerdo. ¿Quién?
—Clive Swannell.
—¿Ese viejo maricón? Debe estar bromeando. Él no... —Se interrumpió de pronto—. Es un farol.
Flint sonrió seguro de sí mismo.
—¿Y qué te parece Rocker?
Lingon aplastó su cigarrillo sin decir palabra.
—Las tengo escritas. La de Rocker también. Se complementan, ¿sabes? ¿Quieres que siga?
—No sé de qué está usted hablando, inspector —dijo Lingon—. Y ahora, si no le importa...
—El siguiente de la lista —dijo Flint, saboreando el apretarle los tornillos— es una buena pieza de Chingford llamada Annie Mosgrave. Le encantan los paquistaníes. Y los tríos chinos. Es una especie de cosmopolita. Pero escribe con muy buena letra y no quiere que algún tipo con un cuchillo de carnicero aparezca por allí alguna noche.
—Está usted mintiendo. Eso es lo que pasa —dijo Lingon, agitándose

en el asiento y manoseando el paquete de cigarrillos.
Flint se encogió de hombros.
—Claro que estoy mintiendo. Cómo no. Un estúpido poli como yo debe mentir. Especialmente cuando tiene a buen recaudo declaraciones firmadas. Y no creas que te voy a hacer el favor de ponerte a buen recaudo a ti también, Teddie, muchacho. No, no me gustan los traficantes. No me gustan nada. —Se inclinó hacia adelante y sonrió—. Simplemente voy a esperar a la encuesta post mortem, tu encuesta post mortem, querido Teddie. Hare todo lo que pueda para identificarte. Naturalmente será difícil, pero puede hacerse. Sin pies, sin manos, con todos los dientes arrancados... eso si queda una cabeza y no la han quemado con el resto del cuerpo, tu cuerpo. Y se tomarán su tiempo para hacerlo. Realmente desagradable. Recuerdo a Chris allá en Thurrock. Debe de haber sido una manera terrible de morir, sangrando por todas partes. Le cortaron los...
—Cállese —gritó Lingon, ahora ceniciento y tembloroso.
Flint se puso de pie.
—Me callo por ahora —dijo—. Pero sólo por ahora. No quieres colaborar, por mí muy bien. Saldré de aquí y no me verás más. No, será algún tipo que nunca hayas visto el que vendrá. Querrá alquilar un autocar para llevar a un grupo a Buxton. Dinero sobre la mesa, sin problemas. Y lo siguiente que pasará es que desearás que fuera yo el que estuviera aquí en lugar de uno de los camaradas de Mac con un par de sierras eléctricas.
—Mac está muerto —dijo Lingon, casi en un susurro.
—Eso me han dicho —dijo Flint—. Pero Roddie Eaton todavía está fuera y anda por ahí llevando las cosas. Es un tipo simpático, Roddie. Le gusta herir a la gente, según me dicen, especialmente cuando saben lo suficiente para encerrarle de por vida y él no puede estar seguro de que no hablarán.
—Ese no soy yo —dijo Lingon—. No soy un chivato.
—¿Quieres apostar? Lo largarás todo a gritos antes de que hayan comenzado —dijo Flint, y abrió la puerta.
Pero Lingon le retuvo con un gesto.
—Necesito garantías —dijo.
Flint negó con la cabeza.
—Ya te lo dije. Soy un viejo poli estúpido. No estoy vendiendo el perdón de la reina. Si quieres ir a verme y hablarme de ello, allí estaré. Hasta la una —Miró su reloj—. Tienes exactamente una hora y veinte minutos. Después de eso es mejor que cierres la tienda y te compres una pistola. Y no llames por ese teléfono porque lo sabré. Y lo mismo si sales de aquí y utilizas una cabina. Y a partir de las cinco Roddie lo sabrá también.

Flint pasó al lado del autocar. Ese cabrón iría. Estaba seguro de ello, y todo estaba encajando muy bien en su sitio. Hodge también se encontraba en un lío. Todo era muy satisfactorio y sólo venía a demostrar lo que siempre había dicho, que nada había como los años de experiencia. También ayudaba el tener un hijo en prisión por drogas, pero el inspector Flint no tenía la intención de mencionar sus fuentes de información al comisario cuando hiciera su informe.

CAPITULO XVII

—¿Un agente infiltrado? —rugió el general de aviación que mandaba Baconheath—. ¿Por qué no se me informó inmediatamente?
—Sí, señor, es una buena pregunta, señor —dijo Glaushof.
—No, mayor, es una pregunta repugnante. Ni siquiera es una pregunta que yo debería hacer. Yo no tendría que hacer ninguna pregunta. De hecho no estoy aquí para hacer preguntas. Yo guío el barco y espero que mis hombres respondan a sus propias preguntas.
—Y ésa es la manera en que lo llevé, señor —dijo Glaushof.
—¿Llevar qué?
—La situación, señor, enfrentarme a un agente infiltrado. Me dije...
—No estoy interesado en lo que se dijo usted, mayor. Sólo estoy interesado en los resultados —gritó el general—. Y quiero saber qué resultados ha conseguido usted. Según mis cuentas, los resultados conseguidos por usted son diez miembros del personal de las Fuerzas Aéreas o sus familiares intoxicados.
—Once, señor —dijo Glaushof.
—¿Once? Aún peor.
—Doce con el agente Wilt, señor.
—¿Entonces por qué me dice once? —dijo el general, jugando con un modelo reducido de B52.
—El teniente Harah, señor, resultó gaseado en el curso de la acción, señor, y estoy orgulloso de informar que sin su valor frente a la tenaz resistencia del enemigo, podríamos habernos encontrado con eventuales complicaciones y posiblemente rehenes, señor.
El general Belmonte dejó el B52 y agarró una botella de whisky, recordando que se suponía que estaba al mando de la situación.
—Nadie me habló de resistencia —dijo en un tono más amistoso.
—No, señor. No parecía conveniente que la prensa lo sacara a la luz de la opinión pública, señor —dijo Glaushof. Habiendo conseguido evitar las preguntas del general, estaba en condiciones de aplicar una presión más directa. Si había una cosa que el comandante odiaba, era cualquier mención de la publicidad. Glaushof lo mencionó—. Tal como yo lo veo, señor, la publicidad...
—Jesús, Glaushof —gritó el general—. ¿Cuántas veces tengo que recordarle que no debe haber publicidad? Ésa es la directiva número uno y viene de la más alta autoridad. Nada de publicidad, maldita sea. ¿Cree que podemos defender al mundo libre del enemigo si hacemos publicidad? Quiero que esto quede bien entendido. Nada de publicidad, por el amor de Dios.

—Entendido, mi general —dijo Glaushof—, por eso es por lo que ordené un bloqueo informativo de seguridad, una orden de cese total de actividad a todos los servicios *de* información. Quiero decir que si se supiera en el exterior que tenemos un problema de infiltración...
Hizo una pausa para permitir que el general repusiera fuerzas antes de lanzar otro ataque a la publicidad. Llegaban en oleadas. Cuando terminó el bombardeo, Glaushof mostró su verdadero objetivo:
—Si me permite decirlo, señor, creo que nos enfrentábamos a un problema de espionaje en el terreno del Servicio de Información.
—¿Lo cree? Bien, déjeme decirle algo, mayor, y es una orden, una orden directiva de máxima prioridad: debe haber un bloqueo informativo de seguridad, un cese total de actividad de todos los servicios de información. Ésa es mi orden, ¿entendido?
—Sí, señor —dijo Glaushof—, instruiré inmediatamente a la Comandancia de Información. Quiero decir que si dejaran filtrar algo a la prensa...
—Mayor Glaushof, le he dado una orden. Quiero que entre en vigor de inmediato y sin excepciones.
—¿Incluyendo Información, señor?
—Por supuesto que incluyendo Información —rugió el general—. Nuestros Servicios de Información son los mejores del mundo y no voy a poner en peligro su eficacia exponiéndolos a los medios de comunicación. ¿Está claro?
—Sí, señor —dijo Glaushof, y salió rápidamente del despacho para ordenar una guardia armada situada en el cuartel general de Información y para instruir al personal que iniciara un cese total de circulación de información. Como nadie tenía ni idea de lo que era un cese total de circulación de información, hubo varias interpretaciones, que iban desde la prohibición de entrar o salir de la zona civil a todos los vehículos, hasta una alerta total del campo de aviación aunque esta alerta se había dado intermitentemente toda la noche gracias a las ráfagas de Agente Neutralizador que hacían sonar los sensores de detección de armas químicas. A media mañana circulaban diversos rumores tan manifiestamente contradictorios que Glaushof se sintió a salvo como para hablar a su esposa de la insubordinación sexual del teniente Harah. Luego recuperó un poco de sueño. Quería estar en buena forma para interrogar a Wilt.

Pero cuando, dos horas más tarde, llegó a la habitación vigilada del hospital, Wilt no estaba evidentemente en condiciones de contestar preguntas.
—¿Por qué no se marcha y me deja dormir un poco? —dijo torpemente y se dio la vuelta.

Glaushof se quedó mirando su espalda.
—Póngale otra inyección —le dijo al doctor.
—¿Que le dé otra inyección de qué?
—De lo que le dio anoche.
—Anoche no estaba de servicio —dijo el doctor—. Y en cualquier caso, ¿quién es usted para decirme lo que le debo dar?
Glaushof desvió su atención de la espalda de Wilt hacia el doctor.
—Soy Glaushof, mayor Glaushof, doctor, por si no ha oído hablar de mí. Y le estoy ordenando que administre algo a este cabrón comunista para despertarlo y sacarlo de esa cama, de modo que pueda interrogarle.
El doctor se encogió de hombros.
—Si usted lo dice, mayor —dijo, y estudió la ficha de Wilt—. ¿Qué recomendaría usted?
—¿Yo? —dijo Glaushof—. ¿Cómo demonios voy a saberlo? No soy un matasanos.
—Pero sucede que yo sí lo soy —dijo el doctor—, y le estoy diciendo que ahora mismo no voy a administrar medicación alguna a este paciente. El tipo ha estado expuesto a un agente tóxico...
No pudo seguir. Con un rugido, Glaushof le empujó a través de la puerta hasta el corredor.
—Ahora escúcheme —gruñó—, no quiero oír una palabra acerca de la ética médica. Lo que tenemos aquí es un peligroso agente enemigo y ni siquiera entra en la categoría de paciente. ¿Me entiende?
—Claro —dijo el doctor nerviosamente—. Claro, le entiendo. Alto y claro. ¿Ahora quiere quitarme las manos de encima?
Glaushof le soltó la chaqueta.
—Simplemente consiga algo que haga hablar a ese cabrón y rápido —dijo—. Tenemos un problema de seguridad entre manos.
—Ya me doy cuenta —dijo el doctor alejándose deprisa.
Veinte minutos después, un Wilt totalmente confundido era sacado del edificio del hospital bajo una manta y conducido a toda velocidad al despacho de Glaushof, donde fue colocado en una silla. Glaushof había conectado la grabadora.
—Muy bien, ahora va usted a decírnoslo —dijo.
—Decirle ¿qué? —preguntó Wilt.
—¿Quién lo envió? —dijo Glaushof.
Wilt consideró la pregunta. Por lo que sabía, esa pregunta no tenía mucho que ver con lo que le estaba sucediendo, excepto en que tampoco tenía que ver con la realidad.
—¿Enviarme? —dijo—. ¿Eso es lo que ha dicho?
—Eso es lo que he dicho.
—Eso me pareció —dijo Wilt, y recayó en un silencio meditativo.
—¿Y bien? —dijo Glaushof.

—Y bien, ¿qué? —preguntó Wilt, en un intento de restablecer ligeramente su moral combinando el insulto con la pregunta.
—¿Quién lo envió?
Wilt buscó inspiración en un retrato del presidente Eisenhower que estaba tras la cabeza de Glaushof y no la encontró.
—¿Me envió? —dijo, y se arrepintió. La expresión de Glaushof contrastaba desagradablemente con el rostro del presidente—. Nadie me envió.
—Escuche —dijo Glaushof—, hasta aquí le ha sido fácil. Eso no significa que va a seguir siendo así. Puedo ponerme muy desagradable. Ahora, ¿va usted a hablar o no?
—Estoy perfectamente preparado para hablar —dijo Wilt—, aunque debo decir que su definición de fácil no es la mía. Me refiero a ser gaseado y...
—¿Quiere oír mi definición de desagradable? —preguntó Glaushof.
—No —contestó Wilt enseguida—. Claro que no.
—Entonces hable.
Wilt tragó saliva.
—¿Hay algún tema en particular en el que esté usted interesado? —preguntó.
—Quiénes son sus contactos, por ejemplo —dijo Glaushof.
—¿Contactos? —dijo Wilt.
—Para quién está trabajando. Y no quiero oír una tontería acerca de la Escuela de Artes y Oficios Fenland. Quiero saber quién ha puesto en marcha esta operación.
—Sí —dijo Wilt, entrando de nuevo en un laberinto mental y perdiéndose—. Ahora que usted dice «esta operación», me pregunto si no le importaría... —Se detuvo. Glaushof le estaba mirando de manera aún más amenazadora que antes—. Quiero decir que no sé de qué está usted hablando.
—Conque no, ¿eh?
—Me temo que no. Si lo supiera...
Glaushof agitó un dedo ante la nariz de Wilt.
—Un tipo puede morir aquí y nadie se enteraría —dijo—. Si usted quiere eso, no tiene más que decirlo.
—No —dijo Wilt, tratando de enfocar el dedo como medio de evitar la perspectiva de querer algo—. Si usted me preguntara cosas que yo pudiera responder...
Glaushof volvió atrás.
—Comencemos por dónde consiguió usted los transmisores —dijo.
—¿Transmisores? —preguntó Wilt—. ¿Ha dicho usted transmisores? ¿Qué transmisores?
—Los que había en su coche.
—¿En mi coche? —dijo Wilt—. ¿Está usted seguro?

Glaushof se aferró al borde del escritorio que tenía detrás y sintió deseos de matar gente.
—¿Cree usted que puede venir aquí, al territorio de los Estados Unidos, y...?
—Inglaterra —dijo Wilt imperturbable—. Para ser más preciso, Reino Unido de Gran Bretaña, Escocia...
—Jesús —dijo Glaushof—, maldito comunista hijo de puta, tiene usted la desvergüenza de hablar de la familia real...
—Es mi país —dijo Wilt, encontrando fuerzas en la seguridad de que era británico. Eso era algo en lo que no había pensado mucho antes, realmente—. Y para su información, no soy comunista. Hijo de puta, quizá, aunque me gusta creer que no. Tendría que preguntarle a mi madre y hace diez años que murió. Pero decididamente no soy comunista.
—Entonces, ¿qué hay de los radiotransmisores de su coche?
—Ya lo dijo usted antes, y no tengo ni idea de qué está hablando. ¿Seguro que no me está confundiendo con otro?
—Usted se llama Wilt, ¿no es así? —gritó Glaushof.
—Sí.
—Y conduce un Ford escacharrado, matrícula HPR 791 N, ¿verdad?
Wilt asintió con la cabeza.
—Supongo que podría llamarlo así —dijo—. Aunque francamente, mi mujer...
—¿Está usted diciendo que su mujer puso esos transmisores en el coche?
—Dios mío, no. Ella no entiende de cosas como ésas. Y además, ¿para qué iba a hacer algo así?
—Eso es lo que tiene usted que decirme, amigo —dijo Glaushof—. No se irá hasta que lo haga, será mejor que me crea.
Wilt le miró y negó con la cabeza.
—Debo decir que lo encuentro difícil —murmuró—. Vengo aquí a dar una clase de Cultura Británica y, de pronto, me encuentro en medio de algún tipo de redada y hay gas por todas partes, y me despierto en una cama con doctores que me clavan agujas y...
Se detuvo. Glaushof había sacado un revólver del cajón del escritorio y estaba cargándolo. Wilt le observó con aprensión.
—Perdone —dijo—, pero le agradecería que apartara esa... eh... cosa. No sé qué es lo que tiene en mente pero le puedo asegurar que no soy la persona con la que debería estar hablando.
—¿No?, ¿entonces quién debería ser, su contacto?
—¿Contacto? —dijo Wilt.
—Contacto —dijo Glaushof.
—Eso es lo que me pareció que decía, aunque, para ser totalmente honesto, todavía no sé si me sirve de algo. Ni siquiera sé qué es un

contacto.
—Entonces es mejor que comience a inventárselo. Por ejemplo, el tipo en Moscú que le dice qué debe hacer.
—Oiga —dijo Wilt tratando desesperadamente de volver a algún tipo de realidad que no incluyese contactos en Moscú que le dijeran qué hacer—, es evidente que hay una terrible equivocación.
—Sí, y usted la cometió viniendo aquí con ese equipo. Le voy a dar su última oportunidad —dijo Glaushof, echando una mirada por el cañón del revólver que a Wilt le pareció profundamente alarmante—. O lo dice usted con claridad o...
—Muy bien —dijo Wilt—. Mensaje recibido. ¿Qué quiere usted que le diga?
—Todo. Cómo fue reclutado, quién es su contacto y dónde, qué información ha dado usted...
Wilt miró deprimido por la ventana mientras la lista continuaba. Siempre había supuesto que el mundo era un lugar particularmente irracional y las bases aéreas particularmente absurdas, pero que un lunático estadounidense que jugaba con revólveres le tomase por un espía soviético era entrar en un nuevo ámbito de locura. Quizá eso es lo que había sucedido. Se había vuelto loco. No, no era eso. El revólver era la prueba de algún tipo de realidad, una prueba que daban por buena millones de personas en todo el mundo, pero que nunca había llegado cerca de la avenida Oakhurst o de la escuela o de Ipford. En cierto sentido, su propio pequeño mundo con sus convicciones fundamentales sobre la educación y los libros y, por falta de otra palabra mejor, la sensibilidad, era el mundo irreal, un sueño en el que nadie puede esperar vivir mucho tiempo. O en absoluto, si ese loco con su charla cliché sobre los tipos que morían allí y que nadie se enteraba, tenía razón. Wilt se volvió e hizo un último intento de recuperar el mundo que conocía.
—Muy bien —dijo—, si quiere los hechos se los daré, pero sólo con miembros del MI5 presentes. Como ciudadano británico exijo ese derecho.
Glaushof dio un bufido.
—Sus derechos se acabaron en el momento en que entró en la base —dijo—. Dígame lo que sabe. No voy a juguetear con un montón de maricas del Servicio de Información británico. De ningún modo. Ahora hable.
—Si no le importa, creo que preferiría escribirlo —dijo Wilt, ganando tiempo y tratando de pensar frenéticamente en lo que podía confesar—. Quiero decir que todo lo que necesito es una pluma y algunas hojas de papel.
Por un momento, Glaushof dudó antes de decidir si había algo que objetar a una confesión escrita de la propia mano de Wilt. De ese

modo nadie podría decir que había maltratado a ese cabrón.
—De acuerdo —dijo—. Puede usar esa mesa.
Tres horas más tarde Wilt había terminado, y seis páginas estaban cubiertas con su limpia y casi ilegible escritura. Glaushof las tomó y trató de leerlas.
—¿Qué está tratando de hacer? ¿Nadie le ha enseñado a escribir como se debe? —Wilt negó con la cabeza, agotado.
—Si no puede usted leerlo, busque a quien pueda. Yo he terminado —dijo, y puso la cabeza entre los brazos sobre la mesa.
Glaushof miró su cara pálida y tuvo que reconocerlo. Él mismo no se sentía muy bien. Pero al menos el coronel Urwin y los idiotas de Información se iban a sentir peor. Con una energía renovada, entró en el despacho contiguo, hizo fotocopias de las páginas y se dirigió a los guardias que estaban en el exterior de Comunicaciones.
—Quiero una trascripción de esto —le dijo al jefe del equipo de mecanógrafos—. Y absoluto secreto.
Luego se sentó y esperó.

CAPITULO XVIII

—¿Una orden? ¿Una orden de registro para el 45 de la avenida Oakhurst? ¿Quiere solicitar una orden de registro? —dijo el comisario.
—Sí, señor —dijo el inspector Hodge, preguntándose por qué lo que a él le parecía una petición perfectamente razonable requería preguntas tan reiterativas—. Todo indica que los Wilt son camellos.
—No estoy seguro de que el juez vaya a estar de acuerdo —dijo el comisario—. Todo lo que hay son pruebas circunstanciales.
—No es circunstancial el que Wilt vaya a esa base aérea y nos dé esquinazo, y tampoco diría yo que la visita de su mujer a esa herbolaria sea circunstancial. Todo está en mi informe.
—Sí —dijo el comisario, arreglándoselas para dar a la palabra un matiz de duda—. Lo que no hay ahí es lo que se llaman pruebas materiales.
—Por eso necesito el registro, señor —dijo Hodge—. Tiene que haber rastros de la droga en la casa. Es de cajón.
—Si él es lo que usted dice que es —dijo el comisario.
—Mire —dijo Hodge—, sabía que lo seguían cuando salió de Baconheath. Tenía que saberlo. Condujo en círculos durante media hora, luego se escapó y nos dio esquinazo.
—Y ésa es otra —interrumpió el comisario—, ha puesto micrófonos en ese coche sin autorización. Considero eso altamente reprensible. Quiero que se entienda claramente a partir de ahora. De todos modos, podía ser que estuviese borracho.
—¿Borracho? —dijo Hodge, que encontraba difícil hacer la transición entre la incorrección de poner micrófonos, que en su opinión no lo era, y el hecho de que Wilt estuviera borracho.
—Cuando salió de Baconheath no sabía si iba o venía, y empezó a dar vueltas en círculo. Esos yanquis beben whisky de centeno. Es asqueroso, pero baja tan fácilmente que uno no se da cuenta.
El inspector consideró la sugerencia y la rechazó.
—No veo cómo un borracho podría conducir tan rápido por esas carreteras sin matarse. Y eligiendo una ruta que le ponía fuera del alcance de nuestras radios.
El comisario estudió de nuevo el informe. No era agradable de leer. Por otra parte, lo que Hodge decía tenía sentido.
—Si no estaba borracho, ¿por qué dejar el coche delante de la casa de otra persona? —preguntó, pero Hodge ya había preparado una respuesta para eso.
—Demuestra lo listo que es el cabrón —dijo—. No se olvida nada, ese

tipo. Sabe que le seguimos y necesita una explicación para todas esas vueltas que ha estado dando, así que se finge borracho.
—Si es tan listo como usted dice, nada va a encontrar en su casa, eso es seguro —dijo el comisario negando con la cabeza—. No, nunca tendría la mercancía en su propia casa. Debe de haberla almacenado a kilómetros de distancia.
—Todavía tiene que moverla —dijo Hodge—, y para eso necesita el coche. Mire, señor, Wilt va a la base aérea, recoge la mercancía allí y de camino a casa se la pasa a un tercero que la distribuye. Eso explica por qué se tomó tantas molestias para perdernos. Hubo unos veinte minutos en los que no recibimos ninguna señal. Podría haber sido entonces cuando se hizo la entrega.
—Podría haber sido —dijo el comisario—. De todos modos, eso sólo demuestra que tengo razón. Si hace usted un registro en su casa, quedará en ridículo. Y lo que es más importante, yo también. Así que no. Debe usted pensar en otra cosa.
Hodge volvió al despacho y se desahogó riñendo al sargento Runk.
—De la manera en que lleva las cosas, es una maravilla que todavía detengamos a alguien. Y usted tuvo que ir y firmar por esos malditos transmisores...
—No creerá que los dan si uno no firma —dijo Runk.
—Pero no tenía por qué echarme la mierda a mí, poniendo «Autorizado por el comisario Wilkinson para vigilancia encubierta». A él le encantó.
—Bueno, ¿no era verdad? Yo creí que usted tenía permiso...
—Oh, no, no lo tenía. La idea se nos ocurrió en medio de la noche y él ha estado en casa desde las cinco. Y ahora tenemos que recuperar los malditos aparatos. Puede usted hacerlo esta noche.
Y habiéndose asegurado, según esperaba, de que el sargento se pasaría el resto del día lamentando su indiscreción, el inspector se puso de pie y miró por la ventana en busca de inspiración. No podía conseguir una orden de registro... Estaba todavía sopesando la cuestión cuando le llamó la atención un coche aparcado justo abajo. Parecía terriblemente familiar.
El Escort de Wilt. ¿Qué demonios estaba haciendo en la comisaría de policía?

Eva se sentó en el despacho de Flint y se tragó las lágrimas.
—No sabía a qué otro sitio podía acudir —dijo—. He estado en la escuela y he telefoneado a la prisión, y la señora Braintree no le ha visto pese a que normalmente va por allí cuando está... bueno, cuando desea un cambio. Pero no ha estado allí ni en el hospital ni en cualquier otro sitio en el que yo pueda pensar. Ya sé que a usted no

le gusta nada, pero usted es policía y ha sido... de ayuda en el pasado. Y usted conoce a Henry. —Se detuvo y miró al inspector, suplicante.

No era una mirada que emocionase a Flint, y desde luego no le gustaba esa frase de que conocía a Wilt. Había tratado de comprenderlo, pero ni con su mayor optimismo habría supuesto que llegaría siquiera a imaginar las horribles simas del extraordinario carácter de Wilt. Y el que el cabrón fuese un enigma no hacía más fácil de comprender por qué había elegido a Eva como mujer. Era una relación en la que Flint siempre había preferido no pensar. Pero allí estaba ella, bien sentada en una silla de su despacho y diciéndole, evidentemente sin la menor consideración por sus sentimientos, y como si fuera una especie de cumplido, que él conocía a su Henry.

—¿Se ha marchado así antes alguna vez? —preguntó, pensando para sí que si él hubiera estado en el pellejo de Wilt, se habría marchado como una exhalación, incluso antes de la boda.

—No, nunca —dijo Eva—, eso es lo preocupante. Ya sé que usted piensa que es... bueno, peculiar, pero ha sido realmente un buen marido.

—Estoy seguro de que sí —dijo Flint, a falta de algo más tranquilizador que decir—. Usted no cree que pueda estar sufriendo amnesia.

—¿Amnesia?

—Pérdida de memoria —dijo Flint—. A veces ataca a la gente que ha estado bajo tensión. ¿Ha sucedido algo últimamente que pueda haber provocado que perdiera la chaveta..., que sufriera una depresión nerviosa?

—No se me ocurre algo en particular —dijo Eva, decidida a no mencionar a la doctora Kores y su tónico de pesadilla—. Por supuesto las niñas a veces le ponen nervioso, y también hubo ese horrible asunto del otro día en la escuela, con esa chica que murió... —Se detuvo de nuevo al recordar lo que en realidad le estaba preocupando —. Ha estado dando clases a un hombre espantoso llamado McCullum, los lunes por la tarde y los viernes. Eso es lo que él me dijo, pero cuando telefoneé a la prisión dijeron que nunca lo había hecho.

—¿Hacer qué? —preguntó Flint.

—Nunca había ido los viernes —dijo Eva, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas ante esta prueba de que Henry, su Henry, le había mentido.

—¿Pero salía todos los viernes y decía que iba allí?

Eva asintió silenciosamente con la cabeza y, por un momento, Flint casi la compadeció. Una mujer gorda de mediana edad con cuatro horribles crías que convertían la casa en una jodida osera, y no había

comprendido en qué andaba Wilt. Estaba más ciega que un topo. Pues bien, había llegado el momento de abrirle los ojos.
—Mire, señora Wilt, sé que no es fácil... —comenzó, pero, para asombro suyo, Eva se le adelantó.
—Ya sé lo que va a decir, pero no es verdad. Si hubiera habido otra mujer, ¿por qué iba a dejar el coche en casa de la señora Willoughby?
—¿Dejó el coche en casa de la señora Willoughby? ¿Quién es la señora Willoughby?
—Vive en el número 65, y allí estaba el coche esta mañana. Yo fui y lo recogí. ¿Por qué iba a hacer él eso?
Flint estaba a punto de decir que eso es lo que hubiera hecho él en el lugar de Wilt, abandonar el coche en la calle y huir a la carrera, cuando se le ocurrió otra cosa.
—Espere aquí —dijo, y salió de la habitación. En el pasillo dudó un momento y trató de pensar a quién preguntar. Desde luego, no iba a acercarse a Hodge, pero siempre estaba el sargento Runk. Y Yates podía sonsacárselo. Entró en el despacho general, donde el sargento estaba sentado ante una máquina de escribir.
—Haga una investigación por mí, Yates —dijo—. Charle con su colega Runk y descubra por dónde siguieron a Wilt anoche. Tengo a su mujer en mi despacho. Y que no sepa que estoy interesado, ¿entendido? Sólo unas preguntas casuales de su parte.
Se sentó en el borde del escritorio mientras Yates salía cinco minutos.
—Una verdadera putada —dijo el sargento al volver—. Le siguieron hasta la Base Aérea de Baconheath con un radiotransmisor. Estuvo dentro hora y media y salió conduciendo como un loco. Runkie piensa que Wilt debía de saber que le seguían, por la manera en que conducía. En cualquier caso, lo perdieron, y cuando encontraron el coche estaba frente a otra casa de la calle de los Wilt y un jodido perro trató de tirar abajo la puerta para lanzarse sobre Hodge. Eso es más o menos todo.
Flint asintió con la cabeza y disimuló su excitación. Ya había hecho lo suficiente para que Hodge apareciera como el jodido idiota que era; se había trabajado al Toro y a Clive Swannell y a esa mierdecita de Lingon, tenía sus declaraciones firmadas y todo; y durante ese tiempo, Hodge había estado molestando a Wilt. Así que ¿para qué hundirle más aún?
¿Por qué no? Cuanto más profundo se hundiese ese cabrón, menos probable sería que volviera a emerger. Y no sólo Hodge, sino también Wilt. Ese cabrón había sido la causa original de todos los infortunios de Flint, y poderlo tener en el punto de mira junto con Hodge era pura justicia. Además, Flint todavía tenía que enfrentarse con Lingon, así que una diversión sería muy útil. Y esa diversión era precisamente la señora Wilt, que estaba sentada en su despacho. El único problema

era cómo encaminarla en dirección a Hodge sin que se supiera que lo había hecho él. Era un riesgo a correr. Pero antes sería mejor que hiciera una comprobación. Flint fue hasta un teléfono y buscó el número de Baconheath.
—El inspector Hodge al habla —dijo, mascullando el nombre de manera que podía haber sido Hedge o Squash—, llamo desde la comisaría de Ipford en relación con un tal señor Wilt... Señor Henry Wilt del 45 de la avenida Oakhurst, Ipford. Entiendo que les visitó anoche. —Esperó mientras alguien lo comprobaba.
Pasó un largo rato y otro estadounidense se puso al teléfono.
—¿Está usted investigando sobre alguien llamado Wilt? —preguntó.
—Exacto —dijo Flint.
—¿Y dice usted que es de la policía?
—Sí —dijo Flint, notando con intenso interés la vacilación del interlocutor.
—Si me da usted su nombre y el número le llamaré —dijo el estadounidense.
Flint colgó el teléfono en silencio. Ya sabía lo que quería saber y no iba a permitir que un yanqui comprobase sus credenciales.
Volvió a su despacho y se sentó, con un suspiro calculado.
—Me temo que no le va a gustar lo que tengo que decirle, señora Wilt —dijo.
Y a Eva no le gustó. Salió de la comisaría con la cara blanca de furia. Henry no sólo le había mentido, sino que la traicionaba desde hacía meses, y ella no lo había sospechado.
Flint se quedó en el despacho mirando casi en éxtasis un mapa mural de Ipford. Henry Wilt, el maldito Henry Wilt, tendría esta vez lo que se merecía. Y estaba por ahí en alguna parte, en una de esas callejuelas con alguna muñeca que debía tener dinero o habría vuelto a su trabajo en la escuela.
No, no podía volver. No con Eva persiguiéndolo. No era extraño que el cabrón hubiera dejado el coche en la calle. Si tuviera sentido común se habría ido de la ciudad. Esa mujer lo mataría. Flint sonrió ante la perspectiva. Esa *sería* justicia poética, desde luego.

—Valdría la pena, desde luego, y lo haría encantado, pero ¿y si se sabe? —dijo el señor Gamer.
—No se sabrá —dijo Hodge—, le puedo dar mi palabra solemne de eso. No se dará usted ni cuenta de que están ahí.
El señor Gamer miró a su alrededor en el restaurante con aire lúgubre. Normalmente tomaba bocadillos y una taza de café en la comida y no estaba seguro de que el pollo deshuesado al curry regado con una botella de Blue Nun fuera bueno para su organismo.

No obstante, el que pagaba era el inspector, y siempre podía tomar un Alka Seltzer al regresar a la tienda.
—No es por mí, es por mi esposa. Si supiera lo que esta mujer ha pasado en los últimos doce meses, no lo creería usted.
—Sí que lo creería —dijo Hodge.
Si era algo parecido a lo que había sufrido él en los cuatro últimos días, la señora Gamer debía ser una mujer con una constitución de hierro.
—Y es todavía peor los días que no tienen clase. —El señor Gamer continuó—. Esas jodidas niñas... normalmente no digo groserías, pero hay veces en que uno no tiene más remedio... No tiene usted idea de lo espantosas que son. —Se interrumpió y miró a Hodge a la cara—. Uno de estos días van a matar a alguien —suspiró—. Esas condenadas casi me matan el martes pasado. Estaría asado como un pavo si no hubiera llevado suelas aislantes. Robaron mi estatua del jardín y cuando fui a recogerla...
Hodge le escuchaba con simpatía.
—Criminal —dijo—. Debería habernos informado de inmediato. Incluso ahora, si hace una denuncia formal...
—¿Cree usted que me atrevería? Nunca. Si significara que las quitasen de en medio metiéndolas en el correccional, podría hacerlo, pero eso no funciona así. Volverían del tribunal y... no quiero ni pensarlo. Mire ese pobre hombre de la misma calle, el consejero Birkenshaw. Le pusieron su nombre en fluorescente sobre un preservativo con un prepucio encima. Flotó por toda la calle, y luego ellas fueron y le acusaron de mostrarles sus partes íntimas. Tuvo unos problemas terribles para demostrar que no lo había hecho. Y mire dónde está. En el hospital. No, no vale la pena arriesgarse.
—Entiendo lo que quiere decir —dijo Hodge—. Pero de este modo ellos nunca lo sabrán. Todo lo que necesito es un permiso para...
—Y la culpa la tiene su maldita madre —siguió el señor Gamer, animado por el Blue Nun y la aparente simpatía del inspector—. Si ella no animase a esas brujas a ser como chicos y a tomarse interés por los artefactos mecánicos, sería mejor. Pero no, tienen que ser inventoras y genios. Y, desde luego, se necesita un cierto genio para hacer lo que hicieron con la cortadora de césped de Dickens. Era nueva, y sabe Dios lo que le hicieron exactamente. Sobrecargada con una bombona de camping-gas y alterada la caja de velocidades, salía como una bala. Y además Dickens no es un hombre muy fuerte. El caso es que puso en marcha la diabólica cosa y antes de que la pudiera parar había abandonado el césped a unos ochenta por hora y estaba cortando la moqueta nueva del salón. Chocó con el piano, además. Tuvieron que llamar a los bomberos para pararla.
—¿Por qué no denunció a los padres? —preguntó Hodge, fascinado a

su pesar.
El señor Gamer suspiró.
—No lo entiende usted —dijo—. Hay que vivirlo para entenderlo. ¿No pensará que admitieron que lo habían hecho? Claro que no. ¿Y quién va a creer al viejo Dickens cuando diga que cuatro niñas de esa edad pueden cambiar el piñón de la caja de cambios y bloquear el embrague? Nadie. ¿Le importa que me sirva?
Hodge sirvió otro vaso. El señor Gamer era evidentemente un hombre destrozado.
—Muy bien —dijo—. Supongamos que usted nada sabe de esto. Supongamos que llega un hombre de la compañía de gas para comprobar el contador...
—Y ésa es otra —dijo el señor Gamer casi enloquecido—, el gas. ¡El recibo! ¡Cuatrocientas cincuenta libras por un trimestre de verano! ¿No me cree usted, verdad? Yo tampoco lo creía. Cambiaron el contador y lo comprobaron, pero seguía marcando lo mismo. Todavía no sé cómo lo hicieron. Debe de haber sido mientras estábamos de vacaciones. ¡Si pudiera descubrirlo!
—Mire —dijo Hodge—, usted deja que mi hombre instale el equipo y tendrá una buena oportunidad de librarse de los Wilt para siempre. Lo digo en serio, para siempre.
El señor Gamer miró el interior de su vaso mientras consideraba esta gloriosa perpectiva.
—¿Para siempre?
—Para siempre.
—Hecho —dijo el señor Gamer.

Esa tarde el sargento Runk, sintiéndose muy incómodo con su uniforme de empleado del gas, y con la señora Gamer preguntándole con tono quejumbroso qué podía pasarle a la chimenea porque la habían entubado al conectar la calefacción central, estaba en el hueco bajo el tejado. Cuando se fue, había conseguido colocar los micrófonos en una grieta entre los ladrillos de manera que estaban escondidos entre las placas aislantes del dormitorio de los Wilt. El 45 de la avenida Oakhurst ya tenía instalados los aparatos de escucha.

CAPITULO XIX

—Creo que tenemos un problema grave, señor —dijo el cabo—. El mayor Glaushof me ordenó devolver el coche a casa de Wilt y lo hice. Todo lo que puedo decir es que esos transmisores no eran civiles. Los miré muy bien y eran británicos, alta tecnología.
El coronel Urwin, oficial superior de Inteligencia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos en Baconheath, ponderó el problema mirando fríamente un grabado de caza colgado de la pared. No era muy bueno, pero su representación de un zorro a lo lejos, siendo perseguido por un montón de ingleses pálidos y rubicundos, delgados y gordos, a caballo, siempre servía para recordarle que valía más no subestimar a los británicos. Más todavía, era bueno parecer uno de ellos. A ese fin practicaba el golf con un antiguo juego de palos y pasaba sus momentos de ocio siguiendo el rastro de su árbol genealógico en los archivos de varias universidades y en los cementerios de las iglesias de Lincolnshire. Siempre mantenía un aire reservado y estaba orgulloso de que en varias ocasiones le hubieran tomado por un profesor de uno de los mejores colegios privados. Era un papel que le iba muy bien y que coincidía con su convicción personal de que la discreción era la mejor parte del valor.
—¿Británicos? —dijo pensativo—. Eso podría significar cualquier cosa o nada en absoluto. ¿Y dice usted que el mayor Glaushof ha establecido un cepo de seguridad?
—Órdenes del general Belmonte, señor.
El coronel no dijo palabra. En su opinión el comandante de la base tenía un cociente intelectual sólo ligeramente superior al del egregio Glaushof. Cualquiera que pudiera pedir cuatro sin triunfos y sin un diamante en las manos tenía que ser un cretino.
—Así que la situación es que Glaushof tiene en custodia a ese hombre, Wilt, y está presumiblemente torturándolo y se supone que nadie debe saber que está aquí. Se «supone» es la palabra a emplear. Es evidente que quien lo envió aquí sabe que nunca volvió a Ipford.
—Sí, señor —dijo el cabo—. Y el mayor está tratando de obtener línea directa con Washington.
—Mire si está en clave —dijo el coronel—, y consígame una copia.
—Sí, señor —dijo el cabo y desapareció.
El coronel Urwin echó una mirada a su ayudante.
—Parece que estamos en un avispero —dijo—. ¿Qué piensa de este asunto?

El capitán Fortune se encogió de hombros.
—Podría ser muchas cosas —dijo—. No me gusta eso del material especial.
—Un kamikaze —dijo el coronel—. A nadie se le ocurriría entrar transmitiendo.
—Los libios de Jomeini, quizá.
El coronel Urwin sacudió la cabeza.
—No. Ésos cuando atacan no avisan antes. Llegan cargados de explosivos la primera vez. Entonces, ¿quién?
—¿Los británicos?
—Eso es lo que creo —dijo el coronel, acercándose para ver mejor el grabado de caza—. La única pregunta es ¿a quién están cazando, al señor Henry Wilt o a nosotros?
—He comprobado en nuestros archivos y nada hay sobre Wilt. Campaña pro Desarme Nuclear en los años sesenta, por lo demás, apolítico.
—¿Universidad?
—Sí —dijo el capitán.
—¿Cuál?
El capitán consultó el registro del ordenador.
—Cambridge, especializado en Literatura Inglesa.
—¿Nada más?
—Nada que sepamos. El Servicio de Información británico podría saberlo.
—Pero no vamos a preguntárselo —dijo el coronel, tomando una decisión—. Si Glaushof quiere interpretar el papel del Llanero Solitario con el consentimiento del general, adelante, que se cubra de mierda. Nos mantendremos a distancia y apareceremos con la respuesta correcta cuando haga falta.
—Sigue sin gustarme el material del coche —dijo el capitán.
—Y a mí sigue sin gustarme Glaushof —dijo el coronel—. Creo que a los Ofrey tampoco les gusta. Dejémosle que se cave su propia fosa. —Hizo una pausa—. ¿Hay alguien con un poco de inteligencia que sepa lo que sucedió realmente, aparte ese cabo?
—La capitana Clodiak presentó una queja contra Harah por acoso sexual. Y está en la lista de los estudiantes que iban a las clases de Wilt.
—Bien, comenzaremos por ahí a investigar este fiasco —dijo el coronel.

—Volvamos a ese Radek —dijo Glaushof—, quiero saber quién es.
—Ya se lo he dicho, un escritor checo y lleva muerto desde Dios sabe cuándo, así que no hay manera de que yo haya podido conocerlo —

dijo Wilt.
—Si está usted mintiendo, lo conocerá. Pronto —dijo Glaushof.
Después de leer la trascripción de la confesión de Wilt de que había sido reclutado por un agente de la KGB llamado Yuri Orlov y que había tenido como contacto a un hombre llamado Karl Radek, Glaushof estaba decidido a descubrir exactamente qué información le había pasado Wilt a los soviéticos. Era comprensible que esto fuera mucho más difícil que conseguir que Wilt admitiese que era un agente. Dos veces había usado Glaushof la amenaza de una muerte instantánea pero sin el menor resultado. Wilt había pedido tiempo para pensar y luego había hablado de bombas H.
—¿Bombas H? ¿Le ha dicho a ese cabrón de Radek que tenemos bombas H almacenadas aquí?
—Sí —dijo Wilt.
—Ellos ya lo saben.
—Eso es lo que dijo Radek. Dijo que querían más que eso.
—Así que ¿qué les dio usted, las BB?
—¿BB? —dijo Wilt—. ¿Quiere usted decir escopetas de aire comprimido?
—Bombas binarias.
—Nunca he oído hablar de eso.
—La bomba de gas nervioso más segura del mundo —dijo Glaushof orgullosamente—. Podríamos matar todo bicho viviente desde Moscú a Pekín con BB y ni siquiera se darían cuenta.
—¿De verdad? —dijo Wilt—. Debo decir que encuentro su definición de seguro muy peculiar. ¿De qué son capaces las peligrosas?
—Mierda —dijo Glaushof, deseando estar en algún sitio subdesarrollado como El Salvador para poder usar métodos más contundentes—. Si no habla, va a lamentar haberme conocido.
Wilt estudió críticamente al mayor. Con cada amenaza no cumplida iba recuperando confianza, pero todavía parecía desaconsejable señalar que ya estaba lamentando haberle conocido. Mejor mantener las cosas tranquilas.
—Le estoy diciendo lo que usted quiere saber —dijo.
—¿Y no les dio alguna otra información?
—No sé más. Pregunte a los estudiantes de mi clase. Ellos le dirán que yo no distinguiría una bomba de una banana.
—Eso dice usted —murmuró Glaushof.
Ya había interrogado a los estudiantes y, en el caso de la señora Ofrey, había descubierto más de su opinión acerca de él que acerca de Wilt. Y la capitana Clodiak tampoco había ayudado mucho. La única evidencia que había podido sacar de que Wilt era comunista fue su insistencia en que el Instituto Nacional de Salud era una buena cosa. Y así, por grados de inconsecuencia, había progresado en

círculo hasta volver al hombre de la KGB, Radek, del que Wilt había dicho que era su contacto y ahora decía que era un escritor checo y además estaba muerto. A cada hora que pasaba, las posibilidades de ascenso de Glaushof iban diluyéndose. Tenía que haber algún modo de obtener la información que necesitaba. Estaba justamente preguntándose si no habría alguna droga de la verdad que pudiera usar cuando vio el protector escrotal sobre su escritorio.

— ¿Cómo es que lleva usted esto? —preguntó.

Wilt miró con amargura al protector de cricket. Los sucesos de la tarde anterior parecían extrañamente distantes en estas nuevas circunstancias mucho más terroríficas, pero había habido un momento en que había supuesto que el protector era de algún modo el responsable de sus desgracias. Si no se hubiera desatado, él no habría ido al lavabo y...

—He tenido problemas con una hernia —dijo.

Parecía una explicación segura. No lo era. La mente de Glaushof se había vuelto descaradamente hacia el sexo.

Eva todavía pensaba en ello. Desde que había dejado a Flint había estado obsesionada con él. Henry, su Henry, la había dejado por otra mujer, y además una tía de la base estadounidense. Y no podía haber la menor duda al respecto. El inspector Flint no se lo había dicho de un modo desagradable. Simplemente había dicho que Henry había ido a Baconheath. No había tenido que decir más. Henry había estado saliendo todos los viernes y diciéndole que iba a la prisión... No, no se dejaría abatir. Con un terrible propósito condujo hasta la calle Canton. Mavis había tenido razón después de todo y había sabido cómo tratar las infidelidades de Patrick. Lo mejor de todo era que la secretaria de las Madres Contra la Bomba odiaba a los estadounidenses de Baconheath. Mavis sabría qué hacer.

Mavis lo sabía. Pero primero tuvo que presumir.

—No quisiste escucharme, Eva —dijo—. Siempre dije que había algo retorcido y engañoso en Henry, pero tú estabas convencida de que era un esposo bueno y fiel. Aunque después de lo que trató de hacerme a mí la otra mañana, no sé cómo...

—Lo siento —dijo Eva—, pero creí que era culpa mía por ir a la doctora Kores y darle aquello... Oh, querida, ¿no crees que eso es lo que lo ha llevado a hacer eso?

—No, no lo creo —dijo Mavis—, ni por un momento. Te ha estado engañando con esa mujer durante seis meses, la mixtura de hierbas de la doctora Kores nada tiene que ver con ello. Por supuesto que tratará de usar eso como excusa cuando venga por el divorcio.

—Pero yo no quiero el divorcio —dijo Eva—, sólo quiero poner mis

manos sobre esa mujer.
—En ese caso, te vas a convertir en una ilota sexual.
—¿Una qué? —dijo Eva, asombrada por la palabra.
—Una esclava, querida —dijo Mavis reconociendo su error—, una sierva, una fregona sólo para cocinar y limpiar.
Eva abandonó. Todo lo que quería era ser una buena esposa y madre y criar a las niñas para que ocuparan el lugar que les correspondía en el mundo tecnológico. En la cima.
—Pero ni siquiera sé el nombre de esa marrana —dijo, volviendo a los problemas prácticos.
Mavis se concentró en el problema.
—Bill Paisley debe de saberlo —dijo finalmente—. Ha estado dando clases ahí y está en la Universidad a Distancia con Patrick. Le llamaré por teléfono.
Eva se sentó en la cocina, sumida en aparente letargo. Pero en el interior se estaba preparando para la confrontación. No importaba lo que Mavis dijera, nadie iba a apartar a Henry de ella. Las cuatrillizas tendrían un padre y un hogar como es debido y la mejor educación que pudiera proporcionar el salario de Wilt, no importaba lo que la gente dijera o lo mucho que estuviese herida en su orgullo. El orgullo era un pecado y en cualquier caso, Henry pagaría por ello.
Le daba vueltas en su mente a lo que le diría cuando Mavis volvió triunfalmente.
—Bill Paisley lo sabe todo —dijo—. Aparentemente Henry ha estado dando una clase femenina de Cultura Británica, y no se necesita mucha imaginación para saber lo que pasó —Miró un pedazo de papel —: El Desarrollo de la Cultura y las Instituciones Británicas, sala de conferencias 9. Y la persona a contactar es el oficial de Educación. Me ha dado el número para llamar. Si quieres, lo haré por ti.
Eva asintió agradecida.
—Yo perdería los estribos y me pondría muy nerviosa —dijo—, en cambio tú eres tan buena organizando cosas.
Mavis volvió al vestíbulo. Durante los diez minutos siguientes Eva la oyó hablar con creciente vehemencia. Luego el teléfono fue colgado de golpe.
—El descaro de ese hombre —dijo Mavis, entrando como una tromba en la cocina con la cara pálida de rabia—. Primero no quería ponerme con él y sólo cuando le dije que era del Servicio de Bibliotecas y quería hablar con el oficial de Educación sobre la provisión gratuita de libros, me lo pasó. Y entonces me dijo: «Sin comentarios, señora. Lo siento pero sin comentarios.»
—¿Pero tú preguntaste por Henry? —dijo Eva, que no podía entender qué tenía que ver con el problema el Servicio de Bibliotecas proporcionando libros gratuitos.

—Claro que lo hice —dijo Mavis, molesta—. Le dije que el señor Wilt me había sugerido que contactara con él para que el Servicio de Bibliotecas proporcionara libros sobre Cultura Inglesa, y entonces se cerró como una ostra. —Hizo una pausa pensativa—. Sabes, casi podría jurar que estaba asustado.

—¿Asustado? ¿Por qué iba a estar asustado?

—No lo sé. Fue cuando mencioné el nombre de Wilt —dijo Mavis—. Pero vamos a ir hasta allí y descubrirlo.

La capitana Clodiak estaba sentada en el despacho del coronel Urwin. A diferencia de otros edificios de Baconheath que habían sido heredados de la RAF o que parecían prefabricados y baratos, el cuartel general de Información estaba extrañamente en disparidad con la naturaleza militar de la base. De hecho era una gran mansión de ladrillos rojos, construida a fines de siglo por un ingeniero de minas retirado con una predilección por el estilo Tudor teatral, cierta visión de la importancia de las tierras negras de la zona y una aversión por los helados vientos que soplan desde Siberia. Como consecuencia, la casa tenía un falso vestíbulo señorial, muros con paneles de roble y un sistema de calefacción central muy eficaz y perfectamente acorde con el sentido de la ironía del coronel Urwin. También lo separaba y distinguía del resto de la base y daba peso a su convicción de que los militares eran idiotas peligrosos, incapaces de hablar el inglés de E. B. White. Lo que se necesitaba, aparte de una buena musculatura, era inteligencia y cerebro. La capitana Clodiak parecía tener ambas cosas. El coronel Urwin escuchó su informe de la captura de Wilt con intenso interés. Se veía obligado a reconsiderar la situación.

—¿Así que dice que parecía muy incómodo durante la clase? —dijo.

—No hay duda —dijo Clodiak—. Estuvo retorciéndose detrás del pupitre como si tuviera algún dolor. Y su clase fue muy rara. Incoherente. Por lo general se va por las ramas, pero vuelve al tema principal. Esta vez divagaba y luego ese vendaje cayó por su pierna y se derrumbó.

El coronel echó un mirada al capitán Fortune.

—¿Sabemos algo acerca de que necesitara vendajes?

—Lo he comprobado con los médicos y ellos no lo saben. El tío fue gaseado, pero no tenía otras señales o heridas.

—Volvamos a su comportamiento previo. ¿Algo inusual?

La capitana Clodiak negó con la cabeza.

—Nada que yo notase. Es heterosexual, tiene buenos modales, no coquetea, probablemente tiene algunos complejos, creo que es un depresivo. Nada que yo calificara de inusual en un británico.

—¿Y, sin embargo, estaba definitivamente incómodo? ¿Y no hay duda respecto del vendaje?
—Ninguna —dijo Clodiak.
—Gracias por su ayuda —dijo el coronel—. Si recuerda alguna cosa más, venga a vernos. —Y tras haberla acompañado hasta el pasillo, volvió a mirar el grabado de caza en busca de inspiración—. Comienza a parecer como si alguien hiciera presión sobre él —dijo finalmente.
—Puede usted apostar a que Glaushof lo está haciendo —dijo Fortune —. Un tío que confiesa tan fácilmente tiene que haber recibido algún tratamiento.
—Pero ¿qué ha confesado? Nada. Absolutamente nada.
—Ha admitido que fue reclutado por ese Orlov y que su contacto es Karl Radek. Yo no diría que eso no es nada.
—El uno es un disidente que está haciendo tiempo en Siberia —dijo Urwin—, y Karl Radek era un escritor checo que murió en un Gulag en 1940. No es el hombre más fácil de contactar.
—Podrían ser nombres de guerra.
—Podrían ser. Exactamente. Pero yo hubiera elegido algo menos obviamente falso. ¿Y por qué soviéticos? Si fueran de la Embajada... sí, supongo que sí. Sólo que él encontró a ese Orlov entre comillas en la estación de autobuses de Ipford, que está fuera del radio permitido por la Embajada soviética a su personal. ¿Y dónde se encontró con el amigo Radek? Todos los miércoles por la tarde junto a la bolera de Midway Park. ¿Todos los miércoles en el mismo lugar a la misma hora? Ni hablar. Nuestros amigos de la KGB pueden actuar estúpidamente de vez en cuando, pero no tanto. Le han dado a Glaushof el juego que pedía y eso no sucede por casualidad.
—Dejemos a Glaushof en la mierda entonces —dijo Fortune.
Pero el coronel Urwin no estaba satisfecho.
—Nos dejará a todos allí si no tenemos cuidado —dijo—. Repasemos de nuevo las opciones. ¿Es Wilt un genuino espía soviético? No, por las razones ya dadas. ¿Alguien que está comprobando nuestra seguridad? Podría ser que algún cretino en Washington haya tenido esa idea. Tienen escuadrones suicidas chiítas en el cerebro. ¿Por qué usar un británico? No le dijeron que su coche estaba siendo utilizado para hacer el test más efectivo. Si es así, ¿por qué se dejó llevar por el pánico durante la clase? Vuelvo siempre a eso, su comportamiento en la clase. Ahí es donde realmente comienzo a ver la pista. Va desde ahí a esa «confesión» que sólo un iletrado como Glaushof creería, y realmente comienza a haber algo podrido en Dinamarca. ¿Y Glaushof se está encargando? Eso se acabó, Ed. Voy a hacer valer mi autoridad.
—¿Cómo? Ha conseguido una manta de seguridad del general.

—Ahí es donde voy a hacer valer mi autoridad —dijo el coronel—. El viejo B52 puede creer que él manda esta base, pero voy a tener que desilusionar al viejo guerrero. En muchas cosas. —Apretó un botón del teléfono—. Ponme con la Central de Información —dijo.

CAPITULO XX

—Las órdenes son no dejar entrar a nadie —dijo el guardia de la puerta—, lo siento, pero así es.
—Mire —dijo Mavis—, todo lo que hemos venido a hacer es hablar con el oficial encargado de Educación. Su nombre es Bluejohn y...
—De todos modos, nadie puede entrar.
Mavis inspiró hondo y trató de conservar la calma.
—En ese caso, me gustaría hablar con él aquí —dijo—. Si no podemos entrar, quizá él sea tan amable de salir.
—Puedo comprobarlo —dijo el guardia, y entró en la sala de guardia.
—De nada sirve —dijo Eva, mirando la barrera y la alta verja de alambre de púas. Tras la barrera se habían dispuesto en zigzag una serie de bidones llenos de cemento para que los vehículos tuvieran que avanzar por ese camino lentamente—. No van a decirnos nada.
—Y yo quiero saber por qué —dijo Mavis.
—Quizá sería mejor si no llevaras esa insignia de Madres Contra la Bomba —dijo Eva.
Mavis se la quitó de mala gana.
—Es de lo más desagradable —dijo—. Se supone que éste es un país libre y...
Fue interrumpida por la aparición de un teniente. Se detuvo en la puerta de la sala de guardia y las miró un momento antes de salir.
—Lo siento, señoras —dijo—, pero estamos realizando un ejercicio de seguridad. Es sólo temporal y si vuelven mañana quizá...
—Mañana no puede ser —dijo Mavis—. Queremos ver al señor Bluejohn hoy mismo. Ahora, si fuera usted tan amable de telefonearle o de darle un mensaje, le estaríamos muy agradecidas.
—Claro que puedo hacerlo —dijo el teniente—. ¿Qué quieren que le diga?
—Sólo que la señora Wilt está aquí y que querría preguntar por su marido, el señor Henry Wilt. Está dando clases aquí de Cultura Británica.
—Ah, ¿el señor Wilt? He oído hablar de él a la capitana Clodiak —dijo el teniente, expansivo—. Ella asiste a su curso y dice que es muy bueno. No hay problema. Localizaré al oficial de Educación.
—¿Qué te dije? —dijo Mavis cuando él volvió a la sala de guardia—. Ella dice que es muy bueno. Me pregunto en qué está siendo muy bueno Henry en estos momentos.
Eva apenas la escuchaba. Cualquier duda que le quedase de que Henry la había estado engañando se había esfumado, y miraba a

través de la alambrada a los edificios prefabricados y a las casas parduscas con el sentimiento de que estaba viendo su vida futura, gris y triste. Henry se había fugado con alguna mujer, quizá esa misma capitana Clodiak, y ella tendría que criar sola a las cuatrillizas y ser pobre y entrar en la categoría de... ¿familia de madre sola? Pero sin un padre no había familia y ¿dónde iba a conseguir dinero para mantener a las niñas en el colegio? Tendría que ir a la Seguridad Social y hacer cola con todas aquellas mujeres... No podría. Se pondría a trabajar. Haría cualquier cosa para... Las imágenes de su mente, imágenes de vacío y de su propia fortaleza, fueron interrumpidas por el regreso del teniente. Sus maneras habían cambiado.

—Lo siento —dijo bruscamente—, ha habido un error. Les aseguro que lo siento. Ahora, por favor, váyanse. Tenemos que seguir con el ejercicio de seguridad.

—¿Un error? ¿Qué error? —dijo Mavis, reaccionando a su brusquedad con todo su odio reprimido—. Usted dijo que el marido de la señora Wilt...

—Yo no dije nada —dijo el teniente y, volviéndose, ordenó que la barrera fuese levantada para permitir que pasara un camión.

—¡Vaya! —dijo Mavis furiosa—. ¡Qué desfachatez! En mi vida he oído una mentira tan descarada. Oíste lo que dijo hace un momento y ahora...

Pero Eva ya estaba avanzando con una nueva determinación. Henry estaba en el campamento. Ahora lo sabía. Había visto la cara del teniente, su cambio de expresión, la frialdad que había mostrado, tan en contraste con sus maneras anteriores, y lo había sabido. Sin pensarlo, avanzó hacia la gris vida sin Henry, hacia aquel desierto más allá de la barrera. Iba a encontrarlo y a explicarse con él. Una figura se interpuso en su camino y trató de detenerla. Hubo una agitación de brazos y él cayó. Otros tres hombres, sólo figuras en su mente, la sujetaron y la hicieron retroceder. Desde alguna distancia oyó a Mavis que gritaba «No cedas, no cedas». Ella no cedió, y al momento siguiente estaba en el suelo con dos hombres de pie a su lado y un tercero que le sacudía el brazo.

Tres minutos más tarde, con el cuero de sus zapatos raspado y las medias rotas, era arrastrada al otro lado de la barrera y dejada en la carretera. Y durante todo ese tiempo no emitió el menor sonido, excepto su respiración anhelante. Estuvo sentada allí un momento y después se puso de rodillas y miró hacia el campamento con una intensidad que era más peligrosa por sus implicaciones que su breve batalla con los guardias.

—Señora, no tiene usted derecho a entrar aquí. Está buscándose problemas —dijo el teniente.

Eva no dijo palabra. Se puso de pie desde su posición arrodillada y volvió al coche.
—Eva, querida, ¿estás bien? —preguntó Mavis.
Eva asintió y dijo:
—Sólo llévame a casa.
Por una vez Mavis nada tuvo que decir. La fuerza de la voluntad de Eva no necesitaba palabras.

Wilt sí las necesitaba. Con el tiempo corriendo en su contra, Glaushof había recurrido a una nueva forma de interrogatorio. Al no poder utilizar métodos más contundentes, se había decidido por lo que consideraba una técnica sutil. Como implicaba la colaboración de la señora Glaushof con una panoplia que Glaushof y quizá el propio teniente Harah habían encontrado tan seductora —botas altas, liguero, y un sostén que le dejaba los pezones al aire figuraban entre los puntos culminantes en la erótica de Glaushof—, Wilt, que había sido metido de nuevo en un coche y llevado a la casa de Glaushof, se encontró de pronto tumbado en una cama en forma de corazón vestido con la bata del hospital y confrontado con una aparición en negro, rojo y algunos toques de rosa. Las botas eran negras, el liguero y las bragas eran rojos y el sostén era negro con franjas rosa. El resto de la señora Glaushof era, gracias a su frecuente uso de una lámpara solar, muy moreno y completamente ebrio. Desde que Glausie, como ella le llamaba, le había reprochado violentamente que compartiera sus encantos con el teniente Harah, ella había estado dándole al whisky. También se había bebido una botella de Chanel número 5 o se la había echado por encima. Wilt no podía decidirse. Y tampoco lo deseaba. Ya era suficiente estar enclaustrado (la palabra parecía singularmente inapropiada a las circunstancias) con aquella prostituta alcohólica que le decía que la llamara Mona.
—¿Cómo? —dijo Wilt.
—Mona, nene —dijo la señora Glaushof, lanzándole el aliento de whisky a la cara y acariciándole la mejilla.
—Yo no soy su nene —dijo Wilt.
—Oh, pero querido, tú eres justo lo que mamá necesitaba.
—Y usted no es mi madre —dijo Wilt, que deseaba con toda su alma que lo fuera. Su madre llevaba muerta diez años.
La mano de la señora Glaushof se paseó por su cuerpo.
—Mierda —dijo Wilt.
Ese maldito veneno estaba empezando a actuar de nuevo.
—Así está mejor, nene —murmuró la señora Glaushof cuando vio la erección de Wilt—. Yo y tú vamos a pasarlo muy bien.
—Tú y yo —dijo Wilt, buscando frenéticamente consuelo en la sintaxis

correcta—, y debe usted tener en cuenta... ¡Ooh!
—¿Va a ser bueno el nene ahora con su mamá? —preguntó la señora Glaushof, deslizando la lengua entre los labios de Wilt. El trató de enfocar sus ojos y lo encontró imposible. También encontró imposible responder sin aflojar los dientes y la reptiliana lengua de la señora Glaushof, con el gusto que tenía a alcohol y tabaco, estaba explorando laboriosamente sus encías, de manera que cualquier movimiento que pudiera permitirle avanzar más era de todo punto desaconsejable. Por un momento de locura cruzó por su mente la idea de morder esa horrible cosa, pero considerando lo que ella tenía en la mano, las consecuencias eran imprevisibles. En lugar de eso, trató de concentrarse en cosas menos tangibles. ¿Qué demonios estaba haciendo acostado en una cama capitoné con una mujer ninfómana agarrándole los testículos, cuando hacía sólo media hora un maníaco homicida le había estado amenazando con esparcir sus sesos por el techo con un 38 a menos que le hablara de la bomba binaria? No tenía ni el menor atisbo de sentido pero, antes de que pudiera llegar a cualquier conclusión, la señora Glaushof había abandonado sus investigaciones.
—El nene me está excitando —gimió, y enseguida le mordió en el cuello.
—Mejor así —dijo Wilt, tomando nota mental de lavarse los dientes lo antes posible—. El hecho es que yo...
La señora Glaushof le pellizcó en las mejillas.
—Botón de rosa —lloriqueó.
—¿Botón de rosa? —dijo Wilt con dificultad.
—Tu boca es como un botón de rosa —dijo la señora Glaushof, clavándole las uñas en las mejillas—, un encantador botón de rosa.
—No sabe así —dijo Wilt, y enseguida se arrepintió.
La señora Glaushof se había subido encima de él, que se enfrentaba con un pezón rodeado de encaje rosa.
—Mámale a mami —dijo la señora Glaushof.
—Joder —dijo Wilt.
Todo posterior comentario fue ahogado por el pezón y el pecho de la señora Glaushof que paseaba como un guardia por su rostro. Cuando la señora Glaushof apretó, Wilt comenzó a asfixiarse.
En el cuarto de baño contiguo, Glaushof estaba teniendo el mismo problema. Mirando a través del falso espejo que había instalado para observar a la señora Glaushof colocarse toda la panoplia de sus fantasías mientras él se bañaba, había comenzado a lamentar su nueva táctica. Desde luego, no era sutil. La maldita mujer había ido demasiado lejos. El patriotismo de Glaushof le inducía a suponer que su esposa cumplía con su deber seduciendo a un espía soviético, pero no había esperado que lo violase. Y lo que era aún peor, ella gozaba

con el asunto.
Glaushof no gozaba. Rechinando los dientes, miraba lívido a través del espejo y trataba de no pensar en el teniente Harah. Eso no le ayudó. Al final, desesperado con el pensamiento de que el teniente había yacido en esa misma cama, mientras Mona le dedicaba las mismas atenciones que él estaba ahora presenciando, Glaushof salió a la carga del baño.
—Por el amor de Dios —gritó desde el rellano—, te he dicho que ablandes a ese hijo de puta, no que lo excites.
—¿Y qué hay de malo? —dijo la señora Glaushof, en el proceso de cambiar de pezón—. ¿Crees que no sé lo que estoy haciendo?
—Yo sí quisiera saberlo —graznó Wilt, aprovechando la oportunidad de inhalar un poco de aire.
La señora Glaushof salió a gatas de encima de él y se dirigió a la puerta.
—No, no lo sabes —dijo Glaushof—, creo que eres...
—Vete a tomar por culo —aulló la señora Glaushof—. Ese tío se trempó por mí.
—Ya lo veo —dijo Glaushof malhumorado—, y si piensas que eso es ablandarle, estás loca como una cabra.
La señora Glaushof se quitó una bota.
—¿Que estoy loca? —gritó, y lanzó la bota a su cabeza con sorprendente tino—. ¿Qué sabe un viejo como tú de estar loco? No se te pondría tiesa si no llevara botas altas nazis. —La segunda bota atravesó el umbral—. Tengo que vestirme como si fuera Hitler antes de que tú tengas un vago parecido con un hombre. Este tío tiene una polla que es el monumento a Washington comparada con la tuya.
—Escucha —gritó Glaushof—, deja en paz mi polla. Ese que tienes ahí es un agente comunista. ¡Es peligroso!
—¿No me digas? —dijo la señora Glaushof liberándose ahora del sujetador—. ¿De verdad?
—No, no lo soy —dijo Wilt, deslizándose fuera de la cama.
La señora Glaushof se deshizo del liguero.
—Te estoy diciendo que te podrías meter en un lío —dijo Glaushof. Se había refugiado contra los misiles a la vuelta del pasillo.
—Adelante los líos —gritó la señora Glaushof, dio un portazo, y cerró la puerta con llave. Antes de que Wilt pudiera moverse había tirado la llave por la ventana y se dirigía hacia él—. Plaza Roja, aquí estoy.
—Yo no soy la Plaza Roja. No sé por qué todo el mundo se empeña en eso —comenzó Wilt, pero la señora Glaushof no se dedicaba al pensamiento. Con una agilidad que le cogió totalmente de sorpresa, le lanzó otra vez a la cama y se arrodilló sobre él.
—Mimitos, nene —maulló y esta vez no había error posible. Enfrentado con esta horrible perspectiva, Wilt se agarró a la

advertencia de Glaushof de que era un hombre peligroso y le clavó los dientes en el muslo. En el baño, Glaushof casi le vitoreó.

—¿Que dé una contraorden? ¿Que dé una contraorden? ¿Me está diciendo usted que dé una contraorden? —dijo el general Belmonte bajando varios decibelios en su incredulidad—. Tenemos una situación de agente enemigo infiltrado con posibles implicaciones de bombardeo ¿y me dice usted que dé una contraorden?
—Se lo pido, mi general —dijo el coronel amablemente—. Sólo le estoy diciendo que las consecuencias políticas podrían ser desastrosas.
—Que mi base salte por culpa de un maldito fanático también es desastroso y no voy a tolerarlo —dijo el general—. No, señor, no teniendo miles de inocentes del personal de servicio estadounidense y sus familias sobre mi conciencia. El mayor Glaushof ha manejado la situación de manera absolutamente correcta. Nadie sabe que tenemos a ese cabrón y, por lo que a mi respecta, puede maltratarlo si es necesario. No voy a...
—Perdone, señor —interrumpió el coronel—, un cierto número de personas sabe que tenemos a ese hombre. La policía británica llamó preguntando por él. Y una señora que decía ser su mujer tuvo que ser expulsada de la puerta principal. Ahora, si quiere usted que los medios de comunicación se hagan con...
—¿Los medios de comunicación? —rugió el general—. No mencione esa jodida palabra en mi presencia. Le he dado a Glaushof una directiva número uno, máxima prioridad, no debe haber intervención de los medios de comunicación y no voy a dar una contraorden para esto.
—No le estoy sugiriendo que lo haga. Lo que digo es que en la manera en que Glaushof está llevando la situación, nos podemos encontrar con un asalto de los medios de comunicación que lo transmitirían a todo el mundo.
—Mierda —dijo el general, estremeciéndose al pensarlo. Ya podía ver en su mente las cámaras de televisión montadas sobre camiones en el exterior de la base. Habría incluso mujeres. Apartó su mente de esta visión del infierno—. ¿Qué es lo que está haciendo mal Glaushof?
—Es demasiado estricto —dijo el coronel—. Las medidas de seguridad atraen la atención sobre el hecho de que tenemos un problema. Eso por un lado. Yo calmaría la situación actuando de manera normal. En segundo lugar, estamos reteniendo un súbdito británico y, si ha dado usted permiso al mayor para hacerle hablar, me imagino que...
—Yo no le di permiso para hacer una cosa así. Yo le di... bueno, creo que le dije que le interrogara... —Hizo una pausa e intentó la

camaradería—. Demonios, Joe, Glaushof puede ser un imbécil, pero ha conseguido que confiese que es un agente comunista. Esto tienes que concedérselo.
—Esa confesión es un absurdo. Lo he verificado y ha resultado una afirmación negativa —dijo el coronel, utilizando la jerga del general para ablandarlo.
—Afirmación negativa —dijo el general, evidentemente impresionado —. Eso es serio. No tenía ni idea.
—Exactamente, señor. Por eso estoy solicitando una desescalada inmediata de las directivas de seguridad. También quiero que ese hombre, Wilt, sea puesto bajo mi autoridad para un interrogatorio adecuado.
El general Belmonte consideró la petición casi racionalmente.
—Si no tiene relación con Moscú, ¿de qué se trata?
—Eso es lo que la Central de Información intenta descubrir —dijo el coronel.
Diez minutos más tarde el coronel Urwin salía del Centro de Control de la base aérea muy satisfecho. El general había ordenado el levantamiento de las medidas de seguridad y Glaushof había sido relevado de su derecho de custodia del prisionero.
Teóricamente.

En la práctica, sacar a Wilt de la casa de Glaushof había sido algo más difícil. Habiendo visitado el edificio de Seguridad y enterado de que Wilt había sido sacado, todavía aparentemente indemne, para ser interrogado en la casa de Glaushof, el coronel se había dirigido allí con dos sargentos para descubrir que «indemne» ya no era correcto. Terribles sonidos procedían del piso de arriba.
—Suena como si algunos se lo estuvieran pasando de miedo —dijo uno de los sargentos mientras la señora Glaushof amenazaba con castrar a algún cabrón tan pronto como hubiera dejado de desangrarse y por qué algún otro gilipollas no abría esa jodida puerta para que ella pudiera salir. Al fondo se podía oír a Glaushof diciéndole quejumbrosamente que se tranquilizara, que él abriría la puerta, y no tenía que hacer saltar la cerradura a tiros y que por favor dejara de cargar ese jodido revólver.
La señora Glaushof replicó que no pensaba disparar a la cerradura, que tenía otros objetivos en mente, como él y ese jodido agente comunista que la había mordido y que ellos no iban a vivir para contarlo, al menos cuando ella hubiera llenado ese jodido cargador y por qué esas jodidas balas no entraban de la manera en que debían entrar. Por un instante, el rostro de Wilt apareció en la ventana, para desaparecer cuando una lámpara de mesilla, completa, con su

enorme pantalla, rompió el cristal y quedó colgada patas arriba por el cordón.
El coronel Urwin estudió la situación con horror. El lenguaje de la señora Glaushof era ya bastante enloquecido, pero la pantalla, recubierta con un collage de imágenes sadomasoquistas recortadas de revistas, fotos de gatitos en cestos y perritos de juguete, sin mencionar los corazones y las flores, era tan desagradable que casi le dejó paralizado.
Esa acción tuvo el efecto opuesto en Glaushof. Menos preocupado por la probabilidad de que su mujer borracha asesinase a un espía soviético con un 38, que estaba tratando de cargar con lo que él esperaba fuese munición de 9 mm, que con la perspectiva de que toda la casa quedase patas arriba y su peculiar contenido revelado a los vecinos, abandonó la relativa seguridad del cuarto de baño y cargó contra la puerta del dormitorio. No era un buen momento. Tras haber eliminado toda esperanza que Wilt pudiera tener de escapar por la ventana, la señora Glaushof había cargado finalmente el revólver y apretado el gatillo. El tiro atravesó la puerta, el hombro de Glaushof y uno de los tubos de la complicada jaula del hámster en el muro de la escalera antes de incrustarse en la moqueta.
—¡Jesucristo! —gimió Glaushof—, lo decías en serio. Realmente lo decías en serio.
—¿Qué ha pasado? —dijo la señora Glaushof, casi igual de sorprendida por las consecuencias de simplemente apretar un gatillo, aunque también menos afectada—. ¿Qué dices?
—Oh, Dios —gimió Glaushof, ahora caído en el suelo.
—¿Crees que no puedo disparar sobre la jodida cerradura? —preguntó la señora Glaushof—. ¿Crees eso? ¿Crees que no puedo?
—No —aulló Glaushof—. No creo eso. Jesús, me estoy muriendo.
—Hipocondríaco —gritó la señora Glaushof, evidentemente aludiendo a una vieja querella doméstica—. Quítate de ahí, voy a salir.
—Por lo que más quieras —suplicó Glaushof mirando el agujero que había hecho en la puerta junto a uno de los goznes—, no apuntes a la cerradura.
—¿Por qué no? —preguntó la señora Glaushof.
No era una pregunta que Glaushof pudiera responder. En un último intento de escapar a las consecuencias del siguiente tiroteo, rodó de lado y cayó por la escalera. Cuando llegó al final, incluso la señora Glaushof estaba preocupada.
—¿Estás bien, Glausie? —preguntó, y simultáneamente apretó el gatillo.
Y cuando el segundo disparo hizo un agujero en un sillón de plástico estilo Liberace, Wilt entró en acción. Sabiendo que su próximo disparo podía hacerle a él lo que ya le había hecho a Glaushof y al

sillón, agarró un taburete cubierto de piel rosa y la golpeó con él en la cabeza.

—Macho —balbució la señora Glaushof, impropia hasta el final, y cayó al suelo.

Por un momento, Wilt dudó. Si Glaushof todavía estaba vivo, y por el ruido de cristales rotos que oía abajo parecía que sí lo estaba, no tenía sentido intentar romper la puerta. Wilt se dirigió a la ventana.

—Arriba las manos —gritó un hombre abajo.

Wilt levantó las manos. Miraba abajo a cinco hombres uniformados rodilla en tierra tras sus fusiles. Esta vez no había duda de a quién apuntaban.

CAPITULO XXI

—La lógica exige —dijo el señor Gosdyke— que miremos este problema racionalmente. Sé que es difícil, pero hasta que no tengamos pruebas decisivas de que su esposo está siendo retenido en Baconheath contra su voluntad, no existe la menor acción legal que podamos emprender. ¿Entiende usted?

Eva miró a la cara del abogado y lo único que entendía era que estaba perdiendo el tiempo. Había sido idea de Mavis consultar al señor Gosdyke antes de hacer alguna locura. Eva sabía lo que significaba «locura». Significaba tener miedo de correr riesgos reales haciendo algo efectivo.

—Después de todo —había dicho Mavis cuando volvían—, puedes solicitar una orden del juez o un habeas corpus o algo así. Es mejor enterarse.

Pero ella no necesitaba enterarse. Ya sabía que el señor Gosdyke no la creería y que hablaría de pruebas y lógicas. Como si la vida fuera lógica. Eva nunca supo lo que significaba esa palabra, excepto que siempre producía en su mente la imagen de un tren en marcha del que no había manera de bajarse y que corría por el campo abierto como un caballo desbocado. Y en cualquier caso, cuando uno llegaba a una estación, todavía tenía que andar hasta donde quería ir realmente. Ésa no era la manera en que la vida funcionaba o que la gente se comportaba cuando las cosas eran realmente desesperadas. Ni siquiera la manera en que funcionaba la ley, cuando enviaba a la gente a prisión sólo porque era distraída y vieja, como la señora Reeman, que había salido del supermercado con un frasco de cebollitas en vinagre y ella nunca comía encurtidos. Eva lo sabía porque la había ayudado en la Comida de los Ancianos y la anciana había dicho que nunca probaba el vinagre. No, la verdadera razón había sido que tenía un pequinés llamado Encurtido y se había muerto un mes antes. Pero la ley no había visto esto, igual que el señor Gosdyke no podía comprender que ella ya tenía la prueba de que Henry estaba en la base aérea, porque él no había estado allí cuando los modales del oficial habían cambiado tan bruscamente.

—¿Así que usted nada puede hacer? —dijo, mientras se ponía de pie.

—No, a menos que pueda usted obtener la prueba de que su esposo está allí en contra de... —Pero Eva ya había traspasado la puerta y había cortado los sonidos de esas palabras vanas. Bajó las escaleras y salió a la calle y encontró a Mavis que la estaba esperando en la cafetería Mombasa.

—Bien, ¿te dio algún consejo? —preguntó Mavis.
—No —dijo Eva—, sólo dijo que nada se podía hacer sin pruebas.
—Quizá Henry te telefonee esta noche. Ahora que sabe que has estado allí y ellos deben de habérselo dicho... —Eva negó con la cabeza.
—¿Por qué iban a decírselo?
—Mira Eva, he estado pensando —dijo Mavis—, Henry te ha estado engañando durante seis meses. Ahora sé lo que vas a decir, pero no puedes negarlo.
—No me ha estado engañando en el sentido que tú dices —dijo Eva— Lo sé.
Mavis suspiró. Era tan difícil hacer comprender a Eva que los hombres eran todos iguales, incluso uno sexualmente subnormal como Wilt.
—Ha estado yendo a Baconheath todos los viernes por la tarde y te decía todo el tiempo que era su trabajo en la prisión. Tienes que admitir eso, ¿no?
—Supongo que sí —dijo Eva y pidió té.
No estaba de humor para algo extranjero como el café. Los estadounidenses tomaban café.
—Lo que tienes que preguntarte a ti misma es por qué no te dijo adonde iba.
—Porque no quería que yo lo supiera —dijo Eva.
—¿Y por qué no quería que lo supieras?
Eva no respondió.
—Porque ha estado haciendo algo que no te gustaría. Y todos sabemos qué es lo que los hombres piensan que a sus mujeres no les gustaría, ¿verdad?
—Yo conozco a Henry —dijo Eva.
—Claro que lo conoces, pero ninguno de nosotras sabe realmente cómo son incluso los que tenemos más cerca.
—Tú sabías muy bien que Patrick perseguía a otras mujeres —dijo Eva, contraatacando—. Siempre estabas hablando de que te era infiel. Por eso le diste esas píldoras de esteroides de la horrible doctora Kores, y ahora todo lo que hace es estar sentado delante de la tele.
—Sí —dijo Mavis, maldiciéndose a sí misma por haber mencionado alguna vez ese hecho—. De acuerdo, pero tú decías que Henry no era muy vigoroso sexualmente. Y en cualquier caso eso sólo demuestra lo que estoy diciendo. Yo no sé lo que la doctora Kores puso en esa pócima que te dio...
—Moscas —dijo Eva.
—¿Moscas?
—Moscas de España cantáridas. Eso es lo que dijo Henry. Dijo que podría haberlo matado.

—Pero no lo mató —dijo Mavis—. Lo que trato de expresar es que la razón de que no fuera un campeón podía ser...
—El no es un perro, sabes —dijo Eva,
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Ser un campeón. Hablas de él como si fuera algo en un circo.
—Sabes muy bien lo que quiero decir.
Fueron interrumpidas por la llegada del té.
—Lo único que digo —continuó Mavis cuando se fue la camarera— es que lo que tú considerabas falta de vigor en Henry...
—Dije que no era muy activo. Eso es lo que dije —replicó Eva.
Mavis revolvió su café y trató de mantener la calma.
—Puede ser que no te desease, querida —dijo finalmente—, porque en los últimos seis meses ha estado pasando cada noche del viernes en la cama con alguna estadounidense de servicio en esa base aérea. Eso es lo que estaba tratando de decirte.
—Si hubiera sido así —dijo Eva, indignada—, no veo cómo podría haber vuelto a casa a las diez y media, si estaba dando clases además. Él nunca salía de casa antes de las siete y lleva tres cuartos de hora por lo menos llegar allí. Dos veces tres cuartos de hora...
—Una hora y media —dijo Mavis, cortante—. Eso nada demuestra. Podía haber dado una clase de una.
—¿De una?
—De una persona, Eva, querida.
—No está permitido tener sólo una persona en una clase —dijo Eva—. En la escuela no. Si no tienen al menos diez...
—Bien, Baconheath puede ser diferente —dijo Mavis—, y en cualquier caso, siempre hay apaños. Yo apuesto a que esa enseñanza de Henry consistía en quitarse la ropa y...
—Lo que demuestra qué poco sabes de él —interrumpió Eva—. ¡Henry quitándose la ropa delante de otra mujer! No llegará el día. Es demasiado tímido.
—¿Tímido? —preguntó Mavis, y estuvo a punto de decir que no había sido tan tímido con ella la otra mañana. Pero la peligrosa mirada que había vuelto al rostro de Eva la hizo cambiar de opinión. Todavía la tenía diez minutos después, cuando salieron al aparcamiento para recoger a las cuatrillizas en el colegio.

—Bien, empecemos desde el principio —dijo el coronel Urwin—. Dice usted que no disparó sobre el mayor Glaushof.
—Claro que no —dijo Wilt—. ¿Para qué iba hacer una cosa como ésa? Ella estaba intentando romper la cerradura de la puerta.
—Ésa no es la versión que tengo aquí —dijo el coronel, refiriéndose a un expediente que había sobre el escritorio ante él—, según esto

usted intentó violar oralmente a la señora Glaushof y cuando ella se negó a cooperar la mordió en una pierna. El mayor Glaushof trató de intervenir echando la puerta abajo y usted le disparó a través de ella.
—¿Qué la violé oralmente? —dijo Wilt—, ¿qué demonios significa eso?
—Prefiero no pensarlo —dijo el coronel con un estremecimiento.
—Escuche —dijo Wilt—, si alguien estaba siendo violado oralmente era yo. No sé si usted ha estado alguna vez en estrecha proximidad con la crica de esa mujer, pero yo sí y puedo decirle que la única salida era morder a esa bruja.
El coronel Urwin trató de borrar esa espantosa imagen. En su expediente de seguridad decía «altamente heterosexual», pero había límites y la crica de la señora Glaushof estaba incuestionablemente fuera de ellos.
—Eso no casa exactamente con su declaración de que estaba intentando escapar de la habitación rompiendo la cerradura con un 38, ¿verdad? ¿Le importaría explicarme por qué estaba haciendo eso?
—Yo le dije que estaba intentando..., bueno, ya le he dicho lo que estaba tratando de hacer cuando la mordí para salvarme. Fue entonces cuando se volvió loca y fue por el revólver.
—Pero eso sigue sin explicar por qué estaba cerrada la puerta y ella tuvo que disparar a la cerradura. ¿Está usted diciendo que el mayor Glaushof la cerró?
—Ella lanzó la maldita llave por la ventana —dijo Wilt cansado—, y si no me cree, vaya a buscarla allá fuera.
—¿Porque ella lo encontró tan deseable que quería violarlo... oralmente? —dijo el coronel.
—Porque estaba borracha.
El coronel se puso de pie y consultó el grabado de caza en busca de inspiración. No era fácil de encontrar. La única cosa que parecía cierta era que la horrible esposa de Glaushof estaba borracha.
—Lo que todavía no entiendo es por qué estaba usted allí, en primer lugar.
—¿Y cree usted que yo lo sé? —dijo Wilt—. Yo vine aquí el viernes por la noche para dar una clase y lo siguiente que sucedió fue que me gasearon, inyectaron, vistieron con una cosa de esas con las que operan, me llevaron allí en coche con una manta por la cabeza y me hicieron preguntas demenciales sobre transformadores de radio en mi coche...
—Transmisores —rectificó el coronel.
—Lo que sea —dijo Wilt—. Y dijo que si no confesaba ser un espía soviético o un fanático chiíta musulmán me iba a esparcir los sesos por el techo. Y eso era sólo para empezar. Después me encontré en un horrible dormitorio con una mujer vestida como una prostituta que tira las llaves por la ventana y me mete sus tetas en la boca y luego

amenaza con asfixiarme con el coño. ¿Y usted me pide una explicación? —Se arrellanó en el asiento y suspiró desalentado.
—Eso todavía no...
—Oh, por el amor de Dios —dijo Wilt—. Si quiere que le expliquen esta demencia, vaya a preguntarle a ese maníaco homicida del mayor. Yo ya estoy harto.
El coronel se levantó y fue hasta la puerta.
—¿Qué le parece? —preguntó al capitán Fortune, que estaba sentado con un técnico, grabando la conversación.
—Tengo que decir que me convence —dijo Fortune—. Esa Mona Glaushof jodería con una mofeta si no tuviera otra cosa a mano.
—Desde luego —dijo el técnico—. Ha estado utilizando al teniente Harah como un vibrador humano.
—Dios mío —dijo el coronel—, y Glaushof está encargado de Seguridad. ¿Por qué ha dejado a esa Mona Mesalina suelta con ese tipo?
—Tiene un falso espejo en el baño —dijo el capitán—. Se excita mirando por él.
—¿Un falso espejo en el baño? Ese cabrón debería de ponerse enfermo viendo a su mujer joder con un tío al que consideran un espía soviético.
—Quizá pensaba que los soviéticos tienen una técnica diferente. Algo que pudiera aprender —dijo el técnico.
—Quiero que busquen esa llave en el exterior de la casa —dijo el coronel, y salió al pasillo.
—¿Bien? —preguntó.
—Nada encaja —dijo el capitán —. Ese cabo no es un tonto en electrónica. Está seguro de que el equipo que vio en el coche era británico. Definitivamente no era soviético. No se tiene constancia de que haya sido utilizado antes.
—¿Está usted sugiriendo que estaba vigilado por la Seguridad británica?
—Es una posibilidad.
—Lo sería si no hubiera exigido la presencia del MI5 en el momento que Glaushof comenzó a presionarle —dijo Urwin—. ¿Ha oído usted alguna vez que un agente de Moscú reclamara la Inteligencia británica cuando lo descubren? Yo no.
—Entonces volvemos a la teoría de que los británicos estaban realizando un ejercicio sobre los sistemas de seguridad de la base. Es la única cosa que tiene sentido.
—Nada tiene sentido para mí. Si hubiera sido una comprobación de rutina, a esta hora ya lo habrían rescatado, ¿Y por qué no lo ha dicho? Es inútil seguir con eso. Tenemos los transmisores y el hecho de que Clodiak dice que estaba nervioso y agitado durante la clase.

Eso indica que no es un experto y no creo que ni siquiera sepa que su coche estaba siendo seguido. ¿Qué sentido tiene entonces?

—¿Quiere usted que lo interrogue? —preguntó el capitán.

—No, continuaré yo. Mantenga la cinta en marcha. Necesitaremos alguna ayuda.

Volvió a su despacho y encontró a Wilt tumbado en el sofá completamente dormido.

—Sólo unas pocas preguntas más, señor Wilt —dijo.

Wilt le miró atontado y se sentó.

—¿Qué preguntas?

El coronel tomó una botella de un armario.

—¿Quiere un whisky?

—Quiero irme a casa —dijo Wilt.

CAPITULO XXII

En la comisaría de Ipford, el inspector Flint estaba saboreando su triunfo.
—Todo está ahí, señor —le dijo al comisario, indicando una pila de expedientes sobre la mesa—. Y es algo local. Swannell hizo el contacto en unas vacaciones de esquí en Suiza. Un lugar muy limpio y agradable, Suiza. Y naturalmente dice que fue el italiano quien le abordó. Dice que le amenazó, y claro, Clive es un tipo nervioso, como usted sabe.
—Nunca lo hubiera dicho —dijo el comisario—, casi conseguimos pescarlo por una tentativa de asesinato hace tres años. Se libró porque el tipo al que aterrorizó no quiso presentar cargos.
—Era una ironía, señor —dijo Flint—. Sólo estaba contando la historia que él contó.
—Continúe. ¿Cómo fue?
—En realidad sencillo —continuó Flint—, nada demasiado complicado. Primero tenían que tener un correo que no supiera lo que estaba haciendo. Así que asustaron a Ted Lingon. Le amenazaron con echarle ácido nítrico en la cara si no cooperaba en los viajes de sus autobuses al continente. O ésa es su versión. En cualquier caso, tiene un viaje regular a la Selva Negra con paradas para dormir. La mercancía se carga en Heidelberg sin que lo sepa el conductor, viene por Ostende y el ferry nocturno de Dover y, a medio camino de la travesía, uno de la tripulación tira la mercancía por la borda. Siempre por la noche para que nadie lo vea. Es recogida por un amigo de Annie Mosgrave que está por allí en su yate de lujo y...
—Espere un momento —dijo el comisario—. ¿Cómo puede encontrar alguien un cargamento de heroína en medio del canal y por la noche?
—Con el mismo sistema que Hodge ha utilizado para seguir a Wilt. La mercancía está en una gran caja con una boya y una señal de radio que comienza a emitir en el momento en que toca el agua. El tipo la localiza, la sube a bordo y la lleva a una boya de referencia en el estuario y la deja allí para que un hombre rana la recoja, cuando el yate está de nuevo en el puerto.
—Parece un sistema arriesgado de hacer las cosas —dijo el comisario —, yo no confiaría en las mareas y en las corrientes con esa cantidad de dinero en juego.
—Oh, hicieron bastantes viajes de prácticas para sentirse seguros, y el atarlo a la cadena de la boya de referencia hacía más fácil esa parte —dijo Flint—. Y después se repartía en tres direcciones con los

tipos de Hong Kong en Londres, y Roddie Eaton en este área y Edimburgo.
El comisario estudió sus uñas y consideró las implicaciones del descubrimiento de Flint. En conjunto parecían enteramente satisfactorias, pero tenía la desagradable impresión de que los métodos del inspector no parecerían tan bien en el tribunal. De hecho era mejor no detenerse mucho en ellos. Se podía confiar en que la defensa se los revelaría en detalle al jurado. Amenazas a prisioneros en el calabozo, acusaciones de asesinato que nunca se realizaron... Por otro lado, si Flint había tenido éxito, ese idiota de Hodge se hundiría. Eso valía algunos riesgos.
—¿Está usted seguro de que Swannell y el resto no le han estado engañando? —preguntó—. Quiero decir que no dudo de usted ni nada parecido, pero si seguimos adelante ahora y se retractan de sus declaraciones en el juicio, lo cual van a hacer...
—No me estoy apoyando en sus declaraciones —dijo Flint—. Hay pruebas definitivas. Creo que cuando se concedan las órdenes de registro encontraremos suficiente heroína y Fluido Embalsamador en sus viviendas y ropas para satisfacer al laboratorio. Tienen que haber dejado caer algo cuando repartían los paquetes, ¿no es verdad?
El comisario no respondió. Había algunas cosas que prefería no saber, y las acciones de Flint eran lo suficientemente dudosas para no tranquilizarle. No obstante, si el inspector había roto una red de droga, el jefe de la policía y el ministro del Interior estarían satisfechos, y tal como estaba en esos días el crimen organizado, no tenía sentido ser demasiado escrupulosos.
—De acuerdo —dijo por fin—, pediré las órdenes.
—Gracias, señor —dijo Flint, y se volvió para irse.
Pero el comisario le detuvo.
—Acerca del inspector Hodge —dijo—. Entiendo que ha estado siguiendo una línea diferente de investigación.
—Las bases aéreas estadounidenses —dijo Flint—. Se le ha metido en la cabeza que de ahí es de donde viene la droga.
—En tal caso será mejor que le llame.
Pero Flint tenía en mente otros planes.
—Si me permite una sugerencia, señor —dijo—, el hecho de que la Brigada de Estupefacientes apunte en la dirección equivocada tiene sus ventajas. Quiero decir que Hodge distrae la atención de nuestras investigaciones y sería una lástima dar una señal de alarma hasta que no hayamos hecho las detenciones. De hecho, podría ayudar el animarle un poco.
El comisario le miró dudoso. Lo último que necesitaba el jefe de la Brigada de Estupefacientes era que le animaran. Ya estaba bastante loco. Por otra parte...

—¿Y cómo debería animársele exactamente?
—Supongo que podría usted decir que el jefe de policía cuenta con un arresto inminente —dijo Flint—. Después de todo, es la verdad.
—Sí, se podría decir eso —dijo el comisario, con tono cansado—, de acuerdo, pero más vale que esté usted en lo cierto en su propio caso.
—Así será, señor —dijo Flint, y salió de la habitación.
Bajó hasta el coche, donde el sargento Yates le estaba esperando.
—Las órdenes de registro están en marcha —dijo—. ¿Ha conseguido el material?
El sargento Yates asintió y señaló un paquete de plástico en el asiento de atrás.
—No pude conseguir mucho —dijo—, Runkie dijo que no teníamos derecho. Tuve que decirle que lo necesitábamos para una comprobación de laboratorio.
—Eso es lo que va a ser —dijo Flint—. ¿Y es todo del mismo lote?
—Absolutamente.
—No hay problemas entonces —dijo Flint mientras arrancaban—, miraremos primero en el autobús de Lingon. Y luego en el barco de Swannell y en el jardín trasero y dejaremos suficiente para que los del laboratorio lo encuentren.
—¿Y qué hay de Roddie Eaton?
Flint tomó un par de guantes de algodón de su bolsillo.
—Creo que luego los dejaremos en su basura —dijo—. Los usaremos primero en el autocar. No es necesario molestarse en ir a casa de Annie. Seguro que hay algo allí de todos modos, y además, el resto de ellos tratarán de conseguir sentencias menores señalándola con el dedo. Todo lo que necesitamos es tres de esos tipos declarados culpables y enfrentándose a una condena de veinte años, y arrastrarán a los demás a la mierda con ellos.
—Es un sucio método de hacer el trabajo de policía —dijo Yates tras una pausa—. Plantando pruebas y todo eso.
—Oh, no lo sé —dijo Flint—. Nosotros sabemos que son traficantes, ellos lo saben y todo lo que hacemos es darles un poco de su propia medicina. Homeopatía lo llamo yo.

No era así como el inspector Hodge hubiera descrito su propio trabajo. Su interés obsesivo por las extraordinarias actividades domésticas de los Wilt se había visto agravado alarmantemente por los ruidos provenientes de los micrófonos instalados en el techo. La culpa era de las cuatrillizas. Enviadas a sus habitaciones por Eva, que quería quitárselas de encima con el fin de poder pensar en Henry, se habían vengado poniendo discos de Heavy Metal a unos cien vatios por canal. Desde donde estaban Hodge y Runk, sentados en el coche,

sonaba como si el 45 de la avenida Oakhurst estuviese estallando por una serie sin fin de explosiones rítmicas.
—¿Pero qué coño es eso? —articuló Hodge, arrancándose los auriculares.
—Nada —gritó el operador—. Son muy sensibles...
—Y yo también —aulló Hodge, metiéndose el dedo meñique en el oído e intentando recuperar la audición—, y algo está mal.
—Están captando muchas interferencias. Pueden ser un montón de cosas diferentes las que producen este efecto.
—Como un concierto de rock de cincuenta megatones —dijo Runk—. Esa maldita mujer debe de estar sorda como una tapia.
—Ni hablar —dijo Hodge—. Es deliberado. Debe de haber registrado el lugar y ha descubierto que había micrófonos. Y apague ese maldito ruido. No puedo oír mis propios pensamientos.
—Nunca creí que alguien pudiera —dijo Runk—. Pensar no produce ruidos. Es un...
—Cállese —aulló Hodge, que no necesitaba una lección sobre el funcionamiento del cerebro.
Durante los veinte minutos siguientes estuvieron sentados en relativo silencio tratando de decidir su próximo movimiento. En cada etapa de su campaña habían sido contrarrestados por el enemigo y todo porque no habían tenido la autoridad y el respaldo que necesitaban. Y ahora el comisario le había enviado un mensaje pidiendo un arresto inmediato. Hodge había solicitado una orden de registro y le habían respondido con el vago comentario de que el asunto sería considerado. Lo cual significaba, naturalmente, que nunca obtendría esa orden. Estaba a punto de regresar a la comisaría y pedir permiso para entrar en la casa, cuando el sargento Runk interrumpió sus pensamientos.
—La sesión de jazz se ha acabado —dijo—. Ahora está todo en calma.
Hodge tomó los auriculares y escuchó. Aparte de un sonido chirriante que no pudo identificar (pero que provenía de hecho de Percival, el hámster de Emmeline, que hacía un poco de ejercicio en su rueda), la casa de la avenida Oakhurst estaba en silencio. Extraño. Nunca había estado en silencio antes permaneciendo los Wilt en casa.
—¿Está el coche todavía ahí fuera? —preguntó al técnico.
El hombre se volvió hacia el monitor del coche.
—No llega señal —murmuró, y sacudió la antena—. Deben de haber utilizado ese escándalo para desmantelar los transmisores.
Tras él, el inspector Hodge estaba al borde de la apoplejía.
—Será cretino —aulló—, ¿quiere usted decir que no ha continuado vigilando el coche todo este tiempo?
—¿Qué cree que soy? ¿Un pulpo con orejas? —gritó el hombre a su vez—. Primero tengo que arreglármelas con todos esos estúpidos

micrófonos con los que ha decorado la casa y al mismo tiempo tengo que estar escuchando dos indicadores de dirección. Y además, no soy un cretino.
Pero antes de que Hodge pudiera seguir con la pelea, el sargento Runk intervino.
—Estoy recibiendo una débil señal del coche —dijo—. Debe de estar a unos quince kilómetros.
—¿Dónde? —aulló Hodge.
—Hacia el este, como antes —dijo Runk—. Se dirige a Baconheath.
—Entonces tras él —gritó Hodge—, esta vez ese tío no volverá a casa sin que yo le cace. Sellaré esa maldita base aunque sea la última cosa que haga.

Inconsciente de los malos sentimientos que se estaban formando tras ella, Eva conducía hacia la base. No tenía un plan definido, sólo la determinación de descubrir la verdad, y a Wilt, aunque eso significara prender fuego al coche o tumbarse desnuda en la carretera delante de las puertas. Cualquier cosa para conseguir publicidad. Y, por una vez, Mavis había estado de acuerdo con ella y la había ayudado. Había organizado un grupo de Madres Contra la Bomba, algunas de las cuales eran, de hecho, abuelas, había alquilado un autocar y había telefoneado a los periódicos de Londres y a la BBC y a la Televisión de Fenland para asegurarse la máxima difusión de la demostración.
—Esto nos da una oportunidad de atraer la atención del mundo sobre la naturaleza seductora de la dominación mundial capitalista militarista industrial —había dicho, dejando a Eva con una idea muy vaga de lo que pretendía decir, pero con la clara sensación de que Wilt era el «esto» del principio de la frase. No es que a Eva le importase lo que dijera la gente, lo que contaba es lo que hiciera. Y la manifestación de Mavis distraería la atención de sus propios esfuerzos por entrar en el campamento. O, si no conseguía hacerlo, ella se encargaría de que el nombre de Henry Wilt llegase al conocimiento de millones de telespectadores que contemplarían las noticias esa noche.
—Ahora quiero que todas os comportéis bien —le había dicho a las cuatrillizas, mientras conducía hacia las puertas del campamento—. Haced sólo lo que mami os diga y todo irá bien.
—No irá bien si papi está ahí viviendo con una dama estadounidense —dijo Josephine.
—Jodiendo —dijo Penelope—, no viviendo.
Eva frenó bruscamente.
—¿Quién ha dicho eso? —preguntó, volviendo un rostro lívido hacia las cuatrillizas que estaban en el asiento de atrás.
—Mavis Mottram —dijo Penelope—. Siempre está hablando de joder.

Eva hizo una profunda inspiración. Había veces en que el lenguaje de las cuatrillizas, tan cuidadosamente encaminado hacia la expresión madura en el colegio para niños superdotados, le parecía terriblemente inapropiado. Y ésta era una de esas veces.

—No me importa lo que diga Mavis —declaró—, y en cualquier caso no es verdad. Vuestro padre ha sido simplemente estúpido otra vez. No sabemos lo que le ha pasado. Por eso venimos aquí. Ahora portaos bien y....

—Si no sabemos lo que le ha pasado, ¿cómo sabes que ha sido estúpido? —preguntó Samantha, que siempre había estado fuerte en lógica.

—Cállate —dijo Eva, y arrancó el coche otra vez.

Tras ella, las cuatrillizas, silenciosas, asumieron el aspecto de cuatro niñas encantadoras. Era engañador. Como siempre, se preparaban para la expedición con alarmante ingenuidad. Emmeline se había armado con varias agujas de sombrero que habían pertenecido a la abuela Wilt; Penelope había llenado dos bombas de bicicleta con amoníaco y había sellado los extremos con chicle; Samantha había roto la hucha para comprar todos los botes de pimienta que pudo, ante la mirada perpleja del tendero; mientras que Josephine había tomado de su soporte magnético varios de los más grandes y puntiagudos cuchillos de la cocina. En resumen, las cuatrillizas esperaban con satisfacción dejar fuera de combate tantos guardias de la base aérea como pudieran, y sólo temían que el asunto se resolviera pacíficamente. De hecho, sus temores se vieron casi realizados.

Cuando se detuvieron en la puerta y un centinela se les acercó, no había el menor signo de los preparativos que habían sido tan obvios el día anterior. En un esfuerzo por simular que todo era normal y estaban en una «situación sin pánico», el coronel Urwin había ordenado que se quitaran los bloques de cemento del camino y había recomendado mucha amabilidad y corrección al oficial a cargo de la entrada en la zona civil. Una mujer británica, grande, con permanente y un coche cargado de niñas, no parecía plantear una amenaza para la seguridad de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

—Si quiere usted aparcar aquí, voy a llamar al oficial de Educación —le dijo a Eva, que había decidido no mencionar esta vez a la capitana Clodiak.

Eva pasó la barrera con el coche y aparcó. Estaba resultando mucho más fácil de lo que había esperado. De hecho, por un momento dudó de sí misma. Quizá después de todo Henry no estaba allí y había cometido un terrible error. Pronto abandonó esa idea. El Escort de Wilt había señalado de nuevo su presencia, y Eva estaba diciéndole a

las cuatrillizas que todo iba a ir bien cuando el teniente apareció desde la sala de guardia con dos guardias armados.
—Perdone, señora —dijo—, pero le ruego que venga a mi despacho.
—¿Para qué? —preguntó Eva.
—Sólo un asunto de rutina.
Por un momento, Eva lo miró a la cara y trató de pensar. Se había preparado para una confrontación y palabras como «venir a mi despacho» y «un asunto de rutina» tenían un aire amenazador. De todos modos, abrió la portezuela y salió del coche.
—Y las niñas también —dijo el teniente—. Todo el mundo fuera de ahí.
—No toque a mis niñas —dijo Eva, ahora totalmente alarmada.
Era obvio que la habían metido en la base con engaños. Pero ésta era la oportunidad que las cuatrillizas habían estado esperando. Cuando el teniente agarraba la manilla de la puerta, Penelope pasó el extremo de la bomba de bicicleta por la ventana y Josephine enarboló un cuchillo. Fue la acción de Eva la que le salvó del cuchillo. Tiró de su brazo y al mismo tiempo el amoníaco le alcanzó. Mientras los vapores se desprendían de su empapada chaqueta, y los dos centinelas se lanzaban sobre Eva, el teniente intentaba respirar y se dirigía hacia la garita vagamente consciente de las risas infantiles a su espalda. Le parecieron demoníacas. Medio ahogado, se tambaleó hasta el despacho y pulsó el interruptor de alerta.
—Parece que tenemos otro problema —dijo el coronel Urwin, mientras las sirenas ululaban en toda la base.
—No me incluya a mí —dijo Wilt—. Yo tengo problemas propios, como explicarle a mi esposa qué demonios me ha ocurrido los últimos Dios sabe cuántos días.
Pero el coronel estaba al teléfono con el cuerpo de guardia. Escuchó durante un momento y luego se volvió hacia Wilt.
—¿Su esposa es una mujer gorda con cuatro niñas?
—Supongo que se podría describir así —dijo Wilt—, aunque francamente, yo me olvidaría de lo de «gorda» si fuera usted. ¿Por qué?
—Porque acaba de atacar la puerta principal —dijo el coronel y volvió al teléfono—. Paren todo... ¿Cómo que no puede? Ella no... Jesús... Bueno, bueno. Y desconecte esas malditas sirenas.
—Luego hubo una pausa y el coronel apartó el teléfono de la oreja para mirar a Wilt. Las exigencias que gritaba Eva eran claramente audibles ahora que las sirenas habían cesado.
—Devuélvanme a mi esposo —aullaba—, y quítenme sus sucias patas de encima... si se acercan a esas niñas...
El coronel colgó.
—Eva es una mujer muy decidida —dijo Wilt, a modo de explicación.

—Eso me ha parecido —dijo el coronel—, y lo que quiero saber es qué está haciendo aquí.
—Por lo que parece, buscándome.
—Sólo que usted nos dijo que ella no sabía dónde estaba. Así que cómo es que está ahí, montando una trifulca y...
Se detuvo. El capitán Fortune había entrado en la habitación.
—Creo que debería saber que el general está al teléfono —anunció—. Quiere saber qué pasa.
—¿Y cree que yo lo sé? —dijo el coronel.
—Bien, alguien tiene que saberlo.
—Por ejemplo él —dijo el coronel, indicando a Wilt—, pero no lo dice.
—Sólo porque no tengo la menor idea —dijo Wilt, con creciente confianza—, y sin pretender ser innecesariamente didáctico, diría que no hay nadie en el mundo que sepa qué es lo que está pasando aquí. La mitad de la población del mundo se muere de hambre y la mitad sobrealimentada está harta de la vida y...
—Oh, por el amor de Dios —dijo el coronel, y tomó una decisión repentina—. Vamos a sacar a este cabrón de aquí. Ahora mismo.
Pero Wilt se había puesto de pie. Había visto demasiadas películas estadounidenses para no tener sentimientos ambivalentes acerca de «ser sacado de allí».
—Oh, no, ni hablar —dijo apoyando la espalda contra la pared—. Y también puede retirar ese insulto de cabrón. Yo no hice nada para iniciar esta casa de locos y tengo una familia en la que pensar.
El coronel Urwin miró desesperanzado al grabado de caza. Había estado en lo cierto al sospechar que el británico tenía simas que él nunca entendería. No era extraño que los franceses hablasen de «la pérfida Albión». Esos cabrones siempre se comportaban de la manera más inesperada. Mientras tanto, tenía que preparar alguna explicación que satisficiera al general.
—Dígale simplemente que el problema que tenemos entre manos es puramente doméstico —le dijo al capitán—, y búsqueme a Glaushof. La seguridad de la base es asunto suyo.
Pero antes de que el capitán pudiera salir de la habitación, Wilt había reaccionado de nuevo.
—Si usted suelta a ese loco cerca de mis hijas, alguien va a resultar herido —gritó—, no pienso permitir que las gaseen como a mí.
—En ese caso, vale más que ejerza su autoridad paterna —dijo el coronel con aire siniestro, y se dirigió a la puerta.

CAPITULO XXIII

Cuando llegaron al aparcamiento, junto a las puertas, estaba claro que la situación se había deteriorado. En un esfuerzo enteramente innecesario para rescatar a su madre de los centinelas —Eva ya había liquidado a uno de los dos con un rodillazo en los genitales que había aprendido en la clase de Resistencia a la Violación—, las cuatrillizas habían abandonado el coche de Wilt y, rociando con pimienta al segundo centinela, lo habían puesto fuera de combate. Después habían ocupado la sala de guardia y estaban reteniendo al teniente como rehén. Como se había quitado su uniforme para escapar a los vapores del amoníaco y las cuatrillizas se habían armado de su pistola y la del centinela que yacía en el exterior, habían sido capaces de aislar la garita con mucha más efectividad al amenazar al conductor de un tanque de combustible que había cometido el error de llegar a la barrera y obligarle a dejar caer varios cientos de galones de gasóleo sobre la calzada antes de entrar en la base.
Incluso Eva se había quedado asombrada por el resultado. Mientras el producto se esparcía por el asfalto, el teniente Harah había llegado con una precipitación un poco excesiva en un jeep, y había tratado de frenar. El jeep estaba ahora incrustado en la verja y el teniente Harah, que había salido arrastrándose, pedía refuerzos.
—Tenemos aquí una situación real de penetración —gritó en su walkie-talkie—. Un puñado de terroristas han ocupado la sala de guardia.
—No son terroristas, sólo son niñas —gritó Eva desde el interior, pero sus palabras fueron apagadas por el sonido de la sirena que Samantha había conectado.
Fuera, en la carretera, las Madres Contra la Bomba del autocar de Mavis Mottram se habían reunido en una fila, enganchadas unas a otras por esposas y luego los extremos de la cadena a la verja, a ambos lados de las puertas, y estaban bailando algo parecido a un cancán y cantando «Acabemos con la carrera armamentista, salvemos la raza humana» a la vista de tres cámaras de la televisión y una docena de fotógrafos. Sobre sus cabezas había un enorme y notable globo, con la forma de un pene erecto y venoso, que se balanceaba lentamente en la brisa, mostrando mensajes un poco confusos, «Cunas, no tumbas» y «Violad a los misiles, no a nosotras», pintados en lados opuestos. Mientras Wilt y el coronel Urwin lo contemplaban, el globo, evidentemente demasiado hinchado por una bombona de hidrógeno, perdió sus pocas pretensiones

humanas y se convirtió en un gigantesco cohete.
—Esto va a matar al viejo B52 —murmuró el coronel, que hasta entonces había estado disfrutando del espectáculo del teniente Harah cubierto de aceite y tratando de ponerse de pie—. Y no creo que tampoco al presidente le guste mucho. Ese maldito falo va a aparecer en primer plano con todas esas cámaras.
Un camión de bomberos dio la vuelta a la esquina, mientras en un jeep llegaba el mayor Glaushof, con el brazo derecho en cabestrillo y su rostro del color de la pared.
—Dios mío —dijo el capitán Fortune—, si ese camión de bomberos pisa el aceite, vamos a tener más de treinta madres muertas.
Pero el camión se había detenido y los hombres estaban desplegando las mangueras. Entre ellos y la cadena humana, el inspector Hodge y el sargento Runk habían bajado del coche y miraban ceñudamente a su alrededor. Enfrente, las mujeres todavía levantaban las piernas y cantaban, los bomberos habían comenzado a esparcir espuma sobre el combustible y el teniente Harah, y Glaushof gesticulaba con una mano hacia una tropa del Escuadrón Antipenetración del Perímetro, que se había formado junto a las Madres Contra la Bomba y estaban preparados para descargar bidones de Agente Neutralizador contra ellas.
—Por Dios, deténganse —aulló Glaushof, pero sus palabras eran ahogadas por las sirenas de alarma. Cuando los bidones cayeron sobre la calzada, a los pies de la cadena humana, el coronel Urwin cerró los ojos. Sabía que Glaushof era un hombre acabado, pero su propia carrera estaba también en peligro.
—Tenemos que sacar a esas malditas crías de ahí antes de que las cámaras comiencen a enfocarlas —le gritó el capitán Fortune—. Entre ahí y tráigalas.
El capitán miró la espuma, el combustible y el gas que se extendía. Un cierto número de madres se habían ya derrumbado en el suelo, y Samantha había aumentado los peligros de acercarse a la sala de guardia disparando accidentalmente una pistola por una de las ventanas, una acción que había provocado una respuesta del EAP de Glaushof.
—Si usted cree que voy a arriesgar mi vida... —comenzó el capitán, pero fue Wilt quien tomó la iniciativa.
Pisoteando el aceite y la espuma avanzó hasta la sala de guardia para salir con cuatro niñas pequeñas y una mujer grande. Hodge no les vio. Como la del cámara, su atención estaba puesta en otra parte, pero a diferencia de éste, ya no se hallaba interesado en el desastre que tenía lugar en las puertas. Un bidón de AN le había persuadido de abandonar la escena lo más rápido posible. También le hacía difícil conducir. Mientras el coche de la policía se empotraba en el autobús y

rebotaba hacia atrás sobre el coche de un cámara, antes de salirse de la carretera y darse la vuelta, tuvo un momento de comprensión. El inspector Flint no había sido tan estúpido después de todo. Cualquiera que se mezclara con la familia Wilt tenía que sufrir las consecuencias. El coronel Urwin compartía esos sentimientos.

—Vamos a sacarles de aquí en un helicóptero —le dijo a Wilt mientras más mujeres caían desmayadas en la entrada.

—¿Y qué pasa con mi coche? —dijo Wilt—. Si cree que voy a dejarlo...

Pero sus protestas fueron acalladas por las cuatrillizas. Y por Eva.

—Queremos ir en helicóptero —gritaron al unísono.

—Sólo quiero que me saquen de aquí —dijo Eva.

Diez minutos después Wilt miraba hacia abajo desde trescientos metros de altura el dibujo de autopistas y carreteras, edificios y bunkers, y un diminuto grupo de mujeres que eran recogidas de la puerta por ambulancias. Por primera vez sintió cierta simpatía por Mavis Mottram. Con todos sus defectos, había estado acertada en enfrentarse a la banal enormidad de la base aérea. Ese lugar tenía todas las características de un potencial campo de exterminio. Es verdad que nadie era conducido a las cámaras de gas y no salía humo de los hornos crematorios. Pero la ciega obediencia a las órdenes sí estaba allí, instilada en Glaushof e incluso en el coronel Urwin. De hecho todos, excepto Mavis Mottram y la cadena humana de mujeres de la puerta. Llegado el momento, los demás obedecerían todas las órdenes y el verdadero holocausto comenzaría. Y esta vez no habría liberadores, ni sucesivas generaciones para erigir monumentos conmemorativos a los muertos o aprender lecciones de los horrores pasados. Sólo habría silencio. Las únicas voces que quedarían serían las del viento y el mar. Y lo mismo sucedería en la Unión Soviética y los países ocupados de Europa del Este. Peor. Allí Mavis Mottram también sería silenciada, confinada en prisión o en un psiquiátrico, porque estaba idiosincrásicamente sana. Ni cámaras de televisión ni fotógrafos mostraban los nuevos campos de la muerte. Veinte millones de soviéticos habían muerto para poner a su pueblo a salvo del genocidio y sólo habían tenido a los sucesores de Stalin, demasiado asustados de su propio pueblo para permitirse discutir la construcción de más máquinas para eliminar la vida de la faz de la tierra.

Todo esto era demente, infantil y bestial. Pero sobre todo era banal. Tan banal como la escuela y la construcción de imperios del doctor Mayfield y la preocupación del director por conservar su trabajo y evitar la publicidad desfavorable, sin importarle lo que pensara el personal o lo que los estudiantes hubieran preferido aprender. Y a

eso estaba volviendo. De hecho, nada había cambiado. Eva seguiría con sus salvajes entusiasmos; las cuatrillizas incluso podrían crecer y convertirse en seres humanos civilizados. Wilt lo dudaba. Los seres humanos civilizados eran un mito, criaturas legendarias que sólo existían en la imaginación de los escritores, que expurgaban sus debilidades y defectos y magnificaban sus ocasionales sacrificios. Con las cuatrillizas eso era imposible. Lo mejor que se podía esperar era que siguieran siendo tan independientes e incómodamente inconformistas como ahora. Al menos ellas estaban disfrutando con el vuelo.

A ocho kilómetros de la base, el helicóptero se posó junto a una carretera vacía.

—Pueden bajar —dijo el coronel—, intentaré enviarles el coche.

—Pero queremos ir hasta casa en helicóptero —gritó Samantha sobre el ruido de los motores y Penelope se le unió insistiendo en descender en paracaídas sobre la avenida Oakhurst. Eso fue demasiado para Eva. Agarró a las cuatrillizas una por una y las dejó sobre la hierba pisoteada, luego saltó junto a ellas. Wilt la siguió. Por un momento el aire se espesó a su alrededor con el movimiento de la hélice y después el helicóptero se elevó y se alejó. Cuando desapareció, Eva recuperó la voz.

—Ahora, mira lo que has hecho —dijo.

Wilt miró a su alrededor al vacío paisaje. Después del interrogatorio que había sufrido, no estaba de humor para escuchar las lamentaciones de Eva.

—Empecemos a andar —dijo—. Nadie va a venir a buscarnos y será mejor que busquemos una parada de autobús.

Subió al talud sobre la carretera y se puso a andar por encima. En la distancia hubo un relámpago repentino y una pequeña bola de fuego. El mayor Glaushof había disparado una bala trazadora al pene inflado de Mavis Mottram. La bola de fuego y el pequeño champiñón de humo aparecerían en todos los telediarios a pleno color. Quizá se había conseguido algo, después de todo.

CAPITULO XXIV

Era el final del trimestre en la escuela, y el personal estaba sentado en el auditorio, evidentemente igual de aburrido que los estudiantes a los que ellos mismos habían estado dando clases allí. Ahora era el turno del director. Había pasado diez extenuantes minutos haciendo lo que podía para disfrazar sus verdaderos sentimientos hacia el señor Spirey, del Departamento de Construcción, que por fin se retiraba, y otros veinte tratando de explicar las reducciones presupuestarias que habían acabado con toda esperanza de volver a construir el bloque de Ingeniería, en el mismo momento en que la escuela había recibido la oferta de la impresionante cantidad de un cuarto de millón de libras por parte de un donante anónimo para la compra de libros. En la primera fila, Wilt, con cara impasible entre los otros directores de Departamento, fingía indiferencia. Sólo él y el director conocían la fuente de la donación y ninguno de ellos lo revelaría. La ley de Secretos Oficiales lo había establecido así. El dinero era el precio del silencio de Wilt. El trato había sido negociado por dos nerviosos funcionarios de la Embajada de los Estados Unidos y en presencia de dos individuos bastante más amenazadores, ostensiblemente de la división legal del Ministerio del Interior. Pero a Wilt no le había preocupado su actitud. Durante la discusión, había intervenido en el sentido de su propia inocencia y hasta Eva se había mostrado intimidada e impresionada por la oferta de un coche nuevo. Pero Wilt la había rechazado. Le bastaba con saber que el director, aunque nunca entendería por qué, sabría siempre que la Escuela de Artes y Oficios Fenland estaba en deuda con un hombre al que le hubiera gustado expulsar. Ahora tendría que cargar con Wilt hasta que se retirara.

Sólo las cuatrillizas fueron difíciles de acallar. Habían disfrutado demasiado lanzando amoníaco al teniente y desarmando a los centinelas con pimienta para no querer comentar sus hazañas.
—Sólo estábamos rescatando a papi de esa mujer sexy —dijo Samantha cuando Eva, imprudentemente, le pidió que prometiese que nunca hablaría de lo sucedido.
—Y tendréis que rescatar a tu madre y a mí de Dartmoor si no mantenéis cerradas vuestras malditas bocas —había lanzado Wilt—. Y ya sabéis lo que eso significa.
—¿Qué? —preguntó Emmeline, que parecía interesada por el proyecto

de atacar una prisión.
—Significa que seréis puestas bajo custodia de padres adoptivos horribles y no estaréis juntas, además. Os repartirán y no podréis visitaros unas a otras y... —Wilt se había lanzado a una descripción dickensiana de hogares adoptivos y el horror de niños maltratados. Cuando terminó, las cuatrillizas estaban subyugadas y Eva lloraba. Lo cual era la primera vez que sucedía y suponía otro triunfo menor. No duraría, naturalmente, pero cuando las niñas se recuperasen, los peligros inmediatos habrían pasado y nadie las creería de todos modos.
Pero el argumento había despertado de nuevo las sospechas de Eva.
—Todavía quiero saber por qué me mentiste acerca de las clases en la prisión —dijo esa noche mientras se desnudaba.
Wilt tenía también respuesta para esto.
—Ya oíste lo que esos hombres del MI 5 dijeron acerca de la Ley de Secretos Oficiales.
—¿MI 5? —dijo Eva—, eran del Ministerio del Interior. ¿Qué tiene que ver con eso el MI 5?
—Sí sí, Ministerio del Interior, Información Militar —dijo Wilt—. Y si quieres enviar a las cuatrillizas al colegio más caro para pseudoprodigios y esperas que no nos muramos de hambre...
La discusión había continuado durante la noche, pero Eva no necesitó muchos argumentos. Los funcionarios de la Embajada la habían impresionado demasiado con sus disculpas y no se había hablado de otras mujeres. Además, tenía a su Henry en casa otra vez y era evidentemente mejor olvidar todo lo que había pasado en Baconheath.

Así que Wilt estaba sentado junto al doctor Board con una ligera sensación de haber logrado algo. Si su destino era enfrentarse con la estupidez y la incomprensión de los demás, había tenido la satisfacción de comprobar que no era la víctima de nadie. O sólo temporalmente. Al final los venció, a ellos y a las circunstancias. Eso era mejor que ser un aburrido triunfador como el doctor Mayfield... o, peor aún, un fracasado resentido.
—Las maravillas nunca cesan —dijo el doctor Board cuando finalmente el director se sentó y comenzaron a salir del auditorio—. ¿Un cuarto de millón en libros de texto actuales? Debe de ser un suceso único en la educación británica. Los millonarios que hacen donaciones generalmente construyen mejores edificios para peores estudiantes. Éste parece ser un genio.
Wilt no dijo palabra. Quizá tener sentido común era una forma de genio.

En la comisarla de Ipford el ex inspector Hodge, ahora meramente sargento Hodge, estaba ante una terminal de ordenador del Control de Tráfico y trataba de limitar sus pensamientos a los problemas relacionados con el flujo de la circulación y los sistemas de aparcamiento en las horas bajas. No era fácil. Todavía no se había recuperado de los efectos del Agente Neutralizador o, peor aún, de la investigación de sus actuaciones que habían comenzado el comisario y el jefe de policía.
Y el sargento Runk no había sido exactamente útil.
—El inspector Hodge me dio a entender que el comisario había autorizado la colocación de micrófonos en el coche del señor Wilt —dijo—. Yo actuaba bajo sus órdenes. Y lo mismo con la casa.
—¿La casa? ¿Quiere decir que en su casa también pusieron micrófonos?
—Sí, señor. Todavía están ahí, por lo que yo sé —dijo Runk—. Hemos contado con la colaboración de los vecinos, el señor Gamer y su mujer.
—Dios mío —murmuró el jefe de policía—, si esto llegara a la prensa...
—No lo creo, señor —dijo Runk—, el señor Gamer se ha mudado y su esposa ha puesto la casa en venta.
—Entonces, quiten de ahí esos malditos aparatos antes de que haya alguien en la casa —gruñó el jefe antes de ocuparse de Hodge. Cuando terminó, el inspector estaba al borde de la depresión y había sido degradado a sargento de la Sección de Tráfico, con la amenaza de ser transferido a la escuela de entrenamiento de perros de policía, como blanco, si metía la pata otra vez.
Para unir el insulto a la injuria, Flint fue ascendido a jefe de la Brigada de Estupefacientes.
—Ese tipo parece tener un talento natural para esta clase de trabajo —dijo el jefe de policía—. Ha hecho una labor notable.
El comisario tenía sus reservas, pero se las guardó para sí.
—Creo que le viene de familia —dijo juiciosamente.
Y durante las dos semanas del juicio, el nombre de Flint apareció casi diariamente en el *Ipford Chronicle,* e incluso en alguno de los diarios nacionales. La cantina de la policía había hervido de alabanzas. Flint, el Justiciero de la Droga. Casi: Flint, el Terror de los Juzgados. A pesar de todos los esfuerzos que hizo la defensa por cuestionar, con toda justificación, la legalidad de sus métodos, Flint había contado con hechos y cifras, tiempos, fechas, lugares y pruebas, todos ellos auténticos. Había bajado del estrado de los testigos conservando aún la imagen del policía de antaño con su integridad aumentada por las insinuaciones malévolas. Al público le bastaba compararle con la fila

de los despreciables acusados para ver dónde estaba el interés de la justicia. El jurado y el juez habían sido convencidos. Los acusados habían recibido sentencias que iban desde nueve a veinte años y Flint había ascendido a comisario.

Pero los logros de Flint iban más allá de la sala del tribunal hasta áreas donde todavía prevalecía la discreción.

—¿Qué ella se trajo la droga de sus primos de California? —explotó lord Lynchknowle, cuando le visitó el jefe de policía—. No creo ni una palabra. Es una mentira.

—Me temo que no, amigo. Es absolutamente seguro. La metió en una botella de whisky libre de impuestos.

—Dios mío. Yo pensaba que la había conseguido en esa maldita escuela. Nunca estuve de acuerdo en que fuera allí. Toda la culpa es de su madre —Hizo una pausa y se quedó mirando vacuamente las ondulaciones de las praderas—. ¿Cómo dijo que se llamaba eso?

—Fluido Embalsamador —dijo el jefe de policía—. O polvo de Ángel. Normalmente se lo fuman.

—No comprendo cómo se puede fumar un fluido embalsamador —dijo lord Lynchknowle—. No hay quien entienda a las mujeres, ¿verdad?

—Nadie en absoluto —dijo el jefe, y con la seguridad de que el veredicto del juez sería muerte accidental, le dejó para tratar con otras mujeres cuyo comportamiento superaba su comprensión.

De hecho fue en Baconheath donde los resultados de la obsesión de Hodge por la familia Wilt se sintieron de manera más aguda. En el exterior de la base, el grupo de Mavis Mottram de Madres Contra la Bomba se había visto aumentado con mujeres de todo el país y se había convertido en una manifestación multitudinaria. Un campamento de tiendas de campaña y cabañas se había montado alrededor de la alambrada, y las relaciones entre los estadounidenses y la policía local de Fenland no se habían visto mejoradas por las escenas en la televisión de mujeres británicas de mediana edad y muy respetables, gaseadas y llevadas esposadas a ambulancias camufladas.

Para empeorar aún más las cosas, la táctica de Mavis de bloquear la zona civil había provocado varios incidentes violentos entre mujeres estadounidenses que querían escapar al aburrimiento de la base para ir de compras a Ipford o Norwich y las Madres Contra la Bomba que se negaban a dejarlas salir, o aún peor, las dejaban salir, pero no volver a entrar. Estos escándalos se veían en la televisión con una frecuencia que había provocado un conflicto entre el ministro del Interior y el secretario de Estado para la Defensa, insistiendo cada uno en que el otro era el responsable de mantener la ley y el orden.

Sólo Patrick Mottram se había beneficiado. En ausencia de Mavis, había abandonado las hormonas de la doctora Kores y había recuperado sus antiguos hábitos con las estudiantes de la Universidad a Distancia.

También dentro de la base había cambiado todo. El general Belmonte, que todavía sufría los efectos de ver un pene gigante circuncidarse a sí mismo y luego convertirse en un cohete y explotar, se había retirado a un hogar para veteranos dementes en Arizona, donde lo mantenían confortablemente sedado y se podía dedicar a soñar despierto con los días felices en que los B52 habían destruido la jungla vacía de Vietnam. El coronel Urwin había vuelto a Washington y a un jardín lleno de gatos en el que cultivaba aromáticos narcisos perfectos y empleaba considerable inteligencia en el problema de mejorar las relaciones angloestadounidenses.

Fue Glaushof el que más sufrió. Había sido relegado al terreno más aislado de pruebas radiactivas en Nevada y dedicado a quehaceres en los que su seguridad personal estaba en peligro constante y era de su única y sola responsabilidad. Y sola era la palabra. Mona Glaushof se había ido con el teniente Harah a Reno para tramitar el divorcio y vivían confortablemente en Texas, con su pensión alimentaria. Era un buen cambio desde el húmedo Fenland y el sol no dejaba de brillar.

El sol también brillaba para Eva, mientras se afanaba por la casa y se preguntaba qué prepararía para cenar. Era bonito tener a Henry en casa algo más seguro de sí mismo que antes. «Quizá —pensó mientras pasaba el aspirador a las escaleras— deberíamos irnos los dos solos este verano una semana o dos.» Y sus pensamientos se encaminaron a la Costa Brava.

Pero ése era un problema que Wilt ya había resuelto. Sentado en El Trato a Ciegas con Peter Braintree, había pedido dos jarras más.

—Después de todo lo que he pasado este trimestre, no voy a permitir que las cuatrillizas conviertan mi verano en un infierno en algún maldito camping —dijo alegremente—. He hecho ya los arreglos. Hay una colonia en el País de Gales donde hacen alpinismo y montan ponis. Pueden desgastar su energía y la de los instructores. He alquilado una casita de campo en Dorset y voy a ir allí a leer otra *vez Jude el oscuro.*

—Parece un libro un poco triste para las vacaciones —dijo Braintree.

—Saludable —dijo Wilt—, un buen recordatorio de que el mundo siempre ha sido una casa de locos y que no lo pasamos tan mal dando clases en la escuela. Además, es un antídoto para la idea de

que las aspiraciones intelectuales siempre llevan a alguna parte.

—Hablando de aspiraciones —dijo Braintree—. ¿Qué vas a hacer con las treinta mil libras que ese lunático ha adjudicado a tu departamento de libros?

Wilt sonrió para su jarra de la mejor cerveza. «Lunáticos filántropos» era muy adecuado para los estadounidenses con sus bases aéreas y sus armas nucleares, y los idiotas del Departamento de Estado, que suponían que incluso el más bienintencionado liberal inefectivo podía ser un homicida stalinista y miembro de la KGB; y que después soltaban billones de dólares tratando de reparar los desastres que habían provocado.

—Bien, en primer lugar, voy a donar doscientos ejemplares de *El señor de las moscas* al inspector Flint —dijo por fin.

—¿A Flint? ¿Y por qué a él? ¿Qué tiene que ver con eso?

—Es quien le dijo a Eva que estaba en... —Wilt se interrumpió. No tenía sentido romper los secretos oficiales— Es un premio —continuó — para el primer poli que arreste al Fantasma Exhibicionista. Me parece un título apropiado.

—Desde luego lo es —dijo Braintree—, aunque doscientos ejemplares me parece desproporcionado. No puedo imaginar ni al más literato de los policías leyendo doscientos ejemplares del mismo libro.

—Siempre puede pasárselos a los pobres tipos de la base aérea. Debe ser terrible tener que vérselas con Mavis Mottram. No es que esté en desacuerdo con sus opiniones, pero esa mujer está definitivamente chalada.

—Todavía te queda un montón de libros para comprar —dijo Braintree—. Quiero decir que a mí me viene muy bien, porque el Departamento de Inglés necesita libros, pero yo no habría creído que el Departamento de Comunicación...

—No pronuncies esas palabras. Vuelvo a Estudios Liberales y a la mierda con esa jodida jerga. Y si a Mayfield y el resto de los mercaderes de estructuras socioeconómicas no les gusta, pueden hacer lo que quieran. Yo voy a hacerlo a mi manera a partir de ahora.

—Pareces muy seguro de ti mismo —dijo Braintree.

—Sí —dijo Wilt, con una sonrisa.

Y lo estaba.